

LA
ÚLTIMA
NEANDERTAL

CLAIRE
CAMERON



MAEVA

D.J.57

LA ÚLTIMA NEANDERTAL

CLAIRE CAMERON

CLAIRE CAMERON

LA
ÚLTIMA
NEANDERTAL

Traducción:
ÁLVARO ABELLA



MAEVA



Título original: *The Last Neanderthal*

© Line Painter Productions Inc., 2017

Publicado originalmente en Estados Unidos por Little, Brown and Company,
Nueva York

La edición en castellano ha sido publicada bajo acuerdo con The Bukowski
Agency, Ltd.,

Toronto, a través de The Foreign Office en Barcelona

© de la traducción: Álvaro Abella Villar, 2019

© MAEVA EDICIONES, 2019

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

La imagen que aparece al final del texto es una adaptación de la fotografía de
Dagmar Hollman / Wikimedia Commons, Licencia: CC BY-SA 4.0.

Diseño de cubierta: Gregg Kulick sobre imágenes de

© Totajla / Getty Images (cueva)

© kristianbell / Getty Images (paisaje)

Adaptación de cubierta: Gráficas 4, S.A.

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el

diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores,
ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-17708-10-8

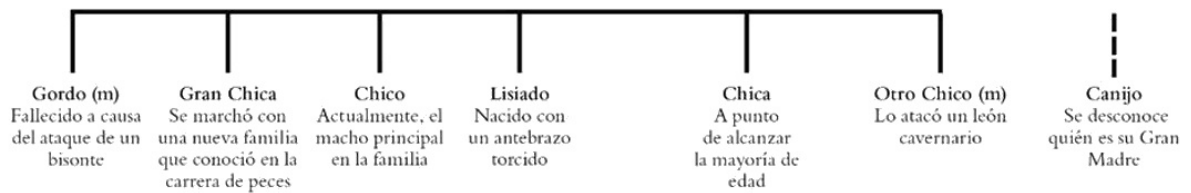
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Nuestros actos nos acompañan en nuestro viaje desde lejos,
y lo que hemos sido hace de nosotros lo que somos.

George Eliot, *Middlemarch*

LA FAMILIA¹

Gran Madre²



GLOSARIO

Arú: Una palabra tonal. Su significado exacto cambiaba con la entonación y el contexto. Principalmente se empleaba como un aviso firme, pero también podía ser una llamada de auxilio o una expresión de afecto.

Brea: Sustancia de aspecto alquitranado que se extraía de la corteza del pino o del abedul. Cuando se le decía a una persona, la palabra se podía interpretar como «conserva la cabeza pegada a tu carne», con el sentido de «mantente vivo». Poseía un doble sentido, pues también expresaba la importancia de —y la habilidad necesaria para— que dos cosas se mantuviesen unidas.

Buh: El sonido del resoplido del bisonte. Constituían el alimento básico de la familia, y por lo tanto los tenían presentes en su mente casi todo el tiempo.

Calor: Significaba «familia», pero la palabra tenía una connotación de calor físico y de la seguridad que venía acompañada de tranquilidad.

Cu-cu-clín: Frase que significa «Mi cabeza es un bisonte» y que se solía pronunciar con un soniquete cantarín. Expresaba la apremiante sensación de hambre que se adueñaba de mente y cuerpo.

Diente de piedra: Herramienta lítica hecha a mano.

Gargantacuervo: Alguien que habla mucho. Proviene del denostado

cuervo, el animal más propenso al gorjeo sin sentido y a armar jaleo.

Maderamuerta: Un cuerpo al otro lado de la tierra; empleada como equivalente a nuestro concepto de muerte, aunque expresaba un cambio de estado más que un final permanente.

Mal del sol: Enfermedad con un alto índice de mortalidad que comenzaba con síntomas parecidos a la fiebre, seguidos de granos rojos por todo el cuerpo que se convertían en ampollas; se creía que la causaba el sol, que quemaba el cuerpo desde dentro.

Masticagrasa: Por lo general se empleaba para referirse a un cuerpo fuerte. Una interpretación podría ser «me gustaría hincar el diente en esa carne». Era una expresión para dar ánimos, no un cumplido directo.

Osera: Expresión de miedo, como el escalofrío que se siente cuando sin querer se pasa demasiado cerca de donde duerme un oso.

Sueño de invierno: Literalmente, el sueño que tiene lugar durante el punto álgido de la temporada de tormentas invernales. Aunque técnicamente no se tratase de una hibernación, era el proceso de volverse apático, lento e inactivo durante el invierno para que la demanda de energía del cuerpo se mantuviera baja.

PRÓLOGO

No pensaban mucho en lo que era diferente.

Había un buen motivo para ello, pues vivían en pequeños grupos familiares. Se pasaban todos los días entre gente que se parecía a ellos. Los cuerpos que se sentaban alrededor del fuego compartían el mismo tipo de copete en la nuca, o la misma risa, o unos dientes igual de torcidos. Cada vez que una cabeza se giraba para mirar, un cuerpo podía encontrar una parte de sí mismo en otro.

Precisamente debido a sus similitudes con nosotros puedo hablar por ellos y afirmar que gran parte de lo que os han contado no es cierto.

Eran amables y listos. Tenían manos con pulgares oponibles y una fina capa de vello en la espalda. Poseían corazones que palpitaban en sus pechos cuando veían a determinadas personas, y esto sucedía más a menudo de lo que podéis suponer. Sus cerebros eran aproximadamente un 10% más grandes que los nuestros. Muchos de nosotros hemos heredado hasta un 4% de su ADN, y ahora que ambos genomas han sido secuenciados, sabemos que el suyo se diferenciaba del nuestro en apenas un 0,12%. Para ser justos, estas ligeras variaciones son relevantes. Ellos poseían una franja de piel sensible en las encías, sobre los incisivos superiores; levantando el labio superior, eran capaces de percibir el calor de otro cuerpo a un kilómetro y medio de distancia. Sus oídos podían ubicar exactamente dónde había caído una gota de agua en un estanque mucho después de que hubieran desaparecido las ondas. Sus ojos podían ver el dibujo singular en la corteza de cada árbol y esto les permitía diferenciar uno de otro, igual que hacemos nosotros con los rostros humanos.

Sin embargo, si supieran que os estoy contando esto, se avergonzarían. Alzarían una mano y bajarían la vista con un ligero rubor rosado en las

mejillas. No les gustaba concentrarse en reflexiones internas, pues esto dejaba el cuerpo expuesto a peligros externos. Si hoy siguieran existiendo, querrían dejar clara una cuestión fundamental: se parecían muchísimo a vosotros.

Pero ya no existen. Se extinguieron. La conciencia de que algo se ha extinguido suele conducir a la preocupación. Probablemente ya os estéis sintiendo culpables porque suponéis que me dispongo a responsabilizar a los humanos modernos de su fin. Nos comparamos con ellos partiendo de una cruel realidad: nosotros sobrevivimos y ellos, no. En el espacio entre esas dos cosas, la vida y la muerte, es donde comienza nuestra tribulación. Nos centramos en esa única diferencia y se adueña de nuestros pensamientos. A continuación, viene el sentimiento de culpa.

Pero lo último que ellos querrían es que os preocupaseis por su desaparición. No se recreaban mucho con las diferencias, sino que eran las similitudes entre estaciones, cuerpos y especies las que destacaban a sus ojos. Su número era muy reducido. El mundo en que vivieron era inmenso y vacío. Como forma de supervivencia, intentaban concentrarse en lo que era igual.

Si os cruzarais con uno en el bosque —pongamos una hembra de nombre Chica con un copete de pelo rojo— no sería una casualidad. Ella habría notado vuestra presencia mucho antes que vosotros, habría sentido curiosidad ante otro primate erecto y habría dejado que os acercarais. Habría hecho ruido entre los arbustos para que advirtierais su presencia. Quizá bajaría su lanza para mostraros que no tiene intención de haceros daño. Extendería los dedos de su mano izquierda y alzaría esa palma para saludaros.

Lo educado sería que vosotros levantaseis vuestra mano derecha imitando su gesto y que os aproximaraís lentamente hacia ella.

Su cuerpo está sucio de barro y solo parcialmente tapado con un manto de piel de bisonte. Con frecuencia tiene mucho calor y no le gusta la sensación de un pellejo pesado de animal sobre la piel. Su respiración brota de la nariz formando hilos de vaho que desprenden calor de su voluminoso cuerpo al entrar en contacto con el aire gélido. Mirad sus músculos bien marcados. Ejercen un tipo de fuerza parecida a la de un oso. Si os acercáis más, prestad atención al olor terroso a carne de bisonte y acidez de estómago. No le pasa nada; solo se debe a su modo de vida.

Contened la respiración, porque os sentiréis intimidados. Y más os vale que sea así. Es vuestro instinto el que asoma. Nunca antes habíais visto una

criatura tan maravillosa, pero sí, se trata de uno de vuestros antepasados. Sabían por experiencia propia que podían retorceros el cuello con una sola mano. Y os han transmitido ese razonable temor.

Pero no echéis a correr. Sentís miedo porque instintivamente sois conscientes de ser más débiles. Recordad que a ella no le despertáis ningún tipo de preocupación. Sabe que es más fuerte y que puede permitirse observaros. Debéis concentraros en el hecho de que sois la cosa más espectacular que ha visto en su vida. Como la población neandertal siempre fue escasa, ella solo habrá visto a un puñado de otras criaturas bípedas en su vida, y nunca a una como vosotros. Lo que está sintiendo es asombro.

Alzad la palma de la mano. Extended los dedos, como ella, a modo de saludo. Acercaos, despacio.

Cuando estéis lo bastante cerca, apretad la piel de vuestra palma contra la suya. Sentid su calor. Bajo vuestra piel circula la misma sangre. Respirad hondo para reunir coraje, alzad la barbilla y miradla a los ojos. Tened cuidado, porque os pueden fallar las rodillas. Las lágrimas asomarán a vuestros ojos y os entrarán unas ganas irreprimibles de llorar. Esto se debe a que sois humanos.

Cuando miréis a sus ojos, sentiréis una conexión inmediata. Todas las diferencias se desvanecerán. Sabréis con certeza que podéis sentir la mente de la otra. Compartís un mismo pensamiento: «No estoy sola».

1

Era el calor lo que Chica recordaba. La noche, concretamente la que regresaría con frecuencia a su mente más adelante, la que resultó ser una de las últimas que pasaron juntos, estuvo llena de calor. La primavera inundaba el aire nocturno, aunque la tierra todavía estaba dura por la escarcha: el frío mordía su piel desnuda.

Cuando dormían, la familia era un solo cuerpo. Así era como se veían a sí mismos cuando estaban juntos, un solo cuerpo que vivía y respiraba. Las formas se enroscaban unas sobre otras formando un amasijo; la curva de una barriga reposando sobre una espalda, una pierna rodeando una cadera, y unos dedos de los pies fríos que encontraban calor en el pliegue de un codo.

Cuando el sol apartó su rostro, todos se encontraban agotados a causa de las tareas que comportaba la llegada de la primavera. Por una vez, no hubo historias de sombras antes de dormir, ni voces, ni risas, aunque cuando todos se habían acomodado, Chico, el hermano mayor, se tiró un pedo tremendo. Podría haber partido un tronco con su potencia. Canijo respondió imitando el desagradable sonido con los labios presionados sobre la mano. Lisiado rio, solo una carcajada, y Chica dejó que una sonrisa se formara en sus labios, porque estaba muy cansada para más. Gran Madre dijo: «Hum».

Y entonces se hizo el silencio en la cabaña; respiraciones pesadas, lentas.

Enterrados en medio de la pila de cuerpos estaban Chica y Gato Montés. Chica solía dormir profundamente, pero aquella noche se despertó antes de lo acostumbrado y sacó su brazo aplastado de debajo del cuerpo del gran felino. Antes, Gran Madre había espantado al gato para que se fuera a un rincón de su madriguera. El astuto animal estuvo esperando, y cuando escuchó el silbido del aire que circulaba acompasado a través de la enorme nariz de Gran Madre, regresó con sigilo. Era de constitución gruesa y robusta, y poseía una

espesa mata de pelo. Una serie de círculos negros se extendían a lo largo de su cola. Soltó un maullido solitario, un sonido que Chica había aprendido a reconocer, y entró para enroscarse junto a ella. Restregó la cabeza y las orejas contra las de ella, que emitió un gorjeo débil a modo de respuesta. Eran buenos amigos, y Gato Montés era la cosa más suave que conocía.

Chica se rascó una pulga que intentaba escapar de su axila. Pasó sus dedos adormilados sobre la piel para intentar quitársela. Un cambio de postura y un leve gruñido le impidieron cumplir su objetivo. Un momento después, un grueso dedo le presionó la espalda. Recorrió el omoplato y apretó. Era su hermano Chico, lo reconoció por el tacto áspero de la piel de la yema del dedo. Un pellizco y el cuerpo del bicho quedó aplastado entre sus dientes. Chica no le dio las gracias. No hacía falta. Iba implícito en todas las veces que ella le quitaría a él una pulga o un piojo. Las palabras podían resultar vacías. El sentido residía en devolver el gesto.

Y después, el silencio. Chica suspiró, se recostó y volvió a formar parte de la maraña de cuerpos. La capa protectora de músculo y hueso se volvía borrosa. Los contornos de sus formas se fundían en el calor. Espesas pestañas rozaron mejillas, las respiraciones se ralentizaron y el peso de largas extremidades se relajó. Si uno soñaba algo, los demás veían las mismas imágenes en sus cabezas, las recordarían por la mañana o no. No solo sus cuerpos estaban unidos mientras dormían; sus mentes también.

La familia descansaba formando una pila sobre dos gruesas pieles de bisonte estiradas. Bajo esas pieles había un lecho de ramas frescas de pino, entrecruzadas para elevar el nido y alejarlo del frío suelo de tierra. Chica y Canijo acababan de cambiar las ramas ese día, así que en el ambiente se respiraba el aroma a pino. Sobre los cuerpos había más pellejos, estos curados y masticados hasta resultar suaves al tacto. Por encima se echaban una capa de pieles para mantener a la familia calentita. Este nido se encontraba en el interior de una cabaña adosada a la pared de un barranco de granito, una ubicación elegida con esmero, pues se levantaba en una repisa con roca escarpada en la parte superior y una pronunciada pendiente en la inferior. Tenían que ascender por un estrecho sendero para llegar a la cabaña. Aunque no resultaba cómodo, reducía las rutas que podría usar un depredador para aproximarse.

Cuando se iban a dormir, la familia imaginaba que estaba metiéndose en

la tripa de un bisonte. La cabaña tenía más o menos la misma forma que los bisontes que comían. La parte del fondo era baja y estrecha para retener el calor. La parte delantera era más fuerte y estaba hecha con más apoyos, astada y vigilante. Un largo tronco de árbol formaba la columna vertebral de la estructura. Se apoyaba en un extremo sobre una rama bifurcada, a la que se sujetaba con un cordel fabricado a base de tiras de corteza de cedro. Una vez levantado este armazón principal, unos palos alargados sostenían el tronco central, como si fueran costillas. Había unas ramas más gruesas sujetas con piedras por delante y por detrás para formar unas patas que proporcionaban estabilidad. Una primera piel, curada con grasa animal y tan tensa que temblaba, cubría la estructura. A continuación se ponían ramas de pino muerto sobre el esqueleto, como si fuera una densa capa de ligamento. La capa externa eran pellejos duros hechos con el pelaje más espeso de dos viejos bisontes machos, colocados por encima y atados con tendones curados.

Gracias al calor de los cuerpos, se estaba a gusto dentro de la cabaña. La energía de los animales muertos permanecía viva en sus pieles, proporcionando a la familia una forma especial de protección. En una tierra llena de peligros, cualquier tipo de protección era algo muy valioso. Lo que reconfortaba el cuerpo también era solaz para la mente.

Cuando Chica estaba en el interior de la cabaña, tenía la costumbre de murmurar una palabra, «calor». Adoraba la sensación de estar conectada a tantos corazones latientes, a orejas que escuchaban, y a todos esos pares de ojos que vigilaban para asegurarse de que ningún ser amenazante se deslizara detrás de otro cuerpo. Era el modo en que su sangre repartía calor a los cuerpos que amaba. Era el modo de seguir viva.

Y mucho tiempo después, cuando la familia hubiera desaparecido y Chica se encontrara sola, el calor iba a ser lo que recordaría de aquella noche. Dejaría escapar su nostalgia con un gemido solitario. «Calor».

2

Cuando esa mañana Chica asomó la cabeza al exterior de la cabaña, pudo oler la llegada de la primavera. Era el primer día de caza y la tierra había cobrado vida. El sol se esforzaba por desprender del suelo la nieve del invierno. Al hacerlo, dejaba al descubierto un hambre profunda en la tierra. El mismo tipo de ansiedad habitaba en los estómagos de todas las bestias que deambulaban por el valle de la montaña. Chica contempló cómo los árboles mecían las copas más abajo. Sentían las vibraciones de los estómagos rugientes a través de la tierra que rodeaba sus raíces. El ambiente gélido se aferraba a las agujas de los pinos y cada brote de piña al final de cada rama temblaba expectante. El suelo se revolvía incómodo a medida que la nieve lo iba dejando libre. La primavera traía vida para algunos, pero muerte para otros.

Bajando la cuesta, junto al fuego, Gran Madre removía las brasas para avivar la hoguera de la mañana. La anciana llevaba puestos sus cuernos de bisonte, que iban amarrados a un pellejo suave que se ataba a la cabeza. Los dos cuernos asomaban justo en el punto donde una gruesa mata de pelo remataba su estrecha frente. Con solo una mirada, cualquier bestia comprendería que Gran Madre estaba al mando. Para entonces ya era vieja, lo cual significaba que podía recordar más de treinta primaveras. Había perdido la cuenta de cada una de ellas, pero sus ojos lechosos todavía podían distinguir formas, luces y movimientos. Su nariz aún captaba el aroma de un brote fresco y verde a cien pasos de distancia.

Como cabeza de familia, Gran Madre decidiría qué bestia intentarían matar ese día. Aunque sus días de cazadora ya habían terminado, seguiría recorriendo el camino hasta el paso de los bisontes con el resto de la familia. Chica no se arriesgaría a dejar a Gran Madre, ni a cualquiera de los otros más débiles, solos en ese momento de la primavera. Un leopardo joven había

estado merodeando últimamente junto a la hoguera. Era nuevo en su territorio y estaba agitado. En otros tiempos, la familia lo hubiera espantado con facilidad, pero esa primavera no contaba con muchos miembros. No se atrevieron a darle una oportunidad al leopardo, que solo conseguía comer algo de carne.

Cuando Chico, el hermano de Chica, se acercó al fuego, Gran Madre se echó a reír. Chica necesitó un momento para darse cuenta del motivo. Chico tenía erecciones con frecuencia y, viendo la forma holgada que había tomado su piel de búfalo, Chica comprendió que esa mañana no era distinta de otras. Gran Madre se reía de alegría, pues un pene erecto era señal de buena salud. Era felicidad.

Para entonces el cuerpo de Gran Madre había perdido muchas cosas, pero no la sonrisa. Su risa brotaba como una carcajada aguda que dejaba ver los dientes que le faltaban, casi todos excepto unos pocos en el lado superior izquierdo de la mandíbula y dos molares en el derecho. Cuando se reía, se llevaba una mano a la mejilla y Chica sabía que la anciana deseaba que esos dientes también se cayeran a la tierra. El dolor hacía que su cuerpo pareciera carne seca. Una hilera de hirsutos pelos grises brotaba en su barbilla, y unos pechos grandes caían orgullosos y planos sobre su vientre. La piel gruesa de su rostro mostraba el rastro de una lágrima. Gran Madre creía que la medida de una vida se podía reducir a esas cosas pequeñas, un recuento de las arrugas para ver cuántas risas frente a cuántos ceños fruncidos había producido un cuerpo. Debido a esto, Chica sabía que la anciana se aseguraba de reír con frecuencia.

Los olores de la primavera y de su madre anciana se mezclaban de un modo que provocaba cierto malestar en Chica. Siendo realistas, sabía que Gran Madre podía morir en cualquier momento. Solía decir que su aliento olía como el trasero de un bisonte, tras tantos años de comer solo eso. Aunque esa parte del bisonte tenía un olor característico, no era necesariamente malo. Los excrementos salían de ahí y en cierto modo olían a vida. Si se mezclaban con arena, se podían extender alrededor de los postes de pino de una cabaña para tapar los huecos e impedir que pasase el viento. No había nada malo en evitar que el viento húmedo te azotara en el cuello, igual que no había nada malo en envejecer. Si Chica era lo bastante lista como para vivir tanto, también conseguiría tener ese aliento.

La sabiduría de Gran Madre era necesaria. Solo un instinto bien desarrollado podía conseguir que un cuerpo llegase a la edad anciana. Ella le enseñó a Chica que vivir una vida, montar a lomos de las agitadas estaciones, significaba que el cambio era constante. Todo lo que les rodeaba brotaba, crecía y, en cierto momento, llegaba a su culmen. La energía de las cosas comenzaba a decaer cuando ya no eran capaces de renovarse. Entonces se volvían inservibles y morían. Una hoja caída empieza a descomponerse Y pronto se convierte en nutrientes para la tierra. El suelo enriquecido absorberá la lluvia y se transformará en alimento para el árbol. Y de esta manera, con el paso del tiempo, las cosas, en realidad, no mueren; solo se transforman. Aunque todos los cambios traen inquietud y desasosiego. Así que Gran Madre se esforzaba por ofrecer tranquilidad a la familia haciendo las cosas de igual modo en la medida de lo posible. A lo largo de sus muchos años, había fabricado sus herramientas con el mismo tipo de piedra, había comido el mismo tipo de alimentos en prácticamente el mismo periodo del año, y había construido cabañas con la misma técnica una y otra vez.

Chica contempló a su hermano y admiró el brillante pelo castaño de su cabeza. Su lustre era señal de salud. Lo llevaba hacia atrás, apartado de su frente inclinada y sujeto con un cordel. Tenía una amplia espalda que se ensanchaba desde la cintura. Él también había atravesado sus propios cambios. Le llegaron más tarde que a otros, pues los años anteriores estaba escuálido y tenía pocas reservas de grasa. El cambio incluía estados de ánimo que alertaban a Chica sobre lo que podía estar sucediendo. Dada la cercanía en la que vivían, tenían que soportar con paciencia sus cambios de humor. Aunque Chica fingía no darse cuenta, sabía que Chico atraería las miradas de las mujeres cuando llegara la temporada de pesca en verano.

Solo pensar en los brillantes colores de la carrera de peces bastaba para que el corazón de Chica se acelerase. La saliva inundaba su boca. Su hambre crecía. Se imaginó las suaves huevas de pescado entre sus dedos. El año pasado había observado una de cerca y le pareció como si tuviera el río atrapado en su interior. Aquel río diminuto contenía la siguiente generación de peces y por eso Chica quería introducir toda esa fuerza en su cuerpo. Metió las huevas entre sus molares, masticó y escuchó cómo reventaban. Se imaginó la piel escurridiza del pez entre sus manos, se vio comiendo la tierna carne anaranjada que tenían por debajo, y tuvo la sensación de que la sangre

le hervía bajo la piel.

Cuando el sol de primavera estuvo lo bastante alto como para acariciar el barranco que se alzaba detrás de su cabaña, la familia empezó a trasladarse hacia el punto de encuentro. Otras familias que vivían en otros horcajos del río hacían la misma ruta. Recorrían el curso del río hasta llegar a un tramo más extenso y regular en el que confluían diversos afluentes que formaban rápidos poco profundos.

En esa época del año, también ese era el punto de encuentro de los peces. Al lanzar sus cuerpos sobre los escalones de la corriente, unos se estrellaban contra las rocas, otros terminaban atrapados en las redes, tejidas con juncos por la familia, que los aguardaban, y algunos caían en las mandíbulas de los osos. Solo unos pocos conseguían atravesar aquel punto. Los peces eran largos como un brazo y gruesos y musculosos como un muslo, con dos colmillos que asomaban desde la mandíbula inferior. Eran listos como cuervos y rápidos como serpientes. Sus escamas estaban moteadas de gris, pero los más sabrosos tenían un destello naranja en el lomo que significaba que tenían huevos. La familia creía que esos eran los mejores. No eran necesariamente los más fuertes, pero su astucia, su fuerza, su tamaño y su vista eran los que mejor se adaptaban a las condiciones de ese año en particular. Eran los que lograban continuar su camino para depositar sus huevas naranjas en los bajíos río arriba. Las nuevas generaciones de peces saldrían de ellas.

La mente de Chica estaba ocupada con sus propios pensamientos sobre el punto de encuentro, pero sabía que no debía distraerse. Rápidamente regresó al presente y contempló a su familia: Gran Madre, Chico, Lisiado y Canijo en torno al fuego. Eran un grupo pequeño y algunos de ellos parecían más débiles que algunas bestias. Sabía, por sus visitas anteriores al punto de encuentro, que podrían no ser los más atractivos de la zona. Pero en ese momento no se dejó llevar por la preocupación ante sus posibilidades. Igual que la habilidad para cazar, reparar y construir, aprender a contener algunas de sus preocupaciones formaba parte de hacerse adulto. Tenía que concentrarse en la caza. No debía desviar su atención del momento presente, pues podría ponerlos a todos en peligro. El mundo se perdía con demasiada facilidad.

Esa mañana, Chico había sido el primero en bajar desde la cabaña hasta la hoguera por la escarpada pendiente. El territorio de la familia seguía atenazado por el hielo, pero a él no le importaba el frío. Lo impulsaban sus ansias por aparearse. Sabía que solo copularía si presentaba un aspecto saludable en el punto de reunión, y la salud residía en los alimentos que comía. En primavera, solo la carne de bisonte podía satisfacer las necesidades de sus robustos músculos y su gran cuerpo.

Chico no se distrajo de sus tareas mientras Gran Madre se reía. Su erección se debía al deseo de comer y copular, y solo conseguía volverle más duro. Sonrió, pateó las ascuas del fuego para apagar la llama y apartó las cenizas con un palo. Usando un trozo de cuero para proteger sus manos del calor, cogió una losa de piedra con superficie cóncava que se usaba para extraer una resina pegajosa de la corteza de abedul. Alguien de la familia había encontrado la losa hacía mucho tiempo y desde entonces había ido pasando de generación en generación. Como se trasladaban con frecuencia en busca de comida o siguiendo su rastro, no era algo práctico para transportar. Cada año escondían la piedra cerca del lugar donde levantarían su cabaña en primavera. Chico la manejaba como si fuera un tesoro. Era uno de los pocos objetos que habían usado varias generaciones de la familia. Así era como algo se volvía precioso, por la cantidad de manos de la familia que lo habían tocado antes. De modo que la tarea que Chico desempeñaba lo unía a su familia a través del tiempo.

El día anterior, Chico había puesto varias capas de corteza de abedul dentro de la losa cóncava y la había dejado en el fuego para que el calor extrajera un líquido negruzco del corcho. Con la ayuda de unas ascuas calientes, usó esta pasta pegajosa para fijar una escama triangular de piedra al extremo de una lanza de madera. Chico manipuló rápidamente la pasta antes de que se secase. Se chupaba los dedos con frecuencia. Apretó y moldeó la masa para que quedara perfecta. Cuando estuvo satisfecho con la forma, sumergió la nueva punta en agua fría.

Mientras Chico esperaba a que la punta se fijara, contempló a su hermano menor Lisiado, que tenía un antebrazo torcido como el cuerno de un bisonte. El pulgar de su mano apuntaba en la dirección opuesta al cuerpo de Lisiado, y su muñeca estaba fija. El muchacho intentaba atar un pellejo endurecido a su espinilla para protegerla durante la caza, y le resultaba difícil poner la

protección en su sitio debido a su brazo torcido. Solo podía girar la mano moviendo el codo. Además, parecía que a Lisiado le dolía el brazo, algo que solía suceder cuando cambiaba el tiempo. Lisiado escupió frustrado.

—¡Canijo! —la palabra salió de la boca de Chico como un ladrido sonoro y agudo. Su laringe era corta, lo cual confería a su voz un tono muy alto. Este sonido estridente brotaba por su amplia cavidad nasal con una tonalidad muy gangosa. Al mismo tiempo, resonaba en su profunda y musculosa caja torácica. Cuando hablaba, su voz era muy alta y le hacía daño en la garganta.

Pero Chico no necesitaba cansar su garganta con palabras muy a menudo. Gran Madre había dotado sus costumbres sociales de un carácter silencioso, y vivir en un grupo tan reducido significaba que no era necesario decir muchas cosas. La garganta de Gran Madre tenía más tendencia todavía a resentirse, por lo que la mujer reprobaba la cháchara excesiva, aunque quienes fueran testigos de sus ocasionales accesos de ira dudarían de su compromiso con el silencio. A quienes hablaban demasiado, los llamaba *gargantacuervo*; alzando una mano, golpeaba los dedos contra el pulgar en un gesto que imitaba el pico del ave que más detestaba. Los cuervos graznaban y defecaban sin importarles lo que les rodeara.

Canijo oyó su nombre y siguió la mirada de Chico para ver los esfuerzos de Lisiado. Canijo ya había vivido seis o siete inviernos para aquel entonces, aunque nadie sabía su edad exacta. Era difícil de decir, dado su frágil aspecto. Chico se alegró al ver que el muchacho había empezado a buscar maneras de ser útil. Canijo se acercó corriendo y puso un escuálido dedo en mitad del nudo de Lisiado, usando la otra mano para pasar un hilo. Entre los dos ataron el pellejo endurecido a la espinilla de Lisiado.

Chico pensó en que la posición que ocupaba Canijo en la familia seguía siendo incierta. El muchacho había aparecido en el río antes de que empezara la temporada de pesca. Había llegado al punto de encuentro con otra familia, pero no lo trataban bien y apenas le daban de comer. No tardaron en echarlo de su cabaña, y Canijo se dedicaba a deambular por ahí como un gato salvaje suplicando sobras. Al final, Gran Madre se compadeció de él y le dio un buen trozo de pescado. El muchacho se pegó a la anciana y había conseguido mantener su posición desde entonces.

Pero Canijo no crecía ni se desarrollaba como debería. A menudo, Chico sospechaba que el muchacho estaba enfermo. La mañana anterior, Chico le

había obligado a ponerse delante de Gran Madre para que esta le oliera la boca. Le preocupaba el mal del sol. La familia sabía que empezaba con un olor desagradable en el aliento. Poco después venía una gran fatiga, dolor en las articulaciones y la espalda, y vómitos. Los siguientes síntomas, a menudo fatales, eran unos puntos rojos que aparecían en la cara, manos y brazos, llenos de pus, que luego se convertían en ampollas. El mal del sol quemaba el cuerpo y lo consumía, pues se había acercado demasiado al sol. Pero Gran Madre no creía que Canijo tuviera ningún síntoma. No había nada que hiciera pensar que tenía la enfermedad.

Sin embargo, Chico tenía sus dudas. Esa primavera, los músculos del muchacho todavía no se habían desarrollado. Las protuberancias de las rodillas y los codos sobresalían en sus extremidades, tenía los ojos saltones y la piel más oscura de lo normal. Chico no sabía por qué Canijo era tan pequeño, ni si comer más carne lo ayudaría a crecer. Sabía que era un riesgo alimentarlo. Cada porción de comida que le daban podía significar un despilfarro. La vida era un conjunto de decisiones en constante movimiento. Incluso estirar el brazo para quitarte una pulga tenía que compensar la sangre que el bicho dejaba de chupar.

Chico sentía que el equilibrio de la familia se estaba perdiendo. Quizá era su acuciante necesidad de aparearse lo que provocaba que lo sintiera de un modo más claro que los demás, como una presión constante sobre su piel.

3

Cuando Chica estuvo lista, bajó por el estrecho sendero hacia la hoguera. Llegó justo mientras Chico admiraba su nueva lanza. Todos desempeñaban una función en la mayoría de las cosas que hacían, y la construcción de esta lanza no había sido diferente: Lisiado había recogido y dado forma al asta, Canijo había preparado el tendón que se empleaba para envolver la punta hasta que se secaba la resina, Chica había fabricado la lasca puntiaguda y Chico había unido las partes para formar la herramienta. Ninguno de ellos podía concebir su existencia separado de los demás.

Chica estiró el brazo para tocar el hombro de Chico. Este no se giró para mirarla, y no le hacía falta, pues el olor de Chica le resultaba muy familiar. Sintió los latidos de su corazón. Todos ellos eran capaces de sentir la reacción física de otro cuerpo en las partes blandas de su piel, en la cara interna de la muñeca, en una mejilla, en la base del cuello. Chica se fijó en que el pene de Chico volvía a ponerse erecto. Solo había hecho falta olerla un poco. Era consciente de su aspecto, vestida para la caza con pieles curtidas atadas firmemente a sus espinillas y brazos. La pintura negra de ocre en su rostro mostraba dos rayas en cada mejilla, el símbolo de la familia. Un copete de cabello rojo coronaba su cabeza. Llevaba una concha sujeta en un fino cordón alrededor del cuello. La piel que cubría sus músculos brillaba por el aceite de avellana. Podía sentir el efecto de su fuerza sobre Chico. Él provocaba que Chica deseara hincarle los dientes. Pero mantuvo la vista baja. Si Gran Madre la pillaba mirando, tendría problemas.

En años anteriores, tras una caza, dedicaban tiempo a comer y a hacer la digestión protegidos en la cueva que había en un flanco del barranco, cerca de su cabaña de primavera. Hacían una hoguera y las llamas ascendían en la oscuridad. Gran Madre se ponía frente al fuego de modo que su silueta

proyectaba formas en la pared de roca y, con sombras y aullidos cantarines, les contaba cuentos. Consideraba que merecía la pena forzar la voz.

La historia que más contaba, la que a todos les encantaba ver escenificada, era una que Gran Madre explicaba a modo de aviso. Trataba de un hermano y una hermana que habían empezado a gustarse. Sucedió en un tiempo en el que había muchas familias en el punto de encuentro. El hermano y la hermana no podían evitarlo, así que se eligió a un hombre de la familia para matarlos. Lograron escapar, pero la única manera que tenían de sobrevivir era seguir a los peces.

La pareja viajó hacia el mar, a una parte de la tierra donde no iban las familias. No había bisontes y el agua no era dulce. Solo bebían agua salada y comían criaturas con pinzas. Tanta sal emponzoñó sus mentes y se volvieron locos. Tuvieron hijos que se convirtieron en la suma de sus experiencias. Los niños crecieron con ojos permanentemente abiertos, como los de los peces en el mar. Les salió una costra en los labios a causa del agua salada que bebían. Tenían pinzas en lugar de manos y empezaron a parecerse a las criaturas que comían. Gran Madre se agachaba y formaba una pinza con los dedos para mostrarles su espantoso aspecto en la oscuridad. Era un cuento que les encantaba a todos, el terror y el placer se mezclaban intensamente.

Para reforzar el mensaje, Gran Madre le había entregado a Chica una concha de mar del tamaño de una nuez. Chica la colgó de un cordón y la llevaba sujeta al cuello. Al transmitirse de generación en generación a lo largo del tiempo, el espíritu de la historia había cambiado. Contar un cuento utilizando sombras no resultaba tan preciso como Gran Madre hubiera deseado.

Chica comprendía el cuento en el contexto en el que se narraba: después de una caza, con el estómago lleno. Y Chica también veía la historia a la luz de los cambios que estaban sucediendo en su cuerpo en aquel momento. La narración de Gran Madre se transformó en algo nuevo en la mente de Chica. Para ella, era un relato que reforzaba su modo de vida. Le recordaba por qué preferían vivir siguiendo el mismo patrón cada año y por qué su capacidad para cazar bisontes los convertía en las bestias más fuertes del territorio. Andar rondando a su hermano podía conducirlos a tiempos muy duros. Por eso siempre llevaba la concha, a la que llamaba Mar, alrededor del cuello.

—Chica —chilló ahora Gran Madre cuando se giró y vio que la

muchacha había salido de la cabaña.

Gran Madre le había puesto un nombre a cada uno en relación a ella. Era una forma de distinguir un cuerpo de otro, pero sin separarlos demasiado. Creía que cualquier palabra asociada a un nombre añadía una tensión innecesaria a la garganta. Más que las palabras, eran los rituales los que conformaba el modelo que guiaba sus vidas, y había llegado el momento de la comida matutina previa a la caza. El chillido significaba que Gran Madre quería que Chica la alimentara. No hacían falta más palabras.

Llamar a Chica también era el modo que tenía Gran Madre de expresar sus preferencias. Resultaba raro y especial que dos generaciones vivieran simultáneamente. La mayoría de ellos sabía que era probable que no duraran lo suficiente para ver tres. En tiempos de Chica, rara vez habían convivido más de ocho cuerpos a la vez. Y para Gran Madre, ella era la última chica. Era una posición tan valiosa que la anciana se sentía especialmente protectora con Chica. El viejo vientre de Gran Madre no produciría más hembras procreadoras. Su cuerpo se había convertido en una vasija fofa llena de arena. Nada podía crecer ya allí, pero algo echaría raíces en Chica.

El momento de una sucesión se acercaba. Asegurar que la familia sobreviviera era la gran preocupación de Gran Madre, y su estrategia de supervivencia dependía de la carrera de peces en el punto de encuentro: el macho más mayor, Chico, intentaría atraer a una nueva mujer a la familia para que se convirtiera en la nueva Gran Madre del grupo. La hembra, Chica, intentaría ganarse un lugar como Gran Madre en una nueva familia. Si estas dos cosas sucedían, la familia se haría fuerte, como el pescado en un buen año. Su estirpe volvería a correr de nuevo con el río.

Chica se metió un pedazo de carne seca en la boca y empezó a masticar. Había que dejar la carne en el punto justo para que la anciana, sin apenas dientes, pudiera consumirla. Si la mascaba demasiado le quitaría todo el jugo; tenía que hacerlo hasta asegurarse de que la carne pudiera pasar entre las encías y bajar por la garganta. Chica masticó hasta que estuvo blandita y sacó el bocado pulposo. Se arrodilló junto a su madre y le mostró el trozo de carne, sosteniéndolo para que lo inspeccionara.

Gran Madre miró la tira aplastada, aspirando con fuerza por la nariz. Los pelos ásperos de su barbilla reflejaban el sol. Mostró su conformidad asintiendo y abrió la boca. El olor de su aliento salió en volutas. Tomó la

carne entre los labios y atrapó la carne con las encías.

—Hum —dijo, y succionó hasta tragarla.

Cuando la anciana terminó de comer, Lisiado dio a cada uno de los miembros de la familia un puñado de avellanas tostadas y un trozo de carne seca de la provisión de víveres. Chica mordió su trozo de carne con ansia. Era un poco más grande de lo normal, pues ella era una pieza importante en la caza, pero a sus ojos no lo era lo bastante. Ninguna porción lo era. Siempre tenía hambre.

Chica también había empezado a notar una nueva sensación bajo la piel, como un mordisqueo. Intentaba calmar su mente imaginándose, después de la caza, con un pedazo de carne caliente en la mano, sorbiendo su jugo, rodeada por el olor de la reciente matanza; sus pies, con una ligera capa de vello, se retorcerían de felicidad mientras chupaba y masticaba, con la sangre goteándole por la barbilla. El recuerdo de la carne la llenó de esperanza. Sus recuerdos no eran necesariamente de cosas que le hubieran ocurrido a ella; podían ser las experiencias de otro miembro de la familia. Se podían transferir a través de los sueños o del cuerpo de un animal que se hubiera comido. Servían para mantener el cuerpo a salvo en una situación determinada, para encontrar comida, o para dar sentido a algo desconocido. De modo que Chica cerró los ojos y dejó que las buenas sensaciones de la carne fresca inundaran su cuerpo. Pensó en todas las veces en que la caza había sido un éxito tanto para ella como para los miembros de la familia que existieron antes que ella. Esta caza pondría fin a su hambre.

A su espalda pudo oír a Gran Madre olfateando. La vieja mano de la mujer, fuerte como una zarpa, se cerró sobre el hombro de Chica y la retuvo. El olisqueo se aproximó y la anciana olfateó algo en ella.

—Hum.

Chica tembló como una hoja demasiado pesada para su rama. Gran Madre estaba oliéndola como para comprobar si tenía el mal del sol. Se llevó la mano a la frente. Parecía estar más caliente de lo normal, pero no presentaba ninguno de los otros síntomas. No se sentía enferma; más bien lo contrario. Sus músculos se contraían de deseo. Quizá más hambre de lo habitual, si eso era posible. Todavía no notaba lo que Gran Madre ya había descubierto con el olfato.

Chica lo descubrió cuando fue a ponerse en cuclillas detrás de un arbusto,

el último paso antes de prepararse para partir. Vio una línea de mucosidad en su muslo. Soltó una risita, pues se parecía más a clara de huevo que a algo que saliera de ella. Se lo limpió con una hoja y le resultó extrañamente pegajoso. No era como la sangre que le había empezado a brotar el año pasado. No sentía dolor, solo un ligero calambre en las caderas. Un sudor frío recorrió su espina dorsal al comprender que eso era el celo. Era la primera vez que lo tenía. El celo provocaba el aroma que advertía a los demás de que quería aparearse.

Chica sabía que tendría que esperar a que estuvieran en el punto de encuentro para eso. Gran Madre le había dado más carne durante el invierno y había comentado que este año Chica estaría lo bastante gorda como para que el celo le viniese a tiempo para la carrera de peces. Para entonces ya sería lo suficientemente mayor como para tener su propia familia. Gran Madre quería que su hija la hiciera sentirse orgullosa. Al igual que Gran Chica, la hermana de Chica, había hecho antes.

Pero a pesar de que aquel invierno había comido carne extra, Chica estaba preocupada. No quería abandonar esta familia como había hecho su hermana. Gran Chica se reía mucho. Jugaban, cuchicheaban y se quitaban bichos de la espalda. Muchos creían que las dos eran el mismo cuerpo, con sus narices aplastadas y dilatadas y sus mechones de cabello rojo. Sin embargo, había una diferencia que las distinguía. Cuando Gran Madre no sabía quién era quién, les pedía que sonrieran. Gran Chica se había golpeado contra una roca y no había podido conseguir que los paletos se le mantuvieran unidos a la mandíbula. El orificio hacía que su sonrisa fuera más brillante. Cuando Gran Chica quería hacer reír a Chica, sacaba la lengua por el hueco y silbaba como una serpiente. A Chica le asustaban las serpientes. Se perseguían y se esquivaban por el campamento, entre gritos y carcajadas, hasta que una de las dos se caía. El cuerpo que seguía en pie se abalanzaba sobre el otro y se ponía a hacerle cosquillas. O a veces era el enorme pie de Gran Madre el que ponía fin al juego. El hueco en la boca de Gran Chica era una fuente de gran diversión.

Para Chica, su hermana pertenecía al tipo más fuerte de mujeres porque había conseguido una familia en la carrera de peces. Pero ahora se había ido. Quizá viviera bien, con mucha carne, pero Chica no tenía modo de saberlo. Con la excepción de sus visitas al punto de encuentro, nunca había vivido

más allá del territorio de la familia. No sabía cómo era la vida en otro sitio. Cuando intentaba imaginarse la vida de Gran Chica, lo único que sentía eran las picaduras de los bichos sin una hermana que se los quitara. También concebía así la idea de marcharse, como una pulga que sus dedos no podían alcanzar. Y ahora Chica estaba en celo y también cambiaría. Lo que la aguardaba era oscuro e impreciso, como el fondo de una cueva.

Chica sabía que esa sensación no era provechosa para la familia. Pensar en lo que vendría te distraía. Dejaba el cuerpo vulnerable en el momento presente. Lo único que quería era apartar de su cabeza esos pensamientos. Pero todos en la familia lo sabrían. Con el celo, los ojos de todas las bestias de la tierra mirarían de otro modo su piel blancuzca. Si no de inmediato, sucedería pronto. El brillo de su pelo parecería más intenso para poner de manifiesto el calor que había surgido entre sus piernas.

Chica confiaba en poder ocultarlo por el momento. Rápidamente cogió musgo para secarse y mitigar el olor. Caminó con la cabeza agachada y mirando a ambos lados, un nuevo miedo la mantenía alerta frente a los devoradores de carne. Se puso en pie y regresó junto a los otros. Ocupó su puesto al frente de la fila, como siempre hacía. Igual que muchas otras en la familia habían hecho antes, intentó fingir que nada había cambiado. Se centró en lo que era igual.

DR PEPPER

¿Por qué existe la vida? Las dudas sobre la finalidad de mi existencia me han asolado durante gran parte de mi vida. El día que la encontré, una neandertal que llevaba mucho tiempo enterrada bajo tierra, me libré de ellas. Como arqueóloga, sabía que la diferencia básica entre algo vivo y algo muerto es el calor. Solo las cosas vivas son capaces de capturar energía de la tierra y usarla, pero en cierto modo, más de cuarenta mil años después de su muerte, esa neandertal fue capaz de capturarme. Sentí como si su enorme mano se acercara a través del tiempo para agarrarme por mi sucia camiseta y acercar mi nariz al punto donde yacía. Cuando la encontré, por fin comprendí el motivo de mi existencia. Quería conocer sus secretos.

Para entonces, ya había descubierto un esqueleto de varón en la cueva. Los restos pertenecían a un humano moderno, un *Homo sapiens* (que significa hombre sabio en latín), la única especie que ha sobrevivido del género *Homo*. Uno de nosotros. Una determinada actividad geológica había dado como resultado que sus huesos fosilizaran. Basándome en su estado impoluto, me pareció que merecía la pena estirar mis ahorros y prolongar mi excedencia en la universidad para evaluar el potencial de aquel sitio. Mi ayudante Andy y yo acampamos en la cueva, delimitamos minuciosamente el área interior con estacas, y comencé el lento proceso de ir excavando un fino estrato tras otro. Al poco de empezar, limpié con el pincel una capa de sedimentos y descubrí un fragmento redondeado de cráneo.

—¡Andy!

Atravesó el plástico grueso que habíamos colgado para proteger la entrada de contaminantes externos.

—¿Rose?

—La he encontrado —dije, con voz temblorosa.

—¿A quién?

El burbujeo carbonatado sonó a mis espaldas. Andy iba con una lata de Dr Pepper a casi todas partes. Le tenía prohibido entrar con la bebida en la cueva, pues una sola gota que se derramase tenía suficiente poder corrosivo como para disolver al instante piezas que habían sobrevivido al resto de amenazas. Pero Andy había desarrollado una estrategia de supervivencia propia tras cuarenta y pico años de matrimonio con su recientemente fallecida esposa: su oído era altamente selectivo.

—Es un segundo conjunto de restos —dije.

—¿En serio? -Andy suspiró y dio un largo trago—. Yo veo un trocito diminuto de hueso.

Estábamos en una pequeña gruta unida a una red de cuevas no muy lejos de las Gargantas del Ardeche, cerca de Vallon-Pont-d'Arc en Francia. Formaba parte de un sistema más grande que se hizo muy conocido gracias a las cuevas Chauvet, donde en 1994 se descubrieron unas espectaculares pinturas realizadas por humanos modernos.

—No queremos precipitarnos —dijo Andy, golpeando con el índice su reloj—. Te voy a traer el notebook, pero recuerda, es hora de irse. Mañana seguiremos trabajando con esto.

—Con ella —dije instintivamente.

—Volveremos con *ella* a primera hora de la mañana —se burló—. ¿Tiene ya nombre?

—Necesito seguir trabajando, Andy.

—Voto por Patricia, pero mejor arreglamos las cuestiones del bautizo mañana. Me hiciste prometer que te obligaría a parar a las cinco, ¿recuerdas?

—¿Andy?

—¿Rose?

—De ningún modo voy a abandonar la excavación ahora.

Andy soltó un suspiro más largo.

—¿Jane te parece muy soso? —dio otro gran sorbo de su lata.

Me incliné hacia atrás para mirar a Andy y me fijé en que la fatiga se había adueñado de su rostro bonachón. ¿Sería yo la causa de su adicción a las bebidas carbonatadas? Pero me ofreció su amplia sonrisa de Oregón para demostrarme que estaba bien. Yo hice lo propio dándole una palmadita en

mi barriga ligeramente redondeada.

—Ve a por otra lata —dije— y tráeme el notebook y la cámara.

—¿Esto significa que no vamos a parar?

—Estoy embarazada, no trastornada.

—Hum. —Andy se encogió de hombros y salió atravesando el plástico.

—¿Andy? —le llamé.

—¿Sí?

—Jane es un nombre sosísimo.

Esperé a que Andy se hubiera marchado para masajearme un punto de dolor en mi zona lumbar. Me encontraba ya bien entrada en mi tercer mes de embarazo. No lo parecía, pero no necesité un test para saber mi estado. Se lo tuve que contar a Andy. No puedes ocultar el hecho de que tienes náuseas matinales a alguien con quien compartes una tienda de campaña. Mi plan era hacer una visita a mi médico cuando regresase a Londres dentro de dos semanas. Luego, cuando tuviera la confirmación, le daría la noticia a Simon, mi pareja. Él se había quedado defendiendo nuestra fortaleza en Londres, pues las clases que impartía duraban toda la primavera. Una parte de mí quería agarrar el teléfono y anunciarle a gritos la buena nueva, pero otra parte de mí sentía que era demasiado pronto. Hace mucho que Simon quería un bebé. Yo tenía treinta y nueve y sabía que, en cierto modo, él ya había perdido la esperanza. En silencio, lo observaba resignado a llevar un tipo de vida distinta a la que se había imaginado. Antes de volver a trastocar su perspectiva vital, quería estar completamente segura.

A sus sesenta y dos años, Andy había decidido que la vida era corta y había pedido la jubilación anticipada a su empresa financiera para obtener un doctorado en arqueología. Un florecer tardío, como se autodenominaba. Cuando envié algunos correos buscando ayuda para una expedición de reconocimiento, fue el primero en responder. Andy estudiaba en la Universidad de Stony Brook con un buen amigo mío, el doctor Conn Bray, especialista en tecnología paleolítica. En un principio, me mostré reacia a aceptarlo, pues suponía que se trataba del típico estudiante que esperaba aventuras en pozos de serpientes al estilo Indiana Jones, y al que no le haría gracia la típica inacción y el ritmo lento de los sitios arqueológicos llenos de barro. Conn tenía tendencia a hacer que la paleoarqueología pareciera una gran aventura y en clase le encantaba tallar cabras con herramientas de

piedra. Pero a medida que Andy y yo trabajábamos juntos, fui comprendiendo que era el mejor tipo de alumno: de los que escuchaban y aprendían, pero tenían mucho que aportar. Rápidamente se convirtió en mi voluntarioso cómplice en todas las cuestiones arqueológicas, así como en un buen amigo. No sabía qué hacer sin él.

Andy regresó atravesando el plástico. Sosteniendo mi notebook, mi cámara y una nueva lata de refresco, giró la muñeca en un intento de mirar su reloj.

—Simon quiere que le llames cuando vuelvas al campamento. Tu madre ha telefoneado también.

Le oía, pero en realidad no le escuchaba. Andy lo sabía. Volvió a intentarlo.

—¿Saco una foto, la ploteo, hago un croquis y sanseacabó?

—¿Quién manda en esta excavación? —Alcé la barbilla en un gesto desafiante.

—Eso es una cuestión delicada.

—¿Perdón?

—¿Señora doctora Rosamund Gale, sí, señora! —Inclinó su lata de Dr Pepper a modo de saludo.

—¿Y qué hora es, Andrew?

—Las cinco y trece minutos.

—Saca fotos. Registra este descubrimiento.

—Mi jefe me va a largar.

—¿Andy?

—¿Rose?

—Como tu jefa, te ordeno que dejes ese maldito Dr Pepper fuera —solté entre risas.

Había solicitado una excedencia en mi trabajo docente para investigar unas características interesantes que había descubierto hacía unos años al excavar en esta zona con un equipo de prospección. Con Andy contratado como ayudante y con su salario pagado gracias a los últimos ahorros que me quedaban, volví a trazar la ruta que había realizado. Pero en esta ocasión, en medio del silencio, sin presión del grupo, encontré un respiradero. Una cueva respira aire como un cuerpo. Cuando la presión cambia, el aire menos denso

y más frío de la noche es absorbido, como una inhalación. Cuando el sol calienta el aire, la cueva busca equilibrio y exhala. Encontré el respiradero cuando me detuve a hacer un descanso para beber agua. Al principio lo sentí, era como si alguien estuviera soplándome muy suavemente en la mejilla. Me costó dos días dar con un canal que conducía a esta gruta que no aparecía en el mapa.

Quizá fue entonces cuando sospeché que estaba embarazada, pero me las apañé para posponer mi descubrimiento interior unas semanas, una fórmula probada para asegurarse de que es más fácil urdir planes.

Cuando entré por primera vez en la gruta, lo hice atravesando un estrecho canal de roca. Tuve que retorcerme como una serpiente para pasar. La caverna en el otro extremo llevaba años sin ser detectada, posiblemente debido a que el estrecho canal impedía el paso incluso a hombres de complexión media.

Tras deslizarme y dejarme caer, solo tardé un par de horas en descubrir el borde de un bifaz. Más adelanté lo identifiqué como un ejemplo de industria châtelperroniense, parte de una cultura con industria lítica que yo creía compartida por humanos modernos y neandertales. Andy y yo logramos picar una pared de la gruta para dejar al descubierto el muro exterior y así hacer más accesible el sitio. La cueva pronto se convirtió en un sitio de excavación como Dios manda, aunque faltaban el dinero y el glamur de Indiana Jones. Andy decía que él ponía el atractivo.

En cuestión de un mes, Andy y yo habíamos encontrado el primer conjunto de huesos; pertenecían a un varón anciano que era un humano moderno.

El momento en que desenterré el fragmento de un segundo cráneo, tuve la intuición de que habíamos encontrado algo grande. No podía guardar las herramientas solo porque fuesen las cinco en punto. Seguimos trabajando, limpiando a cepillo y ploteando con esmero y en silencio.

—¿Vas bien? —preguntó Andy.

—Sí, gracias. —Forcé una sonrisa para ocultar mi agotamiento.

—Bonito bigote —comentó con una risita. Tenía la desafortunada costumbre de pasarme el brazo lleno de tierra por la cara para secarme el sudor. El resultado era que cada día recogía una gruesa línea de tierra en mi labio superior. Al menos, con eso entretenía a Andy.

La tarde se fue alargando hacia la noche. Antes de darme cuenta, estaba oscuro fuera de la cueva. Andy tomaba medidas y hacía croquis mientras yo iba apartando lentamente con el cepillo más capas de tierra. Teníamos algunos frutos secos y barritas de cereales para aguantar. No sé muy bien cómo, pero Andy me convenció para dar un trago de Dr Pepper. Reconozco que me proporcionó algo de energía. A medida que iban apareciendo más partes del cráneo en la tierra, vi que parecía estar tumbada de costado con la cabeza vuelta hacia el humano moderno. Estaba claro que se encontraban en el mismo estrato o capa de tierra.

Comencé a ver que el cráneo era más grande de lo que me esperaba. Había una clara prominencia sobre la órbita del ojo. Miré a Andy para ver si él también se había fijado, pero seguía comportándose como si fuera un día cualquiera.

—Entonces, ¿qué? ¿Me cambio? —preguntó.

Me di cuenta de que Andy había estado hablando mientras trabajábamos, pero ¿de qué? Estaba demasiado absorta en el hueso visible como para escucharle. Interpretó fácilmente el gesto confuso de mi rostro.

—Que si me paso a *light* —dijo.

—Hacer dieta no funciona —respondí—. Nuestros cuerpos evolucionan mucho más despacio que nuestras costumbres alimenticias.

—Me refiero a Dr Pepper Light. Debería cambiarme.

—Los refrescos *light* son para gente gorda, Andy.

—Yo estoy gordo —dijo, dándose unas palmaditas en la panza.

—Da gracias de que no sea un bebé —mascullé y volví a cepillar.

—¿Nunca te has planteado escarbar en...

—¿Has probado el Dr Pepper de cereza? ¿No lo has pensado?

—...tu sentido del humor?

—O haz una locura y pásate a la Fanta. ¿Te gusta? Quizá solo necesitas un cambio.

—Solo estaba echando el anzuelo, Rose.

—¿Para qué? ¿Quieres hacer ejercicio con la pesca?

—Para pescar un cumplido.

No hacía falta perder tiempo intentando excusar mi falta de atención porque era fácilmente detectable. Estiré el brazo y di una cariñosa palmada en

la tripa de Andy, que le complació enormemente. Yo era su persona favorita a la que chingar, y viceversa, pero ya no me estaba mirando. Me miraba las tetas.

—Jolín, Andy. —Puse un dedo bajo su barbilla para levantarla—. Eres igual que los demás.

—¿Se te... ha caído el agua? —Andy normalmente tenía un aura de confianza entusiasta a su alrededor. Fue en parte lo que me hizo aceptarlo en mi equipo. Esta era la primera vez que le escuchaba hablar con tono vacilante—. ¡Ah, no! Es que estás goteando.

Bajé la vista. Tenía razón. Tenía una mancha húmeda en mi camiseta, sobre mi pecho izquierdo.

—¡Mierda! —mascullé.

—No —dijo Andy, retomando su tono burlón—, estoy casi seguro de que es leche.

—Calostro —la palabra salió de mi boca como un lamento—. Es muy pronto, ¿no? ¿Cómo puede ser que me haya convertido ya en una vaca?

—Vas a ser una buena vaca.

—Soy una vaca cabreada.

—¿Te he dicho ya que me habías pedido que me asegurara de que parabas de trabajar a las cinco en punto?

—Oh, espera. —Apunté con mi foco hacia la mancha de mi camiseta para mirarla de cerca—. Solo es una gota de Dr Pepper. ¡Uf!

—¡Guau! Te has puesto nerviosa, ¿eh?

—Quizá.

—Bueno, pues deja de tirar las cosas ricas o me acabaré asustando yo también.

Unos sorbos más de Dr Pepper me mantuvieron despierta. No habría parado por nada del mundo. Esta era la culminación de años y años de trabajo minucioso; había sacrificado enseñanza, dinero y tiempo con Simon para explorar esta zona. Era el primer gran descubrimiento potencial que podía reclamar como mío. Aunque se me consideraba mayor para ser una madre primeriza, era demasiado joven como para no haber realizado todavía un hito reseñable en mi campo de estudio. Andy tenía razón. Estaba nerviosa.

Mientras trabajábamos, dejé que mi cabeza diera vueltas a la idea de tener

un bebé. Había visto lo que les pasaba a las mujeres que me habían precedido en mi ámbito. Gran parte de las que tuvieron hijos fueron marginadas, o se marginaron solas. Los hombres que decidían implicarse con sus hijos tendían a hacer lo mismo. No tenía motivos para esperar que mi experiencia fuera a ser diferente. Y si este era de verdad un descubrimiento importante, el tiempo era crucial. En arqueología, el descubrimiento es importante, pero la persona que interpreta lo encontrado y lo publica es quien se lleva el mérito. Sabía que un periodo apartada de la excavación podía suponer que mi nombre acabara relegado a la última línea de autores o, peor, eliminado por completo. La lista de mujeres científicas cuya contribución había disminuido o caído en el olvido era desalentadoramente larga.

Y entonces, con unos golpecitos de mi pincel, en la tierra ante mis ojos, la historia comenzó a formarse. Debían de ser las dos de la madrugada cuando había desenterrado lo suficiente del cráneo como para ver el contorno.

—Mira —la palabra brotó atragantada. Señalé para enseñar a Andy el perfil de una frente prominente, una cavidad nasal más grande y una frente hundida—. ¿Qué es lo que ves?

—A un tío muy feo —silbó.

—¿Andy?

—¿Rose?

—Es un neandertal.

Entonces, Andy soltó el aire de sus pulmones. La duración de la exhalación delataba lo inseguro que se sentía sobre mis teorías sobre dónde y cómo podríamos encontrar artefactos. No había bromas ni más latas burbujeando. Los dos estábamos demasiado aturcidos. Andy me cogió del brazo, boquiabierto. Ninguno de los dos podíamos hablar. Nos sentamos en silencio y lo miramos fijamente.

Al mirar, fuimos asimilando lentamente las implicaciones de este descubrimiento. Quizá, en cierto modo, yo también había empezado a dudar. Sabíamos bien por el reciente advenimiento de las pruebas de ADN que muchos humanos modernos habían heredado genes de los neandertales y viceversa, pero más allá del método obvio de transferencia, sabíamos muy poco de las relaciones entre ambos. En mis momentos más tranquilos, dudaba que alguna vez pudiéramos saber más.

Pero en la cueva, los restos de una neandertal descansaban junto a los de

un humano moderno. Parecía como si hubieran muerto juntos, quizá en alguna erupción volcánica, pues había registros de ellas en la zona. Quizá los había puesto en esa posición alguien que pensaba que querrían estar uno frente al otro en la muerte. Puede que hubieran vivido juntos. Fuera lo que fuera, su posición era prueba de una comunicación más compleja entre los dos, algo que yo siempre había supuesto que se perdería en el tiempo. Ahora lo había encontrado. Una relación, un sentimiento, o una mirada. Las cosas que no se fosilizan son las que más importan.

4

La familia caminó en fila hasta el cruce de los bisontes. Chica iba la primera. Abría el camino rompiendo las ramas que habían caído en su senda durante las tormentas de invierno. En su mente había imágenes de carne, y en su lengua, recuerdos de cómo sabían las distintas partes. Se comería el primer mordisco crudo y luego asaría más en un palo. Pondría a secar trozos redondos de los cuartos. Aunque en ocasiones comía vegetales cuando escaseaba la comida, no le parecía que fueran muy provechosos para nadie. Su cuerpo prefería la carne. Caminaba, y con cada paso soltaba las palabras de un vigorizante canto: «Cu-cu-clín, cu-cu-clín, cu-cu-clín». Mi cabeza es un bisonte.

Los compinches de Chica, Gato Montés y Canijo, se le unieron. Gato Montés permanecía entre la maleza, pero Canijo correteaba justo detrás de ella. La víspera, Chica había dado un inusual paseo por la espesa arboleda donde pastaba la pequeña manada de bisontes. La familia no podía cazarlos en el bosque, porque el terreno no les proporcionaba ninguna ventaja. Pero Chica quería conocer qué se podía esperar de aquella manada en concreto cuando los atacaran en el cruce. Se llevó a Canijo con ella porque el muchacho tenía que aprender qué debía hacer cuando llegara el deshielo. Si iba a sobrevivir, el pequeño tenía que hacerse una imagen clara del terreno en su cabeza. Visualizar el contexto para cada pequeña decisión que más adelante tuviera que tomar.

Cuando llegaron a los árboles, Chica frunció el ceño más de lo habitual. Los bisontes hozaban la nieve derretida buscando los primeros brotes. Tenían las patas largas como los caballos y unas barbas enmarañadas bajo el mentón. Se movían con el paso lento y medido de las bestias que no esperan que de pronto aparezca un brote verde. Cuanto más los miraba, más sentía que la

tierra se había puesto patas arriba durante el invierno. Había muy pocos bisontes. Normalmente, vivían en manadas de diez a quince, quizá más, pero este era solo un pequeño grupo de cinco miembros con aspecto perdido. Eran muy pocos para mantener la manada, a no ser que se unieran a otra. Dos crías temblaban sobre unas patas que parecían largos dedos más que fuertes piernas. Revolvían con el hocico la nieve sucia intentando encontrar los matos de hierba que hubieran tenido la suerte de crecer la estación anterior.

Chica olisqueó e indicó a Canijo que mirara. El rugido de las tripas de los animales despedía un tufo agrio que les llegaba entre las ramas de los árboles y se acumulaba en una nube sobre sus lomos.

—¿Ye? —Se tocó la nariz.

Canijo torció sus fosas nasales redondeadas.

—*Osera* —asintió. *Miedo*.

En el camino de regreso al campamento, Canijo arrastraba los pies. Chica sintió la fatiga del muchacho y comprendió que hasta un paseo de esa distancia era demasiado para él. Como niños más pequeños de la familia habían recorrido esa distancia muchas veces antes, sus dudas respecto a Canijo aumentaron. Pero Gran Madre había decidido que el niño era uno de ellos y Chica no podía oponerse. De modo que Chica aupó el ligero cuerpo del muchacho y se lo echó a hombros para ganar tiempo. Con la manaza de Chica sujetando su pierna, Canijo parecía sentirse más seguro. La felicidad ascendió como una burbuja en la garganta del muchacho y explotó. Se puso a charlar. En lugar de llamarlo *gargantacuervo*, Chica intentó escuchar. La entretenían los sonidos. Rápidas y escalonadas, las palabras se deslizaban por sus oídos y se las llevaba el viento. Pero también se preocupó. Los huesos afilados del estrecho trasero de Canijo se le clavaban en los hombros; sabía que debía estar más redondeado y ancho antes de la carrera de peces. Ahora, mientras caminaba junto a los otros, Chica pensó en la mermada manada de bisontes y en las bocas de la familia. Necesitaban fuerza desesperadamente.

El otro compinche de Chica, Gato Montés, también caminaba con ellos hacia al cruce, pero a cubierto entre la maleza y apartado a un lado. Soltó un maullido para que Chica supiera que estaba allí. La muchacha se volvió y vio la punta de la cola del animal desaparecer tras un árbol. Al final de la fila, Chico también escuchó el maullido. Chica vio cómo su nariz se arrugaba en un gesto reflexivo. No le gustaban los gatos, y no había duda de que no le

importaría despellejar a aquel en concreto. Desde la maleza, Gato Montés sostuvo la mirada de Chico con unos ojos igual de fruncidos y recelosos. Chico le dio una patada, pero el felino salió disparado justo a tiempo. Chica contuvo la risa, pues podía imaginar el orgullo del gato al haber conseguido esquivar el pie de Chico una vez más.

Gran Madre era la siguiente de la fila tras Canijo; su caminar cimbreado y sus caderas ondulantes marcaban el ritmo pausado. Sus cuernos iban de un lado a otro al andar. Lisiado iba justo detrás, dispuesto a ayudar a la anciana. Chica oyó un golpe y al girarse vio que Gran Madre había tropezado y se había caído. Pero cuando Chica retrocedió, Lisiado ya estaba allí ofreciendo una mano para levantar a la anciana. Gran Madre era demasiado orgullosa para avisar de que se había caído. Cuando estaba en el suelo, volver a levantarla era una tarea cada vez más complicada.

Desde allí, Gran Madre los miraba como preguntándose: «¿Desearían que mis huesos se quedaran hundidos en el barro?». Lisiado intentaba enderezarla con suaves arrullos y palmaditas. Chica sabía que, de todos ellos, era el más preocupado por la decadencia que experimentaba el cuerpo de Gran Madre. Con la anciana al frente de la familia, su posición como hijo suyo estaba asegurada. Sin ella, su situación se debilitaría, y Chica sabía que a Lisiado le preocupaba imaginar qué pasaría después. El muchacho ayudó a la anciana a levantarse y miró a Chica. Sus ojos se cruzaron y Lisiado separó los labios con un gesto vacilante para mostrar sus dientes en señal de afecto.

—¿Arú? —dijo, con un tono suave y agudo.

Chica asintió y también mostró sus dientes. A pesar de su defecto físico, o quizá debido a este, era el más cariñoso de todos. Se apartó de su hermano y siguió caminando al ritmo de Gran Madre hacia el cruce.

Todas las bestias que habitaban en el territorio dejaban pasar en paz a la familia, y tenían motivos para ello: sabían lo que sucedía en esa época del año. Si la familia conseguía caza, la mayoría de los animales también recibiría buena comida. La familia dejaría parte del animal muerto para el oso de la cueva, como siempre hacían. Estaba claro, por un montón enorme de excrementos, que el oso estaba despierto. Probablemente se encontraría remontando el camino hasta el río con la esperanza de que la familia tuviera éxito. El gran ciervo rojo y su cría habían pasado mucho antes para dejar una amplia distancia entre ellos y el oso. Su olor permanecía suspendido sobre la

nieve derretida y dejaba un rastro lechoso. Las hienas y los tejones vendrían después, seguramente al anochecer, para buscar las sobras. Los pájaros limpiarían el esqueleto. Los gusanos se retorcerían para transformar la sangre en tierra. La revolverían y luego vendrían las lluvias para arrastrar las partes más pequeñas hacia el río. Los pequeños pececillos plateados mordisquearían las algas verdes que crecen sobre los huesos en descomposición. La caza los unía a todos.

No se olía al joven leopardo, lo cual le resultó extraño a Chica. Cuando el animal apareció antes de las tormentas invernales, se dio a conocer. Estaba buscando su propio territorio. Chica se tomaba muy en serio la tarea de buscar señales de peligro de la bestia. Se preguntaba dónde estaría.

Todas las bestias tenían sus rasgos característicos, y la familia no se veía como una excepción. Igual que los osos, tenían el paso ligero de los depredadores, que les permitía acercarse con sigilo a sus presas. Como los leones de las cuevas, sus ojos miraban al frente para calcular la distancia a la que se encontraba un objetivo. Al igual que los pájaros, sus gargantas emitían sonidos para llamarse unos a otros y avisar de posibles peligros. Del mismo modo que los zorros, recolectaban y almacenaban comida para el invierno.

Las diferencias entre sus cuerpos y los de las bestias que los rodeaban no eran defectos, sino fuentes de inspiración. Si un oso era capaz de desgarrar la piel con sus zarpas, ellos podían encontrar algo con lo que cortar. Hacía mucho, un miembro de la familia había empezado a cortar lascas de piedra para fabricar garras. Con el tiempo, las técnicas para dar forma a las piedras se refinaron. Al redondear la parte trasera de una piedra, la familia hizo un hacha de mano lo bastante cómoda como para sostener en una palma. Con ella también podían rasgar piel. Un lobo podía usar un colmillo para perforar una vena y desangrar a su presa; la familia podía atar una punta de piedra con forma de colmillo a un palo afilado. Un pájaro podía usar su canto para atraer a una hembra; los miembros de la familia podían intentar unir los sonidos graves de su garganta para convertirlos en algo un poco más dulce.

Todas las bestias estaban hechas de carne y sangre. Su vida diaria con frecuencia implicaba algún tipo de violencia sangrienta. Cuando abrían a alguno de los animales que los rodeaban, el interior de sus cuerpos se parecía mucho al suyo. El sabor de la sangre de un ciervo rojo era sorprendentemente parecido al de la sangre de uno de ellos. Un trocito de hueso de glotón era

difícil de distinguir de un trozo de hueso de un hermano. Frente a todas estas similitudes, había una división indiscutible que separaba a las bestias. Solo había dos tipos de carne: la carne que consigue comer y la carne que es comida.

5

La familia se escondió y esperó a que el primer bisonte de la pequeña manada cruzara el río. Lo hacían por una zona amplia en la que el agua se estancaba antes de que el río se estrechara y el paisaje se volviera empinado. Allí los barrancos rocosos se allanaban para formar un paso por el que cruzaban todas las bestias. Las pequeñas manadas de bisontes solían usar este cruce para ir desde su territorio de invierno entre los árboles hasta las praderas abiertas de zonas más altas. Se adentraban en el río por la otra orilla, rompían la fina capa de hielo y atravesaban a nado las frías aguas lo más rápido que podían, intentando que no se los llevara la corriente. Cuando el bisonte llegaba a la otra orilla, el único camino posible los conducía hasta un estrecho barranco. Tenían que atravesar este canal de roca en fila de a uno para alejarse de la orilla.

Chica colocó su lanza en el hueco de la axila. La caza consistía en esperar. La familia había cazado en aquella zona desde los tiempos a los que se remontaban sus historias de sombras, pero aquel lugar no les pertenecía solo a ellos. Todas las bestias del territorio o bien cazaban o cruzaban el río por allí. Era un buen sitio para beber y jugar, pero también era peligroso. Donde había comida y agua fresca, había peligro.

Entonces, se oyó un clac. Un sonido. ¿Dónde? Chica levantó el labio superior para sentir la brisa en la parte sensible de sus encías. Percibió una leve onda, una corriente cálida en el aire. ¿Qué era? Giró la cabeza hacia la derecha para escuchar. El temblor de aquel chasquido era como un pinchazo afilado en su nuca.

Esta era la tierra donde había nacido y la conocía igual que a su propio cuerpo. Era el único lugar en el que había vivido. Como descendía de Gran Madre, su mente conservaba los recuerdos de todas las cacerías en las que

también había participado la anciana, y también su madre antes que ella. Además, Chica contaba con las historias que le llegaban en sueños de los otros miembros de la familia. Cada cuesta, pendiente y curva del terreno estaba grabada en los canales de su mente, pero no solo allí. Su cuerpo también retenía aquellos recuerdos. Había una mella en su espinilla, como una pendiente en el camino, de cuando se cayó. Tenía una cicatriz en el dedo, como una cresta, con la misma curva que el barranco, que se había hecho con una roca afilada. Cuando se le erizaba el pelo de los brazos, era como si formara parte de las praderas herbosas donde pastaban los bisontes. Su cuerpo adoptaba la forma de la tierra.

El pequeño hocico de una cría de bisonte asomó entre las ramas desnudas. Los matorrales todavía estaban atrofiados y marrones por el frío. Solo unos pequeños brotes habían logrado aparecer. Chica vio una cabeza, un cuerpo menudo y unas patas desgarradas y débiles. Sería una presa fácil.

Escuchó el suave chasquido de la lengua de Gran Madre. La anciana se había apartado a un lado por seguridad, pero permanecía muy atenta a todo. Nunca admitiría que ya no podía cazar. En lugar de eso, señaló a Canijo y se llevó las manos a los ojos para indicar que alguien tenía que vigilarlo, y luego se ocultó entre las raíces de un árbol. Observaba atentamente y daba indicaciones con la lengua. Dos chasquidos para el bóvido grande y uno para el ternero más pequeño. Solo hubo un chasquido, de modo que Chica comprendió que estaba decidido. Coger a la cría significaba que la joven bestia no crecería hasta la edad de reproducirse y multiplicarse. Era una decisión a corto plazo para conseguir carne, pero también suponía que a largo plazo la manada probablemente se extinguiría. Los cuerpos de una manada tan reducida de bisontes no podrían reemplazarse más.

Chica respiró lentamente para llenar su cuerpo de aire. Miró a Chico y alzó el labio superior. Sintió cómo se aceleraba el pulso en su piel suave; este era el latido de su cuerpo anticipando los peligros de la cacería. Chico se sorbió la nariz y le hizo un gesto. ¿Sabría su secreto? ¿Podía oler su celo? Apartó la mirada.

La madre bisonte apareció entre los arbustos. Avanzó con precaución hacia el agua. Hacía frío y la respiración brotaba de su hocico formando nubes de vaho. El hielo cubría el barro de las orillas. De momento, pocos animales habían cruzado ese año. El bóvido tuvo que recorrer un corto

camino para llegar a un lugar donde el hielo se rompiera bajo sus pezuñas en las aguas poco profundas. El hielo había resistido más que otros años. Todo en aquel territorio giraba en torno suyo.

El ternero se acercó a su madre, patinando sobre sus pequeñas pezuñas. La hembra de bisonte miró a su alrededor con atención, se sumergió en las gélidas aguas y se volvió a mirar a su pequeño. La cría se zambulló un poco más arriba, a poca distancia de su madre. Luchó para avanzar contra la corriente cuando sus pezuñas dejaron de tocar el fondo cenagoso del río. El agua tenía fuerza suficiente para volcar su cuerpo y engullirlo. Un trozo de hielo golpeó sus cuartos traseros y amenazó con sumergirlo, pero el hocico de su madre lo agarró. Lo guio en las zonas donde la corriente era más rápida y así llegaron a la otra orilla.

Las finas patas del ternero luchaban ahora por remontar la ribera del río. Su madre salió atropelladamente y se sacudió. Las primeras moscas zumbaban al cálido sol y buscaban una forma de colarse entre su apelmazado pelaje. Mientras trepaba por el barro, se le pegaban al corvejón. Los huesos de sus costillas asomaban sobre la curva de la columna, una marca evidente que el duro invierno había dejado en su cuerpo. El ternero se colocó justo detrás de la madre, con la nariz pegada a su cola. Por sus ojos asustadizos, estaba claro que, si hubiera podido, habría vuelto a entrar en el vientre de su madre.

Ante ellos, el camino que ascendía desde la orilla se iba estrechando, obligándolos a caminar en fila de a uno a través del canal rocoso de paredes altas, una trampa con una única salida: el otro extremo. Las características de esa tierra eran las que procuraban comida a la familia. Alguna carne consigue comer.

Agazapada en el saliente elevado, mirando hacia abajo, Chica contuvo la respiración y su cuerpo permaneció tan inmóvil como la roca. Sintió el pulso de Chico acelerarse, y sus propios latidos siguieron el ritmo mientras la madre bisonte se abría paso por el canal. Chica esperó a que el animal grande hubiera pasado y llenó sus pulmones de aire.

Bajó de un salto al estrecho canal aterrizando con un rugido justo en frente del ternero. Las paredes de roca llegaban a la altura de su cabeza. El sonido resonó en todas direcciones y el animal debió de sentir que ya estaba en la garganta de Chica. Su cuerpo se puso en acción. Sacudiendo los brazos

por encima de la cabeza, batía el aire con un frenético aleteo, con la boca abierta y enseñando los dientes. Parecía el doble de grande de lo que era en realidad.

El ternero abrió mucho los ojos. Un balido de terror recorrió su temblorosa lengua negra. La madre era consciente del grave peligro, pero no podía darse la vuelta en el canal angosto. No iba a ser tan estúpida como para retroceder de espaldas hacia Chica, poniendo su trasero indefenso al alcance de una lanza. Era en esa dirección desde donde atacaban los lobos y la familia. En vez de eso, el bisonte se lanzó hacia adelante para salir del canal. Una vez fuera, podría darse la vuelta y regresar para cargar con los cuernos contra Chica. En el tiempo que mediaba entre la salida de la madre y su regreso al canal residían las oportunidades de Chica. Tenía que llevar a la cría hasta donde la esperaba Chico, junto al río, antes de que la madre regresara. Lisiado haría lo que pudiera para distraer a la madre bisonte y ralentizar su avance, pero Chica sabía que no había margen para el error.

Una vez que el ternero estuviera herido, todos podrían trepar a un árbol desde el que esperarían a que la ira de la madre se aplacara y la cría muriera. O, si la furia cegaba a la madre, quizá pudieran ir también a por ella. Intentarían aprovechar al máximo la oportunidad, pero sin acercarse a aquella bestia que podía matarlos con mucha facilidad. En este sentido, su forma de cazar bisontes se parecía a la de los lobos. La única diferencia estribaba en la elección de la geografía. La familia no podía correr como los lobos. Necesitaban la ventaja de un paso estrecho.

El ternero soltó dos balidos y después retrocedió. Empezó a alejarse de Chica, aproximándose a la entrada donde Chico permanecía al acecho. Chica chilló y escupió, y el sonido amplificado inundó la tierra. El ternero era lo bastante pequeño como para darse la vuelta en el pasadizo. Si lo hacía, Chica podría alancearlo por la espalda. Pero en lugar de girarse o seguir retrocediendo, el ternero se quedó paralizado. Chica volvió a chillar y el animalito resopló. Puso los ojos en blanco y agachó la cabeza, y Chica percibió el olor amargo de un estómago vacío. Estaba atontado a causa del hambre. Cargó contra Chica.

Chico vio lo que sucedía y echó a correr por el canal hacia el cuarto trasero del animal. Era rápido, pero no lo suficiente. No lograría llegar antes de que la cabeza del animal golpease a Chica, pues ese era claramente el plan

del ternero. Sus patitas levantaban el barro congelado. Tenía la cabeza inclinada. Hasta un ternero tenía suficiente fuerza como para partírlas las costillas y las piernas.

Chica observó al ternero mientras se acercaba a ella. Sabía que la madre se estaba dando la vuelta y que pronto la tendría pegada a su espalda. La bestia, aun siendo pequeña, le llegaba a la altura del pecho. Con una mata de espeso pelaje que nacía de la frente desnuda y expulsando nubes de aliento caliente, estaba a apenas un par de zancadas. A ambos lados, las paredes de roca eran demasiado altas para escapar de un salto. En ese momento, el mundo se ralentizó alrededor de Chica. Fue como si el aire se convirtiera en un espeso lodo y dificultara el movimiento de las cosas. Tuvo tiempo de ser consciente de que era como si su cuerpo se dividiera en dos. Una mitad de ella empezó a trepar la pared escarpada para apartarse del camino. Quizá, si tenía la suerte de encontrar apoyos para las manos y se movía con rapidez, saldría con vida y podría volver a cazar. Su otra mitad se quedó donde estaba, dispuesta a correr el riesgo de lanzar al ternero de frente para luego subirse encima de él, alcanzar el borde del estrecho y la salvación. Aunque sabía que solo tenía un cuerpo, sentía que ambas cosas sucedían a la vez. Casi esperaba ver otra versión de ella corriendo en la otra dirección.

—Arú.

Un sonido llegó a los oídos de Chica. Sus dos cuerpos volvieron a unirse. Era el grito de Gran Madre, una señal de peligro. Chica giró la cabeza para mirar atrás. Entonces fue cuando vio a la madre bisonte. La enorme bestia corría ahora hacia ella por el estrecho canal de roca.

Chica podía sentir la furia desesperada que emanaban ambas bestias. La rabia alimentaba su sangre y les proporcionaba más fuerza. Una embestida por delante o por detrás podría machacar fácilmente su cuerpo. La herida de un cuerno en su pecho haría que se desangrara.

La visión del animal grande hizo aumentar su miedo, pero recordó que el hielo del invierno había arrancado un trozo de roca. Al concentrarse en esta diferencia, su instinto se distrajo. Chica echó a correr hacia la madre. Había un pequeño montículo que esperaba poder alcanzar a tiempo para trepar. Pero la madre avanzaba con rapidez para cerrarle el paso a Chica.

Los pensamientos de Chica iban más rápido que sus pies. Sabía que las dos mitades de su mente se habían unido de algún modo. Debería regresar en

dirección al ternero. Matarlo ya no estaba en su mente, pero si su única posibilidad era correr, tenía que dirigirse hacia el punto más débil. Chica se detuvo. El barro frío y espeso le dificultaba encontrar apoyo, pero clavó los pies y se giró.

—Arú —Chica expresó su temor, profundo, gutural, apremiante. El animal sentiría su miedo. Oía a la enorme bestia acercándose por el paso como un trueno. No escuchó a Lisiado ni a Chico. Los oídos de Chica solo podían atender al sonido de su lucha. Sus propia respiración entrecortada, los jadeos húmedos y furiosos del bisonte, el sonido del barro que la absorbía, todo era tan ensordecedor que se le nubló la vista. Olía el tufo agrio de su propio miedo. Fue entonces cuando notó el resoplido caliente del bisonte en el canal. La bestia estaba muy cerca.

El pelo de Chica se le erizó de golpe en todo el cuerpo. El bisonte tenía ahora la cabeza agachada y los cuernos listos para embestir. Con el hocico lleno de espuma y un afilado cuerno a cada lado de su enorme cabeza, mugía y bufaba. Chica no tenía adonde correr. Era un momento que todos afrontaban, de vida o muerte. No había tiempo para tomar una decisión consciente. Actuaba movida solo por el instinto. El bisonte se abalanzaría sobre ella en tres pasos. Su dura cabeza le destrozaría el pecho. Las pezuñas ya batían la tierra, el barro salía despedido, y una rabia cálida y pesada espesaba el ambiente.

Una alargada franja de cielo se movió frente a los ojos de Chica. Tenía el brazo levantado delante de la cara. La gran cabeza del bisonte se ladeó. Chica pudo ver claramente un ojo profundo y oscuro. Una larga línea de baba goteaba desde el hocico. Los enormes cuartos traseros del animal se contrajeron, alzándose y curvándose. Este era el último paso que el bisonte daría antes de que su cabeza impactara en el pecho de Chica.

El bisonte enderezó la cabeza para golpear. Eso significaba que Chica desaparecía de su campo de visión. Al tener los ojos a ambos lados, el bisonte estaba hecho para vigilar a comedores de carne que acecharan desde atrás. Podía ver un punto detrás de su propia cola pero, como los caballos, no podía ver lo que tenía delante. Chica se desvaneció en frente del espacio que quedaba entre los ojos del bisonte. La enorme cabeza casi estaba en su pecho. Sintió una última respiración pesada en la mejilla. Entonces, el bisonte se encorvó y embistió.

Hasta ese momento Chica no había visto a Lisiado. El muchacho se lanzó de un salto al canal y cayó sobre el lomo del bisonte. Sujetando un cuerno con una mano y rodeando el otro con la parte interior del codo, consiguió torcer el cuello del animal. Los dos cuerpos chocaron con fuerza contra la pared de piedra. Chica salió rebotada. Vio pezuñas, cuernos, pelaje y baba, y luego todo se volvió negro.

RAYAS ROSAS

Me pasé horas hablando por el móvil evaluando mis posibilidades de financiar una excavación más substancial. Estaba adscrita a una universidad, pero los administradores no estaban dispuestos a apoquinar más que una cantidad irrisoria. Cubriría mi sueldo, el de Andy, la ayuda de un estudiante en prácticas y las herramientas más básicas. Con esos recursos, y teniendo en cuenta el clima y las condiciones de trabajo, la excavación se terminaría en unos tres años. Mi reloj interno avanzaba a un ritmo mucho más rápido.

Entonces tuve una prometedora conversación con Tim Spalding, gerente del Museo de Historia Antigua de Nueva York. Habíamos coincidido en algunas ocasiones y llevaba un tiempo siguiendo mi trabajo; estaba interesado y me dijo que quería hablar conmigo sobre el proyecto en persona. Parecía compartir mi necesidad por proceder con rapidez. Me contó que el museo se estaba quedando obsoleto y que se limitaba a vivir de sus éxitos pasados. Los administradores necesitaban revitalizar la institución apoyando grandes descubrimientos. Acababan de nombrar a un nuevo director que tenía planes innovadores e ideas para colaborar con otros países. Tim me pidió que tomara un vuelo y me reuniera con él al día siguiente. Emocionada, acepté y esperé a que se ofreciera a pagar los gastos del viaje, pero lo único que recibí fue silencio. Respiré hondo y le dije que allí estaría.

Al colgar, me di cuenta de lo complicada que tenía la agenda. Quería ir a casa, visitar al médico y, si se confirmaba, contarle a Simon lo de mi embarazo. También estaba la cuestión del dinero, o más bien de mi falta de él. Tras un momento de duda, decidí que las tarjetas de crédito se inventaron precisamente para este tipo de circunstancias. Llamé a Simon y, sin apenas darle tiempo de llevarse el teléfono a la oreja, le dije:

—Tengo que ir a Manhattan.

—¿Quieres ir a Manhattan, o tomarte un manhattan?

—¿Podemos vernos allí?

—Tengo clases. Mis alumnos se preguntarán dónde me he metido.

—He conseguido una reunión con responsables del Museo de Historia Antigua.

—¿Qué? Parece que Andy y tú habéis vuelto a darle a los cócteles.

—Pídele a alguien que te sustituya en las clases durante unos días.

Simon se paró a pensar.

—Hay rumores de una consolidación en el departamento. Será mejor que no lo haga.

—El museo podría financiar mi proyecto.

—Necesitarás unos cuantos cócteles.

—Me encantaría que estuvieras allí —dije.

—Me gustaría poder ir.

—A mí también.

Andy y yo nos sentamos en nuestras mesas de camping y le hablé de la inminente reunión en el museo.

—¿Puedes cuidar de la cueva mientras yo estoy en Nueva York? ¿Podrás apañártelas?

Me preocupaba que se presentara alguien reclamando sus derechos sobre los preciosos restos del sitio.

—No te preocupes —dijo Andy, confundiendo el motivo de la preocupación en mi voz—. Te prometo que no me pondré tristón.

Su esposa había muerto dos años atrás y a veces sus accesos de pena me pillaban desprevenida. Me sentí terrible cuando dijo esto, pues me di cuenta de que había antepuesto el bienestar de seres fallecidos hacía mucho tiempo al de los vivos.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—Estaré bien.

—¿Sigues pensando en ella?

—No he tenido un solo momento de descanso, pero la echo de menos. El calor de otro cuerpo por las noches, ya sabes... —su voz se fue apagando.

—Eso que dices resulta algo incómodo, teniendo en cuenta que

compartimos tienda de campaña. —Intenté sacarle una sonrisa.

—Preferiría compartirla con alguien que no tenga náuseas todas las mañanas. ¿Soy demasiado exigente?

Le di un beso en la mejilla.

—No permitas que nadie se acerque a la cueva.

No quería buscadores de tesoros husmeando por allí.

—Enseñaré los dientes y gruñiré si alguien se acerca.

Le di un abrazo.

—Gracias.

—Lo vas a hacer genial. —Me devolvió el achuchón y luego alzó la mirada al cielo y bromeó—: Por favor, Dios, dale suerte a Rose para que pueda tener una tienda para mí solo.

Mi vuelo salía de Aviñón a primera hora. En el aeropuerto, compré un test de embarazo. Ya encajaría mi visita al médico en mi agenda más adelante. Con el avión en el aire, me encerré en el pequeño cuarto de baño, abrí el paquete y oriné sobre la punta del palito, que tenía el extraño aspecto de un rotulador de color claro. Me senté en el retrete, cerré los ojos y conté lentamente hasta sesenta. Las vaporosas emanaciones de los productos químicos azulados del retrete, la vibración del motor del avión y el repentino ruido de la cadena en el cuarto de baño de al lado me hicieron dudar si yo misma iba a ser aspirada por el desagüe. Me imaginé siendo absorbida por el sumidero y expulsada al frío aire fuera del avión. En algún punto sobre las aguas acerosas del Atlántico, volaría y planearía sobre las nubes durante unos instantes... antes de caer.

Sentí una sacudida en el estómago cuando llegué a sesenta. Abrí los ojos y miré. El palito del test de embarazo tenía una ventanita de plástico en el centro con dos finas rayas rosas. ¿Por qué rosa? Era el más condescendiente de todos los colores femeninos. ¿Y qué significaban dos rayas? Busqué nerviosa las instrucciones en la caja, pero me di cuenta de que las había tirado. Conteniendo la respiración, metí la mano en el agujero redondo que contenía la papelera. Por suerte, el papelito con las instrucciones estaba en lo alto de la montaña de basura. Leí rápido y vi que las dos líneas significaban positivo. Eso me hizo pensar por un momento: ¿positivo porque no estaba embarazada o positivo porque lo estaba?

Evidentemente, ya lo suponía en cierto modo. El trabajo de los científicos se mueve más en el campo de las corazonadas de lo que jamás seremos capaces de reconocer, pero al final es la sólida evidencia lo que transforma una idea en algo concreto. Es entonces cuando, como diría Andy, la mierda se convierte en realidad. Me empezaron a temblar las manos, pero no podía permitir que mis emociones se apoderaran de mí. El bebé no iba a salir de un momento a otro. Ya veríamos qué suponía todo esto cuando me pusiera en contacto con Simon. Por ahora, quería centrarme en la reunión. Me levanté, tiré la prueba a la papelera y me alisé la blusa. Salí del compartimento y pensé en pedirme un chupito de brandy, pero me dio la risa. Tendría que encontrar nuevos trucos para ser fuerte.

Un último viaje al cuarto de baño antes de aterrizar; me peiné y me pinté los labios. Poco después me encontraba en la cola de la aduana, sonriendo con dulzura. Dejé atrás las cintas de equipaje. Si en algo era obcecada en mi vida, era en no viajar con más de lo que pudiera llevar. Había un chófer con un cartel con mi nombre esperando para recogerme. En el coche me puse unos zapatos de tacón.

Me sentí satisfecha con mi elección de calzado mientras seguía a un asistente, con mis tacones resonando sobre el suelo de piedra pulida del museo. El muchacho se giró y me invitó a entrar en una sala donde me sorprendí al encontrar a cuatro personas sentadas a un lado de una larga mesa, con un vaso impoluto de agua ante cada uno. Un sitio más, supuestamente para mí, estaba preparado justo delante de ellos; parecía que me estuviera enfrentando a un pelotón de fusilamiento. Estaban charlando entre ellos y se levantaron al verme entrar. Tim Spalding, el administrador con el que había hablado por teléfono, era la única persona a la que conocía.

—Doctora Gale, es un placer volver a verla. Gracias por venir.

—Yo también me alegro, señor Spalding —dije.

—Llámame Tim, por favor.

La palma de su mano estaba seca y su apretón era firme. Retiré la mano bajando la mirada. Todavía tenía tierra bajo mis uñas. Me las había estado frotando antes de venir, pero tampoco me había preocupado demasiado. Todos los arqueólogos que se dedican al trabajo de campo sufren el mismo problema. Pero en aquel momento, bajo el ostentoso techo abovedado de la

sala de reuniones del museo, las excavaciones y el barro parecían muy fuera de lugar.

No parecía que Tim se hubiera fijado en mis manos.

—Siéntate aquí —dijo, indicando la silla que estaba el otro lado de la larga mesa.

Depositó la bolsa de mi ordenador portátil. Creía que nos íbamos a sentar en un despacho a hablar. La última vez que había estado en una tesitura tan intimidante fue cuando defendí mi tesis doctoral. El mismo tipo de nervios se colaron bajo mi piel en esta ocasión.

—Doctora Gale, me he tomado la libertad de reunir al comité. Todos hemos alterado nuestras agendas para estar aquí presentes.

Tim procedió a presentarme a los demás. Había una paleoarqueóloga llamada Maya Patel, a la que conocí cuando coincidimos en una mesa redonda hacía unos cuantos años. Una mujer llamada Caitlin Alfonso, de la que había oído hablar pero a la que no conocía, primatóloga bastante conocida. Respondía al cliché, con su pelo a lo Jane Goodall y una coleta gris sujeta con una goma ancha. La última persona a la que me presentaron había permanecido apartada durante las formalidades. Avanzó con paso decidido cuando Tim dijo:

—Y este es Guy Henri.

El hombre me ofreció su mano. La agarré y sentí el callo que se me había formado por culpa de mi pala de excavación clavándose en el borde de su palma. Se estremeció ligeramente; bajé la vista. Su pulgar se extendía sobre el mío. Tenía la piel rosada y lozana, y la uña era un óvalo perfecto y lustroso. Capté un aroma a limón con un toque de algo especiado, un olor demasiado sabroso como para llamarlo colonia. Él también se quedó mirando nuestras manos desiguales.

—Rosamund Gale. —Retiré mi mano.

—Su fama la precede.

—Es usted francés. —Sonreí al darme cuenta que al teléfono Tim había pronunciado su nombre a la inglesa, haciendo que sonara como el de uno de esos instructores de fitness a tiempo parcial que insisten en que su barriga cervecera es músculo. Pero este era Guy Henri, el reputado conservador parisino. Nunca había prestado demasiada atención a las políticas de los museos, pero hasta yo había oído hablar de Guy. Había construido una

extensión del museo de Arlés, una estructura de cristal añadida al adusto y antiguo edificio modernista de cemento. Con aquello puso el museo en el mapa y atrajo turistas en cantidades jamás vistas en Arlés, pero aquel anexo había tenido un coste. Con un gobierno conservador recortando la financiación de los programas regionales de arte, Guy fraguó una relación sin precedentes con una compañía petrolera como patrocinadora para construir la extensión. La opinión entre la comunidad arqueóloga era que se trataba de un modelo de negocio a la americana, el primer paso para convertir una institución pública en un espacio para beneficios privados. Mis amigos franceses eran de la firme opinión de que Guy era un bárbaro que había reventado la puerta de una patada.

—No sabía que formase usted parte del Museo de Historia Antigua — dije.

—¿Conoce mi trabajo en Arlés?

—Por supuesto.

—Mi cometido aquí es muy parecido.

—¿Invitar a un patrocinador para esculpir su nombre en la puerta? — pregunté.

Soltó una risita fácil, claramente despreocupado.

—Querida, esto es Nueva York. Aquí los ricos no necesitan esconderse detrás del nombre de una empresa. Graban sus propios nombres y apellidos. Pero el verdadero problema es que esta institución se ha convertido en una cripta polvorienta para guardar piezas. Yo la voy a convertir en un centro de conocimiento y debate. El público participará en una institución dinámica, tan importante como las bibliotecas públicas del siglo XIX.

—Carnegie financiaba las bibliotecas —dije—. Dinero privado.

—Con una visión de bien público. Podemos ser el principio de la próxima revolución americana.

Las comisuras de la boca de Guy se estiraron en un gesto de satisfacción. Me pareció que podía ver cómo pensaba que iba a salir todo. Mis teorías sobre los neandertales eran lo bastante controvertidas como para atraer el tipo de atención que Guy necesitaba. Él tenía los contactos para negociar una colaboración de trabajo sobre las piezas encontradas en territorio francés. Había reventado la puerta de una patada, y ahora me estaba invitando a pasar.

Tim parecía incómodo ante la tensión surgida entre Guy y yo. ¿Era una

buena señal, o no? Consciente de que se había perdido parte del mensaje subyacente en nuestro intercambio, indicó con una mano hacia mi silla:

—Dejamos que te prepares, Rose.

Me senté, tragué saliva con dificultad, y gané tiempo tomando un sorbo de agua del vaso que tenía a mi derecha. Conecté mi ordenador, aprovechando el momento de silencio para pensar. Maya Patel, al igual que Tim, comprendería la relevancia del descubrimiento. Estaba claro que Guy sabía que mis teorías eran controvertidas, pero ¿hasta qué punto lo comprendía? La primatóloga también necesitaría un contexto. Con la mirada en el suelo, intenté reunir la valentía que tuve alguna vez.

—¿Quizá podría empezar contándonos por qué deberíamos gastarnos nuestro dinero en usted? —Guy rompió el silencio y, al hacerlo, reorganizó la sala imponiendo su visión jerárquica.

—Me he pasado los últimos años trabajando en una revisión detallada de las evidencias arqueológicas que tenemos sobre los neandertales —dije—. Las he comparado con evidencias similares de humanos modernos que vivieron en el mismo periodo. Queríamos comprender mejor la desaparición de los neandertales. Como sabrán, su extinción se suele explicar en términos de la supuesta superioridad de los humanos modernos. Normalmente se presupone que el *Homo sapiens* poseía la capacidad de innovar, así como una cultura más evolucionada y mayor capacidad cognitiva, y que por eso sobrevivió y los neandertales no. Nuestra investigación ha consistido en un intento de revisar estos presupuestos.

Ahora que estaba en mi zona de confort, empecé a animarme. En lugar de resultarme fría e impactante, la piedra del edificio me daba fuerzas. Los cuatro se inclinaron sobre la mesa, escuchando con atención:

—Hemos revisado la mayoría de los estudios llevados a cabo en los últimos diez años. En ese periodo, ha habido un enorme cambio en nuestro concepto de los neandertales, sobre todo con las nuevas pruebas de ADN, que nos han permitido ampliar profundamente nuestro conocimiento de su biología. Hemos comparado a humanos modernos y neandertales que vivieron en el mismo periodo, y hemos descubierto que el registro arqueológico muestra pocas diferencias entre las capacidades tecnológicas y cognitivas de ambos grupos. Es incorrecto, en ambos aspectos, denominar inferiores a los neandertales.

Maya Patel alzó rápidamente un dedo.

—Si me permite, doctora Gale.

—Por supuesto, adelante.

—He leído su artículo y estoy intrigada. Pero, perdóneme, si los neandertales no tenían desventajas tecnológicas ni cognitivas, ¿podría desarrollar su idea sobre por qué no sobrevivieron?

—Es una buena cuestión —dije, consciente de que también estaba planteada con mucho tacto. Maya probablemente estaba de mi parte.

—Debe contestar con absoluta claridad. —Guy presionó su índice y pulgar en el aire; sus gemelos pulidos brillaron.

—No pretendo afirmar que me encuentro en posesión de una respuesta definitiva a su pregunta —dije, dirigiéndome directamente a Guy—. Si lo que está buscando es implicación del público, le sugeriría que lo fundamental es evolucionar en la cuestión de los neandertales. Lo más probable es que no hubiera una sola causa para su extinción. Tenían una cultura estable que sobrevivió durante más de doscientos mil años, mucho más de lo que los humanos modernos hemos durado y probablemente duraremos. Dicho esto, vivir con una baja densidad de población hizo que los neandertales fueran vulnerables a las enfermedades, cambios climáticos, entrecruzamientos y, sobre todo, a la violencia y competencia de los humanos modernos. Les faltaba el colchón de seguridad de una red social, pero eran una gente magnífica.

—¿Tan magníficos que se extinguieron? —preguntó con escepticismo Guy—. Esa es la cuestión a la que nos enfrentamos.

—Durante mucho tiempo hemos asumido como válido que lo que distinguía a los humanos modernos era el mayor tamaño del cerebro de nuestra especie. Las investigaciones demuestran que es probable que los cerebros neandertales fuesen mayores que los nuestros, aunque la capacidad cognitiva y el tamaño cerebral no están necesariamente tan relacionados como se pensaba. Ante la evidencia física, vemos un cerebro que podría haber funcionado de un modo muy similar al nuestro, por ejemplo, a la hora de fabricar herramientas. Y más aún, el cerebro humano moderno no ha evolucionado sustancialmente en los últimos cincuenta mil años.

—Si hubiera un neandertal sentado ahora mismo en esta silla, ¿financiaría su proyecto? —Tim intentó suavizar el tono de la discusión.

—Lo que quiero decir—intenté sonreír— es que nuestros cerebros no han sufrido cambios significativos desde la época de los neandertales. Funcionamos con un software del siglo XXI en un hardware cuya última actualización se realizó hace cincuenta mil años. Si el cerebro del humano moderno prácticamente no ha cambiado y los neandertales vivían de un modo muy parecido a los humanos de aquel entonces, resulta realista pensar que nos podríamos comunicar con uno de ellos si ahora estuviera sentado en esa silla. La pregunta sería: ¿tendría la frente tan prominente como la tuya, Tim?

Tim, bendito sea, soltó una carcajada.

—Mis disculpas —le ofrecí a Tim un gesto amistoso—. Desvirtúo mis propios argumentos con esa broma. La cuestión es que el estereotipo de neandertal que iba soltando gruñidos y arrastrando las manos por el suelo no solo está obsoleto, sino que es incorrecto. En eso debería centrarse el mensaje que traslademos al público.

—¿Eran tan inteligentes como nosotros? —Guy alzó una ceja cuidada.

—Eso es lo que creo.

—Y aun así fuimos capaces de cargárnoslos a todos.

—Algunos neandertales murieron a manos de humanos, estoy segura. Pero otros debieron de entablar amistad con ellos. Sabemos, por ejemplo, que los dos grupos se cruzaron.

—El sexo es interesante —Guy soltó una risita—. Casi tan interesante como la guerra.

Caitlin, la primatóloga, se inclinó sobre la mesa y se dirigió a Guy en un tono nítido:

—En mi ámbito, cuando observamos un comportamiento una vez, tendemos a asignárselo a toda la población. Si un gibón mata a otro, es probable que la comunidad científica atribuya intenciones asesinas a todos los miembros de la especie. Pero un estudio detallado de los casos individuales demuestra que su variedad de comportamientos es tan amplia como en los humanos.

—Estoy segura de que lo mismo puede afirmarse sobre los humanos modernos que coincidieron con los neandertales —añadí, asintiendo—. Algunos serían pacíficos y otros no. Dependería de cada individuo y sus circunstancias.

—Pero todo esto es teoría —dijo Guy—. ¿Dónde están las pruebas?

—Se ha comprobado que cuando los humanos modernos se trasladaban a una zona, solía producirse la extinción de los animales grandes que habitaban en ella. No tengo ninguna duda de que hubo un conflicto por el territorio y los recursos entre los humanos modernos y los neandertales. La baja densidad de población suponía que los neandertales eran vulnerables a la violencia, la competencia, las enfermedades y demás. Como consecuencia, no pudieron hacer frente a la presión de nuevos vecinos. Pero estoy de acuerdo con lo que ha afirmado Caitlin, probablemente hubo una variada gama de reacciones al contacto, desde violencia hasta sexo y amistad. Pero también estoy segura de que los humanos modernos de aquel entonces desarrollaron algún tipo de relato sobre los neandertales que jugó en su beneficio. Una historia que seguimos contando. Y esa es la historia que deberíamos poner en duda.

Pude ver el afinado mecanismo de Guy girando.

—Sexo o violencia, ¿qué relato es más atractivo?

—Ambos son bastante básicos —dijo Maya.

—Pero esto es un museo. —Guy sacudió la cabeza—. Necesitamos transmitir las ideas sin un discurso excesivo. Necesitamos un mensaje que el público pueda captar en una sola mirada.

Supe lo que tenía que hacer. Di vida a mi ordenador pulsando una tecla. En la pantalla apareció la foto que Andy había tomado de los dos esqueletos. La sala se quedó de repente en silencio. En aquel momento solo habíamos desenterrado sus cráneos, que apenas mostraban sus perfiles, pero en la imagen los rasgos se veían claramente. Dos cráneos descansando juntos en la tierra. Uno frente al otro, las cuencas de los ojos a la misma altura, como si hubieran estado mirándose en sus últimos momentos de vida. La neandertal estaba a la izquierda, con la frente protuberante, la cavidad craneal inclinada, y un bulto prominente en la nuca. El humano moderno, a la derecha, con el cráneo más redondeado y la barbilla saliente y afilada. Por muchas diferencias que existieran entre ambos, los dos cráneos parecían no prestarles atención. El vínculo entre ellos parecía inamovible, como si hubieran conseguido mantenerse unidos incluso después de la muerte.

Maya se llevó la mano a la boca y soltó un sollozo.

—¡Dios mío! —Guy fue el primero en hablar, en un susurro—. Parecen amantes.

El comité accedió a concederme una beca cuantiosa. Tim reiteró el

cronograma que habíamos comentado por teléfono. Debíamos terminar las excavaciones para finales de agosto. Caitlin expresó sus preocupaciones sobre si era razonable, dado que las piezas eran propiedad de los franceses. Guy le restó importancia con un gesto de la mano, murmurando que el sistema francés necesitaba una gran inyección de capital. Quería tener sus negociaciones acabadas y una exposición preliminar organizada a medida que se publicasen mis resultados. Haríamos moldes de las dos figuras en su posición y expondríamos fotos del sitio. Discutieron otros detalles a los que apenas pude prestar atención porque estaba empezando a asimilar que lo había conseguido. Di apretones de manos sin preocuparme por mis callos. Maya me dio un abrazo, y Tim parecía emocionado por trabajar conmigo tras tantos años de conversaciones. Guy se acercó para darme la mano, pero yo me lancé y le planté un beso en cada mejilla. Me miró.

—Esto va a ser algo grande, Rose.

Lo conocía lo suficiente como para tomármelo como palabras de aliento y de amenaza al mismo tiempo.

Cuando me disponía a marcharme, Caitlin se acercó y posó una mano de aspecto frágil en mi brazo.

—¿Funcionará ese cronograma? —preguntó, mirando mi tripa.

—¿Por qué? —pregunté, sintiéndome sorprendida e intimidada a partes iguales.

—Vas a estar bajo mucha presión.

—Pues claro —la miré, frunciendo el ceño—. ¿Por qué te preocupa tanto?

No contestó, se limitó a mirarme con severidad y luego asintió.

—Te apoyaré en todo.

Luego se marchó, dejándome confusa. ¿Caitlin tenía poderes para ver dentro de mi útero? Yo consideraba que mi imagen no era la de una persona que necesitase ayuda o que pareciera débil. Justo en ese momento, Tim me dio una palmadita en la espalda y me acompañó a la salida, así que no tuve más tiempo para pensar en ello. Al poco, me encontraba en un taxi.

Llegué a la habitación del hotel y me desplomé en la cama. Nunca le vi la gracia a pasar la noche en un hotel si no era con alguien con quien me apeteciera tener sexo. Echaba de menos a Simon. Que le diesen a las zonas horarias, tenía que llamar.

—¡Buenas noticias! —dije cuando contestó.

—¿Diga? —Simon parecía aturdido.

En Londres estaban en mitad de la noche.

—El proyecto, la excavación.

—¿Esto es algún tipo de línea erótica?

—Tengo el dinero.

—Eso es maravilloso. —Seguramente estaría frotándose los ojos. Me lo imaginé en nuestra cama, con las sábanas irremediabilmente retorcidas—. Tu reunión ha ido bien. Nunca lo dudé. ¿Tienes una copa de vino espumoso para celebrarlo?

Aquello provocó un silencio.

—¿Rose? ¿Sigues ahí?

—No puedo beber.

—¿Hay restricción de cava en Manhattan?

—Estoy embarazada.

—¡Oh! —Ahora me pareció escuchar que Simon se incorporaba de un salto. Supe exactamente qué cara tendría. Sus cejas, con frecuencia la parte más expresiva de su rostro, se habrían alzado hasta casi la mitad de su frente. Capté un tono más elevado en su voz, el sonido de una sonrisa que iba creciendo—. Esas noticias son todavía mejores.

Hubo un silencio mientras Simon se recobraba y decidía qué pregunta quería hacer primero. Finalmente se quedó con:

—¿De cuánto estás?

—Va para cuatro meses.

—¿Entonces sales de cuentas en...?

—Más o menos a principios de septiembre.

Se calló, quizá asimilando hasta qué punto acababa de cambiar su vida.

—A eso te referías con lo de las buenas noticias. Y yo pensaba que solo hablabas de tu reunión.

—Siempre estás pensando en mi trabajo.

—Reconozco que soy muy feliz, Rose. Sabes que siempre he querido esto. Pensaba que ya éramos demasiado mayores.

—Que yo era demasiado mayor —le corregí.

Me preguntó si ya notaba algún cambio. Le conté la siniestra historia de

la mañana en que casi le vomito encima a Andy. Mis pechos ya eran un cuarto de palmo más grandes, aunque mi vientre seguía plano y mis pezones quizá eran un poquito más oscuros. Al contarle esto, regresaron a mi mente las palabras de Caitlin cuando salía del museo. Si yo todavía no mostraba señales de embarazo, ¿a qué se refería?

—¿Sabes lo que más me emociona? —preguntó Simon.

—¿Cambiar pañales? —aventuré.

—Pues claro. Me muero de ganas.

—Yo prefiero la caca antigua y fosilizada a la fresca.

—Prueba otra vez.

—¿Los cuentos de antes de dormir?

—No. —dijo—. Lo que más deseo es ver qué supone esto para nosotros.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tendremos que pasar más tiempo juntos.

—Cierto.

—Tendrás que dejar de ir todo el tiempo de cueva en cueva y de país en país.

—¿Y dónde voy a estar?

—Por fin estarás en tu hogar.

6

Cuando Chica volvió en sí, yacía tumbada bocarriba en el canal y reinaba el silencio. Parecía que todas las bestias de la zona que rodeaba el río se habían quedado inmóviles, pero ella sabía que tenían las orejas levantadas. Lo que ella hiciera a continuación podía suponer una oportunidad para comer. Incluso podía suponer un cambio en el orden del territorio.

Las ramas de los árboles se movieron ligeramente. Las ardillas rojas dejaron de chillar y solo sacudían las colas. La familia de tejones, que se mantenía escondida durante el día, se había despertado, pero permanecía a resguardo con las orejas tiesas. El oso, sin embargo, no se inmutaba. Su interés por la acción era escaso, así que volvió a dormir. Su antigua tregua con la familia suponía que ahora podía ahorrar energía y que, si ellos tenían éxito, podría estar seguro de que más adelante tendría qué comer. El joven leopardo procuraba mantenerse a favor del viento.

La única cosa que permanecía inmutable era el río. Le traía sin cuidado un asunto tan mundano como el hecho de qué carne lograba comer. Solo se preocupaba por buscar el camino más sencillo para descender por la falda de la montaña. Corría. Nada podía pararlo, y en ese sentido, era la fuerza más poderosa del territorio.

En la cabeza de Chica, todos los pensamientos surcaban su mente en forma de imágenes. El bisonte, Chico y Lisiado, Gran Madre y Canijo, ¿dónde estaban todos? Podía sentir la dureza del suelo en su nuca. El sol hacía todo lo posible por darle calor. Respiró hondo y casi se sorprendió al no recibir una bocanada de agua. Pero una parte del río seguía estando helada, ¿estaría atrapada debajo del hielo? Alzó la cabeza y miró su cuerpo. Sus pies seguían al final de sus piernas. Los dedos se movieron para saludar. Le fascinó ver que su cabeza seguía unida al resto de su carne.

—*Brea* —murmuró. *Sigue unida.*

Chica buscó a tientas la concha que llevaba atada al cuello. Allí estaba. Se incorporó rápidamente, apoyándose en su lanza. La cabeza le daba vueltas y el suelo se inclinaba. Caminó hacia un lado, intentando mantenerse en pie. ¿Dónde estaba Chico? ¿Y Lisiado? Se palpó la cabeza. Tenía un gran chichón. Al caer se había golpeado con la pared de roca; sus ojos se inundaron con un fuego blanco. Se frotó la cabeza y lentamente caminó por el canal hasta la zona relativamente segura de la repisa de roca. Gran Madre y Canijo seguían agazapados entre las raíces de los árboles, donde los había dejado. No se atrevieron a asomarse hasta que Chica los llamó.

—¿*Arú?*

Fue la cabecita de Canijo la que asomó entre las raíces. Gran Madre abrazaba al muchacho para protegerlo. La preocupación había provocado que los rasgos del pequeño se arrugasen en el centro de su cara estrecha. El pelo como una franja de musgo oscuro y el amplio espacio de piel en su frente reflejaban el sol. En aquel instante fugaz, Chica se preguntó cuántos años tendría Canijo. Era tan pequeño que resultaba difícil saberlo, pero cuando lo miró, comprendió que el muchacho estaba bien.

El tiempo se movía siguiendo el ciclo de las estaciones, pero la repetición no siempre era exactamente la misma. Cuando la tierra recibía mucha lluvia, la época de la recogida de avellanas cambiaba. Si el sol era fuerte, también podía alterarse. Cuando se rompía el hielo, los peces empezaban a correr. Antes de aquello, cruzaban los bisontes.

Pero en aquel momento, Chica miró a Canijo y pensó que el golpe en la cabeza la había dejado aturdida. Tuvo la sensación de que el tiempo se movía delante de sus narices. La tierra cambiaba y Canijo crecía. El suelo se helaba a medida que los pies blancos del muchacho se volvían lustrosos y duros. El río crecía a causa de las lluvias y la tripa redondeada de Canijo se fundía como el hielo. Las rocas asomaban en la tierra a medida que su frente plana se endurecía y se hacía prominente para protegerle los ojos. De golpe, en la mente de Chica, sucedieron todas esas cosas. Y no sucedió ninguna. Se sacudió la cabeza para despejarse. Distraerse con su cariño por Canijo era peligroso en aquel momento. Apartaba sus sentidos de la caza. ¿Estaba en peligro?

El muchacho captó su mirada y alzó el dedo meñique. Era su señal.

Cuando Canijo empezó a vivir en la cabaña de la familia situada en el punto de encuentro, se pasaba gran parte del tiempo sentado en silencio en un rincón oscuro. Chica entró un día para recuperarse después de haberse aplastado el dedo meñique bajo una piedra. Lo llevaba levantado en el aire para no golpeárselo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que el muchacho estaba allí sentado. Tenía el meñique alzado igual que ella. Desde entonces, se convirtió en su señal. Significaba cosas diferentes dependiendo de las circunstancias, pero en aquel momento Chica sabía que quería preguntarle si estaba bien.

Alzó su meñique para responder «estoy bien». Canijo asintió y volvió a esconder la cabeza. A continuación asomó la cabeza de Gran Madre. Su boca arrugada forzó una sonrisa cuando vio a Chica. El alivio la envolvió como un rayo de sol. El calor los invadía.

Chica miró hacia el camino y sus ojos siguieron las pisadas hacia el río. Comprendió que la madre bisonte le había pasado por encima y había salido del canal. ¿Cómo es que no la había aplastado? Podía haber sido debido a la suerte... o a Lisiado. ¿Dónde estaba? El hielo no dejaba que el río corriera libremente. Las pisadas de pezuña hollaban el barro y se dirigían hacia el hielo, a la zona donde era lo bastante grueso como para soportar el peso de la criatura. Y allí estaba el cuerpo despatarrado de la madre bisonte. La bestia todavía se retorció, con el costado abierto por una profunda herida. Chica supo que no volvería a levantarse. Una vasta mancha de sangre de bisonte se extendía sobre el hielo. Chico hacía guardia junto al animal, con la lanza levantada y no demasiado cerca, pero listo para lanzarla si fuera necesario. Debía de haber lanceado a la madre bisonte por detrás. Era peligroso acercarse a una bestia agonizante. Como un lobo, Chico se mantendría a una distancia prudente hasta que muriera.

Chica corrió sobre el barro. ¿Dónde estaba Lisiado? Había saltado interponiéndose entre ella y la furia de la madre bisonte. Chica dirigió la vista hacia el desfiladero y luego recorrió la orilla del río, pero para entonces ya lo sabía. El cuerpo de Lisiado yacía en el suelo. Seguramente había sido arrastrado y corneado en el pecho por el afilado pitón de la hembra y luego pisoteado por sus cortantes pezuñas cuando Chico la atacó por detrás. Buscó otras bestias, pero todas se habían retirado hacia la maleza asustadas por el alboroto. Corrió hacia Lisiado y se arrodilló.

El pulso de Lisiado era débil. Había muchísima sangre a su alrededor. Lisiado ya estaba cambiando; su piel parecía un pellejo escurrido. Le faltaba un trozo de hueso del cráneo y el cerebro blanduzco se le salía por el orificio. Tenía las piernas retorcidas formando ángulos extraños. La única cosa que parecía intacta era su brazo torcido. Chica sintió un pinchazo de dolor ante esa imagen. Era la única parte que él hubiera querido que le pisaran. Recogió su cuerpo y lo meció entre sus brazos. Ya parecía más pequeño y ligero, como si hubiera comenzado su viaje al otro lado de la tierra. Apretó la cabeza del muchacho contra su pecho y canturreó para que sintiera sus vibraciones.

Se incorporó lentamente y llevó a Lisiado camino abajo hacia la zona donde el hielo era grueso. Gran Madre ya debía de saberlo. Estaba esperando en un silencio afligido, sentada sobre la nieve, usando una parte doblada de su pelliza como cojín para su ancho trasero. Canijo y Chico formaron un círculo y Chica posó a Lisiado en medio, con su cabeza partida sangrando en el regazo de la anciana. Tararearon y se mecieron intentando inundar a Lisiado del calor de la familia. Un cuerpo no quiere sentirse solo cuando hace este último cambio. Cuando un cuerpo moría, ese solía ser su último deseo, expresado con el gesto de las manos en el corazón: abrazadme fuerte. Estar conectado a la familia era lo más importante. Y por eso se fueron turnando para abrazar a Lisiado. Todos se unieron al tarareo para que supiera que no estaba solo. Al hacerlo, la madre bisonte, que agonizaba también, sintió las vibraciones. El zumbido no tardó en calmar al animal. De ese modo, todos dejaban que llegaran los cambios.

Chica mantenía una oreja alerta. Hubiera preferido dejarse llevar por la sensación de tristeza, pero los instantes posteriores a una caza eran peligrosos. Un animal recién muerto tenía mucho más valor para un carnívoro que uno vivo. Si otra bestia iba a arriesgarse a desafiar a la familia, aquel era el momento. La conmoción habría puesto alerta sobre lo que estaba sucediendo en el valle a todas las criaturas en kilómetros a la redonda.

Chica oyó un sonido a su espalda y se giró rápidamente. ¿Qué? Un balido. Un ligero temblor en el aire le golpeó la mejilla. No parecía una corriente lo suficientemente fuerte como para suponer un peligro, pero miró con más atención.

La cría de bisonte había buscado refugio en el barro helado de la orilla. Chica pudo oler su temor juvenil, una onda incómoda que recorrió sus labios.

Le temblaban las patas. Miraba al suelo. No iba a sobrevivir. No podría desplazarse hasta los pastos de verano él solo. Los demás animales, aquellos de la manada que se habían girado en el cruce al escuchar el tumulto, probablemente no se lo llevarían con ellos. Se irían y lo dejarían en el frío. Solo en los mejores momentos, en pleno florecer del verano, por ejemplo, merecía la pena correr el riesgo de hacerse cargo de un ternero. El hielo de la luna o los lobos que habitaban por allí lo aniquilarían pronto. Sus últimas horas estarían llenas de agonía y dolor. A Chica, aquel ternero le pareció la bestia más solitaria que había visto nunca. No podía imaginarse cómo sería algo así, estar sin familia. Un cuerpo solo.

Chica caminó sobre el hielo hasta el ternero. El animal no echó a correr y se dejó acariciar un pequeño cuerno. Chica aferró su cabeza y la apretó contra su muslo. Le dio unas palmaditas en un momento de ternura. Soltó el aliento para darle calor. Escuchó un paso a sus espaldas y al girarse vio a Chico. Asintió y se volvió hacia el ternero. Con una mano en cada cuernecillo, sostuvo al animal. Chico clavó su lanza en el costado del animal, la retorció e hizo palanca para asegurarse de que no podría caminar. Chica tomó su lanza y la clavó en el cuello del ternero. Giró la punta de piedra para que saliera la sangre. El ternero dobló las patas delanteras y depositó todo el peso en las rodillas. Otro golpe de Chico y el animal cayó de costado. La sangre brotó a chorros hasta que murió.

Chico puso una rodilla sobre el cuello del animal, apretó con ambas manos e indicó con un gesto a Chica que fuera primero. Ella acercó la boca a las venas del cuello y bebió. Sintió directamente el calor de aquel cuerpo. La vida del ternero iba a cambiar. Proporcionaría energía a la familia antes de la carrera de peces. La vida de Lisiado continuaría dentro de ella y dentro del resto de la familia. Volvió a beber con esta promesa. Y poco después Lisiado murió.

7

Chica tenía sangre hasta los tobillos, sus manos brillaban rojas contra el hielo del río. Aunque le dolía la muerte de Lisiado, tenía hambre. Chico sujetó la pezuña de la madre bisonte para que Chica hiciera el primer corte. Colocó su diente de piedra, un hacha fabricada por Gran Madre, en la base de la pezuña, donde se unía al pellejo del bisonte. Se apoyó para hacer presión, apretó la hoja sobre la piel y cortó. La herramienta era afilada y el corte fue limpio. Fue subiendo hasta la rodilla del bisonte, exponiendo la sangre roja y la carne del animal. Cortaba evitando el tendón que discurría por la parte trasera de la pata, con cuidado de dejarlo de una pieza, pues luego lo pondrían a remojo, lo secarían y lo entrelazarían para hacer una buena cuerda.

A continuación se fue abriendo camino con el diente de piedra hasta el pecho. La piel era muy gruesa en esa parte. Chica respiraba con fuerza y el aire salía de sus pulmones en bocanadas de esfuerzo. Cocinaban la mayor parte de la carne que comían, pero era costumbre dar los primeros bocados crudos del cuerpo todavía fresco. El calor de la carne los llenaba de alegría. Chica cortaría un pedazo para cada uno antes de ponerse a trabajar con la carne.

Chico separaba la piel a ambos lados del filo de la herramienta para ayudarla a hacer un corte limpio. Contempló las manos de Chica, fuertes y manchadas de sangre mientras trabajaba y sintió un pinchazo en el pecho. Aspiró y se maravilló ante el modo en que se arqueaban los músculos de su espalda. Su hermana se había quitado la pelliza y su carne desnuda era la piel más suave que había visto jamás.

Cuando Chica nació, era una criatura arrugada, pequeña y rosada. No olía en absoluto como ahora y Chico apenas se interesaba por ella, aunque le

robaba la comida de vez en cuando. Una vez, cuando Chica era un poco más mayor, mientras sostenía en su puño regordete un trozo de resina de árbol seca, un dulce muy codiciado, Chico le indicó con un gesto que mirara la hoguera. Cuando ella giró la cabeza, le arrebató la resina de la mano y se rio. Se alejó suponiendo que no podría hacer nada. Estaba chupando la resina y mirando los árboles, cuando un piecicito surgió entre la maleza y le puso la zancadilla. Cuando quiso darse cuenta, estaba en el suelo. Escupió el barro de su boca y miró su mano. Ya no tenía la resina. La mayoría de los niños se hubieran quedado para burlarse de su caída, pero Chica solo tenía metido en la cabeza recuperar la resina. Ni siquiera la vio escapar.

Chica había crecido y era fuerte. Sus extremidades eran rápidas y sus pensamientos parecían ir por delante de su cuerpo. Los que la rodeaban querían ayudar a protegerla, algo propio de un líder. Gracias a su instinto, Chica podía llegar a ser claramente una de las mejores cazadoras. El instinto de cazador era como tener el pelo rojo o una nariz grande, se nacía con o sin él. Pero también era una habilidad que se podía mejorar mediante una atenta observación, escucha y aprendizaje. Chica sabía combinar los relatos de Gran Madre con lo que ella veía. Poseía el raro don de ser consciente de todas las cosas que cambiaban, así como de las que permanecían iguales.

La boca de Chico se hacía agua solo con pensar en la carne que se disponía a comer. Y esa sensación, el poderoso deseo del hambre y el impulso de comer, se mezcló con la visión de Chica trabajando. Olfateó y sus sentidos se vieron abrumados por el cadáver, el sonido del río y el vapor que emanaba del animal en el aire frío. La carne. Pronto comería. Mientras observaba cómo los músculos de Chica temblaban bajo su piel, sus brazos cortaban y sus piernas estaban en tensión, toda su reverencia y respeto por la habilidad y la fuerza se mezclaron al tragar saliva. Sus deseos se unieron con la poderosa necesidad de un cuerpo para llenarse. Chica se convirtió en lo único que veía.

Los ojos de Chico se inundaron con la visión de Chica, pero entonces escuchó un fuerte golpe. Una luz blanca resplandeció ante sus ojos y su cabeza rebotó hacia atrás. Perdió el equilibrio y cayó sobre el hielo. Cuando abrió los ojos y se sentó, vio a Chica, que lo miraba preocupada, con un gesto de sorpresa en el rostro. Se volvió para mirar a su espalda.

Gran Madre estaba allí sobre el hielo. Había pillado a Chico mirando a

Chica. Quizá había intuido lo que había en la mente del muchacho, porque le había tirado una piedra para disuadirlo. Tenía una segunda piedra en su mano de anciana, lista para ser arrojada. Chico bajó la mirada rápidamente. Se frotó el bulto de la frente para mostrar que estaba herido y también para mostrar que no hacía falta una segunda pedrada. Gran Madre sería vieja, pero seguía siendo una gran tiradora. El objetivo de Chica era vivir fuera de la familia después de ganarse otro lugar durante la carrera de peces. Chico no debía tocarla.

Otro sonido. Esta vez era Canijo. El muchacho se había acercado al cadáver del animal todo lo que era capaz. Bajando la vista al suelo, se detuvo a una distancia de un cuerpo de la pezuña del bisonte, mirándola con deseo, como si esa pezuña pudiera darle permiso para unirse al grupo. Chico le dio la espalda al muchacho.

Chica podía ver, por el temblor de los dedos, que Canijo todavía se consideraba un recién llegado. No llevaba con ellos un ciclo completo de estaciones y se mostraba inseguro respecto a su posición. Tras una matanza, no sabía si le permitirían comer o cuándo debía hacerlo. Su aliento olía a nervios. Mantenía el calor de su mirada fijo en la nieve. Chica chascó la lengua. Sostuvo la carne ante los ojos del muchacho para que la viera. Al principio no respondió. Parecía contemplar su mano incrédulo, como si los gruesos dedos de uñas agrietadas hundidos en la sangre brillante fueran producto de su imaginación.

Pasado un momento, Canijo volvió en sí. Agarró la carne con sus manos y le hincó los dientes. Desgarró y tiró con un rugido hasta que se soltó un trozo manejable. Chica no sabía si el muchacho había oído su risa divertida, una onda que se perdió entre la nieve. Su atención estaba completamente absorbida por la carne que se deslizaba suavemente en su boca. Su lengua encontró el jugo. Era uno de los mejores cortes, cerca del sebooso corazón, y nunca antes se había merecido un pedazo así. Canijo cerró los ojos y masticó su calor.

Como Canijo tenía los ojos cerrados y Chica se dedicaba a contemplarlo comer con tanto placer, ninguno de los dos vio venir a Chico. Canijo pasó de estar cercano al éxtasis, degustando el sabor de la sangre, a caer derribado de espaldas. Abrió los ojos de golpe, sorprendido. Chica retrocedió. Chico

estaba muy cerca del muchacho. Con el amplio ceño fruncido, arrancó la carne de la mano de Canijo. El muchacho se encogió de temor y se tapó los ojos con una mano, con el recuerdo todavía fresco de maltratos pasados y la cabeza girada para no ver la llegada del siguiente golpe.

Chico no golpeó más al pequeño. Canijo no merecía más esfuerzo. Como tenían carne de sobra, Chico dio al muchacho un trozo de costilla que partió con su hacha. Aun así era un buen pedazo y Canijo se cuidó de agachar la cabeza y soltar un gruñido de gratitud. Salió corriendo a comer cerca de la protección de un peñasco.

Chica se disponía a bufar a Chico, pero se detuvo en seco al ver que Gran Madre se acercaba lentamente. Todos detenían sus pequeñas riñas y agachaban la cabeza cuando la anciana se ponía en pie con dificultad.

—Hum —dijo, husmeando.

A Chica le llegó el turno de encogerse con temor. Bajó la vista rápidamente cuando la anciana se acercó a ella. La costumbre era que la mujer de mayor edad dijera cómo tenían que cazar y repartir la carne. Así se hacía, antes de las tormentas del invierno, sin importar lo largo y duro que hubiera sido aquel año. Pero aquella primavera Gran Madre se había marchitado. Parecía que el cuerpo de Chica hubiera florecido con músculos y pechos redondeados para llenar el espacio vacío. Estaba claro, por el modo en que Gran Madre se acercaba, que se había ofendido. Con los ojos entrecerrados, miraba a Chica bajo su amplia nariz.

Chica debía demostrar que seguía sabiendo cuál era su sitio. Si desafiaba la autoridad de la anciana, podía acabar en una pelea. Esto era lo último que quería Chica, luchar con la mujer que la quería y que la había criado. Pero aunque Gran Madre había estado tranquila en sus últimos años, su temperamento todavía podía estallar. No en vano, por ese motivo había reinado tanto tiempo en la familia. Si hacía falta, era capaz de dejar los sentimientos a un lado para mantener su puesto. De modo que Chica procuró parecer lo más pequeña e inofensiva posible. Se llevó el brazo al pecho para ocultar sus tetas. Pero ahora que estaba en celo, sabía que la desconfianza de Gran Madre hacia ella empeoraría.

Quizá, a ojos de Gran Madre, Chica había actuado como si la caza fuera suya. Desde su punto de observación entre las raíces de los árboles, no había podido ver lo sucedido en el desfiladero. ¿Pensaría que Chica había ordenado

a Lisiado ir tras la madre bisonte?

—*Ne, buh.*

Chica soltó aire por su nariz como un bisonte y meneó la cabeza de un lado a otro para mostrar su humilde pesar. Matar al bisonte, beberse la sangre del ternero y realizar los primeros cortes eran honores reservados para quien dirigía la caza. Impulsivamente, se había lanzado y llenado el vacío.

Gran Madre se detuvo cerca de la pezuña y lanzó una mirada amenazante a Chica. Canijo se acercó para coger la mano de la muchacha, pero ella se la apartó rápidamente. Este no era un asunto para un niño. Chica evaluó el cuerpo de su madre y sintió una agitación en su interior. Se preguntó si la montaña estaba temblando o el hielo rompiéndose, pero solo era el movimiento de sus actos llegando hasta ella. Cuando el cuerpo se movió, a todo lo demás le costó seguirlo. Sintió que le temblaba el labio y supo lo que venía después. Caminó lentamente hasta los pies de la anciana y se arrodilló con la cabeza agachada. Colocar la cabeza y el cuello a la distancia de un golpe de las manos de otro cuerpo significaba *puedes hacer con mi cuerpo lo que quieras*.

Chica miró fijamente la nieve y los pies de su madre. La anciana llevaba suelas de piel de bisonte amarradas a las plantas de los pies para protegerlas del hielo afilado. Su piel era tan fina que casi brillaba entre los gruesos pliegues que se formaban alrededor de los huesos de los pies. Las uñas de los pies eran tan gruesas como el corcho. La textura de los callos de los dedos y los talones se parecía más a la de una piedra que a la de la piel. Chica había conocido aquellos pies amables, pero también habían propinado muchas patadas. Sintió la mano de Gran Madre en su coronilla. Se estremeció y contuvo la respiración. La mano presionó su pelo enredado.

—Hum —dijo Gran Madre, aspirando.

La mano apretó con más fuerza la cabeza de Chica. Esperó allí, enviando con la presión el mensaje de que una decisión estaba pendiente de un hilo. Tras un silencio, la mujer se sentó. Chasqueó la lengua a Chica. Quería que le dieran de comer.

Chica se puso manos a la obra. Cogió un trozo de la parte más grasienta, cercana al corazón. Primero puso una pieza de la grasa más blanda, con vetas blancas, en la boca de la mujer. Luego, Chica masticó un trozo de carne, con cuidado de preservar el jugo. Después, arrodillándose junto a la anciana,

ayudó a Gran Madre a comer. El perdón se sentía primero en el estómago.

El equilibrio de la familia podría haber cambiado, pero Chica era joven. No era consciente de que quería algo imposible. Era una sensación nueva, tan fresca como la carne caliente que masticaban. A pesar de la evidente debilidad de Gran Madre, Chica, como muchas de su especie habían hecho antes, quería que las cosas siguieran igual. Mientras alimentaba a la anciana, dejó que una esquirra de esperanza se clavara en su corazón. Quería mostrar a los demás que todavía no estaba al cargo. Seguiría siendo joven. De ese modo quizá —a pesar de que le había llegado el celo— le permitirían quedarse en la familia.

8

Echaron de menos a Lisiado, más si cabe, cuando comenzaron la larga tarea de despiezar el cadáver del animal y transportar la carne recorriendo la corta distancia hasta la cueva cercana a su cabaña de primavera. A Chica le preocupaba que parecieran vulnerables a los ojos de los comedores de carne en los viajes de ida y vuelta. Chico quería construir un refugio y acampar cerca del cadáver del animal, pero Gran Madre dijo que no, pues el hielo podía derretirse bajo sus pies en esa época del año. Decidió que trasladarían la carne a la cueva y lo expresó poniéndose en camino hacia allá. Chica luchó por contener un sonoro gemido, su pena y agotamiento revueltos en una bola negra dentro de su pecho. Al menos en la cueva podría descansar. Podrían cortar y consumir la carne en un gran festín al abrigo de la seguridad que les proporcionaban las paredes de piedra.

En el campamento, Chica colocó parte de la carne que no se iban a comer inmediatamente en un almacén para sus necesidades a corto plazo. Habían cavado hoyos en el suelo por debajo de la línea de congelación. Canijo y Lisiado habían marcado su ubicación con piedras en la base. Chica depositó la carne sobrante en los agujeros, luego puso más rocas encima y derramó agua de un saco de cuero sobre la carne. El agua se congelaría rápidamente y conservaría la carne mientras siguiera haciendo frío. Cuando querían comer, derramaban agua caliente sobre la carne para descongelarla. Cuando escondían carne en un árbol, Chica envolvía con esmero hojas grandes alrededor del tronco para que las ardillas rojas no pudieran trepar, pero las criaturas se pasaban el día intentándolo. Esa era una de las causas de la gran puntería de Gran Madre. Era capaz de acertar con una piedra en la cabeza de una ardilla desde una distancia de diez pasos de bisonte.

Lisiado habría sido el encargado de vigilar, lanza en ristre y labios

dispuestos para gritar, mientras Chico cortaba la carne y Chica llevaba los pedazos a la cueva. Habría caminado junto a Gran Madre y Canijo hasta el campamento para echar un vistazo a los alrededores mientras ellos faenaban en la cueva. Tal y como estaban las cosas, tendrían que levantar constantemente la vista de su trabajo mientras cortaban finas tiras de carne para poner a secar, cocían el cerebro para hacer grasa y ponían los tendones a remojo para hacer cuerdas. Eso los ralentizaba.

Más tarde, comerían y contarían cuentos con sombras junto al fuego. Todavía no añoraban a Lisiado por lo que había dicho o por cómo había actuado, pero echaban de menos las tareas que hacía para ayudarles a sentirse seguros y alimentados. La pena ocupaba un lugar práctico en sus mentes. Uno contaba por el trabajo que desempeñaba a lo largo de su vida. Superar una muerte consistía en calcular cómo hacer todas las tareas sin el fallecido. Y despiezar un bisonte grande con tan pocas manos era difícil.

El tiempo estaba de su lado. A mediodía la temperatura superaba justo los cero grados. Chico cortó el cadáver y sumergió los trozos en un charco de agua helada a la orilla del río para que las lombrices y las molestas moscas no aparecieran. Empezó por las patas delanteras y luego arrancó las traseras. Las remojaba y se las pasaba a Chica, que se las echaba a la espalda y emprendía el corto paseo hasta la cueva. A continuación, Chico sesgaba las articulaciones de la cadera y se enfrascaba en arrancar la pelvis. Mientras lo hacía, se dedicaba a mirar a ambos lados para vigilar el terreno.

Aparte de los gusanos y las moscas, el siguiente peligro principal —que podía interrumpir su comida o hacerles daño antes de que pudieran empezar— eran los otros carnívoros. Por todo el valle, las bestias se habrían enterado de su éxito. Las noticias viajaban sobre los árboles. Incluso la más ligera brisa podía transportar los aromas de una cacería exitosa hasta largas distancias.

Cuando la familia era más numerosa, defender una caza no era un problema muy grande. Aunque todos estuvieran cansados o heridos a causa de la cacería, algunos cuerpos con lanzas a mano bastaban para disuadir a potenciales atacantes. La mayoría de los carnívoros eran viejos y lo bastante listos como para saber que no convenía molestar a una familia. Todas las bestias que habitaban alrededor de la montaña comprendían las complicadas matemáticas de quién conseguía comer. El alimento debía producir más

energía de la que era necesaria para conseguirlo. Cuando la familia contaba con más cuerpos con lanzas, a todas las bestias les resultaba sencillo echar cuentas con un solo vistazo.

Pero ahora el número de la familia era reducido. La pérdida de Lisiado los ponía en una situación precaria. Algunos en la familia, como Canijo y Gran Madre, eran débiles, aunque se resistieran a reconocerlo. Chica pensaba en eso mientras se acercaba a la cueva llevando una gran paleta de bisonte en la espalda. Podía oír el crepitar del fuego y ver el humo proveniente de la cueva, pero posó la carne en el suelo para descansar un poco. Mejor hacer esto antes de que Gran Madre y Canijo la vieran. No quería que se preocuparan por lo agotada que estaba.

Chica se acuclilló junto a un peñasco, dejando que el aire brotara de su boca en resoplidos. El calor de su cuerpo le subía por la piel. Viendo cómo su calor se liberaba en el aire, se imaginó que tenía un fuego ardiendo en el pecho. Cuando quemaba, el humo ascendía y sus músculos crujían de fuerza. A veces el fuego ardía menos, y así es como se sentía ahora. No tenía más madera que echar a la llama.

Escuchó a su espalda el crujido seco de un palo al partirse. Giró la cabeza, suspicaz y alerta. El sonido lo había producido el peso de un pie suave al quebrar una ramita, la señal de un depredador al acecho. Entonces sintió el palpitar de una bestia cerca del árbol, pero Chico seguía junto al río. ¿Quién era?

Alzó su hocico al aire. La brisa soplaba desde la dirección opuesta y resultaba complicado percibirlo. Levantó el labio para sentir el calor. El cuerpo poseía cierta ligereza; no era un oso ni un gran felino. ¿Dónde? Sus grandes ojos percibieron la punta de una cola entre los arbustos. Allí estaba. Se sacudía. Chica giró la cabeza. Anillos enroscados en la cola. Orejas con puntas negras. Una risa de alivio brotó de su garganta. Era Gato Montés. Chica se llevó la mano al pecho para calmar su respiración.

Gato Montés asomó desde detrás de un arbusto para dejarse ver. La contempló con el hocico arrugado, como si oliera mal. Quizá fuera así, pero eso no era lo que el animal intentaba decirle. Era el gesto que empleaba para pedir carne. Había enseñado a Chica a reconocerlo, arrugando la nariz y luego mostrando afecto cuando ella respondía correctamente alimentándolo. Gato Montés se pasaba gran parte del día escondido entre las sombras y la

maleza. No solía mostrarse a la luz del día, pero cuando lo hacía tenía una facilidad sorprendente para aparecer justo en el momento exacto. No era una casualidad. Mantenía una atenta vigilancia sobre Chica. Si la muchacha mataba un animal, o encontraba un cadáver, o incluso unos frutos secos, allí estaba él para pedir un poco.

El felino se acercó lentamente. Su áspera lengua, como corteza de árbol, lamió la mejilla de Chica. Restregó su cuerpo contra su cabeza agachada. La miró con los ojos entrecerrados y le ofreció su nariz para que la tocara. Ella movió la suya suavemente y sintió la punta húmeda del hocico del animal. Le había enseñado a hacer eso, a besarla como un gato con un roce de la nariz. Chica sonrió.

Cogió la pata y arrancó un trozo de la parte dura. La carne todavía estaba caliente de la vida recién extinguida. El gato recogió la carne del suelo, se frotó contra la pierna de Chica y corrió rápidamente a ocultarse bajo un arbusto para comer.

Contemplando por un instante al gato desgarrando y masticando, Chica pudo ver sus largos colmillos. Eran afilados y fuertes, podían perforar fácilmente una vena, pero nunca los había usado contra ella. A veces se preguntaba si su amistad era consecuencia de sus tamaños. Él la había medido y sabía que no podría vencerla con su fuerza muscular. Su mandíbula no era lo bastante grande como para apresar su cuello. Por eso, como era un gato listo, conseguía comida de ella de otro modo.

Si algo terrible sucediese y fuera la pierna de Chica la que estuviera tirada en el camino, ¿Gato Montés se la comería? Si su mandíbula pudiese abrirse lo suficiente y fuesen tiempos duros, ¿daría un mordisco si nada se lo impidiera, como el pie de Chico o una piedra bien lanzada por la mano de Gran Madre? Sí, por supuesto. De modo que su amistad residía entre las líneas del hambre y el oportunismo. Pero aquello no debilitaba su vínculo. Quizá era lo que lo hacía tan vital.

9

Cuando Chica regresó al río, Chico ya había avanzado mucho en el despiece del bison. De pie sobre el hielo, el joven volvió a sumergir las manos en las aguas poco profundas y sacó una pata trasera para que Chica se la llevara. A pesar de que trabajaba rápido y sin descanso, tener las manos mojadas arrebatava calor a su cuerpo. Normalmente no pasaba tanto frío en esas circunstancias; era una señal de que había trabajado demasiado. Cuando Chica se acercó, Chico estaba dándose palmadas en las piernas en un intento por hacer circular de nuevo la sangre.

Chica se agachó en la orilla y lo llamó: «Arú». Prefería ponerse en cuclillas, pues de ese modo protegía su cuerpo del frío y la humedad. Sus piernas y sus articulaciones eran fuertes y le permitían agacharse suavemente en una postura que cargaba el peso de su cuerpo más en los huesos que en los músculos. Ponerse en cuclillas era una posición de descanso muy cómoda.

Chico se agachó frente a Chica. Ella tomó las manos de su hermano y notó lo frías que estaban. Aunque controlaba el tiempo que sus manos pasaban en el agua, el frío había detenido la circulación de la sangre y la piel estaba blanca y arrugada. Los dos se encontraban agotados por el trabajo y la tristeza. Como las manos de Chico eran las herramientas primarias necesarias para terminar de cortar y transportar el cadáver, requerían el mejor de los cuidados. La necesidad de calentar a Chico supuso la interrupción del resto de tareas.

Si Lisiado hubiera visto las manos de Chico, habría asumido la tarea de cortar la carne. Chico habría hecho guardia, mientras descansaba y masticaba un pedazo de carne. Eso era lo que su cuerpo necesitaba, reavivar el fuego de su interior para que ardiera con más fuerza. Tal y como estaba, el calor se retiraba de los extremos de su cuerpo para concentrarse en el centro, la parte

más importante. Era un primer aviso de peligro. Si un cuerpo empezaba a tomar calor de los dedos, pronto empezaría a tomar calor también de la cabeza. Cuando la sangre empezaba a retirarse de la cabeza para calentar el pecho y la tripa, el cuerpo empezaba a agotarse y a congelarse. Chica sabía que un cuerpo podía hacer cosas impredecibles. Creía que la causa de las locuras con frecuencia estaba relacionada con la temperatura.

Pero ahora no contaban con muchos cuerpos. La familia era tan pequeña que los dos debían seguir faenando. Chica tenía que calentar todo lo posible las manos de Chico, y rápidamente, porque no podían perder esa carne de bisonte. Chica tomó las manos de su hermano y las apretó entre sus palmas. Las envolvió y sopló su aliento sobre la piel. Esto no tenía muchas aplicaciones prácticas. En un clima frío, la piel solo se calentaba eficazmente elevando la temperatura del corazón. Sin embargo, el aliento cálido de Chica hacía maravillas en la mente de Chico. Enviaba una señal clara de un cuerpo a otro. Chica comprendía que él tenía frío. Comprendía que estaba trabajando duro. Allí donde llega la mente, el cuerpo puede seguirla.

Chica separó las manos de Chico y se las colocó bajo las axilas. Era el mejor lugar para calentar unas manos, y sus axilas eran muy buenas para esta tarea. Su amplia caja torácica constituía un gran asidero, y en cada hueco entre los músculos cabía una mano grande. Una generosa mata de pelo le proporcionaba aislamiento.

Chico se mostró agradecido de inmediato. Cerró los ojos y descansó la cabeza en el hombro de su hermana, sus rodillas rozándose, sus manos calentándose. En otros momentos él había hecho lo mismo por ella. Aspiró su olor mientras lo calentaba y recordó las ocasiones en que Chica lo había ayudado. Con la cabeza en su hombro, abrió los ojos. Acucillada, la piel suave y pálida de sus muslos separados destacaba sobre el fondo de la orilla embarrada. Vio un hilito de algo en la cara interna del muslo de su hermana. Tras dar caza y despiezar un bisonte, esto no era extraño, pero había algo en aquel líquido que le llamó la atención.

Olisqueó. No era de bisonte. Salía de ella. Estaba en celo. Los olores —a tierra húmeda y a menta fresca de los primeros brotes de hierba— se mezclaron con su calor. Se inclinó sobre ella, intentando aspirar más. Puso la boca en el hombro de su hermana y dio un mordisco al músculo redondeado.

Ella se estremeció, asustada, pero él no se apartó. Chica también se acercó a él. Sus pechos se juntaron y Chico sintió la fuerza de los brazos de su hermana rodeando su cuello.

Chico la alzó por las caderas para que sus muslos se extendieran sobre los de él. Con un gruñido, la penetró. Insegura, perdiendo por un momento el equilibrio, Chica se tambaleó y luego se contoneó. Y eso estuvo bien. Chico sintió un resplandor, como una brasa caliente ascendiendo por su ingle y expandiéndose. Lo embargaron el calor del cuerpo de Chica, sus movimientos rítmicos y el olor de la tierra que los rodeaba.

La tierra se unió dentro de ellos. Todo lo que sus sentidos captaban —los olores y formas del barro, el sonido del agua del río circulando cerca, y el movimiento de las ramas de los árboles— penetraba en ella. En vez de mirar la tierra y escucharla, él estaba dentro de la tierra. Justo entonces, justo allí, Chica se convirtió en la tierra. Era lo que lo alimentaba y lo mantenía con vida. Se movieron juntos. Era *calor*, más del que nunca habían conocido.

Eso era lo que sentía Chica: *soy el cuerpo*. Era como si se uniera a la familia de un modo que nunca antes había sentido. Pero también se sentía llena. El hambre que había estado mordiendo su vientre por fin se había saciado. Había encontrado un modo de satisfacer su deseo y no había duda de que iba a dejarse llevar. Se mecía y empujaba de un modo que era más un impulso que una elección. Tras un año de caminar y rumiar sin descanso, por fin había encontrado un modo de alimentarlo. Su apetito, como siempre, era voraz.

Cuando terminaron, permanecieron en aquella postura, las piernas de Chica envueltas alrededor de la cintura de Chico. Chica tomó aire y los pulmones de su hermano se inflaron y dejaron salir el aire como respuesta. La calma los envolvió. La tierra parecía darse cuenta de lo que estaba pasando. Las piñas temblaron, los pájaros empezaron a piar, el oso se desperezó y abrió un ojo, y los tejones más jóvenes chillaron con curiosidad.

Chica se apartó sin mirar a Chico directamente. Contempló su espalda y se le ocurrió que quería morderla. No solo un poco, deseaba hundir los dientes profundamente. Entonces comprendió que era una glotona y que pronto querría más. Con una sensación de pesadumbre, supo que aquella era una fuerza tan potente como su hambre y que el verdadero problema era su

persistencia. Volvía de nuevo.

Chico extendió la palma de la mano hacia ella. Chica imitó su gesto y juntaron la piel de sus manos. Era un gesto de formalidad extraño, dado el momento.

Pero Chica estaba nerviosa. Durante ese tiempo, no habían estado vigilando a sus espaldas. No habían mostrado las encías para comprobar el viento; no hubo ojos vigilantes ni orejas atentas. Los dos miembros más fuertes de la familia habían bajado la guardia. Habían dejado a los otros expuestos al peligro. Era arriesgado.

La cruda realidad era que, a pesar de que nada peligroso había sucedido en aquel momento, no estaban a salvo. El leopardo, el joven macho que había estado merodeando por los límites de su territorio, se había subido al promontorio que utilizaba como puesto de vigilancia. Había estado controlando el cruce del río desde allí. Había tomado nota porque había abandonado a su madre durante el deshielo de primavera. Ella le había enseñado a cazar lo mejor que pudo. Los retuvo a él y a su hermano un año más para perfeccionar sus habilidades, pero cuando volvió a quedarse embarazada, llegó el momento de que el joven recorriera su propio camino sobre la tierra.

La madre se dedicó a espantar a los hermanos una y otra vez enseñando los dientes. El leopardo no se quería marchar. El cuidado de su madre y los restos de carne que le daba eran todo lo que conocía. Para un leopardo joven, sobre todo para un macho, el primer año por su cuenta era particularmente precario. Un macho tenía que hacerse con su propio territorio, y este debía tener una extensión suficiente para proporcionar una buena fuente de carne a su cuerpo. Las necesidades del leopardo eran muy parecidas a las de la familia.

En otras épocas, un leopardo de su tamaño jamás habría pensado en atacar a una familia. Le habían inculcado el temor a los primates que usaban piedras como zarpas y lanzas como dientes. Una vez, cuando estaba con su madre, percibieron la llegada de una familia, y ella se aseguró de darse la vuelta y salir en dirección contraria mucho antes de que se produjera el encuentro. Pasar cerca de ellos o traspasar su territorio solía acabar en muerte para los de su especie.

En la mayoría de las especies, los que están más abajo en la jerarquía tienden a estar en sintonía con cualquier cambio en los niveles superiores. Tras cruzarse con la familia, el leopardo estudió sus costumbres. En aquel momento del deshielo de primavera, ya conocía sus hábitos, sus puntos fuertes y, sobre todo, sus debilidades. Cuando oyó los gruñidos y gemidos de los dos miembros más fuertes del grupo, trepó a su punto de vigilancia para echar un vistazo.

El leopardo no intentó interpretar aquella conmoción. Se limitó a observar la escena con frialdad, consciente de que no estaban alerta. Para un joven leopardo macho que necesitaba hacerse con un territorio lo bastante grande para alimentarse, crecer y reproducirse, allí había una pequeña oportunidad.

LOS TEBEOS DE ARCHIE

Mi abuelo fue la primera persona que me habló de los neandertales. Tenía una casita de madera en las laderas empinadas de los Montes Laurentianos. Vivía con mi abuela en Montreal, pero pasaban gran parte del tiempo en la casa de campo. Cuando el abuelo quería que mi hermano y yo saliésemos de «La Ciudad Terrible» —su apodo favorito para Toronto— nos pedía que fuéramos a visitarlo a la casa de campo.

El invierno en que me habló por primera vez de los neandertales fue particularmente frío. Una estufa de leña crepitante calentaba la casa. El abuelo atizó el fuego, distribuyó la leña, y luego salió al cobertizo a por más madera. La puerta de atrás se abrió con un remolino de nieve que anunciaba su regreso. Me subí el cuello de mi jersey de lana, que picaba y me raspó las mejillas, todavía coloradas de tirarme en trineo. Mi hermano tiritaba a mi lado en el sofá y leía un cómic. Cuando la llama de la estufa cogió fuerza, el abuelo se sentó entre nosotros.

—¿Conoces a los neandertales? —me preguntó con su voz ronca y gutural. Su gruesa camisa de leñador olía a humo y pino. Feliz al enterarse de que no los conocía, cogió un libro para enseñarme una ilustración.

Mi hermano levantó la vista de su tebeo de *Archie* lo justo para torcer el gesto disgustado.

—Es peludo como tú, Rose.

El abuelo alzó una ceja.

—Este libro es de un señor llamado H. G. Wells. Escucha la descripción: «Una vellosidad extrema, una rareza repulsiva en el aspecto, por no hablar de su frente estrecha, su ceño prominente, su cuello de simio y su baja estatura...

—¿Qué significa estatura? —pregunté.

—Que andaba encogido —respondió—. Wells dice que la imagen del ogro en las fábulas viene de los neandertales.

—¿Quieres decir que era como un ogro?

—Sí, pero era real.

—¿Un monstruo de verdad?

—Y puede que comiera carne de su misma especie. Un caníbal.

—Robert, vas a asustar a la niña —dijo mi abuela desde la cocina.

—Nada de eso. —Mi abuelo se giró para responderle—. Esta es la valiente de la familia.

Mi hermano eligió ese momento para atacar. Se escondió detrás del abuelo y gruñó. Me asusté y chillé. Con una mirada del abuelo, mi hermano regresó a su asiento y se refugió en su tebeo de *Archie*.

—¿Se comían unos a otros? —pregunté al abuelo, con los ojos como platos.

—No lo sabemos con certeza —dijo, echándose un poco hacia atrás—, pero tenían unas costumbres muy primitivas. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—¿Y qué parte se comían? ¿Las piernas?

—Por eso podemos mirar atrás y ver la historia con cierta sensación de triunfo. Estaban en un punto entre los humanos y los simios. Un lugar intermedio desde el punto de vista evolutivo, por así decirlo. —Se llevó el índice a la cabeza—. Nosotros nos volvimos más listos, eso es lo que nos hace diferentes. Controlamos el mundo que nos rodea. Ya no es necesario rebajarse a unos actos tan infames.

—¿Los brazos? ¿O el cuerpo?

—Lo que quiero decir, Rose, es que los neandertales actuaban movidos solo por instinto.

—Espero que a mí no me coman. ¿En este bosque vive alguno?

—Eran animales, no personas.

—¿Y las mujeres neandertales? —preguntó mi abuela desde la cocina—. ¿Eran igual de feroces?

—No —respondió el abuelo—. Y no se les daba bien fregar, querida.

Escuché la risita de mi abuela mientras el desagüe se llevaba el agua sucia

del fregadero.

Cuando la abuela me arropó aquella noche en la cama, yo todavía tenía los ojos muy abiertos. A pesar del frío, me escurrí de debajo de la gruesa pila de mantas y pegué la nariz al cristal de la ventana para contemplar la oscuridad del exterior. Fuera, los árboles cubiertos de nieve descendían por la ladera hasta el río helado. ¿Los neandertales saldrían por la noche? A lo lejos, a los pies de la colina por la que me había estado tirando antes, algo se movió. Era una sombra oscura, borrosa, pero estaba erguida como una persona. Forcé la vista para verla mejor. La figura se detuvo, como si supiera que la había visto. Estoy segura de que vi cómo se giraba para mirar hacia la ventana. Debía de haberme visto. Por un momento me sentí aterrada, pero entonces recordé que el abuelo había dicho que yo era la valiente.

No me daba miedo el neandertal. Quería que supiera que no le culpaba por haberse comido a alguien. Apreté la palma de la mano contra el cristal para saludarlo. Deseaba que pudiera verme. Pero ya no lo veía. Se había ido. Estuve mirando mientras pude mantener los ojos abiertos, pero no volví a verlo.

Me estaba acordando de mi abuelo cuando escribí un correo electrónico a Tim Spalding para contarle que estaba embarazada y que saldría de cuentas en tres meses. Necesitaba ser valiente, pero lo que más me apetecía era hacerme un ovillo en el regazo de mi abuelo. No podía expresar exactamente por qué me ponía tan nerviosa dar la noticia a Tim. Nunca le había ocultado nada. No había nada de malo en haber esperado a que el embarazo progresara sin problemas. Para entonces ya estaba de seis meses y se notaba.

No me imaginaba que la noticia de mi embarazo hubiera llegado hasta el museo. En aquel momento, teníamos seis alumnos y ayudantes trabajando junto a Andy en la excavación. Los había contratado a nivel local y a través de colegas. La gente iba y venía. Un fotógrafo de museos residente en Francia nos visitaba con regularidad para registrar nuestros avances. La empresa de mensajería del museo traía algunas cosas y se llevaba otras. A cada persona le explicaba que necesitábamos mantener el proyecto en secreto. Les pedía a todos que no contaran lo que sabían. Quizá pensaron que mi discurso se refería a mi tripa creciente, y yo dejaba caer algunos comentarios vagos para insinuarlo, pero principalmente me refería a limitar el número de visitantes que accedían al sitio. Más gente implicaba mayor riesgo

de contaminación o de actuación incorrecta. Aplicaba mano dura.

Aun así, la excavación avanzaba a un ritmo más lento de lo que yo hubiera deseado. Esto se debía en parte a que la logística era complicada, pero sobre todo a que el sitio escondía una gran riqueza de piezas. Eran buenas noticias, pero pude ver que no íbamos a terminar para agosto. Tenía que enviar el correo ahora porque estaba claro que iba a tener el bebé mientras la excavación seguía en marcha.

Tim no me respondió ese día, ni la semana siguiente. Fue a última hora de un día dos semanas después cuando su respuesta aterrizó en mi buzón de entrada. Estaba agotada tras una dura jornada en la que me había quedado hasta tarde en un intento de ponerme al día en las tareas administrativas que se acumulaban. Estaba a punto de derrumbarme en la cama cuando llegó el correo de Tim.

¡Qué maravillosa sorpresa! Felicidades para ti y tu pareja. El niño va a ser afortunado por tener una madre tan brillante y activa.

Estamos muy contentos por ti y hemos estado organizando las cosas desde aquí para asegurarnos de que nuestro proyecto pueda continuar sin interrupciones. ¡Tengo buenas noticias! ¿Te acuerdas de Caitlin Alfonso, el miembro del comité que conociste cuando estuviste aquí? Asumirá la dirección del proyecto en el sitio de excavación mientras tú estés de baja. Llegará dentro de una semana para que haya una transición tranquila.

Dejé de leer e inmediatamente le di a Responder. ¿Cómo podían tomar esa decisión sin contar conmigo? Era evidente que la transición a la que se referían era la mía: a sacarme de la excavación. Apenas incapaz de contenerme, me puse a teclear. ¿Una primatóloga se iba a poner al frente mientras yo no estaba? ¿Cómo demonios alguien con formación en otro campo podía asegurar que la excavación se iba a realizar correctamente? Desafiaba cualquier explicación razonable.

Estaba claro que Guy quería a uno de los suyos controlando el proyecto para poder dar forma al anuncio del descubrimiento con todo el bombo que quería. Para entonces, yo ya había visto señales preocupantes. Durante mis informes semanales al comité por Skype, hubo algunas conversaciones incómodas sobre el avance de la excavación. No podía mantener todos los

detalles ocultos. En la comunidad se estaba filtrando la noticia del descubrimiento. Algunos nombres destacados de nuestro ámbito estaban cuestionando en silencio la evidencia de una relación entre humanos modernos y neandertales. Guy quería lanzar la imagen de los dos esqueletos y llamarlos «los amantes», pero la idea de que nuestra especie hubiera exterminado a los neandertales, menos evolucionados, estaba muy enraizada. En nuestra condición de humanos, nos decantamos por la historia más sencilla sobre nuestra especie, que evolucionamos desde lo primitivo para convertirnos en la perfección. La verdad, más conflictiva, no encajaba tanto con el plan de marketing de Guy.

Sabía que sería difícil comprender las políticas que había detrás de la decisión de poner a Caitlin al mando. Yo era una intrusa. Aunque me tomara el tiempo de volar a Nueva York, solo me ofrecerían la versión oficial, y estaría en su terreno. Decidí que el mejor modo de avanzar era evitar todas las situaciones desagradables de una lucha de poder y saltar al final. Respondí apresuradamente unas palabras sucintas y una mención a la ley del estado de Nueva York: «Es ilegal que un empleador obligue a una empleada embarazada a aceptar una baja, a no ser que el embarazo impida a la empleada realizar las actividades que implica el trabajo de un modo razonable». Pedí a Tim que me hiciera saber si le parecía que yo no estaba rindiendo como se esperaba. Si ese no era el caso, entonces sería yo quien dictase los términos de mi baja de mi propio proyecto.

Apagué mi ordenador, me levanté y cerré la puerta de la tienda. Para entonces ya habíamos ascendido al lujo de una plataforma de madera con una larga lona encima. Andy estaba sentado cerca, mirando la hoguera. Acerqué una silla de camping y me senté. Me sentía incómoda por el correo que acababa de enviar. Mi proceder habitual era reposarlos antes de enviarlos, pero en esos momentos finales de mi embarazo, la sangre me hervía rápidamente. Aunque no tenía interés en culpar a las hormonas por mi temperamento, cada vez me costaba más controlar mis impulsos.

—¿Andy?

—¿Rose?

—¿Soy del tipo de persona con quien resulta difícil trabajar?

Contempló el fuego.

—Mi mujer solía decir que cuando me preguntaba algo así, en realidad no

estaba preguntando...

—Pero ¿lo soy?

—...quería que sonriera y le dijera que no. —Soltó una risa apagada.

—No me has hablado mucho de ella —dije—. Me gustaría que me contaras más cosas.

—Pero tú no eres mi mujer. ¿Quieres que conteste a tu pregunta?

Asentí y lancé un palo al fuego.

—Sí, lo eres —dijo.

Le di un puñetazo cariñoso en el brazo.

—Respuesta equivocada.

—No es algo malo. Estás intentando modificar una idea muy arraigada. La gente no cambia su forma de pensar sin un empujón.

—No quiero ser una persona difícil.

—Rose, lo que estoy diciendo es que eres valiente.

10

Enterraron a Lisiado al anochecer. Era la mejor hora para la transición hacia el otro lado de la tierra. Chico cavó un hoyo poco profundo, tanto como se lo permitió el hielo. Chica dobló las piernas de Lisiado para colocar sus rodillas pegadas al pecho y se las envolvió con los brazos. Lo depositaron en el agujero en la tierra, con la cabeza inclinada, de modo que las cuencas de sus ojos rozasen sus rodillas. Tenía los dedos de los pies doblados hacia dentro. Pusieron su cuerpo en la posición fetal en la que había nacido. Besaron las mejillas de Lisiado y le acariciaron el pelo. Todos cerraron los ojos, se agarraron de las manos y se concentraron. *Maderamuerta*. Cada uno pensó en momentos pasados con Lisiado para que los demás también pudieran sentirlos. De este modo, la familia compartía a Lisiado.

En las raras ocasiones en que se cuestionaban o temían la muerte —pues hasta una familia tan formidable era propensa a momentos de duda sobre las miserias de la vida—, encontraban un mensaje en aquella postura. Si la descomposición y el renacimiento parecían muy duros de asimilar, si alguien se mostraba preocupado por lo que pudiera sucederle tras la muerte, Gran Madre hacía una sombra representando la posición fetal. Recordad el momento justo antes de nacer. ¿Sufríais? ¿Pasabais hambre? ¿Teníais frío? No sentíais ninguna de esas cosas, les recordaba, proyectando la sombra de un bebé en la pared. Vuestro cuerpo tenía una forma distinta en aquel entonces, y volverá a tenerla.

No depositaron en el enterramiento ninguna de las cosas que Lisiado usó en vida. Canijo heredó la pelliza y el hacha. Chica se llevó el saco del agua porque el suyo había empezado a agrietarse. Chico arreglaría la lanza aplastada por las pezuñas y la aprovecharía. Para la familia era un honor usar esas cosas en su vida cotidiana. Esos objetos contenían el recuerdo del trabajo

de Lisiado. La familia tomaría y usaría las herramientas que él poseyó. Aprovecharían su esfuerzo.

Una vez, hace mucho tiempo, enterraron el cuerpo de un hermano, Gordo, bajo las raíces de un árbol que acababa de caer. Hacía calor, y un día antes de su muerte, las lluvias habían inundado la tierra, de modo que un pino bastante sano había perdido sujeción y se derrumbó. Las raíces dejaron un gran agujero, lo suficientemente grande como para depositar un cuerpo con solo cavar un poco más. Tras colocar el cadáver en posición fetal bajo el cepellón, Gran Madre les ordenó que volvieran a levantar el árbol. Amontonaron tierra alrededor del tronco para replantar las raíces. Al poco tiempo, Chica pudo sentir que la vida de aquel cuerpo se había transmitido al árbol. Las agujas se tornaron de un verde muy oscuro y las ramas se estiraron hacia el cielo.

Chica deseaba poder hacer lo mismo por Lisiado. De ese modo, cuando echara de menos las tareas de su hermano, podría posar una mano en el árbol y sentir la fuerza de sus músculos, y si pegaba la oreja a la corteza, sonaría como la sangre en las venas de Lisiado. Todos los árboles poseían un latido y Chica deseaba que uno de ellos le recordara a Lisiado, pero eran muy pocos cuerpos como para gastar energía en algo así. Un enterramiento bajo un árbol solo se hacía cuando sobraban las manos y la carne.

Canijo echó los primeros puñados de tierra sobre Lisiado, pero Chica no estaba lista. Era otra señal de que no aceptaba el cambio como debería, una señal de que se avecinaban problemas. Hizo parar a Canijo porque quería seguir mirando un poco más a Lisiado, acurrucado y desnudo.

Chica se arrodilló junto al cadáver enroscado de Lisiado y puso el dorso de sus dedos sobre la piel fría. Su frente protuberante ocultaba sus ojos. Sus largas pestañas le llegaban hasta la piel suave de las mejillas. Su nariz ancha destacaba en el centro del rostro. Tenía la misma forma que la suya. Cuando Lisiado era pequeño, Chica jugaba a hacer como si le arrancara la nariz de la cara para ponérsela ella. El muchacho siempre bizqueaba para ver si su nariz seguía allí. Chica fingía que se la lanzaba a Chico y se desataba una persecución salvaje.

Chica contempló las caras largas de Gran Madre y Chico. No le dijeron a Canijo que siguiera lanzando tierra. Quizá ellos también querían retrasar el momento. Gran Madre estaba al mando y nadie cuestionaba sus órdenes. No solo porque era rápida dando puntapiés, sino porque había vivido muchos

años y conocía todos los cambios. Los había visto antes y tenía el don de predecir lo que sucedería a continuación. Esa habilidad era tan rara que cuando alguien la poseía, el respeto se acumulaba en los pechos de la familia. Les ayudaba a seguir vivos.

Pero ahora Gran Madre estaba encorvada y torcida. Parecía como si sus cuernos de bisonte se hubieran encogido. Tenía un aspecto tan triste que Chica se preguntó si su pesada cabeza se desprendería y caería rodando a la tierra junto a la tumba de Lisiado. Otro hijo en el lado equivocado de la tierra quizá fuera demasiado para ella.

El cambio siempre existía, pero durante un fugaz latido de su corazón, Chica deseó que las cosas permanecieran como estaban. Bajó al agujero junto a Lisiado y se tumbó de costado para que su cabeza quedara a la altura de la del cadáver. Con el brazo sobre los hombros del muchacho y las piernas entrelazadas, posó un dedo bajo su mejilla para que la mirara a los ojos. Por un momento, permaneció así y sintió el calor de su cuerpo transmitiéndose a través de la piel de Lisiado. Acarició su pelo y susurró: «Calor».

11

La familia se arrastró hasta la cabaña para pasar la noche. Sus cuerpos se enroscaron unos con otros como habían hecho tantas veces antes, pero no era lo mismo. Chica ya no estaba en el interior de la pila. Su espalda quedaba expuesta en un borde, su piel herida, como un pájaro desplumado.

Canijo estaba entre Chica y la nariz silbante de Gran Madre. Al ser el más pequeño, era quien más calor necesitaba. Chica se abrazaba a él todo lo que podía, pero el codo huesudo del muchacho se le clavaba en el estómago. Cuando le apartó el codo, se le incrustó en el muslo la afilada rodilla de Canijo. Soltó un gritito de protesta, y la manaza de Gran Madre impactó con fuerza en su cabeza mandándole callar. Chica se puso más nerviosa cuando Gato Montés se la quedó mirando. Podía sentir el calor de sus ojos. El felino se había colado en la cabaña, pero Gran Madre lo espantó. Gato Montés se sentó entonces en la entrada y observaba, esperando a que el silencio fuera completo y Chica le diera la señal. Entonces sería seguro entrar.

Chica se revolvió, tiró de las pieles y masculló. Otra manaza aterrizó en su cabeza para que dejara de moverse. Esta vez era la de Chico. Estaba en su rincón habitual, en la posición protectora por encima de sus cabezas. Chica entrelazó los dedos con los de su hermano y apretó la palma contra su dura piel. Tiró de él. Quería un cuerpo cálido pegado a su costado.

Chico alzó un momento la cabeza y observó los cuerpos que dormían. Las respiraciones todavía eran superficiales. Con sigilo, se desplazó hasta situarse al lado de Chica, en el punto donde solía dormir Lisiado. Se recostó sobre la huella que había dejado el cuerpo del muchacho sobre las pieles. Era agradable sentir a su hermano en aquel hueco. Chico pasó un largo brazo sobre Chica. La piel de su espalda estaba fría. Se acercó a ella para calentarla.

Al poco, Chica empezó a sentir mucho calor. Un sudor pegajoso empezó

a recorrerle la espalda. Comenzó a moverse bajo las pieles y Chico no pudo evitar responder. Alargó la mano y encontró el espeso matojo de vello entre sus piernas. Con un dedo, comprobó que estaba mojada, y entonces, como un puntapié, recibió una señal que puso su cuerpo en movimiento. Encontró la mano de Chica y tiró de ella. Ella lo siguió al frío del exterior.

Tras alejarse de la cabaña a una distancia prudencial, Chico extendió sus pellizas en el suelo y se puso debajo de Chica. Intentaron no gritar para asegurarse de que no les interrumpieran. Se dejaban llevar por el impulso. Como el hambre, su necesidad inmediata se imponía a cualquier preocupación por lo que pudiera suceder después. La respiración era agitada, los dedos encontraban piel, los cuerpos se restregaban y se retorcían uno contra otro, con tanto alboroto como un bisonte en celo.

Después, Chica regresó con sigilo al nido. Chico ocupó su sitio por encima de sus cabezas, pero la vergüenza empezó a carcomerlo. Desde que el último Padre salió a cazar para no volver, Chico había intentado desempeñar el papel del hombre de mayor edad. Mirando a Canijo acurrucado en el nido y escuchando el pitido de la nariz de Gran Madre, comprendió que mientras había estado fuera con Chica, había descuidado su protección. Sintió el pinchazo de la culpa. Para cumplir con la tarea del Padre, debía vigilar a la familia.

Chico se estiró y cerró los ojos, aliviado de haber vuelto a su sitio. Pensó en Chica y en lo que había pasado, pero su preocupación inmediata era Gran Madre. Sabía que se suponía que no debía tocar así a Chica. Pasó las yemas de los dedos por la herida que había dejado en su frente la piedra que le había lanzado Gran Madre a modo de aviso. Pero ¿y si se dormía y soñaba con Chica? ¿Gran Madre se enteraría? Su cuerpo no tardó en arrastrar con fuerza a su mente y cayó en un profundo sueño.

Cuando Gran Madre se despertó, todavía estaba oscuro. Sus ojos se abrieron de golpe y aspiró hondo. Eso fue lo que despertó a Chica, la profunda inhalación de aire. La anciana se incorporó en el nido con un movimiento rápido. Por primera vez desde el sueño de invierno, no necesitaba que la ayudaran a incorporarse. El copete en su nuca giraba como un remolino en el río. La gran cabeza se volvió lentamente hacia Chica, que por un momento se sintió desorientada y no podía comprender qué había cambiado en la anciana, que parecía muy pequeña y desnuda. Al instante lo

supo: los cuernos. Gran Madre se los quitaba para dormir, pero se los volvía a colocar con celeridad cada mañana. Resultaba extraño ver a la anciana con su enorme cabeza desnuda. Chica cerró los ojos y fingió que dormía, pero cometió el error de apretar demasiado fuerte los párpados. Gran Madre sabía reconocer a un farsante.

—¡Hum! —gruñó la anciana.

Más olisqueos. Con fuerza, como si Gran Madre estuviera husmeando una pista. Chica se mordió el labio. Le habían dicho que se mantuviera lejos de Chico. Sabía que su deber era controlar sus urgencias. Tenían que llegar al punto de reunión a tiempo para la carrera de peces. Allí habría otras familias. Vería a su hermana, Gran Chica, que se había ido con otra familia. Esa alianza les conferiría el estatus para conseguir un sitio mejor en el río. Cuantas más conexiones tuviera la familia, más probabilidades tendrían de ser bien recibidos y de que les dejaran coger los sitios buenos para pescar.

En la carrera de peces, comerían y se observarían unos a otros, y Chica vería qué familias necesitaban hembras en edad fértil. Intentaría averiguar qué familia quería y cuál la quería a ella. No había un procedimiento exacto. A veces simplemente era evidente que encajaban. En otras ocasiones, las chicas no tenían la edad adecuada o las Grandes Madres tenían mucha influencia y no se formaba ninguna pareja. En épocas de mucha población, cuando las manadas de bisontes eran abundantes durante un buen número de estaciones, la competencia podía ser feroz.

En los mejores tiempos, cuando las familias estaban completas, las peleas entre las mujeres por una posición de Gran Madre podían ser a muerte. Se contaban historias de batallas legendarias entre aspirantes a Gran Madre. Aunque aquellos años tuvieron lugar en una época que ninguno de ellos podía recordar, había una cierta sensación de ostentación en aquellos relatos. Era un punto de orgullo estar lo bastante bien equipado con cuerpos, comida y herramientas como para permitirse el riesgo de una pelea.

Al principio, Chica no relacionó lo que había hecho con el husmeo de Gran Madre. Con lo que no contaba era con el buen olfato de la anciana para captar el olor a sexo. Chica había nacido bastante tarde y siempre había conocido a Gran Madre como una mujer mayor que solo se apareaba cuando era estrictamente necesario. Para ella era una tarea más, como mascar un pellejo, no algo que hiciera por placer.

En su juventud, Gran Madre había buscado los penes de los hombres más fuertes. Dejaron su huella en ella y montones de fluido en su interior. Tenía todo tipo de teorías elaboradas sobre el olor de la eyaculación y su potencia, cómo se sumaba a la fuerza del bebé que terminaría por llegar, y sobre cómo saber si un hombre no era bueno o si podría plantar la mejor semilla. El uso inteligente de ese conocimiento era el motivo de que hubiera tenido tanto éxito en la vida.

Gran Madre volvió la cabeza para mirar directamente a Chica. No hacía falta preguntar. Sabía de quién era el semen y adónde había ido a parar. También sabía lo que aquello significaba, pues había traído demasiados cuerpos al mundo de entre sus piernas y había visto los bebés de sus hermanas durante la carrera de peces. Sabía las cosas que no cambiaban de una generación a otra. A veces era un mechón de pelo, a veces una nariz y a veces un brazo torcido. Chica y Chico, que apenas habían conocido un puñado de familias en el punto de reunión y que habían vivido con muy pocos parientes a su alrededor, no comprendían el tabú. En un territorio amplio, ver un rasgo que uno era capaz de reconocer llenaba a un cuerpo con el calor de la confianza. Y eso formaba parte de la fortaleza de la familia.

Pero la fortaleza también se podía convertir en debilidad. Gran Madre sabía que existía un gran peligro en las cosas que se parecían demasiado. Creía habérselo enseñado a sus hijos con las historias de sombras. Pero para que el miedo se instalara en un cuerpo, la amenaza debía resultar tangible, y una sombra en la pared no lo era. Chica y Chico no habían visto lo mismo que ella. Habían roto el tabú como lo hace una generación más joven.

Gran Madre conocía el poder del sexo; la fuerza primigenia de la necesidad era algo que ella misma había sentido muchas veces en su vida pasada. No podía estar controlando a esos dos en todo momento. Eran más rápidos y fuertes que ella. A veces necesitaban hacer una tarea lejos de la familia. Antes se despertaba con el mínimo ruido extraño, pero por lo visto ahora dormía con la despreocupación de un cuerpo que ya está al otro lado de la tierra. Hasta que llegara el tiempo de la carrera de peces y pudieran encontrar otras parejas, uno de los dos tendría que marcharse.

En esa ocasión, Gran Madre dejó a un lado su amor y devoción por Chica. Todo el conocimiento que había acumulado le confería la capacidad de controlar sus instintos. La anciana veía en aquel cuerpo una versión más

joven de sí misma. Sabía que su familia era pequeña y que había otras familias luchando. En Chica veía las hechuras de una mujer lista, atenta y rápida. Engendraría muchos hijos. Mientras las demás fracasaban, aquí había una chica que mantendría a una familia en el territorio. Solo con pensar en el trabajo de la muchacha su pecho se hinchaba y su corazón se aceleraba.

Lo que Gran Madre decidió a continuación fue despiadado, pero lo hizo porque creía con todo su ser y su experiencia que cuando unos hermanos se gustaban, como a veces sucedía cuando una hembra entraba en celo en el momento equivocado, solo había un modo de mantener el cuerpo de la familia a salvo.

Gran Madre señaló con un dedo a Chica, bufó y escupió tan fuerte que su penacho rebotó. Canijo se levantó de un salto por el sobresalto y se agarró a Chica, asustado, pero Gran Madre lo tomó del brazo y lo separó de ella. Chica miró a Chico, que se había despertado con un gesto de confusión, y soltó un bufido. El muchacho agachó la cabeza rápidamente para mostrar sumisión. Y esto confirmó a Gran Madre que había tomado la decisión correcta. Chico sería más fácil de enderezar que Chica. Gracias al éxito de la caza, su fuerza bastaría para mantener a la familia con vida hasta que se trasladaran al territorio de pesca.

—¡Vete volando! —gruñó Gran Madre a Chica con una voz tan brusca que las ramas de pino retumbaron bajo el nido. Quería decir que Chica debía marcharse. Era una orden rotunda. Si alguien en la familia no obedecía, sería un desafío a la autoridad de Gran Madre como cabeza de familia y ella respondería con la fuerza. Gran Madre alzó su largo brazo y apuntó con un dedo nudoso. Su articulación torcida señaló hacia la entrada de la cabaña, donde se mecía la piel que tapaba la entrada.

—Vete volando. —La intención de Gran Madre era desterrar a Chica.

—Acude a la carrera de peces —dijo a continuación, para que Chica supiera cuándo podría volver a verlos.

Si la anciana no era capaz de transmitir claramente las consecuencias de las cosas prohibidas, al menos podía mostrar lo grave que era no hacer caso de sus advertencias. Este era uno de los retos de ser un cuerpo viejo rodeado de otros más jóvenes y tiernos que todavía no comprendían el funcionamiento de la tierra. En esa ocasión, Gran Madre solo contaba con sus acciones para resultar lo más clara posible.

Aunque Chica crecía y se desviaba con nuevos comportamientos, su temperamento cariñoso y adorable era algo que no cambiaría. Su madre era consciente de que la vena independiente de Chica haría más complicado someterla, pero aquello también significaba que la muchacha contaba con la disposición y los recursos necesarios para sobrevivir.

Chica se apartó a un rincón de la cabaña, acurrucándose para parecer más pequeña. Quizá si podía hacer un último intento de sumisión, pondría fin a la idea de expulsarla. Pero la anciana no se dejó influenciar. El poder del sexo era demasiado grande. Estando juntos no podrían resistirse, de modo que uno de los dos tenía que marcharse. No había marcha atrás. Gran Madre agarró los cuernos de un gancho, se los colocó y chilló con toda la fuerza de sus pulmones para afirmar su fuerza: «¡Gran cuerno!». Apartó a un lado la piel de la entrada y salió de la cabaña a cuatro patas.

Chica soltó un gemido. Aferró su pelliza y luego su lanza. Sentía que estaba en un sueño, pero en uno que ningún otro cuerpo de la familia podía sentir. Palpó la concha que llevaba colgada al cuello para asegurarse de que seguía allí. Chico y Canijo guardaron silencio mientras salía de la cabaña a la luz de la mañana. Las bestias del exterior debían de haber sentido el cambio porque no había chillidos, trinos ni bufidos. Gran Madre había recorrido lentamente la estrecha senda y ya se encontraba junto al fuego. Lanzó un leño de una patada y azuzó la llama de la noche pasada. Era el único camino que Chica podía tomar para marcharse, así que siguió a Gran Madre hacia el fuego. Su madre lanzó otro leño. Las llamas crecieron, como alimentadas por la rabia de la mujer. Cuando Chica se acercó, la anciana le enseñó los dientes y bufó. Dio un pisotón firme en el suelo y sacudió su lanza.

Cabizbaja, Chica intentó acercarse a su madre. Jamás se enfrentaría a ella. Quería ponerse en cuclillas e intentar demostrarle una vez más que iba a ser buena, someterse, y acatar que Gran Madre seguía al mando, pero la anciana no iba a aceptarlo. Aquello no era una solución. Chica había demostrado su predisposición a romper el tabú. Los actos lo significaban todo; los gestos tenían escasa influencia y las palabras apenas se registraban. Un montón de saliva brotó de los labios de Gran Madre, que tiró los cuernos al suelo, entre ambas. El mensaje estaba claro. Chica podía intentar cogerlos por la fuerza y atárselos a la cabeza para convertirse en Gran Madre, o marcharse y volver a verlos en la carrera de peces.

—¡Vete volando! —bramó la anciana.

El mal genio de Gran Madre provenía de lo más profundo de su tripa. Mirar a Chica azuzaba la sensación de fuego ardiente en su pecho. Esa chica hermosa y fuerte pronto sería su mejor cazadora. Gran Madre había perdido a demasiados hijos a lo largo de los años y cada pérdida machacaba un poco más su cuerpo. Era como si cada muerte se llevara un trozo de músculo de sus muslos, algunos dientes, un trozo de hueso y un gran sorbo de la sangre de debajo de su piel. Más muertes solo lograrían destrozar su cuerpo y derribarla. Pero sabía que Chica podía usar su inteligencia para sobrevivir. Era una buena carroñera. De todos ellos, Chica era la única que sabría salir adelante en solitario.

Una madre engendra un hijo con su sangre y sus huesos. Permanecen unidos en la primera etapa de la vida, y aunque la conexión se hace más débil, nunca desaparece. Gran Madre siempre había sentido los sueños de sus hijos con más claridad que los de los restantes miembros de la familia. Sintió en sus costillas el cuerno cuando embistieron a Lisiado, y la punzante incisión de un colmillo en su cuello cuando el pequeño, Otro Chico, le fue arrebatado por un león. Conocía a Chica mejor que los demás. Una mujer tan parecida a ella misma, con el potencial para formar una gran familia. Al ser tan semejantes, Gran Madre creía en lo más hondo de su corazón que Chica viviría. Eran casi el mismo ser.

Pero Chica no se iba, así que Gran Madre sacudió su gran cabeza de un modo amenazante; cada músculo marchito se tensó bajo la fina piel y los tendones del cuello se le marcaron. Estiró los labios hacia atrás para mostrar una boca llena de mellas que bramó con un profundo temor. Agitó su lanza. Era hora de irse.

Chica retrocedió aterrada y comprendió la seriedad de la orden de su madre. Tenía su pelliza y su lanza en la mano. Se giró y se deslizó entre los árboles en dirección al río. Fue el camino por el que la llevaron sus pies, quizá porque lo habían recorrido antes muchas veces. Llegó lo más lejos que sus piernas pudieron llevarla y luego tropezó con una rama y se cayó. Se quedó tumbada en el suelo; la fuerza necesaria para volver a levantarse era algo que se había dejado junto al fuego. Los árboles se sacudieron y la tierra soltó un resoplido de aire frío. Esperó un momento para ver si podía oír algo o por si el olor en el aire cambiaba, pero no fue así.

Por primera vez, Chica abandonaba el hogar de la familia.

KÉTCHUP

Me quedé en Francia todo el tiempo que pude. En cuanto estuviera de ocho meses y medio, no me dejarían viajar en avión. Tampoco es que hubiera alguien intentando obligarme a subir a uno. Había dejado claro al equipo que para las mujeres norteamericanas era bastante normal trabajar justo hasta la fecha en que salían de cuentas, y que esa era mi intención. Me había preocupado que mi impulsivo correo recordando la legislación relativa a las bajas por maternidad les hubiera parecido muy agresivo, pero aparentemente había resultado útil. Nadie volvió a decir una palabra que pudiera poner en entredicho mi autoridad.

Aunque habían enviado a Caitlin, ella no estaba a cargo del proyecto. Adoptó el papel de gestora y se encargaba de la logística. La única conversación que tuve sobre la cuestión de mi baja fue con ella, justo antes de irme al pueblo. Simon había cogido un vuelo para venir a verme y yo quería descansar para poder disfrutar de su visita, pero mi agenda era demasiado imprecisa. Sabía que me iba a costar tomar decisiones con él sobre los próximos meses. Me senté frente a Caitlin en la mesa de pícnic para repasar el cronograma del proyecto. Se mordió el labio deliberadamente cuando pasamos a hablar de mi calendario. Dejó claro que era yo quien lo controlaba.

—Recuerda que el proyecto está bajo la jurisdicción de la legislación de Nueva York —dijo—. Mientras estés de baja por maternidad no recibirás ninguna remuneración.

—¿No?

Aquello me pilló por sorpresa. Que no se hubiera comentado nada al respecto también me dejaba en una situación de desinformación.

—El museo adoptó hace tiempo la decisión estratégica de no pagar las bajas por maternidad. Por supuesto, tienes derecho a cogerla por ley.

—¿Pero estar de baja y que te paguen no son dos cosas indisolublemente unidas?

Caitlin no tenía respuesta.

Simon había estado impartiendo un curso intensivo de verano. Le quedaba una semana para acabar, pero se ofreció amablemente a venir un fin de semana, alquilar un coche y llevarme a casa para que tuviera allí al bebé. Llegaría el viernes y podríamos viajar a Londres el domingo, pero la idea de abandonar la excavación me daba pánico. No solo debía tener en cuenta el desolador estado de mis finanzas, el trabajo no estaba tan avanzado como yo esperaba. No paraban de aparecer nuevas piezas en la superficie (fragmentos de hueso, partes de herramientas líticas, marcas de carbón). Nuestro progreso era dolorosa y necesariamente lento. Para entonces solo había desenterrado hasta donde yo quería el cráneo de mi neandertal. Todavía faltaba el resto del cuerpo, y a juzgar por mi ritmo inicial, parecía que había más elementos enterrados alrededor de él, algo cerca de su cuello y algo más en la pelvis. Quería a toda costa ser yo quien los descubriera. La presión por terminar cuanto antes crecía porque estaban circulando rumores sobre el sitio en la comunidad paleoarqueológica. Tuve que eludir una avalancha de solicitudes de visita.

Andy me dejó en el pequeño apartamento de Vallon-Pont-d'Arc que Caitlin había alquilado para usar en los días de descanso, recibir visitas o cuando no cabíamos. Llegué una hora antes de lo previsto, así que pude descansar antes de que llegara Simon. No quería recibirlo con mi habitual aspecto descuidado. El equipo también tenía una casa más grande en la localidad donde muchos de ellos pasaban la mayoría de las noches. Era más agradable que el apartamento en algunos aspectos, pero me apetecía un poco de intimidad. Me permitiría concentrarme en Simon, y no quería que los demás vieran lo indolente que me vuelvo cuando bajo la guardia.

Cuando Simon llegó, me encontraba instalada en el sofá cama de la pequeña sala. Entró sin anunciarse, bajando la vista y mirándose los pies. En circunstancias normales me hubiera acercado a él, habría puesto una mano bajo su barbilla para alzarla y que me mirara a los ojos; era nuestro saludo establecido. Esta vez me quedé sentada en el sofá cama contemplándolo. Llevaba una americana de lino arrugada sobre una camisa de rayas con manchas de café del avión en la pechera. Con las manos metidas en los

bolsillos delanteros de su vaquero, me lanzó una mirada tímida. No estaba reticente, pero siempre quería asegurarse de que era bienvenido. Aunque llevábamos cinco años juntos, todavía mantenía cierta formalidad. Yo había aprendido a tomármelo como una muestra de respeto. Alargué el brazo para restablecer nuestro vínculo. Se acercó, se quitó los zapatos y se enroscó en el sofá cama conmigo.

Entrelacé mis dedos con los suyos. Simon era tan limpio. Sus manos eran las de alguien que no se pasaba el día entre barro. Se llevó mi mano a su mejilla.

—Estas uñas no desentonarían en un neandertal —dijo.

Besó la punta de cada uno de mis agrietados dedos, sin estremecerse ni una vez. Posé una mano en su pecho y sentí su calor. El latido de su corazón bastaba para calmarme. Incliné la mejilla y la apoyé allí para escuchar su respiración.

No solo deseaba el cariño de Simon, también el bienestar del silencio. Permanecimos enroscados un buen rato hasta que finalmente hablé:

—¿Te sorprende?

—¿Verte quieta? —preguntó—. Sí.

—¿Estoy más gorda?

—Y hermosa. —Sabía el tipo exacto de diplomacia que era necesario emplear.

—Mucho, ¿verdad? —pregunté.

—Bueno... así son los embarazos.

—¿Estoy mucho más gorda?

Suspiró.

—Es más bien... antes parecías Rose con tripa. Ahora eres una tripa con una Rose pegada.

—¿En serio?

—Como si te hubieran contratado para llevar una barrigota.

—Pesa.

—Ojalá pudiera llevártelo yo un rato —dijo.

Conocí a Simon en una cena organizada por Richard, un amigo común. Había sido mi compañero de laboratorio en un curso formidable de química orgánica unos años antes. Después de pedirme salir un montón de veces,

Richard y yo habíamos quedado como amigos del alma. Estuvo una temporada en Estados Unidos y regresó a Londres para dirigir una *start-up* de éxito que ayudaba a la gente a encontrar parientes perdidos. Tenía una nueva novia, Nita, y quería que la conociese, quizá para que le diera mi visto bueno, así que organizaron una fiesta. Había otras dos parejas invitadas, y Simon. O «el soltero Simon», como se definió en un tono ligeramente ansioso cuando me estrechó la mano. Fue agradable saber que él también sentía que le habían tendido una trampa.

Durante la cena, una de las otras parejas empezó a preguntarme por mi trabajo. Querían saber en qué excavaciones había participado y qué había encontrado. Al poco, toda la mesa participaba en la conversación. En aquel momento, estaba metida de lleno en mi revisión de la nueva ciencia de los neandertales. Me encantaba ser el centro de atención mientras me cargaba mitos.

—Entonces, ¿no eran peludos? —preguntó Nita.

—No en especial. Su pelo no era un aislante; servía más para protegerlos del sol y de los elementos, como el nuestro. Ten en cuenta que no se afeitaban, no se arrancaban el pelo ni se hacían la cera.

—Supongo que se pasarían el día gruñendo —dijo.

—No más que Richard, aunque seguramente no serían tan sutiles. Hace poco he hablado con un experto en voces que considera que probablemente hablaban en tres volúmenes: alto, muy alto y altísimo.

—¿Sabían hablar? —Simon se volvió hacia mí—. ¿En serio?

Les conté que los neandertales poseían el gen FoxP2, que en los humanos está asociado con el desarrollo del habla y el lenguaje, aunque todavía necesitábamos saber más sobre cómo funcionaba en ellos.

—Y tenían un hueso hioides —dije—, el ancla de los músculos de la lengua. Dado el pequeño tamaño de su laringe y su posición en relación con su pesada estructura ósea, sus voces seguramente eran muy agudas.

—Entonces, ¿no puedo echar la culpa a mis rasgos de neandertal por ser tan gruñón? —bromeó Richard.

—Puedes echar la culpa de la mayoría de tus características, el noventa por ciento o más, a la parte sustancial de la historia humana que nuestros antepasados pasaron como cazadores-recolectores. Tu cuerpo evolucionó para ello.

—¿Y esta mujer nunca va a pasar a la fase sedentaria? —preguntó Nita.

La conversación se detuvo. Todas las miradas saltaron de Nita a mí, y luego regresaron a ella.—¿Perdón?

En aquellos primeros instantes de silencio, estuve segura de que Nita había estado manteniendo una conversación paralela con Richard y que ese comentario iba dirigido a él.

—Richard dice que dedicas todo el tiempo a tu trabajo y que no paras quieta en ningún sitio —Nita intentó salvar la situación—. A ver, no estoy diciendo que seas una cazadora-recolectora. Pero es que eso de andar de un lugar a otro, no tener hijos... —su voz se fue apagando hasta terminar en otro silencio incómodo.

En circunstancias normales, me habría limitado a desviar la conversación. Para entonces era una mujer soltera bien entrada en la treintena. Mi existencia estaba llena de preguntas sobre por qué no estaba con un hombre ni tenía hijos. Pero aquella noche me encontraba tan sumida en mi conversación sobre los neandertales —y cuando me concentro en mi trabajo tiendo a ser monotemática— que no me di cuenta de que Nita había cambiado de tema. Dejé que el silencio se prolongara demasiado. Aparentemente, Richard y ella habían estado hablando de mí. No me esperaba que Richard o Nita comprendieran las demandas de una vida nómada o que entendieran la presión que esto debía de suponer en la crianza de los neandertales. Esto me confundió. Tardé en darme cuenta de que se referían a algo mucho más sencillo.

Simon fue mucho más rápido a la hora de captarlo.

—¿Y qué hay de mí? —le oí decir—. ¿Voy a tener hijos?

—No lo sé. —Los ojos de Richard saltaron de mí a él con alivio—. ¿Quieres?

—Bueno, Richard, aprecio tu interés. Sí que me gustaría, pero todavía no he encontrado a la persona adecuada.

—Estoy seguro de que la encontrarás. —Richard dio un largo trago de vino.

—Me preocupa que ya tengo una edad, eso es todo —dijo Simon.

—Es el momento perfecto para sacar el postre —dijo Nita, levantándose y empezando a recoger los platos en un intento por cambiar el tema de conversación.

Simon se levantó a ayudar. Mi primera impresión de él es la más duradera: un pensador flexible en un mundo que no lo es, rozando lo insolente. Se acercó a retirar mi plato, y al hacerlo giró la cabeza hacia mí, bizqueó y me sacó la lengua de modo que solo yo pudiera verlo.

Ahora, en el sofá cama, Simon se revolvió para mirar mis pies hinchados e inmediatamente encontró algo que podía hacer. Apretó las palmas de sus manos en las plantas de mis pies, una cada vez. Mi piel estaba inflada y caliente al tacto. Suavemente, frotó mis pantorrillas doloridas. Fue subiendo y empezó a masajear la espalda y el pecho.

Probamos con unas cuantas posturas hasta que el sexo resultó posible. Normalmente éramos bastante directos a la hora de leer las necesidades del otro, pero en esta ocasión fue necesaria una buena cantidad de conversación, risitas y ajustes. Terminamos haciéndolo con Simon en cuclillas y yo tumbada con las piernas a ambos lados. Para él debió de ser como hacerle el amor a una botella de agua caliente, pero nunca ha sido muy exigente. Entre nosotros hubo más risas que puro placer. Pero esto también era una forma de descargar tensión.

Después, Simon preparó el mejor sándwich de queso fundido que he comido nunca. Se había acordado de traer una botella del ketchup que más me gusta; esa marca en particular era una delicatesen que resultaba difícil de encontrar en la Francia rural. En cuanto mis ojos se fijaron en la botella, reconozco que comenzó una lucha en mi conciencia. Cuando llevara ese ketchup al campamento, ¿le contaría a Andy que lo tenía, o siguiendo mi instinto lo almacenaría? Habitualmente comparto las cosas, pero en aquellos momentos me costaba predecir mis propios actos.

Al terminar de comer, el rostro de Simon adoptó un gesto incómodo.

—Tengo noticias —dijo.

—¿Buenas noticias?

Carraspeó e hizo una pausa.

—De la universidad.

—¿Sobre tus clases de septiembre?

—Sí.

No había mucho ruido fuera del apartamento: el traqueteo de una motocicleta a lo lejos, el repiqueteo de un tendedero al arrastrarlo por el suelo adoquinado, la suave brisa que mece los árboles. La construcción de piedra

del edificio significa que las ventanas bajas mantenían el fresco del interior. En el porche crecía lavanda en tiestos y el intenso olor flotaba en el ambiente. Normalmente me encantaba ese aroma. De hecho, la lavanda jugó un papel importante a la hora de dar mi aprobación al apartamento, a pesar de ser pequeño y no tener mucho espacio de almacenamiento. Pero justo entonces, esperando a que Simon hablara, me arrepentí de la lavanda. El olor cargante me oprimía el pecho y me paralizaba. Si hubiera tenido energías para moverme, habría cerrado la puerta del patio.

—Este curso no habrá clases para mí —dijo Simon.

—¿Ni una?

—No.

—Vaya.

Los últimos dos años, Simon había trabajado como profesor asociado en la London School of Economics, y ahí es donde se encontraba actualmente dando un curso intensivo de verano. Era algo que había aceptado tras renunciar a su plaza de titular en Bristol. Habíamos decidido hacer cambios en nuestras vidas para poder pasar más tiempo juntos. Con mi agenda, acordamos que necesitábamos estar en la misma ciudad al menos parte del tiempo. Su especialidad era el inglés, lo cual no era ideal para dar clases en la LSE. Sobre todo, suponía dar clases a los alumnos extranjeros y ayudarles a desenvolverse en un ambiente empresarial. Él prefería enseñar asuntos más complejos, desde las técnicas de escritura usadas por los autores de la etnia igbo criados en una tradición oral hasta el estudio del hiperrealismo como herramienta para la crítica social en las obras de ficción especulativa de Margaret Atwood.

Los dos éramos conscientes de que, en lo que a nuestros ingresos se refería, el hecho de que Simon impartiera unas clases poco apetecibles era mucho mejor a que no diera ninguna. Sentí calor en el rostro. Me volví hacia la pared y experimenté una sensación con un asombro distante: ¿en serio iba a ponerme a llorar? Pude sentir que se me erizaba el vello del cuello. Apreté con fuerza las manos. Había capeado muchas cosas en mi vida, y mi reacción habitual cuando me golpeaban las malas noticias era sacudirme el polvo y trabajar con más ahínco. Pero en aquel momento, casi no era capaz de bajarme de la cama sin ayuda.

Siempre me las había arreglado para conseguir dinero suficiente para ir

tirando. Había renunciado a una plaza de profesora, una decisión que Simon apoyó. Quería ser capaz de explorar y seguir mis intereses, no verme forzada a cumplir con los estrictos calendarios de publicaciones y docencia con algún ocasional año sabático. Nunca entendí cómo un paleoarqueólogo se podía pasar más tiempo en un laboratorio o un aula que en contacto con los elementos. Nuestros objetos de investigación no vivían en probetas. Conseguía una mayor perspectiva sobre cómo vivía la gente hace cuarenta mil años estando a cielo abierto, como ellos vivieron. El problema era que los ingresos eventuales que antes nos bastaban, de repente dejaron de ser suficientes al vivir en Londres.

La cantidad que nos concedía el museo era muy generosa, pero iba a parar al proyecto, no a mi bolsillo. Al dedicarme a trabajar en la excavación, no tenía tiempo para aceptar las charlas lucrativas o contratos como testigo experto en la interpretación de enterramientos con los que algunos de mis colegas se iban apañando. Y la cuestión económica de vivir en Londres había cambiado radicalmente. Durante un tiempo estuve bastante cómoda, pero ahora la ciudad se había visto arrastrada por la rápida corriente de la economía global. En unos pocos años, vivir en la ciudad era solo viable para banqueros, abogados e inversores extranjeros. Los sueldos y las becas del mundo académico se habían estancado, y en algunos casos, se habían cortado del todo. Los gerentes nos decían con frecuencia a mis colegas sin plaza fija y a mí que debíamos dar gracias de que todavía no nos hubieran echado. «Fijaos en las entidades que financian las escuelas de negocios —decían—. Intentad buscar el modo de que la arqueología se autofinancie.»

Mientras contábamos con el sueldo de Bristol, Simon compró un modesto apartamento de dos habitaciones en Islington como inversión. Yo ganaba más que él cuando dejó el trabajo, así que le dije que me haría cargo de la hipoteca para poder mudarnos. En parte era para demostrar que podía aceptar tener un nido en Londres, aunque, para ser sincera, lo veía más como un campamento base. Era el único lugar en el que ambos nos podíamos imaginar encontrando trabajo y financiación, y era un punto estratégico para viajar. Pero muchos de nuestros colegas estaban escapando de Londres como respuesta a la presión económica. Nuestra hipoteca era enorme desde cualquier punto de vista. Como la gente de Nueva York, Sídney o Vancouver, vivíamos con lo justo por mucho que intentáramos recortar y reducir gastos al

máximo. Tener un techo se llevaba gran parte de mi sueldo. Necesitábamos los ingresos de Simon para comer.

Respiré hondo, algo que cada vez me costaba más. El bebé estaba comprimiendo parte del espacio que antes usaban mis pulmones.

—¿Estás bien? —me preguntó Simon con cariño.

—Sí —intenté sonreír, pero no podía mirarle a los ojos—. Estoy más preocupada por ti. Si no vas a dar clases, ¿cómo te vas a entretener?

Soltó una risita nerviosa de alivio al ver mi disposición a quitarle hierro al asunto. Pero el tono de mi voz enmascaraba la negrura que se extendía por mi mente.

Me entraron ganas de correr. Así era como estaba acostumbrada a quemar el estrés. Correr intensamente durante una hora siempre me ayudaba a aclararme y a mitigar la sensación de volubilidad que solía adueñarse de mi pecho. Pero con el bebé yo era un bulto enorme. La adrenalina no tenía forma de liberarse. Solo conseguía que mi corazón latiera más rápido. ¿Simon podía oírlo?

Me levanté y paseé con dificultad por la estancia.

—Solo necesito estirarme un poco.

Simon me observaba atentamente. Cuando mi corazón se ralentizó lo suficiente y creí que los latidos ya no eran audibles, me agaché y le di un breve beso en la mejilla.

—No pasa nada.

—Si sigo rondando por la universidad y me dejas ver, me saldrá algo.

—Eso es genial.

—Haré lo que pueda.

—Lo sé.

Una nueva sensación se apoderó de mí, mezclándose con el denso aroma a lavanda. Mi cara y mi rostro de pronto parecían rojos e irritados. ¿Tendría alergia a algo? ¿Y qué sería de Simon? Antes no hubiera dudado ni por un momento que yo sería capaz de mantenernos a los dos. Él decía lo mismo. Pero ahora que yo no podía, ¿sería suficiente con lo que pudiera hacer Simon? Me odié por pensar así, pero no podía apartar esa idea de mi cabeza.

Miré alrededor del pequeño apartamento e intenté no clavarme las uñas en la piel. La cocina estaba comprimida en un rincón. Al fondo había un

dormitorio diminuto como un armario y la habitación principal solo tenía espacio para una pequeña mesa comedor y el sofá cama. El apartamento estaba en el segundo piso de un antiguo establo, encima de un garaje en el que guardaban un viejo Peugeot polvoriento. Me dirigí a cerrar la puerta del pequeño porche, buscando alivio.

Simon había dejado su mochila en un rincón y sus zapatillas deportivas en el otro. Para cerrar la puerta doble, tuve que apartar ambas cosas, agachándome con dificultades, delante de aquellas espantosas lavandas. Mi cinturón de herramientas se había caído de su gancho en la pared y lo arrastré por el suelo al intentar encajar las puertas. Mi preciada paleta se cayó de unos de los bolsillos. Intenté buscar un lugar donde colgar el cinturón, pero tenía el casco en el gancho, y alguien que había estado en el apartamento la semana pasada había dejado un cortavientos en el otro colgador. Aquello era demasiado. No tenía dónde dejar la paleta. Este era el problema en Francia, no había lugar para almacenaje. Este continente entero, con sus edificios estrechos y su rechazo a tirar las cosas y volver a empezar, era el problema. Cometí un gran error al venir aquí. Debería haberme quedado en Canadá, o haber ido a los Estados Unidos. En cualquiera de ambos casos, habría tenido un gran armario. El riesgo de mudarme y aprender cosas nuevas que antes me parecía emocionante, ahora me superaba. Y la maldita lavanda apestaba. De nuevo me costaba respirar, mis pulmones competían con el bebé por el espacio. Llevándome una mano al pecho, comprendí que tenía que salir de allí.

—¿Simon?

—¿Sí?

—¡No puedo vivir así!

—¿Así, cómo?

Lancé una dura mirada a aquel desorden.

—Necesito ir al sitio de excavación hoy, pero me gustaría ordenar este espacio. Todo este follón. No puedo dejarlo así.

—Pero si te vas a marchar. Nos vamos a casa.

—¿Me ayudas a arreglar esto el domingo, antes de irnos?

Simon miró sus zapatos en el suelo, y luego a mí. Estaba claro que no veía lo mismo que yo, pero sabía que lo mejor era no discutir.

—Vale, ¿qué tienes en mente?

—Necesito ir a Ikea.

12

Había una frontera que delimitaba el territorio de la familia. No estaba marcada por ningún elemento visible, pero tampoco era imaginaria. Acotaba el espacio de un día de viaje en cualquier dirección desde el campamento. Un cuerpo que penetrara en él no sabría que estaba allí a menos que tuviera un olfato agudo para detectar el rociado de orina de tejón y lobo que lo rodeaba. Pero Chica sabía exactamente dónde se encontraba. Para ella, era la frontera de la familia.

Chica no podía permanecer en el territorio, pero era difícil saber qué hacer en ausencia de la familia. Cuando estaba con los demás, se levantaban hambrientos y cada día giraba en torno a la manera de llenar sus estómagos. No decidió conscientemente adónde ir; no era una elección, era el instinto. Gran Madre podía establecer el rumbo, pero las estaciones gobernaban sus movimientos, los patrones de las bestias les marcaban el camino y el clima dictaba la velocidad a la que viajaban. Ahora nada de eso sucedía. Sin una familia, no tenía a nadie a quien seguir. Chica se acurrucó junto al río y esperó el amanecer.

Mientras la luz grisácea iba dando paso al día, fue asimilando su triste situación. La tierra se encontraba en un estado matinal; brotes de un verde brillante comenzaban a aparecer en el suelo del bosque, pero los colores parecían apagados y las nubes cubrían el cielo. Pegotes de barro frío se le adherían a los pies. La niebla se fundía en una lluvia fina que tocaba su frente y le mojaba la piel mientras se acurrucaba junto a las rocas del cruce. Nada le ofrecía consuelo.

Cuando se hizo de día, comenzó a caminar. La lluvia había parado, la familia saldría de la cabaña y no podía arriesgarse a que la encontraran tan cerca del campamento. Gran Madre se lo tomaría como una amenaza. Chica

siguió el río y caminó en la dirección de las aguas. Era el mismo camino que recorrían en la carrera de peces, así que decidió seguir ese rumbo hasta los límites del territorio de la familia. Una vez que los cruzase, permanecería por allí. Se quedaría lo más cerca posible sin retar a Gran Madre. Nunca se había alejado tanto ella sola.

Chica se detenía con frecuencia para descansar. Cuando vería una roca redonda y agradable o un tronco de aspecto cómodo, agachaba su corpachón y se masajeaba los pies. Sus músculos estaban más desarrollados para carreras cortas, fuertes embestidas y poderosos empujones. Caminar durante un largo periodo de tiempo la agotaba.

Sentada sobre una roca, Chica agarró uno de sus pies con la mano. Miró la carne de su pantorrilla. Era redonda y curvada, y la piel grasienta se estiraba sobre ella como la mejor espinillera. No pudo evitar pensar en Gran Madre, en cómo la anciana dio una palmada de admiración en los gruesos muslos de Chica diciendo: «Masticagrasa», una palabra de ánimo que significaba «guarda los huesos de tu pierna dentro de esta buena carne». O cuando estaban descansando y Gran Madre le solía dar a Chica una palmadita en la cabeza y susurraba: «Brea», que significaba «que tu cabeza siga pegada a tu carne».

Las piernas de Chica parecían troncos de árbol. Debajo de cada muslo abultado había un grueso nudo de músculo, y luego una rodilla sólida. La pantorrilla formaba una bola y un tobillo robusto sostenía la parte baja de su cuerpo. Mientras se masajeaba los pies, a Chica le preocupaba que aquellos tobillos adelgazaran. Su cuerpo requería una tremenda cantidad de alimento para sobrevivir día a día. Sin la familia, no podría cazar y comer carne. Sus piernas no tardarían en volverse como las ramitas más finas de los árboles. Cualquier vientecillo podría partirlas en dos.

El orgullo de Chica era fundamental para su supervivencia. Solo las chicas más fuertes e impresionantes se convertían en Gran Madre. Las demás podían quedarse con sus familias o irse con otras para reproducirse, pero no tendrían el poder de una Gran Madre. Y un buen indicador de la fuerza de un cuerpo —y por lo tanto, de su valor— eran los músculos de sus piernas.

Chica sabía que se estaba concentrando demasiado en el futuro. Esto era peligroso. Para sobrevivir, necesitaba redirigir su mente a las cosas más inmediatas que tenía a su alrededor. Obligó a sus sentidos a abandonar su

interior. Levantó el labio para captar el calor, y olisqueó con atención el viento. El leopardo no estaba siguiéndola, como pensaba que haría. La había seguido al acecho por poco tiempo. Para el animal, atacar a un cuerpo solitario sería un modo fácil de conseguir comida, pero sabía que Chica no sería una presa fácil.

Cuando Chica olió el aire y no encontró rastro del leopardo, casi se sintió decepcionada porque el animal hubiera decidido darse la vuelta. Un leopardo observa y espera su ocasión. Sabe leer el comportamiento de la presa. Anticipa dónde estará la criatura y la aguarda subido a un árbol. Cuando salta, normalmente lo hace desde al menos veinte pasos. Busca la nuca para hincar sus largos colmillos. Si no mata en el primer asalto, se coloca sobre su presa y le cierra la tráquea con sus poderosas mandíbulas. Ahoga al cuerpo hasta que se queda inmóvil y luego se lo lleva a un rincón para comérselo. Chica sabía que sería un modo rápido y seguro de acabar con su vida. Sentía una especie de alivio al pensarlo. En cierto modo, Chica ya se sentía medio muerta. Expulsar a alguien de una familia era como amputarte una extremidad.

Cuando se acercaba el fin de la jornada, Chica llegó al valle donde el curso del río se volvía más escarpado y rocoso. Unas estaciones antes, Gran Madre había señalado un sendero que ascendía por un quebrado en el barranco en la dirección por donde se ponía el sol. Juntando las manos para hacer el gesto de beber, les indicó que conducía a un pequeño estanque de agua fresca. Chica comenzó a trepar por la roca y encontró lo que su madre les había descrito. Era un laguito alimentado por manantiales, de un azul vivo como el de sus ojos. Se arrodilló en una pequeña playa de cantos y bebió de su mano. Le calmó la garganta.

Era una parte rocosa de la tierra. La falda de la montaña formaba aquí una plataforma extensa que ofrecía una vista más amplia sobre el territorio de la familia. Podía ver por encima de los árboles y esto la hacía sentirse expuesta, como si le hubieran levantado la parte superior de la cabeza. Como un pájaro, sus ojos podían elevarse y mirar desde lo alto un territorio que parecía infinito. Y eso significaba que los pájaros también podían verla a ella.

Pero Chica sabía que no podía volver. «Vete volando», le habían ordenado, así que se acuclilló junto a las aguas transparentes y miró el rostro de la luna suspendida en el cielo. Viajaba por el firmamento a pesar de que el

sol todavía estaba sobre la tierra. Y aquella luna era grande, redonda y cargada de amenazas. La familia creía que la luna estaba hecha del hielo más frío. No se podía caminar sobre su superficie porque se te congelarían las plantas de los pies y el frío ascendería por tu cuerpo en unos pocos latidos del corazón. La luna era un lugar inhóspito que no tenía praderas donde se alimentaran los bisontes. No había río, ni cruce, ni pezuñas tronadoras, ni el dulce hedor de los excrementos de bisonte. Sobre la luna, un cuerpo jamás podría sentir *calor*.

Miró a su alrededor para estudiar los bordes afilados de las rocas y la superficie sedosa y suave de las aguas. No había una amenaza inmediata en el ambiente. Supuso que aquel terreno era demasiado árido para atraer a otros comedores de carne. Al caer la noche, la luna brillaba con fuerza en el cielo negro, lo cual significaba que se había convertido en la fuerza dominante sobre la tierra. Las manchitas de luz de luna, las estrellas, se extendían por el cielo. Sobre la piel de Chica brillaba el polvo de la jornada de viaje. Sus músculos ardían con vigor. Quería refrescarlos antes de dormir. Se quitó el lazo de la cintura y dejó caer su pelliza.

Se introdujo en el agua hasta que le llegó a las rodillas. Estaba fría pero limpia. Un buen manantial la alimentaba desde el vientre de la montaña. Cerró los ojos y alzó las palmas hacia la montaña, sintiendo su atracción sobre la piel.

Tras coger aire, se sumergió. El frío le sacó el aire de los pulmones. Cuando regresó a la superficie, la agradable sensación le hizo soltar un grito. Volvió a sumergirse, esta vez más despacio. Bajo el agua, reinaba el silencio y la paz. Ascendió y dio una gran bocanada de aire fresco. No sabía nadar, pero le gustaba flotar. No cubría mucho, así que echó la cabeza hacia atrás. Con el trasero tocando la arena del fondo, alzó los pies.

Con los dedos de los pies besando la superficie, alzó la vista al círculo de rocas que rodeaba el estanque. Sabía que existía desde antes que la familia. Los árboles de ese lugar también habían vivido mucho más y eran más sabios que ella. La montaña estaba aquí desde mucho antes, y la luna y las estrellas habían visto más cosas de lo que ella podía sentir. Ella cambiaría más rápido que las rocas, y eso le parecía correcto. Estos pensamientos eran extraños, pero había un motivo por el cual la asaltaban tan libremente. Ahora no formaba parte de la familia. Por primera vez, no tenía una tarea que realizar.

No había un bisonte que cazar. No había que cambiar las ramas del nido y no necesitaba alimentar el fuego. Pero algo más la invadía. Una extraña sensación de libertad. Aunque no era necesariamente bienvenida. Su modo de experimentar el paso del tiempo se había desvanecido. Para llenar el vacío, llegaron nuevas sensaciones y pensamientos. Formaban nuevas rutas en su mente, como gusanos revolviéndose y dando nuevas formas al barro.

Chica se tumbó y contempló el extraño territorio de la luna. Se sintió profundamente sola. Pensó en la muerte de la cría de bisonte y deseó que alguien se apiadara de ella del mismo modo.

Solo cuando salió y se volvió a poner la pelliza, el cielo oscuro descendió para envolverla. Sintió miedo. Nunca había estado sola por la noche. Había unas rocas grandes alrededor del estanque que se asemejaban a bestias siniestras. En las paredes del barranco había grietas oscuras que parecían dispuestas a tragársela entera. Se preguntó si habría ojos contemplándola en la oscuridad. Ese lugar parecía lleno de criaturas extrañas que no era capaz de oler o reconocer. A menos que quisiera arriesgarse a encender un fuego tan tarde, no había modo de hacer que la noche que la rodeaba pareciera más pequeña.

Solo una cosa parecía amable. Un gran pino que se elevaba a veinte pasos del estanque. Era el árbol más alto de la zona y evidentemente había aprovechado la fuente de agua para crecer. Quizá un cuerpo había sido enterrado bajo sus raíces en algún momento. Chica se acercó al grueso tronco y lo abrazó. Sus manos no llegaban a unirse al otro lado. Cerró los ojos y aspiró el aire. El olor especiado resultaba cálido y profundo. ¿Sentía algo en el árbol? Se preguntó si sería alguien de la familia. Pero entonces hubo... un sonido. Un crujido de una rama en mitad de la noche. ¿Qué? No estaba sola.

En la oscuridad se movía un cuerpo caliente. Se había acercado por la cuesta como ella, probablemente siguiendo su rastro. Se quedó quieta como una piedra y levantó los labios. Su impulso fue subir al árbol, pero podía tratarse de una bestia capaz de trepar tras ella. Se quedó junto al tronco, con los brazos colocados a su alrededor. Resultaba difícil concentrarse en algo en aquel lugar. Todo le resultaba muy nuevo. Todo era distinto. Sus sentidos estaban abrumados.

Olió aliento de gato y el aroma agrio de pescado en los bigotes; el leopardo debía de haberla encontrado. Quizá lo tenía encima, ya en el árbol y

dispuesto a saltar. Le entraron ganas de correr, pero sabía que no era una buena idea. Los depredadores sentían la necesidad de perseguir a una presa que salía corriendo. No había tiempo para otro plan, una cosa suave se frotó contra su pierna. Apartó el pie y soltó un grito.

Algo se movió a sus pies, pero ¿dónde exactamente? Sus ojos buscaron entre las sombras de la noche. Chica se colocó detrás del árbol y buscó una piedra para tirársela. Su lanza estaba a un par de pasos, cerca del agua. ¿Podría coger una rama? No conocía el terreno. Nada estaba lo bastante cerca. Su respiración salía en jadeos temblorosos. Oyó una piedrecita moverse y un sonido en la oscuridad. Como un maullido procedente de una garganta más pequeña que la de un leopardo. Un gato. Gato Montés estaba allí.

13

Cada día el sol ascendía en el cielo y luego volvía a bajar. Chica fue aprendiendo las cosas que no cambiaban en aquel lugar. Los olores se grabaron en su mente. El balanceo de los árboles se hizo familiar. Sus piernas no se habían convertido en palitos, pero cada vez se parecían más a las ramas del árbol donde dormía. Aquello le hizo preguntarse si iba a convertirse en un árbol. Podría ser ese el motivo por el cual los árboles siempre le habían parecido tan vivos: eran hijas solitarias que se elevaban al borde del barranco.

Chica descubrió que una familia había vivido allí. No la suya, otra. Encontró un diente de piedra, un hacha, que se había caído o habían abandonado. ¿Quién podía ser tan descuidado como para perder un hacha? Era distinta a las que ella conocía. El sílex había sido laminado desde el corazón de la piedra con un diseño diferente. Encontró una antigua hoguera, restos de un fuego que se había encendido muchas noches seguidas. Encontró marcas en su árbol allí donde los pies y las manos de aquella familia lo habían desgastado al trepar. Era un árbol de vigilancia que se había utilizado para controlar el territorio. Se preguntaba cosas sobre aquella familia, quiénes serían y por qué se habían marchado. Gran Madre no les había hablado de ellos en sus cuentos de sombras. El rastro de un olor de hacía mucho tiempo permanecía en el tronco del árbol.

Chica no cazaba, pero Gato Montés sí. El felino le ofreció el cadáver flácido de un ratón de roca, un gesto de amabilidad que ella rechazó. Gato Montés puso una mirada rara y se dedicó a mascar las tripas del bicho.

Había cosas para mordisquear alrededor del estanque, pero la mayoría eran verdes. A Chica no le gustaba la comida verde y solo comía para acallar las protestas de su estómago. Bebía agua porque la sed era muy intensa, pero aquello era todo lo que tomaba como sustento.

Principalmente, se dedicaba a esperar lo que pensaba que llegaría: la muerte. Estaba apática, apagada y vacía. Pero cada mañana se despertaba y encontraba que su cabeza seguía unida a su carne. «Brea», mascullaba enfadada, pero no con el habitual sentido positivo de la palabra. Más bien lo hacía porque estaba aterrada al ver que su cuerpo seguía de una pieza.

Su mala suerte continuó. El leopardo no se había presentado para saltar sobre ella y acabar rápido con su vida. Los cuervos no le habían arrancado los ojos de las cuencas. No le había caído un rayo en el cráneo. Su cuerpo resistía con tozudez en el lado equivocado de la tierra. Nada se alteraba. Era como si la tierra hubiera detenido su ciclo constante. Chica no se hacía mayor. No cambiaba, algo que hubiera deseado apenas unos días antes. Pero ahora cada instante se estiraba y se hacía eterno. Alejada de la familia, el tiempo había quedado atrás.

Y entonces, justo cuando estaba convencida de que todo permanecería detenido para siempre, los cambios se desataron. Si el tiempo se había detenido por un momento, ahora se aceleraba de repente. Una onda de calor recorrió el valle del río. Chica cerró los ojos, alzó el labio superior e intentó captar qué era. Dirigió la cabeza hacia el punto de reunión, situado más abajo. Quizá las familias se estaban reuniendo antes de lo previsto. Pero no venía de allí. El aire en aquella dirección seguía frío, seco y tranquilo. El hielo bloqueaba las zonas menos profundas del río y aún se encontraba en las fases iniciales de su retirada. Los peces todavía no eran capaces de hacer su carrera y no creía que las familias hubieran llegado o establecido sus campamentos. Aguzó sus sentidos en dirección al valle del otro ramal del río. Era la dirección que había tomado su hermana cuando se convirtió en Gran Madre, pero estaba demasiado lejos como para que Chica pudiera captar algún cambio.

Pero algo sucedía. Un rastro fino pero pesado en el aire. Bajaba con el río. Sabía a hierro y era denso como la sangre.

Con los ojos abiertos, Chica miró hacia el territorio de la familia. Corrió a su árbol. En silencio, mano tras mano, trepó y fue apartando las ramas con las plantas de los pies, duras como corteza. Mientras ascendía para mirar, encontrando un apoyo para un pie o una mano, pudo sentir los cuerpos de la familia que había vivido antes allí. La corteza del árbol retenía su recuerdo, aunque muy débilmente. Ahora podía sentir las zonas más suaves en los

puntos donde la familia se había agarrado para trepar el mismo árbol. Se convirtió en la familia, subiendo junto a todas aquellas manos y pies que habían usado ese árbol bajo soles y lunas. Se preguntó si sería su sangre lo que olía, la historia de lo que les había sucedido, que le había llegado en un sueño la noche anterior. O tal vez solo deseaba que se tratara de eso.

Posó el pie en una rama gruesa y se agarró al tronco con fuerza utilizando ambos brazos. Apretó su cuerpo contra el árbol. El cálido tronco la atraía hacia sí y su cuerpo se fundió con él como resina reblandecida. Sus extremidades se hundieron en la tierra y la savia corrió por sus venas como si fuera sangre. Esta era la fuerza del bosque. Su temor se convirtió en un simple temblor en las agujas del árbol. Ligeras vibraciones. Escuchar. ¿Qué?

Los árboles estaban apiñados como el cuerpo completo de una familia formando una hilera sobre el risco. Las ramas se mecían, hablaban y se contaban lo que veían. La rama de uno de los árboles se sacudió. Unas hojas muertas que seguían colgadas tras las tormentas de verano crujieron. Las ramas dejaban que los secretos se transmitieran de una a otra. Las más pequeñas chascaban y las agujas repiqueteaban a la vez, tensas. Se mecían con tristeza.

La carne que está viva envía impulsos de calor al aire que provienen del fuego que arde en el pecho de los cuerpos. Cuando este calor golpea el aire, se mueve entre los árboles formando ondas. Sacude las hojas de acá para allá de un modo particular. Igual que la superficie del agua de un río cuenta la historia de lo que hay debajo, los dibujos de las ondas en el aire te pueden contar la historia de las perturbaciones que fluyen. Los árboles que bordean el valle absorben y magnifican el movimiento. Transmiten el mensaje. Si Chica observaba con atención y captaba los patrones en las hojas, podría leerlos.

Ladeó la cabeza y contuvo la respiración. Solo la resina seguía en movimiento. Entre las hojas pudo interpretar un patrón que no significaba nada bueno. Algo iba mal. Estaba muy lejos para saber qué era, pero había una perturbación, una fractura. Se apartó del tronco. La sangre volvió a correr por su cuerpo y alrededor de sus huesos.

En el cielo se produjo un estrépito de pájaros. Alzó la cabeza para mirar. Tres aves, cuervos negros, batían sus alas. Sus picos brillantes reflejaron la luz del sol al pasar. Las garras enroscadas y las plumas aceitosas se elevaban. Las aves graznaban y chillaban mientras ascendían ruidosas por el valle. Se

dirigían al territorio de la familia de Chica.

Chica bajó del árbol y cuando llegó al suelo, chasqueó los dientes para que Gato Montés supiera que había vuelto. Corrió hasta el límite de la meseta y luego bajó por la cuesta. Pronto siguió la senda apenas visible junto al río y se dirigió hacia el cruce. Estaba rompiendo las reglas de Gran Madre, pero el número de la familia era muy escaso. Correría el riesgo de presentarse ante su hoguera. Nada podría detenerla. Nada lo hizo.

14

El deseo de Chica de regresar al hogar de la familia era como una necesidad. Decidió satisfacerlo sin cuestionárselo. Llegó al cruce de los bisontes a mediodía y luego, con la nariz husmeando el viento y el labio superior levantado, se dirigió con cautela hacia el campamento.

Chica no sabía que cuando abandonó el hogar de la familia, el leopardo la estuvo siguiendo más allá de lo que ella pensaba. Por experiencia, sabía que los leopardos eran unas bestias bastante tímidas. Usaban su privilegiado sentido del olfato no para seguir la pista de la familia, sino para mantenerse lejos de ella. Sin embargo, cuando Chica se marchó, al leopardo macho le llamó la atención que el pequeño grupo se fracturaba aún más. Le siguió su pista lo suficiente como para saber que se iba lejos del campamento. Podría haber continuado tras ella, pues siempre le atraía saber qué hacían los cazadores, pero captó otro olor. Y este le resultaba familiar.

Con cautela, siguió el rastro del olor hasta ver un cuerpo que se parecía mucho al suyo. Tenía un pelaje moteado largo y elegante que se camuflaba perfectamente con el manto de hojas muertas y los troncos caídos del bosque. Una hembra de leopardo había llegado al territorio. Se vieron y se acercaron. La recién llegada corrió hacia él y tuvieron una breve riña. El macho le arrancó un trocito de piel cerca de la punta de la oreja, pero pronto decidieron que era mejor dejar de tantearse. Aquello fue el comienzo de un interés sexual y del consiguiente deseo.

Cuando Chica avistó el cruce, pensó brevemente en el leopardo. Se preguntó dónde se habría metido y si estaría siguiéndola. Pero la bestia no seguía a Chica en su camino de regreso al territorio de la familia. Él y la hembra ya se encontraban allí.

Chica oyó un grito agudo. Su eco resonó en los barrancos rocosos del

cruce, un estruendo y una vibración desconcertantes, y no pudo distinguir qué tipo de bestia lo había emitido. El vello de su columna vertebral se erizó. Levantó el labio superior para captar el calor. La perturbación en el aire era fuerte. Se estaba produciendo una lucha. Era en el campamento.

Acercándose lentamente, con sigilo, Chica se abrió camino. Conocía todos los árboles de la zona, sabía a cuáles trepar y dónde estaban ocultas las buenas rocas, pero no parecía suficiente ventaja. Agarró su lanza; la muesca desgastada palpitaba en su axila. El olor a sangre impregnaba el aire. Había habido una pelea y había un cuerpo caliente que todavía se movía.

Se acercó con sigilo. Para el combate, necesitaba estar con todos sus sentidos concentrados en el exterior. Los actos racionales tenían limitaciones. Los actos instintivos sucedían rápido. Dejó paso a la parte no reflexiva de su mente. Estaba cerca del campamento, el fuego seguía ardiendo. Era consciente de que el leopardo sabría dónde estaba. Todavía no podía verlo, pero podía sentir su calor. Podía oler su presencia en muchos sitios, como si hubiera más de uno. Se esforzó por captar el más ligero sonido. Nada.

Para provocar un movimiento, Chica soltó un aullido. Pateó el suelo y sacudió la lanza en el aire para que su cuerpo pareciera lo más grande posible. Pero no hubo ni el más leve movimiento en el aire. El animal no se asustaba. No salía corriendo. ¿Dónde estaba? Chica se giró sobre sus talones en una búsqueda desesperada. Antes de que su mente pudiera ofrecerle las respuestas, el leopardo saltó desde una rama a su espalda. Chica se dio la vuelta justo a tiempo de ver unas orejas echadas hacia atrás y unos colmillos asomando.

Los cuervos abandonaron sus ramas. Habían venido tras la primera lucha para esperar el momento en que pudieran picotear los huesos, pero aquel grito les dio a entender que todavía era pronto. Con una serie de graznidos, batieron sus alas para poner cierta distancia.

Chica tenía el leopardo en el pecho. Bufó, escupió y soltó un chillido que brotó de lo más hondo de sus pulmones. El felino era rápido y tenía las garras clavadas en la pelliza de Chica; los dientes buscaban hincarse en su cuello. Chica soltó un gruñido agudo, el sonido del miedo hirviendo en su sangre. El fuego en su pecho parecía consumirse. Por un instante, la tierra tiró de ella. Podía derrumbarse bajo el peso del cuerpo del animal. Podía tumbarse en la tierra y dejarse llevar al otro lado. La muerte sería rápida. Con la mejilla

contra el barro frío, el felino perforaría su cuello con los colmillos. Le cortaría el aire y ella se desmayaría. Su carne entraría en el cuerpo del felino y adoptaría su forma. Dejaría de formar parte de la familia.

—¡Arú!

Abrió los ojos de golpe. Era Gran Madre. No estaba en el suelo, pero andaba cerca. Aquel sonido le trajo el eco de muchos otros avisos en su vida. Era un grito de ánimo y orgullo. Era el sonido de la familia. Chica comprendió que debía luchar. Se revolvió con el gran felino aferrado a su espalda con las garras. Giró la lanza para acertar en las costillas con la punta. La vara se hincó con un crujido. El leopardo chilló y cayó a un lado.

Entrecerrando los ojos, la hembra, que había visto interrumpido el comienzo de su festín, observaba la escena con ira desde un árbol. Una piedra pasó silbando y le acertó en la oreja, de modo que se agazapó contra la rama. Evaluó la fuerza y la salud de Chica, temerosa de aquel cuerpo erecto. Pertenece a una especie que pocas veces había visto. Con la piel blanda en la espalda y franjas de pelo en algunas partes. La hembra de leopardo agachó las orejas, sintiéndose atraída y repelida por lo que veía. Dejó a un lado su habitual temor a lo desconocido, pues una fuerza más potente crecía en su interior. Quería comer y aparearse. Se encorvó, sacó las garras y esperó a que la criatura erecta estuviese lo bastante cerca para saltar.

Chica, tambaleándose, enderezó el cuerpo y cogió su lanza preparándose para el siguiente ataque. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Un gruñido le brotó de la garganta; con los ojos desorbitados y el vello de la espalda erizado, mostró su disposición a pelear. La lanza era una parte más de su cuerpo, como un brazo que prolongaba su fuerza. Gritó y escupió, frunciendo los labios y haciéndole muecas al felino.

El leopardo macho volvió a saltar, intentando empujar a Chica hacia el punto donde la hembra aguardaba en el árbol. Se abalanzó hacia ella. Chica contempló los largos colmillos blancos acercándose a su cuello, el cuerpo moteado volando en el aire, las garras extendidas para clavarse en ella. Chica volteó la lanza y el palo se le clavó al felino en la boca. El animal la sujetó con las garras y los dos se cayeron al suelo. Chica notó su respiración caliente. Las garras se hincaban y rasgaban su pelliza hasta llegar a la piel. Le arañaban la cara y el pecho. El aire se llenó de gruñidos y gritos, Chica tenía un matojo de pelo en la boca y arenilla entre los dientes. Tiró la lanza a un

lado y golpeó la cabeza del felino contra el suelo. El animal aflojó la mandíbula y volvió a retroceder.

Chica se revolvió para incorporarse, pero el animal plantó casi inmediatamente los colmillos en su cara, como si estuviera haciéndola recular intencionadamente. Chica vio la garganta del felino, sin tiempo para protegerse con la lanza. Alzó el antebrazo izquierdo y el animal le agarró el hueso del brazo. Chica le golpeó en el costado con la punta de piedra de su lanza una y otra vez. El animal bufaba por el hocico con cada puñalada —aire caliente mezclado con olor a sangre— y mantuvo la mandíbula aferrada mientras dio un empujón con la cabeza. Sus cuerpos rodaron por el suelo. Chica sufrió un tirón en el hombro. Parecía que el cartílago de su brazo no iba a aguantar. Se hizo un ovillo y colocó ambos pies entre ella y el animal. Soltó una patada. Fue suficiente para soltarse de los dientes del leopardo, que abrió los ojos sorprendido y emitió un sonoro maullido. Saltó hacia atrás.

Los costados del cuerpo de Chica estaban expuestos al aire, sangrando. No había familia para vigilar su espalda. No sabía dónde estaba Gran Madre. Mantuvo el brazo ensangrentado pegado al cuerpo. La carne estaba abierta; la piel colgaba. La idea de tumbarse surgió en un rincón de su cerebro, pero el dolor ardiente y cegador se parecía demasiado al sol. El felino estaba encorvado recuperándose, pronto se pondría en pie y ella estaría a un salto de distancia. De ella brotaba más sangre. Chica comprendió en un instante que solo uno de los dos sobreviviría. Una carne iba a conseguir comer.

En la boca tenía sabor a piedra, a pelo y a tierra. El brazo malherido le colgaba. Solo le quedaba un brazo, un intento. Los ojos del felino brillaron. Era todo pelaje, músculo y fuerza. Chica le apuntó con su lanza. La sostuvo con fuerza, pero perdía mucha sangre. Sus movimientos eran lentos. Los ojos del felino se fijaron en la punta de su palo. El aire entre ambos se espesó y sus movimientos se ralentizaron. El animal saltó, pero a un costado de la lanza. En cuestión de un instante, la punta de la lanza falló y pasó por encima de la cabeza del animal. No habría un segundo intento.

El leopardo clavó sus garras en la pelliza y las hundió. Entonces fue cuando Chica sintió la presencia del segundo felino. El peso de la hembra le golpeó la espalda y toda la confusión de Chica se aclaró. Nunca había visto pelear así a un leopardo solitario. Un león de las cavernas sí se atrevería a atacar a la familia, pero un felino más pequeño jamás lo haría solo. Había dos

leopardos, una pareja apareándose. Los dos clavaron sus garras en su pelliza y se colgaron de ella. Una idea recorrió la mente de Chica como un destello de luz: ella era la comida.

GOMA ELÁSTICA

La noche del viernes, Simon y yo nos unimos al equipo alrededor de la hoguera del campamento. La mayoría iban a tomarse el fin de semana de descanso y se marchaban al pueblo. El día siguiente sería mi última jornada en el sitio de excavación; Simon y yo nos íbamos el domingo a casa en coche. Nos sentamos juntos en un banco. Simon me masajé los hombros mientras observaba el círculo de rostros, a las personas de las que tanto había oído hablar. Andy repartió cervezas y uno de los estudiantes sacó una petaca. La fueron pasando, felices de compartir un trago con los ojos desorbitados por el ardor del alcohol. Simon dio dos sorbos. Yo rechacé la invitación con un gesto de la mano y se la pasé a Andy, que tenía algo de espacio en su lata de Dr Pepper e hizo como que vertía el whisky dentro. Aquello provocó que el círculo alrededor del fuego lanzara una exclamación colectiva de asco. Pasó la petaca a Caitlin, que se apresuró a tapar su taza de té con la mano.

—Tengo que coger el coche antes de que no haya luz.

—Yo te acompaño. —Simon se incorporó. Parecía feliz de acompañarla, quizá porque sabía que yo estaría más relajada cuando ella se marchara.

—Te veo mañana por la tarde, Rose —dijo Caitlin, y me apretó el hombro con una mano fría. Se refería a nuestra última reunión de transferencia de poderes.

Asentí con la cabeza dándole las buenas noches.

Simon acompañó a Caitlin por el camino que bajaba desde el campamento hasta el aparcamiento improvisado. El resto contemplamos cómo se alejaban. Tras una pausa, Michael, el estudiante en prácticas más joven del equipo, reprimió una risita.

—Es más tiesa que un palo.

Andy alzó su lata en dirección a Michael e hizo un gesto dándole la razón. Los demás se permitieron soltar unas risitas.

—Creo que no está bien reírse de Caitlin —comentó Anais, una estudiante de postdoctorado a la que yo admiraba—. Es así de rígida por una razón.

—¿Y cuál es? —preguntó Andy, siempre dispuesto a hacerme el trabajo sucio.

—Sufrió una crisis en Kenia. —Anais me miró—. Todos lo sabéis, ¿verdad?

—Solo la conozco profesionalmente —respondí.

—Algo he oído decir —intervino Michael—. Que estaba tan obsesionada con el trabajo de campo que al final se le fue la pinza.

Anais puso una mano en el brazo del muchacho y le recriminó:

—¡Michael!

—¿Qué? ¿Acaso no es verdad? —Michael dirigió sus ojos hacia mí, la jefa reconocida—. Vaya, mierda, Rose. ¿Te he ofendido?

—No soy tan delicada, Michael, pero gracias por preocuparte.

—No era mi intención revelar su secreto...

—Las historias de cada uno son cosa suya.

—... o hacerte enfadar, sobre todo estando embarazada. —Michael siguió estropeándolo aún más—. Quiero decir, que no debería... estás embarazada... Lo siento. —Tartamudeó—. Aun en tu estado, eres más rápida que yo.

—Sí —sacudí la cabeza—, y tengo las tetas más grandes.

—Estaba pensando... ¿fue debido a una crisis por lo que Caitlin abandonó el trabajo de campo? —preguntó Andy—. He leído su libro sobre los gibones. Está desfasado, pero es muy bueno. Antes de lo de Kenia, era una de las mejores.

Anais se revolvió incómoda, con el rostro lleno de vergüenza.

—Me siento fatal, como si hubiera revelado que tiene una enfermedad mental o algo así.

—Todos tenemos un pasado. —Andy se encogió de hombros para mostrarle su comprensión a Anais.

—Brindemos por eso —dijo ella, alzando su lata.

El rostro de Simon apareció en el corro alrededor de la hoguera justo cuando la petaca volvía a circular.

—¿Qué me he perdido?

Tras una hora dedicada a asuntos más banales, el equipo abandonó el campamento para regresar al pueblo. Andy, Simon y yo habíamos decidido pasar la noche en las tiendas de lona para dejar sitio a los demás en los apartamentos. Hubo alguna objeción a que una mujer embarazada durmiera en el campamento, pero la despaché diciéndoles que los catres me resultaban cómodos. No lo eran, pero no podía soportar alejarme del sitio de excavación.

Poco después me deslicé hasta mi camastro. Andy y Simon se quedaron despiertos hasta bien entrada la noche. Mientras me dormía, escuché la voz de Andy junto a la hoguera hablando de Patricia, Patricia y más Patricia. Su mujer. Pensé que a mí apenas me la mencionaba.

A la mañana siguiente, me desperté sintiéndome confusa y sedienta. ¿Había estado de fiesta loca la noche anterior? Sí, pero no había bebido. Era mi último día en la excavación. Simon y yo pronto cogeríamos el coche y regresaríamos a Londres. El pánico se adueñó de mí. Mi mente pasó a la acción, pero mi cuerpo no la seguía.

Intenté incorporarme, pero pronto me di cuenta de que estaba encajada en aquella cama baja del campamento. Simon dormía en la otra; le habría aplastado si hubiera intentado meterse en la mía. Andy debía haber dormido en la otra tienda. Decidí dejar a Simon tranquilo para poder echar un vistazo a la excavación antes de que empezara a meterme prisa para coger el coche. Me masajeeé la cadera izquierda. Los tendones se estaban dilatando para dejar espacio al bebé. Y luego estaba la cuestión de los labios. Los tenía hinchados y agrietados. Una gran capa de piel muerta sobresalía de mi labio inferior y se pegaba al superior. Esta zona de Francia era cálida en verano, pero justo entonces las condiciones me recordaron al tiempo que pasé en el desierto de Gobi. Nunca me había sentido tan reseca.

No necesitaba estudios de biología para comprender que el día anterior no había bebido suficiente agua. El asunto era que cada trago de líquido le recordaba a mi vejiga que soportaba el peso de un bebé. Y como no podía hacer pis cerca de la excavación, tenía que perder un tiempo precioso en desplazarme hasta los urinarios. Mi solución era limitar mi ingesta de agua — no demasiado, porque era consciente de las necesidades del bebé, pero lo

justo—. Escaso de agua, mi cuerpo le había derivado recursos al bebé para asegurarse de que crecía sano, lo cual era una buena decisión. O eso quise pensar. Mi cuerpo tenía un propósito claro —gestar un bebé— pero de pronto parecía en desacuerdo con el resto de mi ser. ¿Acaso mi cuerpo y yo no éramos lo mismo?

Me agarré a las barras metálicas del camastro con ambas manos, giré las rodillas y me bajé de la cama rodando, con cuidado de no despertar a Simon. Al levantarme, el peso del bebé se trasladó presionando un nervio con una aguda punzada. Me quedé sin respiración, pero conseguí aliviar la presión en mi cadera izquierda. Todas mis cosas estaban en su sitio: mis ropas de trabajo colgadas en ganchos clavados en la estructura de madera de la tienda, mi fiel ordenador portátil bajo una capa de polvo encima de mi mesa desordenada, mi cinturón de herramientas con la extensión para la cintura esperándome en el suelo... Pero había una diferencia: ya no podría usar más esas cosas.

Había un arcón de madera junto a mi cama con una botella de agua, todavía fría a juzgar por las gotitas de condensación. Era la prueba de la presencia de Andy. Estiré un brazo entumecido, la agarré y di un trago. Si para entonces ya apreciaba bastante a Andy, para cuando acabé con la última gota sentía verdadera devoción por él. En el arcón también había una tartera de plástico cerrada para evitar a los roedores. Dentro había una manzana, una barra de muesli y una onza de chocolate. El largo matrimonio de Andy le había enseñado bien. Tenía un modo maravilloso de sentir y anticipar mis necesidades. Contemplé a Simon en la cama, dormido hecho un ovillo. Aunque nuestra relación era íntima y confortable, los dos habíamos seguido siendo bastante autosuficientes. Si yo tenía hambre, cogía comida y comía. Y esperaba lo mismo de él. Ninguno de los dos quería que las cosas fueran de otro modo. Pero ¿chocolate? Andy era un detallista.

No se oía el tintineo de los platos del desayuno ni se olía a café calentándose en el hornillo del campamento, y rápidamente me acordé de que era sábado. Me senté y me rasqué el pelo, que estaba espeso por el polvo y parecía que tras dormir se me había quedado aplastado en un lado. Miré mi teléfono. Eran las nueve de la mañana. Después de desayunar, me puse manos a la obra. ¿Sería posible excavar un poquito más hoy? Había marcado un plot concreto alrededor de las vértebras cervicales, donde se mostraba la huella de un objeto que podía haber sido hecho a mano. Ardía de curiosidad

por descubrir qué era. Sabía que un día más de excavación no serviría para avanzar mucho, pero hasta el momento nada en mi carrera había parecido posible. Mi disposición a aplastar cualquier obstáculo que hubiera en mi camino me había traído hasta aquí. Quería saber qué era aquel objeto. Con andares de pato, me acerqué a donde me esperaban doblados mis pantalones limpios.

¿Cómo había acabado tan embarazada de la noche a la mañana? Embuté mis piernas como chorizos en mis pantalones de trabajo y estiré la goma elástica que usaba para asegurar el cierre de mi cremallera. La utilizaba para mantener lo más unidos posibles ambos lados de la bragueta. Cuando me levanté para cerrarme los pantalones, la goma elástica chasqueó entre mis dedos y salió volando. Me giré para buscar otra goma pero no encontré ninguna. La bragueta de mis pantalones estaba abierta.

Hace mucho tomé la decisión de no llorar nunca en el trabajo. Aunque las lágrimas son una reacción normal a la adversidad, creía que llorar provocaba suposiciones negativas sobre la capacidad de una mujer para afrontar situaciones difíciles. Jamás derramé una lágrima durante todas las pruebas y tribulaciones que me vi obligada a superar en mi carrera académica. Ni siquiera cuando, en una excavación en Turquía, se me cayó encima un palé enorme y me rompí el pie. Ni cuando uno de los evaluadores externos de mi tesis intentó hacerme perder otros dos años al negarse a aceptar mis nuevos métodos de datación. Ni cuando un prominente académico se burló de mí en público durante una importante conferencia («Parece como si le apeteciera tener un rollito con uno de sus neandertales», comentó durante la ronda de preguntas), y ni siquiera cuando la sala estalló en risas nerviosas y el comentario logró su propósito de desacreditar todo lo que yo había dicho. Me lo tragué todo sin protestar.

No lloré en el trabajo hasta que fui incapaz de encontrar una segunda goma elástica para abrocharme los pantalones. Aquello desató unos sollozos apagados. Logré morderme el labio para no despertar a Simon y confié en que nadie se fijara en las lágrimas, pero entonces escuché pasos fuera.

—¿Rose?

Me detuve, me sorbí la nariz y me mordí el labio con más fuerza.

—¿Rose?

Andy. Al menos era Andy.

—Hola. Busco a una tal doctora Rosamund Gale.

—Hola, Andy —dije en voz baja.

—¿Qué...? —Simon se giró en la cama.

—¿Estás despierta? —preguntó Andy.

—Sí —dije.

—¿Has comido algo?

—Sí, mamá.

—No me hagas hablar de tu madre. Ha llamado dos veces.

—¿Dónde estoy? —Simon se incorporó, desorientado.

No quería que Simon me impidiese excavar, así que rápidamente me recobré, me sequé los ojos con la manga y metí los pies en las botas. Cogí mi cinturón de herramientas con una mano, y sujetándome la bragueta con la otra, atravesé la puerta de la tienda y me lancé al exterior, donde vi a Andy. Parecía sorprendido por el repentino ataque de actividad y retrocedió instintivamente.

—¿Rose?

—¿Tienes algún cable elástico?

—Alguno habrá por ahí.

—Voy a necesitarlo. Solo me queda una cosa por hacer en el sitio de excavación.

—Venía a avisarte, Rose. Está Caitlin.

—¿Dónde?

—Qué sorpresa, ¿verdad? —Señaló hacia el sitio de excavación—. Ya está ahí arriba.

—¿Sin mí?

—Pensó que... estabas dormida, a juzgar por los ronquidos.

—Ese era Simon —dije.

—¡Eh! Yo no ronco —llegó una protesta ahogada desde el interior de la tienda.

—¿Caitlin está en el sitio? —Empecé a subir por el sendero—. Tendrías que haberme avisado al instante.

—Caitlin dijo que deberías descansar —contestó Andy.

—Nos vemos allí arriba —me salió como un ladrido.

La idea de que alguien estuviera en la excavación sin mí me producía

escalofríos. ¡Una primatóloga! El trabajo de Caitlin era, primero, ser la representante del museo, y segundo, la gestora logística del proyecto. Pasaba esporádicamente por el sitio y en total solo llevaba unas semanas allí. Parecía mucho más interesada en calendarios y logística que en la excavación en sí. Aunque no conocía a Caitlin lo suficiente, sabía que no tenía la preparación para apreciar mi interpretación de nuestro descubrimiento. La persona que dirigía la excavación podía influir en cómo lo veían los expertos y, eventualmente, en cómo lo interpretaría el público.

—¡Trae más chocolate! —le grité a Andy mientras trepaba, ya jadeando.

—Deberías saber... —aulló Andy.

Me detuve y me volví.

—...que está con un periodista.

—¡Coge un cable elástico!

—Del *National Geographic*, creo...

—O mejor tráeme unos pantalones tuyos —le chillé.

Antes de echar a andar sendero arriba, vi a Simon asomando la cabeza por la tienda y lanzando una mirada de perplejidad a Andy. Luego le oí murmurar:

—¿Ha dicho que quiere unos pantalones tuyos?

Se me revolvió el estómago cuando doblé el último recodo del camino y vi que la capa de plástico que colgaba de la boca de la cueva estaba apartada. Habían entrado, lo cual ya era malo, pero además no habían vuelto a echar el plástico. Esto permitía que toda clase de impurezas penetraran en la zona de excavación, y me lo tomé como una señal de lo que nos esperaba. Sin observar un protocolo de lo más minucioso para evitar la contaminación, las pruebas podrían resultar no concluyentes. Mi descubrimiento se vería como manchado en cierto modo, o sería usado como prueba contra lo que yo sabía, no como confirmación a las respuestas que estaba segura de haber encontrado.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —bramé.

Pude ver a Caitlin en el interior de la cueva con un hombre. Me entraron ganas de entrar y echarlos, pero no me atreví. No había espacio para mi barriga. Si los empujaba, podrían romper una pieza. La coleta gris de Caitlin se bamboleó como si se hubiera sorprendido. Confié en que lo estuviera de verdad.

Caitlin fue la primera en salir, con aspecto asustadizo y entrecerrando los ojos ante la luz de la mañana.

—Necesito tener el control de la excavación —le dije, con las manos cerradas en puños—, tanto del espacio físico como del modo en que contamos la historia.

—Ya lo has dejado claro. —Caitlin alzó las manos como rindiéndose. Evidentemente, no quería tener esta conversación en aquel momento—. Solo intento ayudar.

—¿Ayudar? ¿Dañando el sitio?

Dirigió una mirada de disculpa al hombre que surgió de la cueva tras ella.

—Sé que tienes previsto marcharte mañana, Rose. Solo quiero asegurar nuestra financiación para que puedas irte sabiendo que todo está bien. — Señaló al hombre que tenía detrás—. Fred es un buen amigo, de confianza. Lo he traído para que nos apoye.

—¿A filtrar la noticia?

—El museo valora la opinión de Fred sobre la relevancia de la excavación.

—No lo dudo.

—Hemos trabajado juntos en el pasado. ¿Recuerdas los gibones de Zanzíbar? Gracias a la cobertura de Fred en su revista conseguí apoyo para encontrar más financiación.

—Estás anteponiendo el espectáculo a la ciencia.

—Ojalá esto solo fuera un asunto de la ciencia, Rose. Pero las dos sabemos que también se trata de una cuestión de óptica. Los recortes en la financiación los sufrimos primero los de conservación de primates, pero ahora están llegando a la arqueología.

—Estos de aquí no son gibones —repliqué.

Caitlin se estremeció y le dirigió una sonrisa forzada al periodista.

—Fred, ¿nos disculpas?

Cuando el hombre se apartó, Caitlin me agarró del brazo.

—Te pido que seamos profesionales con esto.

—Yo estoy siendo profesional.

—Pareces un poco fuera de control. Estás temblando.

En aquel momento me di cuenta de que me vibraban las manos. Estaba

tan enfadada, sentía que tenía un motor en mi interior.

—Con el debido respeto, Caitlin, preferiría que no me dijeras lo que hace mi cuerpo. Soy yo la que está en él.

—El embarazo altera los instintos, Rose.

—Si estuvieras hablando de gibones, me interesaría.

Escuché un carraspeo y me volví. Andy apareció por el camino. Tenía aspecto preocupado, o tal vez sorprendido, no pude distinguirlo. Traía un cable elástico y unos pantalones en la mano y por un momento no supe a qué se debía. Estaba muy concentrada en que había un hombre, un periodista, entre nosotros. No creo que una mujer embarazada, hecha un basilisco y soltando juramentos a una mujer mayor con el pelo gris saliera bien parada en la prensa.

Caitlin sintió mi cambio de actitud.

—¿Te apetece conocer a Fred Long? —Señaló al hombre.

Forcé una sonrisa ridícula en mi rostro, que probablemente solo sirvió para confirmar que era una demente.

—Trabaja para el *National Geographic* —añadió Caitlin.

—Hola.

—Doctora Gale, es un honor estar aquí.

Me resultaba vagamente familiar. Normalmente se me daban genial los nombres y las caras, pero no conseguía ubicarlo.

—¿Nos conocemos?

—Pensé que no se acordaría. —Fred me ofreció una sonrisa amable—. En la conferencia de la sociedad arqueológica en San Diego, el año pasado.

—Me alegro de volver a verle, entonces —dije, ofreciéndole mi mano. Estaba embarazada y loca, pero el menos todavía daba firmes apretones de manos.

Al estirar el brazo, se me cayeron los pantalones. Intenté sujetármelos, pero la tripa me lo impedía. Se bajaron hasta los tobillos. Se me desencajó el rostro. No podía más. Por segunda vez aquel día, rompí mi regla de no llorar.

15

El leopardo macho se incorporó sobre sus patas traseras para golpear a Chica con las zarpas delanteras. Intentó derribarla, arrinconarla y sujetarla con sus poderosos hombros para clavarle los dientes. La hembra intentó hacer lo mismo, golpeando y luego hundiendo sus garras en la espalda de la pelliza de Chica; las puntas afiladas se clavaron en el cuero. La tierra se convirtió en una mezcla borrosa de miedo, barro y lucha. Chica escuchó un gruñido y un desgarró, y un costado de la pelliza se rajó desde la axila hasta el cuello. Empezó a caérsele del cuerpo. Sin la prenda, su vulnerable piel quedaría expuesta a las afiladas garras que la desgarrarían hasta el hueso. Chica soltó un gemido terrible. Los leopardos se tomaron aquel angustioso sonido como una señal de avance. Los dos se acercaron más.

Algo se despertó en Chica. No era una idea —sucedió demasiado rápido como para definirlo así— fue más bien como cuando el sol atraviesa de repente las nubes. Un cuerpo que puede ver el sol sabe qué camino seguir. Chica se agachó, se tiró al suelo de costado y se quitó su pelliza desgarrada. Los dos leopardos sintieron su caída y saltaron sobre la prenda. El macho tenía la boca inundada de saliva; hilos de baba salían disparados a ambos lados. Se lanzó a por el cuello de Chica mientras la hembra clavaba unos dientes afilados en su hombro. Cuando la tuvieron agarrada, los dos mordieron con fuerza buscando la carne para matarla. Hincaron sus garras para hacer un profundo corte y sujetarse con fuerza. Por debajo de ellos, la pelliza rebotó y cayó plana sobre el suelo. El macho no acertó en carne, músculo ni hueso. En su lugar, su hocico se llenó de tierra.

La hembra sintió que el macho no había conseguido matar y quiso mostrar su fuerza. Sujetó la pelliza con una garra y clavó sus colmillos. Se hundieron con gran fuerza. Llegó al cuero y luego hizo fuerza para encontrar

sangre. El macho leopardo aulló y saltó hacia atrás con la pata encogida. La hembra le había mordido una zarpa. Los leopardos no tardaron en darse cuenta de que la pelliza ahora estaba vacía. No estaban acostumbrados a enfrentarse a una presa capaz de desprenderse de su pellejo. Era la primera vez que un miembro de la familia hacía algo así.

Su confusión le hizo ganar tiempo a Chica para asestar la lanza con suficiente fuerza como para derribar al macho. El felino herido retrocedió unos pasos. Chica salió tras él, conduciéndolo hacia un espeso grupo de árboles. El animal se retiró un poco más y a continuación dio un respingo y soltó un aullido. Un grito sordo. Sintiendo peligro, se volvió para mirar. ¿Qué?

Un grito llegó a sus espaldas.

—¡Arú!

Chica vio que el macho perdía la concentración y aprovechó ese momento para bajar su lanza. Le asestó un fuerte golpe en la cabeza y se escuchó un crujido. Pero al hacerlo, la hembra atacó a Chica. Otro grito, un castañetazo, un chillido, un quejido y la hembra cayó hacia atrás. Renqueante sobre la tierra, se encontraba aturdida, con la lengua fuera y sangrando por la cabeza. Chica no sabía qué había golpeado al animal, pero no esperó a averiguarlo. Se incorporó de un salto, embistió y con el brazo bueno hundió la lanza en el costado de la hembra. Lanzada tras lanzada, desangró a los dos felinos.

Chica los estuvo mirando el tiempo suficiente para saber que los leopardos no volverían a levantarse jamás. Se derrumbó de rodillas, todavía aturdida por la pelea. Se tumbó de espaldas, con la respiración jadeante, intentando que el aire llegara a sus pulmones. El olor a felino muerto llenó su nariz. Solo podía pensar en que odiaba el olor a carne de felino. Y tuvo la fugaz idea de que quizá ese fuera el motivo por el que Gato Montés y ella eran tan buenos amigos: nunca había sentido la necesidad de comérselo. Era un desperdicio matar una bestia y no comerse su carne, pero los felinos eran fibrosos y no tenían grasa. Sabía que se acordaría de Gato Montés si chupaba los huesos de aquellos leopardos, aunque su amigo no estuviera emparentado con ellos. Arrugó la nariz. Comer carne de gato era una muestra de debilidad.

Cuando recobró el aliento, Chica se incorporó y buscó sangre en su cuerpo. Su brazo era la parte más dañada. Tenía que limpiárselo, pero todavía

no. No olía ni sentía ninguna amenaza, pero ¿qué había golpeado a la hembra de leopardo? Vio una piedra del tamaño de su puño junto al cadáver del animal. Había acertado en el cráneo de la hembra con tanta fuerza que le había partido el hueso justo encima del ojo. La piedra había sido lanzada con puntería y había proporcionado a Chica la oportunidad de matar a las dos bestias.

Chica caminó con cautela en la dirección desde la que había llegado la piedra. Le costó diez pasos más encontrar a Chico. Estaba tumbado bocabajo. Un pie enorme y una pantorrilla asomaban debajo de un arbusto. Bajó una mano para palpar el músculo. Había poco calor en su cuerpo. Ya pertenecía a la tierra. Lo miró y comprobó que los leopardos habían empezado a comérselo justo después de darle muerte cuando Chica los interrumpió. Respiró e intentó asimilar la pérdida de Chico. No podía permitir que su mente retrocediera o avanzara en el tiempo para lamentarse. La necesitaba a su lado.

¿Dónde estaban los demás? Chica husmeó algo en el ambiente, intentando no distraerse con el aroma de la sangre de Chico. Captó un movimiento en el aire, por encima de su cabeza. Apartó con un brazo la espesa maleza y avanzó. ¿Qué?

—*Arú* —escuchó, en un tono suave.

Chica se dirigió hacia el grupo de árboles. Las ramas se mecían y había un bulto entre las hojas. Eran Gran Madre y Canijo. Estaban acurrucados en una de las ramas más altas. Aunque un leopardo podría haber trepado por el árbol tras ellos, estaban a suficiente altura como para que el animal se lo pensara dos veces. Cuando las garras están ocupadas en trepar, no se pueden usar para pelear.

La anciana descendió por el tronco, usando las manos y sus delgados brazos para hacer bajar su tembloroso cuerpo. Gran Madre no estaba feliz por la puntería de su disparo certero. Su cara solo expresaba una historia de pérdida. Canijo descendió a continuación, silencioso y pálido. Cuando llegaron al suelo, Chica los recogió con sus brazos y se abrazaron. Los tres permanecieron así, al borde del claro, a los pies del árbol de vigilancia. Guardaron silencio.

Fue Canijo quien rompió la piña. Al ver que no surgían palabras de consuelo de Chica ni de Gran Madre, sus pulmones se fueron llenando de

aire. No podía permanecer por más tiempo callado. Solo el sonido de los pitidos de la respiración de Gran Madre interrumpía la quietud. Respiraba como si fuera un modo de expresar lo que pensaba. Canijo intentó hacer lo mismo, aspirando profundo. No olió nada en particular. El aroma de los pinos, el aliento a trasero de Gran Madre, el sudor de Chica pegado a su pelo apelmazado, la mezcla terrosa de sangre y carne fresca. Sabía que había una herida, pero poco más le decían los olores, de modo que pegó la oreja al pecho de Chica y sintió como subía y bajaba. Necesitaba deshacerse de las malas sensaciones en su pecho y buscar un sonido para la pena. Su propia voz lo sorprendió, fina y temblorosa: «Osera».

Cuando Chica se movió para rodear con el brazo a Canijo y darle consuelo, Gran Madre gimió. Entonces fue cuando Chica descubrió la herida de su madre. El rostro de la anciana estaba cubierto de sangre. Con su mente tan concentrada en el interior, Chica no se había fijado en el olor, pero en ese momento reaccionó. Tumbó a Gran Madre y le levantó la pelliza, que la anciana se había subido para esconder la herida. Tenía dos grandes zarpazos en el costado. Una garra afilada había desgarrado y dejado al descubierto sus costillas. Entre la piel abierta asomaba una tira de tripas. Los intestinos cercenados se salían por la herida.

Chica comprobó rápidamente la piel de Canijo. Había una perforación en la pierna, la garra de un leopardo que había intentado detenerlo para que no trepara. Estaba claro que los leopardos habían ido a por los más débiles antes de que interviniera Chico. Debieron de rodearlo, o derribarlo cuando intentó escapar árbol arriba. Dos leopardos superaban en fuerza a un hombre joven. Las heridas de Canijo iban a necesitar cuidado, pero continuaría con vida. Chica centró su atención en Gran Madre. Estaba sangrando. Probablemente se le había abierto la herida al bajar del árbol y había sangrado más bajo su pelliza. Debían trasladarla a la cueva para estar seguros. Otros depredadores andarían husmeando. Chica se agachó para coger a Gran Madre en brazos, pero al tirar de ella la anciana sacudió su gran cabeza. «Ne.» No quería que la movieran.

Canijo escurrió unas gotitas de agua de su saco de cuero en los labios de Gran Madre. Chica posó una mano en la cabeza de la anciana y se miraron a los ojos, algo que rara vez hacían. Mirarse directamente a los ojos podía percibirse como algo hostil. Dos cuerpos que se conocían bien podían hacerlo

para buscar la dirección de una mirada o para comprobar la salud, la fuerza o la cordura del otro. Como estas se estaban escapando por la gran herida en el costado de Gran Madre, la mirada era el modo que tenía Chica de ofrecerle consuelo.

Gran Madre sabía que ya no le quedaban salud ni fuerzas, solo cordura, y hasta eso lo estaba perdiendo. Dejó salir el aire de sus pulmones y se rindió al cambio. Había pasado muchos y tumultuosos años en una lucha constante por conseguir carne suficiente para ella y su familia. Con las energías que le quedaban, solo podía pensar en el placer de un descanso permanente. En lugar de enfrentarse a ello, como hacía antes, anhelaba echar una larga siesta en la tierra.

—*Ye, maderamuerta* —dijo husmeando y apuntando a su nariz, como queriendo decir «ya huelo la tierra».

Gran Madre miró a Chica, su pelo rojo revuelto, su piel pálida manchada de barro y sangre, y volvió a olisquear. Había algo nuevo en ella. En circunstancias normales, se habría dado cuenta de inmediato. Chica estaba embarazada. Una madre normalmente era la primera en olerlo en el aliento de su hija.

Gran Madre se quitó los cuernos de la cabeza y se los pasó a Chica sin un asomo de culpa o amargura. En aquel momento, su dolor se vio reemplazado por el orgullo. «Brea», dijo. La palabra significaba mucho más que «conserva la cabeza pegada a tu carne». Era Chica la que tenía que mantener a su familia unida a la tierra.

Chica agachó la cabeza en señal de aceptación. El pecho de Gran Madre se llenó de aire una vez más y aspiró hondo el olor del embarazo. La muchacha era fértil. La familia sobreviviría. La anciana volvió su cabeza en dirección a Canijo y abrió la boca. Sabía que el olor de su aliento de anciana flotaría hasta la naricilla del muchacho antes de que pudiera oír alguna palabra. No le importaba. La recordarían así. Los olores trasladaban la mente a lugares de un modo que ningún otro sentido conseguía. Cada vez que captase el aroma de carne de bisonte en su nariz, Canijo pensaría en cómo Gran Madre lo había adoptado y había salvado su vida.

Gran Madre soltó una última y lenta respiración. *Maderamuerta*. Tanto ella como Chica eran conscientes de cuánto habían cambiado las cosas en tan poco tiempo. Sus vidas unidas se habían separado como el hielo se aparta del

río en primavera. No se funde derritiéndose lentamente, sino que una serie de profundas grietas desestabiliza su estructura. Cuando se va, grandes pedazos son arrastrados a la vez. Y en cuestión de un día, ante los ojos incrédulos, el hielo desaparece. Pero por debajo el río es el mismo, como siempre lo fue.

16

Chica se despertó justo antes que el sol, salió de la cabaña y caminó en silencio hasta el fuego. Se acuclilló a su vera con las palmas abiertas, sintiendo el calor de la hoguera de la noche previa. Se agachó y sopló sobre las ascuas más calientes, cubiertas de ceniza, y una pieza brillante de madera chamuscada palpitó de calor, con un rojo muy vivo. Tomó aliento y volvió a soplar. Una llamita alcanzó a morder los palitos y cortezas que Chica había amontonado. El parpadeo restalló y prendió. El calor lamió la piel y las mejillas sonrosadas de Chica. Un nuevo día comenzaba.

Pronto la yema del sol brotó en el cielo inundando todo de color. Chica contempló cómo ascendía por la línea del barranco y desaparecía tras él. Dentro de unos días, cuando el sol ascendiese, besaría la cima del barranco. Eso significaba que había llegado el momento de ir a la carrera de peces. Se le hizo la boca agua al pensar en la carne anaranjada. Con esa sensación, no hacía falta tomar una decisión, solo existía la necesidad de ir. Viajaría hasta el punto de reunión. Se atiborraría de pescado. Llenaría su tripa.

Chica calentó agua en un saco de cuero para abrir una nueva provisión de carne de bisonte. Al derramar agua caliente sobre los víveres congelados, podría conseguir algunas de las porciones de carne que habían guardado tras la caza. Había comida más que suficiente a corto plazo. En lugar de permitir que la tristeza la distrajese, se dedicó a salivar. Podía doblar sus porciones y comer cuando tuviera hambre, algo que raramente podía hacer antes.

Flexionó con suavidad la mano y sintió alivio al ver que los músculos respondían. El leopardo le había asestado un profundo mordisco y le faltaba un pedazo de carne, pero el desgarró no había sido tan grave como pensó en un principio. Antes de arrastrarse hacia la cabaña la noche anterior, Chica se obligó a permanecer despierta y curarse las heridas. Humedeció e hirvió

semillas de mostaza. Las masticó para triturarlas y escupió la pasta. Luego vertió agua en una concha de tortuga vacía y se lavó la herida. Se arrancó los pedazos de carne suelta con una piedra afilada. Lo hizo mordiendo un trozo de carne entre los dientes para sofocar sus gritos de dolor. Restañó la sangre apretando encima del corte la cara blanda de un pellejo doblado. Después, rellenó la herida con la pasta de semillas de mostaza hasta que su brazo volvió a parecer entero. Picaba lo suficiente para hacerla gemir. Cogió un trozo de pellejo fino que había estado raspando y envolvió el antebrazo con él, como si fuera una segunda piel. Sus dedos funcionaban bien. No mostraban síntomas de hinchazón, que solía ser la primera señal del proceso de putrefacción.

A continuación, en cuclillas, moviendo lentamente los dedos y mascando junto al fuego, Chica comió hasta hartarse. Sus piernas volverían a ser como antes. Pronto serían unas extremidades musculosas del tamaño de troncos de árbol con unas gruesas rodillas nudosas. Sería la Gran Madre que todos querían.

Chica tuvo un extraño pensamiento; quizá Gran Madre estaba cuidando de ella. Lo apartó rápidamente de su mente. Como Gran Madre siempre decía, los muertos no pueden ver un cuerpo del otro lado de la tierra. Pero una sensación permanecía en el ambiente. Quizá porque ya no podía sentir a su madre mientras dormían, necesitaba sentirse conectada a ella mientras estaba despierta.

Gato Montés se presentó, se restregó contra las piernas de Chica y entrecerró los ojos para pedir carne. Siempre elegía el momento perfecto. Chica se rio y le dio un pedazo grande. Las pupilas del animal se dilataron al ver el tamaño. Todavía cauteloso debido a los muchos pares de pies de la familia que le habían dado patadas a lo largo de los años, lo agarró y salió disparado para comérselo bajo la protección de los arbustos.

Gato Montés no tardó en terminar de comer y regresó a la pila de leña junto al fuego con la esperanza de capturar alguna ardilla roja. Aunque Chica estaba segura de que el felino había notado la ausencia de cuerpos, nada cambiaba en sus instintos. Ese día se había acercado exactamente igual que el día anterior.

Entonces Chica se acordó del único cuerpo que seguía en la cabaña, Canijo. Volvió a subir y apartó la piel que colgaba sobre la puerta. Por un

instante, no pudo ver en la oscuridad y solo oía la respiración del muchacho. Tras una noche inquieto, seguía durmiendo para ahuyentar los horrores de la víspera. Tenía una manera curiosa de dormir, bocabajo con las piernas dobladas y el trasero elevado. Nunca había visto a un niño dormir de ese modo tan raro. Lentamente, sus ojos se fueron acostumbrando y pudo distinguir la silueta de su cuerpo. Su espalda parecía suave y pequeña. Su piel estaba sorprendentemente desnuda; solo se veían unos pelos finísimos iluminados por un rayito de luz que atravesaba la entrada. Se preguntó si le crecería más pelo en la espalda. Por su bien y por las amantes que querría atraer cuando fuese mayor, Chica esperó que así fuera.

Canijo suspiró en sueños. Chica no le había prestado mucha atención al muchacho más allá de los cuidados básicos. Había participado en su crianza, igual que los demás. El que cocinaba, se aseguraba de que Canijo comía; el que dormía, lo abrazaba; todos lo ponían a resguardo en un lugar seguro cuando iban de caza y se aseguraban de que aprendía cosas a lo largo del año. La familia sabía que sus hijos eran diferentes de las crías de las bestias que los rodeaban. Los tejones podían dejar a un bebé en la madriguera cuando salían a buscar comida, pero a un niño de la familia raramente se lo podía dejar desatendido. La cría del ciervo rojo era capaz de caminar a las pocas horas de nacer, mientras que la familia tenía que atar a los bebés a la espalda de alguien durante más de un año. Costaba mucho trabajo criar a una descendencia que se desarrollaba tan lentamente, pero los esfuerzos que invertían al final no eran en vano. Ahora, sin embargo, no había más manos para ocuparse de Canijo. Todo el peso recaía en los hombros de Chica.

Chica recordaba vagamente el día en que encontraron a Canijo deambulando en solitario cerca del río junto al punto de reunión. Nadie supo adivinar a quién pertenecía. La familia que lo trajo vivía más arriba, en otro ramal del río. Señalaban hacia atrás para expresar que lo habían encontrado en el camino. Quizá viajaba con algún adulto al que se llevó una enfermedad, bestia o infortunio. Gran Madre buscó y husmeó lo mejor que pudo. No encontró ninguna pista.

Las extremidades de Canijo eran curiosamente finas. Su pecho era tan estrecho como una pierna. Chica se había acostumbrado a su aspecto, pero al principio le preocupaba que los ojos se le fueran a salir de la cabeza. Tenía la frente plana y la barbilla afilada. Con un aspecto y un físico tan pobres,

dudaba que el muchacho pudiera aparearse algún día. Al crecer, fue compensando su debilidad con su disposición para trabajar. Aunque parecía desarrollarse lentamente, cuando aprendía una tarea se dedicaba de lleno. Esta era la razón por la que la familia lo alimentaba. El deseo de Canijo de ser útil lo mantuvo con vida.

El muchacho volvió a suspirar y dejó caer el trasero sobre la piel en la que dormía. Entonces, Chica lo oyó: un leve tintineo, como el sonido de judías secas dentro de una vaina. Se quedó helada. Era el cascabel inconfundible de una serpiente. Deteniéndose, ojeó la cabaña a oscuras para ver dónde estaba. Si Chica pisaba su cuerpo alargado, el animal mordería.

Las mañanas frías y despejadas significaban que estaban en la época peligrosa del año para tener encuentros con serpientes. Los cuerpos de estas se enfriaban por la noche y el roce del primer sol de la mañana las despertaba. Una vez, cuando Chica y Chico eran pequeños, él encontró una serpiente de cascabel venenosa y pensó que estaba muerta porque permanecía inmóvil. Se la pasó alrededor del cuello, jugando a que era un cordel para atar su lanza de juguete, y le dio un beso en su hocico escamoso. Cuando se cansó, tiró el cuerpo alargado sobre una roca. Al poco tiempo, el animal se calentó. Chica se acordaba de cómo a Chico se le quedó la mandíbula desencajada al ver que la serpiente revivía con el calor y salía disparada entre los arbustos.

Pero el problema de Chica era que esta serpiente ya estaba despierta, el sonido del cascabel así lo confirmaba. Lentamente, retiró la piel de la puerta para tener más luz. Sabía que la serpiente podía estar enroscada alrededor de su pie. Quizá había estado a punto de pisarla al entrar. Pero no se encontraba allí, ni en el suelo cerca de ella. Dirigió la mirada hacia las ramas de pino y escudriñó lentamente, con atención. Ese tipo de serpientes tenía la piel parecida a la corteza de los árboles y sería difícil de distinguir entre las ramas de la cabaña. No solían ser más largas que su brazo, pero el tamaño no significaba nada en relación con la potencia de su veneno. El mordisco de un ejemplar adulto bastaba para tumbar un cuerpo.

El muchacho dormía bocabajo. Por un momento, los ojos de Chica la engañaron. Se preguntó si Gran Madre le había hecho un collar a Canijo mientras ella estaba fuera, porque el muchacho tenía algo alrededor del cuello. Sabía que se trataba de la serpiente, pero su mente se resistía a creerlo. Si Chica daba un paso, la serpiente atacaría al muchacho para defenderse. Si

el niño se levantaba, pasaría lo mismo. Abrió los labios para avisarle, pero hasta eso podía hacer reaccionar a la serpiente. Ya le había dado un primer aviso con el cascabel. Las serpientes raramente daban dos avisos. Chica hizo lo único que se le ocurrió que podía hacer: contener la respiración. Al no poder hacer más, se sintió débil e inútil. Este muchachito solo la tenía a ella, y lo único que se le ocurría era no respirar. Verlo tumbado en el nido, con la espalda expuesta a la serpiente, le transmitió su indefensión. Una picadura de serpiente era un modo terrible de morir. Suponía días de agonía, la piel se volvía negra y el cuerpo se hinchaba porque se iba pudriendo por dentro. Su corazón se aceleró de temor porque sabía que si Canijo sufría, ella sería la única culpable. Sería el último cambio y Chica no se recuperaría. Era muy consciente de su ineptitud y su fragilidad.

Esperar, observar. La serpiente estaba sobre la espalda de Canijo olisqueando su piel. Parecía querer deslizarse bajo las pellizas para refugiarse en la oscuridad, pero estaban dobladas y no encontraba un modo de entrar. Se deslizó más allá, y Chica contuvo un gemido. El desplazamiento podía despertar a Canijo. Pero el muchacho no se movió. Sus pestañas suaves y oscuras caían sobre sus mejillas. La serpiente husmeaba y avanzaba, y decidió que no tenía tiempo para la piel. Retrocedió y el cascabel dejó de estar sobre la espalda de Canijo. El animal se introdujo en la gruesa pared de ramas.

Chica salió rápidamente de la cabaña y agarró su lanza. Dio dos pasos hacia el hueco en la pared y vio que la serpiente había salido por el otro lado. Serpenteaba sobre las piedras cuando Chica arrojó su lanza. De un golpe, clavó la cabeza del animal al suelo, y luego la aplastó con una piedra.

Más tarde, cuando Canijo salió de la cabaña desperezándose y frotándose los ojos del sueño, Chica lo llamó desde la hoguera. Estaba sentada con un palo en la mano, la carne de una serpiente enroscada en él mientras se asaba. El pequeño casi no miró a Chica, se limitó a acercarse y a empujarla para poder sentarse en su regazo. Posó la cabeza en el pecho de Chica y respiró hondo, como si fuera algo habitual. Parecía haber transferido el cariño que sentía por Gran Madre a Chica sin mucho esfuerzo. Quizá se debía a su edad, quizá veía a las dos mujeres como una sola, o quizá se debía a aquello que tenía Canijo y que Chica no era capaz de discernir. Era diferente en muchos sentidos.

Canijo levantó una mano. Agitó dos veces los dedos y esperó. Chica puso un pedazo de carne fría en su palma. Los dedos del muchacho se encorvaron y Chica escuchó el hermoso sonido de sorber y mascar. Una parte de ella admiraba la desenvoltura del muchacho. Canijo sabía de dónde podía sacar la carne. Sabía quién lo mantendría a salvo. Ella deseaba ser así.

Chica le dijo a Canijo que fuera a jugar un rato para que ella pudiera calcular lo que necesitaban para migrar hasta el punto de reunión. Podía elegir los mejores sacos de beber y las mejores lanzas para protegerse, envolver carne en una piel suave y llevarla a su espalda. Cogerían un pellejo de más para calentarse. Una vez allí, Chica construiría un refugio de ramas de pino frescas.

Canijo se sentó en el barro y se puso a jugar con algo. Chica lo observó ausente y se sorprendió al ver que era su concha. Llevándose la mano a la garganta, se dio cuenta de que no la llevaba al cuello. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Dio un salto. Quizá arremetió demasiado rápido contra Canijo, pero actuaba movida por el enfado. La concha no era del muchacho. Se preguntó si se la habría robado mientras dormía.

—*Ne.* —Se la quitó.

El gesto y la palabra cortante sorprendieron a Canijo, que abrió mucho los ojos. La miró, en estado de shock, lo que dura un latido de corazón. Al instante su rostro se descompuso y se fundió en lágrimas. De pronto Chica era tan importante para él como el sol. El enfado en el rostro de Chica lo había llenado de calor. El pequeño aulló y chilló de un modo que Chica casi no podía soportar. Se llevó las manos a las orejas y las presionó para ahogar el sonido.

—*Sssh* —dijo para acallarlo, pero no tuvo efecto—. *Gargantacuervo* —dijo, juntando los dedos sobre el pulgar para mostrarle que estaba haciendo demasiado ruido, como un horrible cuervo. El muchacho siguió llorando y gritando sonidos ininteligibles. La fuerza de su garganta se adueñó del campamento. No quedaba sitio para las palabras de Chica.

Chica se sentó pesadamente en un tronco junto al fuego. Se llevó de nuevo las manos a las orejas y agachó la cabeza, esperando a que el sonido parara. ¿Cómo conseguía Gran Madre tenerlo callado? Nunca había oído al chico llorar así. Pasado un rato, los aullidos se detuvieron. Chica se desplomó aliviada y se quitó las manos de las orejas.

Sintió una mano suave en su espalda y dio un respingo. En aquel momento comprendió lo vulnerables que habían sido. Con sus sentidos concentrados en el interior, cualquier bestia podría haberse presentado con ganas de comer. Con apenas dos en la familia, solo era cuestión de tiempo que otra bestia lo volviera a intentar.

Pero no era más que Canijo, con los ojos desencajados e hipando. Tenía las pequeñas mejillas hinchadas. Bajó la mirada por un instante. Ella le ofreció un suave chasquido de la lengua. Canijo lo interpretó como una señal para volver a lanzarse en su regazo. Chica suspiró y se lo permitió. El muchacho tenía algo más en la mano: los cuernos. Chica había olvidado ponérselos cuando se despertó. O quizá «olvidado» no era la palabra. Era más bien que nunca había pensado en ponérselos. Asintió para hacerle saber que eso era bueno. Canijo le colocó los cuernos en la frente. Ató el fino tendón, suavizado por Gran Madre a base de mascarlo, bajo la espesa trenza de pelo que le caía por la espalda.

Chica levantó la cabeza y Canijo la contempló admirado. Con sus finos dedos, le recogió un mechón de pelo y enderezó un cuerno para que estuviera recto. Una mirada de fuerza y orgullo se adueñó de su rostro. Alzó la palma de una mano ante ella. Chica levantó su mano y juntaron sus pieles, los dedos del muchacho llegando solo a las primeras falanges de ella. La piel de Canijo era oscura y blanda como el esquisto; la de ella era clara y dura como el granito. Apretaron las palmas con más fuerza. Canijo señaló hacia la concha y su cuello para preguntar si quería que la ayudara a atársela. Gran Madre se la había regalado a Chica cuando tenía más o menos la edad de Canijo.

La concha tenía el tamaño de una nuez y era lo bastante grande como para escuchar sonidos cuando te la acercabas a la oreja. Gran Madre sostuvo la concha para que Chica escuchara. Así fue cómo Chica comprendió que estaba relacionada con las historias de sombras. Supo que la mujer había viajado muy lejos, allá donde el agua sabe como la piel cubierta de sudor. Había historias malas sobre el mar, pero también otras buenas: se extiende por un largo tiempo hasta llegar a una tierra que pertenece a los peces más grandes. Esos peces bucean y envían ondas por el agua en forma de olas. Estas surgen desde la tierra del gran pez y llegan a la orilla para golpear y jugar en la arena. A veces los golpes hacen que el agua tenga espuma como en los rápidos de un río.

Chica enseñó a Canijo cómo poner la oreja en la concha. Escuchó el sonido de las olas rompiendo en el mar. Cerró los ojos y quizá sintió los golpes del oleaje, la fina arena en sus dientes y el olor a rocas húmedas. No era solo el sonido; quizá también pudiera percibir los sabores, los olores y el tacto del océano, un eco de su pasado. Era algo que retumbaba en lo más profundo de sus venas. Con la concha en la oreja, le parecía estar allí.

Entrada la noche, Canijo se revolvió, se dio la vuelta y alzó el trasero al aire mientras dormía. Con los ojos entreabiertos, Chica podía ver su remolino de pelo —del color del musgo negro— y su gran boca con dientes blancos. Luego el pequeño se despertó y se acercó a ella, intentado ver si estaba dormida, sin saber si se metería en problemas por despertarla. Su suave aliento le acarició la mejilla. Olía a menta. Canijo tenía la extraña costumbre de comer cosas verdes. Gato Montés también. A veces Chica pillaba al felino mascando briznas de hierba. Pero el apetito de Canijo por los vegetales era mayor. Olisqueaba plantas extrañas, se chupaba los labios y se las metía a la boca antes de que ella pudiera evitarlo. Le preocupaba que alguna vez acabara estirando la pata. Todavía no había sucedido.

Chica masajeó la espalda del muchacho, que pronto volvió a sentirse cansado. Le dijo que orinara entre las ramas de árbol junto a la puerta; un poco de pis para marcar el terreno ayudaba a mantener alejadas a las bestias durante la noche. Después de hacerlo, el muchacho comió una pequeña tira de carne, sorbió un poco de agua y bostezó. Se enroscó a su lado, dispuesto a dormir. Chica observó cómo su pecho subía y bajaba lentamente. Sus manitas de puños cerrados debajo de una de sus suaves mejillas. Sus labios dejaron de moverse. Chica no podía volver a dormirse. Se recostó y parpadeó en la oscuridad. Mañana sería un día duro de preparación para la carrera de peces. Apretó los ojos para cerrarlos, pero le costó dormirse. A pesar de tener a Canijo a su lado, le faltaba el cuerpo de la familia.

17

Chica se levantó antes que el sol para encender el fuego. Se puso en cuclillas a observar. El astro hizo su aparición y besó la cumbre del barranco. Los peces pronto emprenderían su viaje. Era el momento de dirigirse al punto de reunión.

Chica no se puso los cuernos. Los guardó en un pliegue de la piel que se echaría a la espalda como una mochila. Su tripa todavía no asomaba, pero sabía que estaba embarazada. Lo notaba al aspirar su orina matutina. Ser consciente de ello le despertaba incertidumbre sobre cómo sería recibida en el punto de reunión. Si las otras familias habían tenido un año de vacas flacas, entonces, dada su condición de adulta desconocida, sería vista como una competidora por el alimento. La espantarían, esperando que regresara a pelear y mostrar su fuerza. Su fertilidad también podía marcarla como una amenaza. Sin embargo, si los tiempos habían sido prósperos, las familias la recibirían con los brazos abiertos. Verían su parecido con Gran Chica o recordarían que su familia poseía un buen territorio. Había tantas formas posibles de ser recibida como ramales tenía el río. Chica no tenía experiencia suficiente para saber por dónde discurrirían las aguas.

No ponerse los cuernos era una señal de sumisión, pero también de lo que estaba sucediendo en su interior. El embarazo estaba alterando su forma de sentir. Los accesos de valentía que antes le brotaban en el pecho con tanta frecuencia se habían derretido y remitían, igual que el hielo y la nieve. Ahora era extrañamente tímida e indecisa. Y por ese motivo se había quitado los cuernos. Entraría en el punto de reunión como una muchacha más. Eso no cambiaría. Se presentaría como una chica y observaría a los demás antes de pasar a la acción.

Todas las ocasiones en que había participado en la carrera de peces

formaban una gran imagen en su mente: el olor del pelaje moteado de los osos mucho antes de verlos, la gran extensión verde de los pinos más abajo, la estimulante combinación de familias nuevas y alimento. Añoraba los días en que podía mezclarse con desparpajo juvenil entre los cuerpos nuevos y extraños, y olisquearlos sabiendo que seguiría teniendo un lugar seguro en el hogar de Gran Madre.

Chica dejó que Canijo durmiera a pierna suelta en la cabaña por última vez mientras ella comía. Enterró los mejores cuencos y las herramientas que no necesitaban llevar consigo. Cuando Canijo se despertó, lo obligó a sentarse a comer carne y a beber. Apiló las pieles de dormir en medio de la cabaña para protegerlas. Puso piedras bordeando la cabaña para que se mantuviera firme si el viento soplaba con furia. Sacó sus víveres del escondite del árbol y los sacos de agua atados con cordones.

Canijo estaba nervioso junto a la hoguera. Se acercó a él con la concha y se la ató al cuello. Los labios del muchacho se estiraron hasta formar una enorme sonrisa mientras acariciaba la concha con la punta de los dedos. Para que le proporcionara fuerzas durante el viaje, Chica le daba el Mar.

Cuando estuvo preparado, Canijo se dio la vuelta y Chica le pasó las correas por los hombros, sujetando el petate por debajo con una mano para que no se cayera. El muchacho dobló sus rodillas huesudas, cogió fuerzas y asintió indicando que estaba listo. Chica soltó la bolsa. Las piernas del muchacho temblaron como ramas verdes, pero aguantaron. Chica se echó su mochila a la espalda. Era más pesada de lo que le hubiera gustado, pero no sabía cuánto tiempo iban a estar fuera. Iba a ser la encargada de levantar el campamento en el punto de reunión. Le llevaría un año fabricar ella sola todo lo que necesitaban, por eso tenía que llevar sacos, fundas para los pies, cordeles y dientes de piedra. Esas cosas, junto a una punta de lanza de repuesto, pieles para dormir, una pelliza de repuesto y carne seca para el viaje, conformaban una carga completa. Al ser tan pocos, habían perdido el lujo de viajar ligeros.

Chica dejó que Canijo fuera por delante para poder vigilar. El muchacho arrancó tambaleante en dirección al río, y Chica se mordió el labio pensando que el chiquillo caminaba más en zigzag que recto. Se tropezó con una rama en el suelo y aquello fue su sentencia. Perdió el equilibrio y sus rodillas cedieron. El petate se ladeó y el cuerpo del chico cayó a tierra.

En tres pasos, Chica se plantó a su lado. De espaldas, sacudiendo brazos y piernas, parecía una tortuga que hubiera volcado su caparazón. Chica se agachó dispuesta a agarrarlo del petate y levantarlo.

—*Ne, ne* —dijo él.

Sacudió el aire con las manos para decirle que no quería ayuda. Estaba dispuesto a incorporarse solo. Finalmente, se agarró a una raíz con una mano. Tiró para hacer rodar el cuerpo de modo que el petate acabara sobre su espalda. A cuatro patas, luchó por recuperar el equilibrio. El esfuerzo se dibujó en su rostro, mientras sacaba los dientes como una bestia aterradora. Chica tuvo que taparse la boca para evitar reírse.

Canijo levantó una pierna e hizo fuerza. Con un rugido, estiró la otra pierna y se puso en pie. Un tambaleo hacia delante y una sacudida a un lado; sus pies se movían buscando una postura que le proporcionara equilibrio. Finalmente, lo consiguió. Extendiendo los brazos y separando los dedos, se detuvo el tiempo necesario para que la bolsa se enderezara. Conteniendo la respiración, dio un paso cauteloso y luego otro. Lentamente, fue caminando hacia el río. Chica se sintió orgullosa de que el chiquillo pusiera tanto empeño mientras ella caminaba sin prisa tras él. También presintió que iba a ser un día largo. Gato Montés parecía compartir su opinión. No tenía prisa mientras los seguía tras la maleza.

Canijo avanzaba arrastrando los pies bajo su pesada mochila, y Chica se sintió cada vez más ansiosa. Los últimos dos días del viaje eran especialmente duros. Cuando el sol alcanzaba cierta altura, era lo bastante fuerte como para formar grandes grietas en el río helado. Cuando el hielo se hubiera derretido, los peces correrían y comenzaría el juego. A Chica le preocupaba que la acción empezara sin ellos. Si aparecía una Gran Madre robusta y joven, podría reclamar para sí la mejor familia antes incluso de que Chica tuviera ocasión de participar.

Finalmente les costó tres amaneceres llegar al punto de reunión. Viajaron hasta una frondosa falda de la montaña. El hielo del río ya estaba roto para cuando llegaron. Los matorrales eran espesos y los insectos revoloteaban alrededor de sus cabezas formando nubes. El agua corría rápida y caudalosa.

Cuando la temporada era buena, todas las familias se encontraban en el punto donde se unían los ramales del río. Chica podía recordar los tiempos en que se juntaban hasta cinco familias. El año anterior solo aparecieron otras

dos familias. Había historias que hablaban de muchas más, aunque aquello no había sucedido estando ella con vida. Gran Chica, su hermana, se había convertido en una Gran Madre y ahora lideraba una de las otras familias. Cuando Gran Chica se marchó del punto de reunión la temporada pasada, la tripa de su hermana comenzaba a redondearse con un hijo dentro. Chica se preguntó si ahora habría un bebé rollizo al que llevar en brazos. Recordó la piel suave y el pelo aterciopelado de los bebés que había abrazado en el punto de reunión, y se llevó la mano a la tripa. Hasta aquel momento, solo le preocupaba que estaba engordando. Se preguntó si también debería sentirse orgullosa.

Chica pensó que llegaban tarde, pero no suponía que los demás también. Dobló el último recodo y se asomó al amplio lecho del río, una ancha extensión de limo, rocas y arena por la que discurrían las rápidas aguas de primavera. Se sintió contenta de estar allí otra vez. El aire traía los pesados aromas del sur impregnados de pino, el perfume de los brotes de bayas y un fresco olorcillo muy ligero a agua salada. Aquello le recordó todas las sensaciones que había tenido antes en aquel lugar. Como un racimo, las familias se amontonaron en su mente. Aunque en otras épocas no pensaba demasiado en ellas, ahora podía ver cada uno de sus cuerpos en su mente.

Aquellos olores y visiones le recordaron otras cosas. Rápidamente recordó dónde estaban las mejores bayas. Ojeó su morera favorita, que solía ser de las primeras en dar fruto. La plataforma de piedra preferida de Gran Madre para asomarse a los rápidos tendría menos limo este año. Era una buena base, el lugar perfecto para asomarse y coger peces cuando saltaban. A Chica se le hizo la boca agua solo de pensarlo.

Sin embargo, cuando Chica y Canijo bajaron la última cuesta pedregosa hacia el lugar donde el río se ensanchaba, se sorprendieron al ver que no había refugios levantados junto a la maleza. Normalmente las familias levantaban una hilera de cabañas temporales cerca de una fila de rocas. Delante estaba la playa de guijarros, que se extendía hasta el río. Se trataba de un campo abierto donde transcurría toda la acción: el olisqueo, los círculos, las peleas, la elección de parejas para aparearse, y a veces hasta el apareamiento mismo. Todos sabían lo que sucedía y mostraban un interés entusiasta. No se consideraba fisgoneo. La especulación y los rumores que circulaban entre ellos tenían un propósito. Podían prestar apoyo a una Gran

Madre y espolearla. O lanzar piedras a otra para desanimarla en su intento. Era una acción alborotada, intensa y brutal. Y era importante para todos ellos. Sus destinos dependían de los resultados.

Chica eligió un lugar contra la banda de rocas. Un buen sitio, pero no el mejor. No quería mandar un desafío silencioso a la Gran Madre que llegaría después. Pero la parcela de tierra que eligió se extendía hacia el río, con la roca a sus espaldas, y les ofrecía un gran panorama de todo lo que les rodeaba. Ató ramas verdes para formar una estructura. Por encima, extendió una piel fina. Usando cordel hecho de enredaderas, ató la piel a las ramas. Las enredaderas se encogerían al secarse y el nudo se haría más fuerte. La piel estaba tan tensa que cuando Chica la sacudió, rebotó en su palma. Por encima, Canijo y ella colocaron una piel más gruesa, todavía llena de grasa de bisonte, para protegerse de la lluvia. En el interior, Chica extendió ramitas y colocó las pieles de dormir encima.

Gato Montés asomó el hocico desde detrás de un arbusto y maulló. Chica sacó la cabeza por la entrada para mirar. El animal parpadeó a Chica, mostrando su conformidad con el lugar elegido y haciéndole saber que volvería a por los restos de pescado. Tras aquello, salió disparado, probablemente buscando un ratón.

Canijo hizo sitio junto a la entrada para sus lanzas. Colocó piedras planas al lado del nido para dejar sus sacos de agua, los cuernos y su concha. Hizo un hueco en el medio para la lámpara, una bola de grasa de bisonte con una mecha hecha de cordel sobre una piedra plana con una concavidad en el centro. Era bueno tener una lámpara, una señal de su poder relativo, aunque no la necesitasen demasiado. El sol seguía en lo alto observando la diversión de esa época del año. Tendrían más luz de la necesaria.

Cocinaron fuera, sobre los cantos junto al río, pues las nubes estaban altas y no anunciaban lluvia. Chica cavó una hoguera poco profunda. Los dos recogieron una provisión abundante de leña. Para cuando terminaron de instalarse, se encontraban cansados y felices. Estaban listos. Se sentaron junto al fuego y esperaron a los demás.

Los primeros en llegar no fueron los que esperaban. Una familia de osos pardos se abrió paso entre los matorrales en la otra orilla del río. Su costumbre habitual era llegar después de que lo hubieran hecho todas las familias. Les gustaba que las familias encontraran primero sus sitios, pues era

sabido que los caminantes erectos podían ser unas pequeñas bestias caprichosas y defensivas. Si las familias estaban instaladas, entonces era más sencillo para los osos dejarles el espacio adecuado. De ese modo nadie se metía en líos. La disposición de los osos a llegar en segundo lugar a comer peces era una muestra de su fuerza. Con sus poderosos músculos, grandes dientes y afiladas garras, a los osos no les resultaba muy complicado conseguir suficientes peces.

Chica y Canijo se sentaron y observaron llegar a los osos. Para Chica, eran como viejos amigos, pues se encontraba con los mismos año tras año. Eran unas bestias grandes y torpes en comparación con la familia. Aunque en cierto modo a Chica le recordaban a Gran Madre en sus últimos años. Quizá era el modo en que meneaban las caderas al andar. Sin embargo, sus cabezas y hocicos eran mucho más grandes. Resultaba extraño que los osos hubieran llegado antes que las demás familias. Chica levantó el labio superior al viento, pero no captó nada nuevo.

La orilla de los osos también tenía una franja de playa de cantos con un amplio espacio. Chica vio a una hembra que ahora parecía una Gran Madre. Una pareja de oseznos correteaba junto a sus patas y le mordisqueaban los pies mientras intentaba andar. Canijo también fue así de travieso, aunque sus orejas no eran tan peludas. Con la mano, Chica se palpó la ligera curva de su tripa.

Un macho enorme permanecía apartado. Si Chica estaba confundida, el año pasado era mucho más pequeño. No era el padre de los cachorros, pues hace un año no era lo bastante mayor como para ganarse el derecho a aparearse. Ahora tenía un gran montón de grasa sobre los hombros y el cuello como muestra de su éxito. Era fácil de admirar.

La madre oso también percibió el aroma del gran macho y lo observó con suspicacia. Chica sabía que el macho sería capaz de matar a los oseznos con tal de aparearse. Lo había visto con sus propios ojos. Unos años atrás, Gran Madre los llamó cuando comenzó el alboroto en la otra orilla del río. Todos treparon a los árboles más altos para mirar y dejar claro que no iban a intervenir. Así era como los dos grupos convivían pacíficamente. Se cuidaban de dejar espacio al otro.

En una época como esta, con abundante pescado para todos, el macho no arremetería contra los cachorros. Sobre todo si el número de peces era alto, se

concentraría en mantener su pelaje brillante y en ganar grasa. Pero siempre era difícil saber qué haría después. Tenía su propia ecuación de la vida que necesitaba un constante reajuste en busca de equilibrio. La madre oso iba a tener que vigilar a sus crías, igual que Chica vigilaba a Canijo.

Mientras esperaban a las familias y a los peces, Chica enseñó a Canijo a hacer una red. Entraron en el agua en una zona poco profunda donde el lecho del río giraba formando un recodo. En la curva, las aguas detenidas permitían que crecieran juncos. Usaron sus dientes de piedra para cortarlos por la base. Los llevaron junto al fuego, donde Chica había preparado los entramados que habían hecho con ramas verdes. Colocó el primer junco sobre la estructura, lo dobló en el borde y lo pasó por detrás. Luego repitió el movimiento en el otro extremo. Cuando hubo terminado una fila, pasó a la siguiente hilera de juncos entrelazándolos con el ángulo adecuado. Al poco tiempo tenía una gran cesta plana con rendijas para que pasara el agua. Aguantaría lo suficiente para atrapar todos los peces que pudieran comer.

Los primeros peces aparecieron a los pocos días. Fueron los osos quienes los alertaron. Una aleta solitaria se abrió paso río arriba hacia las cascadas. Algunos de los osos más jóvenes saltaron y se lanzaron tras el pez, intentando clavarlo contra el lecho del río con sus garras. Chica estaba dormitando de espaldas bajo el sol. Canijo le dio un golpe en el brazo y apuntó emocionado hacia el río. Empezó a chapurrear y a gritar sobre la llegada de los peces y le pidió que corriera. Quería participar también.

Chica miró a los osos de mayor edad. También estaban tumbados al sol. La madre se rascaba la tripa con despreocupación. Sabían lo mismo que Chica, que un pez solitario era muy difícil de capturar. No merecía el gasto de energía. Tenían que esperar a que el río estuviera lleno de cuerpos de peces.

Una fuerte lluvia cayó al día siguiente y Chica y Canijo permanecieron en la cabaña esperando a que pasara. Gato Montés prefería quedarse lejos del río; no le gustaba tontear con los osos, pero se unió a ellos en la cabaña para evitar calarse hasta los huesos. Chica golpeó un pedernal para provocar una chispa. Sopló sobre un puñado de ramas secas para avivar una llama y encender la lámpara de grasa sobre la piedra. Gran Madre le había contado cuentos sobre los peces con sus sombras. Ahora Chica usaba las sombras que hacía con sus manos para narrárselos a Canijo. Tras recoger las sales del mar, el pez Gran Madre traía sus huevos de regreso a su zona del río. Los peces de

la misma familia seguían a la madre hacia su hogar. El pez Gran Madre decidió que era el momento adecuado y puso sus huevos. Murió poco después, y el resto de la familia murió también. Los cuerpos sin vida de la familia se convirtieron en comida para las crías. De ese modo, los peces eran como la familia. Daban todo lo que tenían para alimentar y criar a sus pequeños.

Mientras Chica contaba historias aquel día, llovió y llovió. El nivel del agua subió rápidamente, lo suficiente para permitir a los peces abrirse paso y llegar a las zonas poco profundas río abajo. Cuando salió el sol al día siguiente, el río cobró vida. Los primeros peces empezaron a saltar en las cascadas. Los osos se levantaron y comenzaron a pasear de un lado a otro en su orilla. Chica se alegró de ver a los peces; sentía como si fueran viejos amigos. La expectativa de comida y calor la inundó, y se puso en pie de un salto. Agarró la cesta de juncos y empujó a Canijo para que la siguiera.

Chica lanzó una última mirada al valle. Alzó el labio superior para captar algo que se le hubiera escapado y contempló las hojas de los árboles. No había carne caliente acercándose al punto de reunión. La carrera de peces estaba comenzando y eran los únicos que habían llegado. Esto generó una sensación de vacío en su pecho, como si el fuego se hubiera apagado.

Los osos estaban en fila en su orilla de las cascadas. Los peces que habían llegado hasta allí parecían grandes. El cuerpo de un pez saltó, una franja de músculo que usaba la cola para salir volando por el aire. Los peces conocían el juego de los osos. Los más listos daban primero unos saltitos, veían a los osos e intentaban pasar esquivando los golpes de sus garras.

Pero el elevado número de peces saltarines significaba que los osos pronto empezarían a atraparlos. Chica supo que era el momento. Sentó a Canijo en las rocas con una piedra grande en la mano. Se deslizó por el borde resbaladizo. Gran Madre había conseguido ese emplazamiento tras años de gruñidos, escupitajos y golpes. Tras la muerte de la anciana, Chica esperaba tener que pelear de nuevo por él, pero no había ningún contrincante con el que disputárselo. Llegó al borde y levantó la cesta de juncos para coger peces.

Algunos peces saltaron, pero Chica no se estiró para atraparlos. No era necesario correr el riesgo de alimentar al río voraz con su propia carne. Esperaría el momento justo. Pronto, un pez tan grande como su brazo saltó

cerca. Chica colocó la cesta debajo con un movimiento limpio. El pez aterrizó y el agua que traía con su cuerpo se coló entre los juncos. Era pesado. Chica dijo: «Oomph».

Se giró y lanzó el pez junto a Canijo, que puso un pie y una mano sobre el largo cuerpo. Alzó la piedra y lo golpeó con ella, pero los músculos del muchacho eran muy pequeños. La piedra solo rebotó contra la gran cabeza del pez. La mandíbula abierta con largos dientes se acercó peligrosamente al bracito de Canijo. Chica le quitó la piedra y golpeó en el punto exacto. La piedra reventó el cráneo del pez y aplastó su espina con un rápido movimiento. Canijo levantó las manos y chilló de alegría.

Cuando Chica se volvió a por el siguiente pez, se sorprendió al ver que la madre oso se había aproximado bastante a su posición. Era algo nuevo que los osos se acercaran tanto. La madre alzó el hocico y captó el olor de Chica sobre las aguas. Chica hizo lo mismo y de este modo compartieron sus novedades. Chica sintió que la madre estaba bien y asintió como muestra de respeto. Esperaba que esto evitara cualquier tipo de disputa por el puesto. Estaba claro que Chica nunca ganaría en una pelea, pero las dos respetaban los peligros de romper su tregua.

La madre oso también husmeó con curiosidad. Alzó el hocico y permaneció quieta, de un modo que a Chica le recordó a Gran Madre. ¿Habría comido esta osa la carne de su madre? ¿Estaría la anciana en su interior? Era raro que los osos pasaran por el territorio de la familia en su camino a la carrera de peces, pero podía ser. En lugar de sentirse disgustada al pensar que la familia podía haberse convertido en alimento, Chica se aferró a esa idea. Sus sentimientos sobre la muerte y el modo en que un cuerpo fallecía eran flexibles dependiendo de las circunstancias. En los mejores momentos, cuando eran muchos en la familia, habría enterrado a Gran Madre bajo un árbol caído. Pero tras el ataque del leopardo, Chica se había limitado a arrastrar los cadáveres de Chico y de Gran Madre hacia los matorrales. Encontrar el árbol adecuado y cavar un agujero requería mucho trabajo. Era una tarea que hubiera mantenido ocupado al único par de manos adultas que debía encargarse de conseguir comida y mantener a salvo a Canijo. No podía permitirse ese lujo.

La idea de que aquel oso hubiera traído en su estómago una parte de Gran Madre al punto de reunión le pareció eficaz, pues Chica no podría haberlo

hecho. Se sorprendió intentando sentir a Gran Madre en aquella osa. El animal agachó la cabeza como si mirara la tripa de Chica. Apoyando la cesta en una rodilla, Chica se llevó una mano al vientre.

—*Ye.*

Era la primera vez que reconocía que el bebé podía ser algo que existiera separado de ella. Era algo más que una tripa. Ese bebé saldría de entre sus piernas y se convertiría en un cuerpo que más adelante podría caminar solo.

Al caer la noche, habían capturado más pescado del que podían comer. Se atiborraron con su dulce carne anaranjada. Encontraron los sacos de huevas y reventaron las bolitas entre sus dientes. Gato Montés se acercó a por un pez. Como era precavida, Chica puso unas tiras de pescado a secar junto al fuego. Más adelante las escondió en un árbol por si acaso, pero la comida abundaba. No había más bocas hambrientas en su orilla del río. Podían comer hasta que se les hinchara la tripa y los brazos se les pusieran tan anchos como el mismo río.

Chica se tumbó en la cabaña aquella noche, abrazó el cuerpo dormido de Canijo e intentó conectar con sus sueños. No había nada. No era capaz de sentir a otro cuerpo con su mente. A pesar del bebé que crecía en su interior, estaba sola.

TABLERO DE AGLOMERADO

Cuando llegó el domingo ya me había calmado con respecto al asunto de Caitlin y la dirección de la excavación, y empecé a preocuparme de nuevo por cosas más importantes, como el almacenaje. Simon aceptó un último acto antes de irnos a casa. Me llevaría al almacén de Ikea en las afueras de Aviñón.

En el coche, la voz de Caitlin seguía resonando en mi mente. Había mencionado que se había programado una videoconferencia con el comité del museo al día siguiente. Me aterraba la idea de no participar en ella.

—¿Se trae a un periodista al sitio de excavación? —No era capaz de retener los pensamientos en mi cabeza—. Eso demuestra una falta de juicio respecto al alcance de este proyecto. No creo que esta mujer tenga la más mínima idea de lo controvertida que puede resultar mi interpretación de los descubrimientos. La gente se resiste a la idea de que seamos primos cercanos de los neandertales debido a cómo se ha caracterizado a esta especie en el pasado. A nadie le gusta pensar que es una bestia peluda.

—Rose.

—Simon.

—Me estaba preguntando... Dado tu estado, ¿tiene mucho sentido que vayamos ahora a Ikea?

—¿Mi estado?

—Tú estás embarazada. Y estamos sin blanca.

—Cargaré las compras al proyecto.

—¿También podemos cargar unas albóndigas?

—Ojalá pudieras tener tú al bebé. —Contemplé el paisaje, borroso por la velocidad—. Estás mucho mejor preparado para ello, ¿no te parece?

—Oh, sí, lo haría genial. —Simon agarró con fuerza el volante—. Estaría descalzo, embarazado y solo en nuestro piso, preguntándome cuándo volverá a casa mi marido.

—¿Por qué descalzo?

—Porque te has convertido en una bestia voraz, Rose, y te habrías zampado mis zapatillas para desayunar.

—Por lo menos yo no soy peluda.

Atravesamos un campo de lavanda en flor, montones de olorosas plantas color malva en obedientes filas. Había una casita de piedra plantada en medio, con aspecto achaparrado y compacto, como si se hubiera pasado toda la vida negándose a crecer.

—Pero Caitlin es una reputada científica, ¿me equivoco? —preguntó Simon.

—En el tema de los gibones es la mejor.

—¿No crees que el museo haya contratado a alguien competente?

—Quizá no.

—¿Dudas de ella porque es mujer? —Puso una sonrisa triunfal.

—Estoy demasiado evolucionada para caer en esa trampa —suspiré—. Aunque, si te soy sincera, es una pregunta importante. Pienso que Guy ha elegido a propósito a una persona no experta para dejar un vacío. Es un golpe sobre la mesa. Ese vacío deja espacio para que otros expertos opinen y para que de ese modo Guy decida lo que quiere hacer basándose en cómo afectará al número de visitantes o a los corazones de sus patrocinadores privados. Mañana hay prevista una videoconferencia. Uno de los expertos asesores que han contratado asistirá. ¿No es casualidad?

—¿Sabes lo que va a decir el experto?

—No ha compartido sus resultados, pero sé que le paga Guy. Dirá lo que Guy le obligue a decir.

—¿Guy?

—Guy Henri.

—¿El director del museo de Arlés? No sabía que trabajabas con él.

—Caitlin no sabrá cómo interpretar la opinión del experto. La parte científica se verá relegada. Y lo mismo sucederá con mi reputación a largo plazo.

—Ya veo.

—Por eso, Simon... estoy...

—¿Sí?

—Estoy pensando que debería tener al bebé aquí.

—¿Dónde? ¿En Ikea?

—En Francia.

Simon guardó silencio. Vi un punto azul brillando en el horizonte. Habían permitido levantar un almacén de Ikea justo en el exterior de las murallas de piedra de Aviñón.

—Quiero tener la posibilidad de seguir echando un ojo al proyecto —dije. Un pequeño músculo de su mandíbula tembló.

—Rose.

—Simon.

—Vivimos en Londres. Yo... —Se señaló el pecho con un dedo— vivo en Londres.

—Lo sé.

—¡Joder! Eres una pesada.

—Supongo que lo dices por mi barriga.

Simon se mordió la lengua y no dijo lo que estaba pensando mientras dirigía el coche hacia un sitio libre en aquel enorme y sin embargo atestado aparcamiento.

—Vamos a entrar —dijo entre dientes—. Ya hablaremos después.

La tienda era un espacio cerrado en sí mismo, sin vistas al exterior que proporcionaran ninguna pista sobre el lugar en el que se encontraba. Una vez dentro, comprendí que aquel era precisamente el objetivo. Era libre de cerrar los ojos, sentarme en un sofá súper mullido con un montón de almohadas y aspirar el aroma del spray protector de tejidos. Podría haber estado en cualquier lugar del mundo. Simon también parecía relajado. Supongo que para él Ikea era una aventura más divertida que las que yo le había propuesto. Habiéndose criado en lo que yo llamaría los suburbios de Bournemouth, era por naturaleza proclive a las grandes superficies y a la expansión urbana. Y le gustaban bastante las albóndigas que servían.

Simon se abrió paso siguiendo la línea amarilla entre las habitaciones expuestas, que en mi mente pertenecían a gente ficticia. Me inventaba las

historias de cada ocupante imaginario.

—¿Te has fijado en que ya tiene puesta la mesa para la cena y solo son las diez de la mañana? —dije chascando la lengua—. Esta mujer tiene problemas para relajarse. No sabe vivir el momento. Y a él le pone de los nervios que ella lo tenga todo así de dispuesto, porque lo único que le apetece es ver el partido en el sofá con un plato de pasta sobre las rodillas.

—¿Crees que durarán como pareja? —Simon enderezó las servilletas mientras miraba el aparador con gesto preocupado.

—Imposible —dije. Avanzamos hasta la siguiente exposición en la sección de comedores—. No aguantarán este año, los pobrecitos.

—Esto parece sospechosamente ordenado, ¿no te parece? —Simon indicó una mesa en otra habitación. En cada sitio había más utensilios de los necesarios. Los platos estaban llenos de ángulos y puntos extraños.

—Un obseso del control —asentí.

—El perfeccionismo es un defecto disfrazado de control. —Simon se rascó la barbilla pensativo. Estaba muy preocupado por ellos.

Cuando llegamos a la sección de dormitorios, vimos uno con una disposición particularmente pomposa de almohadas sobre la cama de matrimonio. Simon se tiró encima y fingió que roncaba. Una niña se asomó a ver el espectáculo. No estoy segura de que él fuera consciente de su presencia, pero cuando la pequeña se acercó, Simon se dio la vuelta y soltó un bostezo apabullante. Lo siguiente que vi fueron las suelas de las deportivas de la niña, que salía disparada chillando.

Poco después, nos sentamos a comer albóndigas, una ensalada y esos barquillos que nadie más en Europa hace igual.

—¿Alguna vez te has preguntado —mis ojos se movían acelerados mientras comía— por qué fuiste a parar a este planeta?

—Ya sabía yo que esto iba a suceder. —Simon me ofreció una sonrisa agotada—. Te atraen este tipo de grandes superficies, pero una vez dentro, te entra una crisis existencial.

—En serio, Simon. ¿Para qué servimos?

—Muchos grandes filósofos se han hecho la misma pregunta.

—Todos estos muebles de usar y tirar. Su método de embalaje a presión. Las discusiones que provocan en las parejas mientras los montan. Para luego

terminar en el vertedero. ¿Por qué tenemos que sufrir esto?

—No tiene sentido.

—Yo sé por qué estamos aquí —dije.

Simon se detuvo, con una albóndiga pinchada en el tenedor y las cejas alzadas hacia las brillantes luces fluorescentes del techo.

—¿En serio?

Ya habíamos tenido esa conversación muchas veces. Yo le hacía la misma pregunta al menos una vez al año, cuando no eran más veces. La respuesta de Simon era que él no creía que todo tuviera un sentido. Se limitaba a levantarse cada mañana. Eliminar la necesidad de dar un sentido más profundo a tu existencia convertía las cosas pequeñas en más importantes. Le encantaba tomar el té por la mañana, sobre todo ardiendo. Para él, el té y un periódico sin leer ya daban suficiente sentido a la vida. Yo, sin embargo, me movía en una búsqueda constante del significado de la vida desde el día que nací, por lo visto. Hablaba del tema con frecuencia. La primera vez que le pregunté a Simon si él pensaba que había algún motivo para su existencia en este planeta, se tomó la pregunta totalmente en serio. Dejó lo que estaba haciendo, se sentó en un sillón y reflexionó sobre el asunto en silencio. Lo meditó hasta llegar a una conclusión. Lo que me cautivó no fue su respuesta, sino que Simon considerara el hecho de pensar como una actividad que debía hacerse separada de otras cosas. Y una vez que lo había pensado bien, me vino con una respuesta firme:

—No —dijo.

—Entonces, ¿no tiene sentido levantarse de la cama cada mañana? —pregunté.

—No pienso en ello. Nunca lo he hecho.

—¿Lo harás?

Me miró y comprendí que ya había asumido que estaríamos juntos toda la vida.

—No tengo elección, porque no vas a parar de preguntármelo.

Ahí fue cuando me enamoré de él.

Este nuevo giro en nuestra conversación —el hecho de que después de tantos años juntos yo hubiera dado con una respuesta a la cuestión de por qué estamos aquí, y que hubiera aparecido al mismo tiempo que un plato de

albóndigas en Ikea— pilló a Simon desprevenido. Se preparó, comprendiendo que ahora tendría que lidiar con la respuesta que fuera. Se comió la albóndiga que tenía en el tenedor y pinchó otra.

—De modo que sabes por qué estamos en este planeta. —Me apuntó con la albóndiga—. ¿Has sabido la respuesta durante todo este tiempo?

—Ya no me lo voy a preguntar más.

—Yo iba a decir lo mismo. Que de repente le veo un sentido más profundo a todo esto. —Sonrió ampliamente.

—Porque ya tengo la respuesta —añadí con otra sonrisa.

—Y es nuestro hijo.

—No, es la neandertal.

—Vaya.

—Tengo esta sensación, Simon. Cuando la haya desenterrado por completo, va a demostrar que mis teorías son correctas.

—¿En serio? —Simon se metió la albóndiga en la boca, apartó la mirada y masticó con furia—. Estoy seguro de ello.

Encontramos el módulo de estanterías perfecto que se podía adaptar al estrecho rincón junto a la puerta doble del apartamento. Me preocupaba que no entrase en el coche, pero Simon hizo un gesto de suficiencia con la mano. Al tratarse de embalajes en cajas planas, no habría problema. Yo no pensaba lo mismo, pero asentí porque me estaba cansando. Nos pasamos un buen rato asegurándonos de que teníamos todas las pequeñas baldas, cajones y soportes para que no faltara nada. Podía parecer una tarea que dos doctores eran capaces de realizar con facilidad, pero resultaba ridículamente complicada. Yo llevaba un grueso lapicero marrón para marcar los artículos a medida que Simon los iba cargando en el carro. Tuvo que regresar dos veces a coger las últimas piezas. Tuvimos un pequeño desacuerdo sobre la pronunciación de un nombre sueco y otro sobre cómo estaban numerados los pasillos. ¿Por qué se saltaban números? ¿Y qué lógica usaban para que el pasillo 11 estuviera en la última esquina, enfrente del pasillo 4? Luego estaba la cuestión de los tornillos. Yo estaba segura de que iban incluidos, pero Simon estaba convencido de que teníamos que comprarlos por separado. Resultó que los dos teníamos razón.

Cuando finalmente terminamos, tuvimos que esperar en la cola de la caja durante casi una hora. Por fin, nuestro carro con una rueda defectuosa y yo

llegamos bamboleándonos hasta el coche de alquiler. Simon depositó todas las baldas en el suelo del asiento del copiloto. No se preocupó mucho por dónde iba a meter yo los pies, pero me dolían tanto que no me hubiera importado dejarlos en el aparcamiento. Coloqué las pequeñas cestas de alambre en mi regazo —o la reducida parte del regazo que me quedaba—. Los soportes que sujetaban las estanterías cabían en el hueco entre los asientos delanteros.

—¿Hemos terminado ya de preparar el nido? —preguntó Simon. También le dolía la espalda.

—Necesito una siesta —dije.

Lo último que quedaba por meter del módulo de estantería era el tablero que cubría la pared. Me aparté mientras Simon forcejeaba para colocarlo encima de todo lo demás. Introdujo la parte delantera y empujó. El final sobresalía demasiado como para cerrar el maletero del pequeño utilitario que habíamos alquilado, así que volvió a empujar. No iba a entrar más. Rápidamente comprendí que no iba a encajar y algo se revolvió en mi interior. Ya se lo había dicho en la tienda. No podía soportar la idea de volver a entrar y hacer la cola de envíos a domicilio, que parecía serpentear kilómetros y kilómetros.

—Te lo advertí —gruñí.

—Dijiste que teníamos que intentarlo.

—Nunca piensas las cosas.

—Siempre estás saltando de un país a otro.

—No puedo saltar. Tengo el tamaño de un sillón.

—Me mudo a Londres y tú te vas a Francia —soltó—. ¿Cómo voy a planear eso?

—Podrías empezar por alquilar un coche lo suficientemente grande como para que yo quepa dentro.

—Intento ahorrar dinero.

—Porque no lo ganas.

Simon se apartó del coche. Su rostro se endureció y parecía que iba a echar a correr, pero de pronto soltó un gemido angustiado. Un sonido que nunca le había escuchado. De repente parecía enorme y fiero, con los labios fruncidos para enseñar los dientes y los ojos muy abiertos. La desesperación e

impotencia que sentía se manifestaban en forma de ira. La niña a la que antes había asustado accidentalmente apareció con sus padres en el aparcamiento. Se quedó helada de terror, abrió la boca y soltó un chillido aterrador.

Le di la espalda a Simon. Me dolían los pies y estaba agotada. Me preocupaba mi neandertal tirada en la tierra. Quería que Simon se subiera al coche. No quería que se enfadara por las piezas que no encajaban. Quería que arreglara las cosas. Quería que me arreglara a mí, porque llegados a este punto me sentía rota de un modo en el que nunca antes me había sentido. Mi cuerpo ya no me pertenecía. No podía ordenarle que se comportara como yo quería. Me derrumbé apoyando el trasero en el parachoques y escuché los lamentos de Simon.

Finalmente, respiró y se acercó al costado del coche en el que me encontraba.

—¿Rose? —dijo con una exagerada calma.

—¿Sí?

—Sube al coche.

—Entonces ya serán dos las cosas que no entran.

—Nos vamos a Londres.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Ya he tenido suficiente. El bebé está a punto de nacer. Pediré que envíen las estanterías. Nos vamos a casa.

—Yo no voy. No puedo.

—Te preocupa más esa neandertal que yo.

—Llevo toda mi vida trabajando para esto.

—Bueno, yo también. —Salió airado hacia la tienda.

Simon regresó tras una prolongada espera en la cola de entregas a domicilio. Yo me había encajado en el asiento del copiloto a esperar. Se subió al coche y descansó la cabeza en el volante. Si el objetivo del servicio de atención al cliente es doblegar a una persona hasta que acepte pagar cualquier cantidad que le pidas, había funcionado. Parecía totalmente derrotado.

—¿Quieres que me quede en el pueblo? —preguntó.

—No.

—No puedo faltar a esta semana de clases. Arruinará mis posibilidades de que me den más cursos en el futuro.

—Lo sé.

—Aquí, ¿dónde iba a trabajar yo? Ni siquiera hablo el idioma. ¿Lo sabes?

—Lo sé —dije.

—Necesitamos dar de comer a este bebé —su voz sonaba baja y triste—. Yo solo puedo hacerlo ganando dinero.

Desde que conocí a Simon, yo era más fuerte, más valiente y asumía más riesgos profesionales que nunca. Él me guardaba las espaldas y eso me hacía sentir segura a la hora de aceptar desafíos. Su mente flexible me ayudaba a pensar mejor. Pero supongo que tener un bebé con alguien es el riesgo definitivo. Y justo en ese momento, me encontraba aterrada. Simon ya no podía protegerme. O si lo hacía, no sabía frente a qué. El bebé estaba dentro de mí. No tenía ni idea de lo que eso suponía.

—Somos los únicos primates que delegamos la tarea de conseguir alimento —murmuré, intentando explicarme lo mejor posible.

—¿Perdón? —me miró, exasperado.

—Eso es lo que me dijo Caitlin el otro día. Las hembras de los demás primates pueden conseguir comida apenas unas horas después de dar a luz. Los bebés se agarran a sus madres y maman mientras las hembras se dedican a alimentarse. Los humanos no podemos hacerlo. Tenemos que depender de otros para conseguir comida. Eso hace que una mujer sea muy vulnerable.

—Suena un poco amenazador.

—Sí. Caitlin quiere que me vaya...

—¿Estás segura?

—... y yo necesito quedarme.

—Rose —dijo bajando la voz—. El bebé está a punto de llegar.

—Quedan dos semanas. —Intenté forzar una sonrisa.

Cuando volvimos al pueblo, me bajé del coche.

—Rose, siento mucho... —dijo Simon, con la voz desgarrada— que te parezca que no soy apto para conseguir alimento. Me esforzaré. Conseguiré una plaza en septiembre, te lo prometo.

Se marchó a buscar aparcamiento antes de volver al apartamento para recoger sus cosas. Pero yo tuve la sensación de que se iba para siempre.

Me quedé mirando cómo el cochecito se alejaba. El malestar latía en mi pecho y recorría todas las partes de mi cuerpo. Intenté decidir si me sentía culpable, enfadada o desquiciada, pero estaba demasiado incómoda dentro de mi cuerpo como para decidirme por un estado de ánimo. No había palabras que pudieran expresar la sensación que se había adueñado de mí. Aunque Simon dijera que quería estar conmigo, no había garantías. La vida y los trabajos eran impredecibles, igual que las lealtades. No importaba que intentase convencerme de lo contrario. Yo era la que llevaba un bebé en mi interior. Simon podía elegir. Yo, no.

18

Chica y Canijo pasaron la corta temporada de verano atiborrándose de pescado y creciendo. Con la única compañía de los osos, Chica intentó no dejar que Canijo viera lo sola que se sentía. Por su parte, a Canijo no le preocupaba lo más mínimo la ausencia de las otras familias. Tenía la tripa llena. No se sentía más solo que antes. De hecho, había progresado. Ya no tenía que preocuparse porque algún miembro de la familia le propinara un puntapié; su posición junto a Chica parecía estable, y contemplar a los osos en la otra orilla del río le proporcionaba una diversión interminable. Hacía calor. Dormían con la puerta de la cabaña abierta y le encantaba escuchar el murmullo del río mientras se quedaba dormido.

Por la mañana, el sol les daba su luz. Se estiraban y bostezaban, preguntándose qué sucedería a continuación. Todas las bestias del río estaban creciendo —Chica, los osos y Canijo—. Las grandes cantidades de alimento ampliaban las posibilidades. La buena salud en ocasiones permitía a una bestia tener una visión más amplia que el día anterior. También traía agitación.

Chica olió el aire y comprendió que el gran oso macho estaba causando problemas. Lo observó sacudiendo a los peces de un modo descuidado. Había comido tanto que solo estaba haciendo una demostración de poder que consistía en golpearles las aletas cuando saltaban delante de su hocico. Se peleó con un macho más joven en los rápidos, pero este claramente no era un rival. Persiguió a otros osos espantándolos de las cascadas, pero hasta aquello le resultaba muy fácil. Chica se trajo a Canijo del río. Si había problemas, era mejor no estar en medio. Envió a Canijo a buscar avellanas. Convenía tenerlo ocupado.

De modo que Chica ya estaba alerta y vigilando cuando el gran oso

macho se lanzó contra la madre de los oseznos. Alzó el hocico en dirección a la hembra y la olisqueó dejando claras sus intenciones. La osa fingió ignorar su interés y se dedicó a recoger a sus pequeños. Detuvo sus peleas infantiles, los reunió empujándolos con el hocico y les indicó con la nariz en dirección a los matorrales. Pero no se iba a librar del macho tan fácilmente. El oso husmeó de un modo más evidente todavía en dirección a la madre.

Chica sabía que el animal estaba comprobando si la madre era fértil. Sus cachorros habían nacido aquella primavera, sus glándulas mamarias todavía estaban llenas, y aunque los oseznos ya se alimentaban con pescado, todavía obtenían gran parte de su alimentación de ella. Mientras unas crías fuertes se alimentasen de aquel modo, la madre no podría quedarse embarazada. Toda la energía de su cuerpo se dirigiría a asegurarse de que sus cachorros sobrevivían. Cuando fueran lo bastante grandes, podría pasar a otra cosa. Solo entonces tendría interés en aparearse con el macho.

Al gran macho no le costó más que un par de aspiraciones comprenderlo. Pero no quería esperar más. Rechinando los dientes, soltó un potente resoplido. Se lanzó sobre la madre oso, le propinó un fuerte cabezazo y la lanzó al suelo. Desde esa posición, intentó ponerse encima de ella. La osa era valiente, como todas las madres. Hundió sus garras en el pelaje del macho y le clavó los dientes en el cuello. Consiguió que su incisivo más afilado se clavara en la nariz del macho y le mordió. El oso chilló y retrocedió de un salto, sorprendido.

Hubo un momento de tregua, pero era de esperar que no duraría mucho. Cuando la madre oso se lanzó aterrada hacia sus crías, Chica tuvo un instinto similar.

—¡Arú! —lanzó un grito agudo a Canijo para ordenarle que se subiera a un árbol. Si los osos iban a pelear, la familia se apartaba. Formaba parte del trato que mantenía la paz duradera entre los dos grupos. Ambos tenían confianza en su fuerza hasta el punto de que les permitían a los otros dominar por un tiempo. Si la familia tenía una pelea, los osos se retiraban a la maleza. Ahora, era el turno de que la familia dejara libre el terreno.

La familia lo hacía trepando a los árboles. Allí arriba, en las ramas, no estaban necesariamente fuera de peligro. Simplemente era una forma de mostrar que cedían el terreno a los osos.

Chica se subió rápidamente a la primera rama del árbol de vigilancia que

tenía más cerca. Trepó, pies y manos en las ramas, y la emoción se adueñó de ella mientras ascendía. A pesar de su barriga, saltaba de rama en rama.

El verano había supuesto un gran drama para los peces. Arriesgaban todo lo que tenían para remontar el río; sus corazones, escamas y vidas saltaban sobre las rocas. Sin embargo, el tiempo que pasó Chica en el punto de reunión había resultado tristemente tranquilo. Aunque estaba contenta porque no la habían retado —o, peor, matado— por el territorio de la familia, la tranquilidad conllevaba un gran coste. No hubo gesticulaciones, pavoneos ni exhibiciones de músculos. No hubo una muestra de necesidades ni la satisfacción de una cópula a la vista de todos tras varios días preparándose. No hubo bailes, ni gemidos ni peleas. Su corazón no había latido anhelante ni una sola vez.

Por eso, aunque el drama que se estaba desarrollando no pertenecía a las familias, era mejor que la plácida calma que se había instalado en el punto de reunión. Chica alcanzó una rama alta que le ofrecía una buena perspectiva. Descansando el trasero en un recodo, apartó unas ramas frondosas para ver mejor. Pudo ver al macho cargando sobre la hembra. Lo hacía con un propósito evidente, separar a la madre de sus cachorros. Si lo lograba, podría matarlos.

Chica lo sabía sin necesidad de que se lo dijeran. Tenía muchas cosas en común con los osos. Conocía su forma de actuar tanto como la de su propia familia. Los osos sentían hambre, como ella, y sed. Comían y defecaban igual que ella. Y querían aparearse, como ella. Compartían los instintos básicos de la vida, y sin ellos, tanto los osos como la familia dejarían de existir.

Chica conocía ese juego y sabía que más le valía mantenerse al margen. El oso macho había satisfecho sus necesidades de agua, alimento y descanso. Y ahora quería copular. Ese día había una hembra disponible en el punto de reunión. Si mataba a los oseznos, podía confiar en que la madre le prestaría su atención.

La madre oso era fuerte y una buena luchadora, lo cual sirvió para convencer al macho de que el esfuerzo merecía la pena. Cuanto más se resistía ella, más claro resultaba que su potencial descendencia tendría buenas posibilidades de sobrevivir bajo la protección de la madre, y más resuelto se encontraba el oso a conseguir su premio. Aunque no hería mortalmente a la madre, le hacía daño. Los dos se alzaron sobre sus patas traseras y se

empujaron con las garras. Ella lanzó su gran cabeza y le acertó en la mandíbula. El macho aprovechó que perdía el equilibrio para golpearla con su hombro robusto. Ambos rodaron sobre la arena y cayeron al agua.

Los olores y sonidos excitaron a Chica; los fuertes gruñidos de la madre y los aullidos rugientes del macho. Había resoplidos con olor a leche, y el aroma del miedo y la pelea. Sus pelajes no tardaron en estar cubiertos de babas. Con los músculos agotados, rodaron y tropezaron sobre las aguas poco profundas. Había sangre en los dientes de uno y arena en los ojos de otro. Una oreja rasgada. Una garra rota. Pronto habría una resolución.

Cayeron al río con un enorme chapuzón. El macho se subió encima de la madre con todo su peso. La hembra se vio lanzada a aguas más profundas. Pateó y empujó, pero la corriente arrastraba su cuerpo río abajo. El macho comprendió que era su oportunidad. Abandonó el agua de un salto y se lanzó hacia los oseznos. Después de seguir ansiosos a su madre hasta el río, las dos crías salieron disparadas en direcciones opuestas.

Hubo otro rugido. Provenía de los arbustos.

Al principio Chica pensó que se trataba de otro oso. El sonido poseía el tono grave tan bien desarrollado en sus gargantas. Se inclinó para ver si la madre había conseguido volver, pero la corriente la había arrastrado río abajo. Aunque braceaba con fuerza, Chica vio que solo había llegado a una zona de remolinos y seguía intentando salir. Si no era ella la que había rugido entre la maleza, ¿era otro oso quien estaba defendiendo su causa? Sería la primera vez que Chica veía algo así. Los osos normalmente llevaban vidas solitarias. Uno no se metía en los asuntos de los otros.

Entonces, ¿qué había entre los arbustos, rugiendo y moviendo las hojas? Chica aguzó la vista y se inclinó desde su rama para ver mejor. Vio un palo agitándose y luego la maleza apartándose a un lado. Y entonces apareció Canijo.

Canijo blandió su palo y les gritó a los dos oseznos. Les rugía como si fuera su madre animándolos a correr. Luego alzó el palo y apuntó con él al oso, que se dirigía hacia ellos. Enseñó los dientes, con sus ojos saltones muy abiertos. Puso un gesto fiero y sacudió los brazos por encima de su cabeza, avanzando hacia el oso.

A Chica le pareció que se le caía el corazón del árbol y rodaba hacia el río. Quería bajar y agarrar al muchacho, pero sabía que nunca llegaría a

tiempo. El oso avanzaba con rapidez hacia los oseznos. A cada paso, Canijo chillaba y gritaba más, como si estuviera furioso. El primer pensamiento de Chica fue que alguna de las plantas verdes que había comido le había trastornado la mente. Se preguntó si le habría dado una falsa confianza en su propia fuerza.

El oso todavía tenía los ojos puestos en los cachorros. Los dos pequeños habían corrido hacia árboles distintos. Uno tenía una pata en la corteza y el otro empezaba a trepar, y justo entonces la enorme cabeza del oso se giró y posó la vista en Canijo. Se lanzó en dirección al muchacho. Con su corazón ya en las gélidas aguas del río, Chica observó. Si Canijo sobrevivía a aquella embestida, haría lo posible por sacar de allí al niño, o lo que quedara de él. Chica tuvo que obligarse a seguir mirando.

El oso avanzó dos zancadas más y de repente se detuvo. Sus patas delanteras se clavaron en el barro de la orilla y detuvo la inercia con sus hombros de poderosos músculos. Canijo seguía sacudiendo los brazos y chillando. El oso olisqueó y se puso en pie para mirar a Canijo. Ladeó la cabeza y dirigió el hocico al viento. Luego cayó sobre sus cuatro patas, hizo un gesto hacia el viento y se dio la vuelta.

Con la boca abierta, Chica contempló cómo el oso corría a grandes zancadas hacia los arbustos y desaparecía. Rápidamente, la madre regresó a la orilla y se dirigió hacia sus crías. Cuando terminó de lamerse las heridas, los dos cuerpecitos se enroscaron para mamar.

El ambiente se fue calmando lentamente en el río, pero a Chica le costó hacer lo mismo. Se sentó junto al fuego y le dio la vuelta a las tiras de pescado que se ahumaban sobre palos para secarse, mientras empezaba a sentir el tacto fresco del final del verano en su piel. Canijo desapareció un rato, pero luego llegó hasta la hoguera dando brincos como si fuera una tarde normal. Tenía la cesta de juncos en la cadera, pero estaba tapada con hojas y llena de avellanas en lugar de peces. Las ramas estaban empezando a soltarse. Casi se le había olvidado que le había pedido que fuera a recoger avellanas.

Canijo posó la cesta en el suelo. Las avellanas se estropeaban rápidamente con el calor. Había que tostarlas o les saldrían gusanos. Chica había enseñado a Canijo a hacerlo. Después de dejar las avellanas sobre las brasas el tiempo suficiente para que se calentasen, las partía y vertía su aceite caliente en un caparazón de tortuga. Este líquido era bueno para beber o para

curar una piel antes del invierno; los poros se cerraban con una herramienta de hueso y el aceite se empapaba en la piel para repeler el agua. También molían la carne de las avellanas para hacer una pasta con pescado y bayas. Chica lanzó una mirada larga y severa a Canijo. El muchacho le evitó la mirada y comenzó a poner las avellanas en el borde de las brasas.

Para Canijo, era como cualquier otra tarde. Para Chica, era como ninguna antes. Puede que el altercado con el oso hubiera terminado pacíficamente en esa ocasión, pero Chica creía que los osos tenían buena memoria. Un tratado de paz era un equilibrio delicado. Se había respetado desde que tenía recuerdos; de ese modo no se gastaba energía en peleas innecesarias. Mantenía la armonía. Si había suficiente pescado para todos, la familia no tenía interés en cambiar nada. El acuerdo no era algo que se discutiera o debatiera. Simplemente, era así.

Y ahora Canijo lo había puesto en peligro provocando al oso macho. El oso ahora vería de otra manera a Canijo y a otros como él, y recordaría la frustración de no haber conseguido satisfacer su deseo de aparearse. Aunque era difícil saber cuándo y dónde brotaría esa frustración, vendría acompañada de un rugido profundísimo. Se había producido una perturbación en el orden normal de las cosas.

Chica tenía una necesidad que borboteaba en su garganta. No podía limitarse a gritar y abroncar a Canijo. Buscó una palabra que pudiera expresar la delicada ecuación de miedo y respeto que implicaba su pacto con los osos, pero sus labios no se movieron. La tarea le parecía demasiado complicada; sería como acercarse a un oseño, darle una palmadita en la espalda e intentar explicárselo. Canijo era joven. Su comportamiento a veces resultaba impredecible y era un muchacho raro.

Para una madre oso, no tenía sentido intentar transmitir sus deseos a su descendencia por medios sutiles. Había una manera de hacer las cosas y los métodos no se cuestionaban. Lo empujaba hacia la comida y lo prevenía de los peligros. Si un oseño hacía alguna tontería, la madre lo atizaba con la garra. Pero a la larga, un oso joven o aprendía y hacía las cosas bien, o moría. Y Chica estaba perdida respecto a qué hacer por los mismos motivos. La distancia que la separaba de los osos le parecía tan vasta como la que había entre ella y Canijo.

Dirigió la mirada al fuego. Las cáscaras de las avellanas estaban

empezando a tostarse y los olores le llegaron cargados de recuerdos. Cuando el año pasado su hermana todavía estaba con la familia, hicieron pan con masa de avellana una vez se hubo endurecido. Gran Chica trajo sus bayas para añadir a la pasta. Luego la envolvieron alrededor de un palo y la dejaron encima del fuego; el aroma ascendió como el calor de las llamas. Una vez cocido, Chica y su hermana se comieron el pan directamente del palo, con el brillo del fuego sobre su piel, disfrutando de su mutua compañía.

Sin palabras para expresar la complejidad de su pensamiento, Chica se centró en lo que podía hacer. Quería comer pan caliente junto al fuego como antes. Entregó a Canijo una pequeña herramienta que había hecho dando forma a una lasca de piedra. Canijo había demostrado ser especialmente bueno partiendo con ella las avellanas, haciendo primero una pequeña perforación en un extremo y luego en el otro. Con cuidado, derramó el aceite sin quemarse la piel. Aunque a sus manitas les faltaba fuerza, eran muy buenas para este tipo de tareas. Chica machacó las avellanas cocinadas en el hueco de una piedra para hacer una pasta mientras Canijo seguía obteniendo el aceite.

A su lado, Canijo se puso a tararear. Era un tono más grave de lo habitual, y sintió que la melodía la inundaba. Pronto se unió al canturreo. Sus sonidos nasales eran como las rocas que provocaban saltos y desvíos en el río, mientras que las aguas suaves de Canijo fluían por encima. Gato Montés se comió una avellana y escuchó, mientras se le caían los párpados. Trabajaron con los frutos hasta que la cesta estuvo vacía.

La oscuridad los envolvió mientras la luz del fuego iluminaba sus rostros. Cantaron y trabajaron. No hablaron de osos ni del orden de las cosas. No había palabras.

19

Chica estaba en el río, con el agua hasta los tobillos. Hincó su lanza en la arena blanda y se apoyó en ella. Tenía los pies hinchados y magullados, y el agua hacía milagros para refrescarlos. Su tripa estaba más pesada. Se pasaba gran parte del tiempo sintiendo un calor desagradable. Había encontrado un sitio cómodo junto al río bajo la sombra de un árbol frondoso. Canijo llevaba largo rato jugando con piedras en los rápidos.

Teniendo en cuenta lo escuálido que era Canijo, resultaba sorprendente lo lejos que llegaba tirando piedras. Ya rivalizaba con algunos de los mejores lanzamientos de Gran Madre, y Chica deseó que la anciana estuviera viva para verlo. Había algo en el modo en que los brazos de Canijo colgaban del cuerpo —quizá la ausencia de músculos pesados— que les permitía girar formando un amplio arco. Y su brazo era largo en relación con su cuerpo, lo cual añadía más fuerza a cada lanzamiento. Podría acabar siendo uno de los mejores lanzadores de las familias. Esto ponía contenta a Chica, o quizá la aliviaba. Aunque ya no le parecía feo, su aspecto ciertamente no era convencional. Necesitaría demostrar más que los otros.

Un pez maltrecho se asomó en las aguas poco profundas que tenía delante. Su piel escamosa se había vuelto de un naranja brillante, lo cual sucedía justo antes de que murieran. Esto significaba que los peces casi habían acabado su periplo, y que pronto sería el momento de que Canijo y ella se marcharan. Los osos se quedarían para comerse los peces muertos, como de costumbre, pero las familias cogerían sus peces desecados y regresarían a sus territorios.

Esto ejemplificaba la diferencia fundamental en la manera que tenían ambos grupos de afrontar el invierno. Los osos se comían los peces vivos, y también los muertos. Comían de todo, cualquier cosa, para agrandar su

cuerpo. El objetivo era conseguir que sus pieles estuvieran tan brillantes y lustrosas como fuera posible para mantener el calor, con una gruesa capa de grasa por debajo. Después los osos se metían en un escondrijo para dormir a salvo y calentitos durante la peor parte de las tormentas. Todo el alimento que precisaban se guardaba en sus espaldas. Podían descansar sin preocupaciones.

Con el paso de los años, las familias habían desarrollado una táctica diferente. Aunque también engordaban durante la carrera de peces, sus cuerpos eran más pequeños que los de los osos, sus pieles más finas, y no podían almacenar tanta grasa. No se podían permitir un sueño profundo de meses. Sus cuerpos no eran capaces de mantenerse del mismo modo. Para compensarlo, tenían que ahumar pescado durante el verano. Se lo llevaban al campamento y se convertía en su sustento durante la caza de bisontes del otoño. También recogían frutos secos y bayas, hacían pasta y cocían grasa para fabricar lámparas.

Sin embargo, la familia hacía algunas cosas igual que los osos: se resguardaban para el invierno. Cavaban hoyos en sus cabañas y empleaban la nieve como aislante. Su ritmo cardiaco disminuía y sus cuerpos se volvían más lentos. A ese estado en el que se sumían lo llamaban «sueño de invierno». Cuando un cuerpo apenas era capaz de pronunciar la palabra, sabían que estaban en aquel estado. Mascaban un trozo de carne solo una vez al día y tomaban unos escasos sorbos de agua. Era suficiente para mantener la pulsión de sus cuerpos, pero usando muy poca energía.

De cuando en cuando, se despertaban un poco más. El momento lo decidía Gran Madre y dependía de factores complejos como la crudeza de las tormentas de ese año, el estado de sus reservas de alimentos y la salud de los individuos en el interior de la cabaña. Intervenían otras muchas cosas: el tipo de nubes, la composición de la nieve y la información que proporcionaban los árboles sobre lo que sucedía en otros sitios. Llegado el momento, Gran Madre encendía una lámpara de grasa y despertaba a todos para que realizaran una comida más variada, hicieran las reparaciones necesarias en la cabaña y salieran al exterior para hacer sus necesidades.

Habitualmente, en aquellas ocasiones se producía algún apareamiento deliberado. Si una Gran Madre no se había quedado embarazada en el punto de reunión, salvaría la situación alimentándose un poco más para estar a tono con su ciclo. Sabría el momento adecuado y despertaría al hombre elegido

con un buen pedazo de carne. Mientras los demás seguían sumidos en el sueño de invierno, la pareja copularía. Estos eran los momentos más privados para aparearse, a diferencia de las exhibiciones más espectaculares y con frecuencia públicas del punto de reunión.

Los hijos concebidos durante el sueño de invierno nacían a finales del verano. Se consideraba un momento óptimo, porque el bebé podía mamar durante la caza de otoño mientras la madre estaba atiborrada de pescado. El hijo sería lo bastante grande para llegar con vida al siguiente sueño de invierno. Otro buen momento era cuando se concebía al bebé en el punto de reunión. Nacería por lo general entrada la primavera, cuando la comida era más abundante y los peligros del principio de la estación ya habían pasado. Sin embargo, algunos bebés llegaban en pleno invierno, como era el caso del que esperaba Chica, y las Grandes Madres más ancianas solían recibir con refunfuños la noticia de que un niño nacería en los meses más austeros. Era un riesgo. La madre, después de tener que capear lo peor del sueño de invierno embarazada, tendría que afrontar los meses de hambre de principios de la primavera con un recién nacido. Su leche y su energía serían escasas. Se podía superar, pero las ya de por sí reducidas posibilidades de supervivencia de un bebé eran aún más bajas.

La tripa de Chica estaba más grande. Sus pechos crecían, pues la carne de los mejores peces los habían hinchado. El cuerpo de Chica se alimentaba del aceite de los peces, que se distribuía por su piel como las escamas más suaves por el vientre de los peces. Su pelo adquirió el color de la carne del pescado y se volvió de un rojo brillante. La línea de pecas que recorría su nariz se parecía a las manchas de las aletas. La belleza de los peces brotaba en Chica, pero ella no se daba cuenta.

Alzó la mirada al cielo. El sol ya aguantaba menos tiempo despierto. Las nubes en lo alto retumbaron. No era un trueno, sino un pequeño latido que Chica sintió en la piel debajo de su labio. Olió el aire. Pronto cambiaría el tiempo. Levantando un pie mojado y apoyándose en la lanza, cerró los ojos. Con los finos huesos de sus pies, pudo sentir que la presión del aire estaba bajando. Las tormentas de invierno estaban todavía lejos, pero sus primeros avisos ya habían llegado.

Quizá fue eso —una nube pesada y cargante— lo que le hizo mirar hacia donde el ramal central del río dividía los árboles. No había captado el olor en

el aire, pero un ligero movimiento llamó su atención: una sacudida en una rama. Se meneó ligeramente, y Chica supo que había algo sobre un saliente de roca encima del río. Era una atalaya conocida, el mejor sitio para ver lo que sucedía en el punto de reunión si te acercabas desde el ramal central del río.

Pronto le llegaron tenues ondas de calor desde aquel punto. Era el calor de carne viva. Desde allí Chica fue capaz de definir la forma, que estaba colgada de la rama de un árbol y la usaba como escondite para echar un vistazo. Los observaba. Y había algo más: la forma del cuerpo era grande y alta. Estaba de pie. Eso significaba que pertenecía a una de las familias.

El corazón de Chica latió acelerado, pero no se movió de su sitio. Se limitó a observar, pues no quería asustar a aquel cuerpo. Podía tratarse de alguien que no la reconociese con su tripa de embarazada. Chica esperó a que percibiera su olor. Un cuerpo que perteneciese a la familia tendría buenos ojos y sería capaz de verla incluso a esa distancia. Bajó la lanza. No quería tirarla al agua, así que la dejó entre sus rodillas para mostrarle al extraño que no tenía malas intenciones. Lentamente, extendió los dedos de la mano izquierda y la alzó a modo de saludo.

Aguardó en aquella postura para asegurarse de que la señal quedaba clara. Pareció que el cuerpo asimilaba por un momento su presencia, y luego se ocultó tras el árbol. Chica observó mientras las ondas de su calor se iban alejando. No tenía dudas de que la había visto y había comprendido su saludo, y que ahora bajaría para reunirse con ella. Si venía de la zona de la bifurcación central del río, probablemente pertenecería a la familia con la que se había quedado Gran Chica. Su hermana acogería a Chica y a Canijo.

Aunque Chica esperó, el cuerpo no vino a devolverle el saludo. Canijo se cansó de jugar y volvió a la hoguera para avivar el fuego. La llamó para que viniera, pero los pies de Chica se negaban a moverse. Mucho más tarde subió a comer y dormir, pero regresó al río temprano a la mañana siguiente para seguir esperando al cuerpo. Hizo lo mismo al día siguiente.

El tercer día, cuando Chica se levantó y observó desde el mismo sitio, un pez agonizante asomó sin energías delante de sus pies. Tenía la piel herida y rasgada. Sus ojos, antes negros, estaban lechosos. El trauma de seguir a sus parientes río arriba le había pasado factura. Estaba casi muerto. Pero aun así, el pez dirigía su nariz río arriba e intentaba darse impulso con su agotada

cola. Chica sabía que el pez seguiría así hasta morir. No necesitaba preguntar por qué. Seguía un instinto que lo empujaba hacia el final. Los instintos de Chica hicieron lo mismo.

Para entonces, ya sentía la atracción de la familia. Era tan fuerte que no necesitó tomar una decisión. La familia era tan poderosa para ella como lo era la corriente para aquel pez. Si la familia no había acudido al punto de reunión, sería por algún motivo. Le tocaba a ella ir a buscarlos.

20

Chica y Canijo abandonaron el punto de reunión cuando tuvieron el fardo más grande que podían transportar lleno de pescado seco, bayas de almez y avellanas. Canijo estaba fuerte tras la carrera de peces. Sus piernas habían ganado en longitud y músculo. Caminaba con un paso nuevo y elegante. Parecía haberse hecho mayor de pronto. Chica suponía que el muchacho había vivido ya unas siete carreras de peces, aunque debido a su extraño tamaño resultaba difícil decirlo. Le colocó el hatillo, mucho más pesado en esta ocasión, a la espalda, y Canijo se tambaleó levemente con una sonrisa en el rostro. Chica también cogió una carga más pesada a su espalda, pero no llevaba nada más. Su tripa redonda y sus pechos también pesaban y ocupaban todo el espacio en la parte delantera de su cuerpo.

En voz baja, para que Canijo no pudiera oírlo, Chica maldijo aquellos pechos y aquella tripa. Le dolían las caderas y los tobillos. Estaba molesta con su propio cuerpo y le mascullaba increpaciones.

El pelaje de Gato Montés estaba espeso por todo el pescado que había comido y lo lucía muy orgulloso. Se pasaba horas interminables acicalándose y lamiéndose para cuidarlo. Cuando Chica y Canijo pasaron bajo la roca en la que estaba estirado, los observó con languidez. Chica supo por su mirada que estaba henchido de orgullo y que sí, se iría con ellos, aunque era tan hermoso que en cualquier sitio lo recibirían con los brazos abiertos.

Cuando comenzaron a subir la cuesta, Canijo tomó la dirección por la que habían llegado, hacia el territorio de la familia. Pero Chica chasqueó la lengua, lo adelantó y se giró para cruzar por el vado hacia la tierra de la nueva familia de Gran Chica. No le había contado una historia sobre lo que iban a hacer, ni le había dibujado el plan en la arena, ni usado ocre para hacer marcas en una piedra lisa. Sabía que Canijo la seguiría adonde ella fuera. Un

cuerpo necesitaba formar parte de una familia. Y allí irían. Cruzarían el agua por la zona donde el río era ancho y poco profundo, y luego seguirían la senda por la que el ramal central ascendía hacia el valle. Se subirían al árbol donde Chica había visto al cuerpo. Una vez allí, sabría si podía captar el rastro de su olor.

Mientras Chica caminaba, podía oír a su espalda los firmes resoplidos de la respiración de Canijo. La seguía sin hacer preguntas. No tardaría en ponerse a charlar, como era su costumbre. Hacía sonidos con su garganta, incluidos maullidos y chillidos, que le recordaban un poco a Gato Montés. Se detuvo en un par de ocasiones para señalar una flor o un bicho que veía en una hoja. Chica no prestaba mucha atención porque era tiempo de moverse, no de buscar bichos para comer. Miró a su alrededor en determinada ocasión, pero no pudo ver a Gato Montés. Al animal le gustaba mantenerse a resguardo tras los árboles mientras avanzaba, pero Chica sabía que podía olerlos. Para que sus cuerpos siguieran adelante, iba entonando al ritmo de sus pasos: «Cu-cu-clín, cu-cu-clín, cu-cu-clín». Mi cabeza es un bisonte.

Chica caminaba a buen ritmo. Tras una cuesta muy pronunciada y una parada para que Canijo hiciera pis, llegaron al saliente del risco en el que Chica había visto el cuerpo. Chica hizo sentar a Canijo y le dio algo para que comiese. Gato Montés se enroscó junto al muchacho y comenzó a ronronear. Chica sabía que el animal lo hacía con la esperanza de recibir trozos de comida, pero Canijo se lo tomó como un gesto de cariño. Estuvo un tiempo pasando la mano por el lomo del gato y culminó sus caricias con un trozo de pescado. Esto servía para demostrar por qué el cariño y la comida iban unidas para el felino. Canijo alzó la pierna izquierda y se tiró un pedo más largo que nunca. Divertido, lanzó la cabeza hacia atrás y dio un golpe a Gato Montés para asegurarse de que lo había oído. El animal arrugó el hocico y no se mostró impresionado, pero no se levantó ni se marchó. Era muy típico en sus intercambios. El gato pensaba que el muchacho era raro y el chico pensaba que el gato era innecesariamente serio, pero ambos toleraban las peculiaridades del otro.

Desde la atalaya, Chica contempló la vasta planicie del punto de reunión, donde el agua se extendía como dedos sobre los nudos de las rocas. La poza donde estuvo el día que vio el cuerpo era claramente visible. Trepó al árbol en el que había estado el cuerpo y acercó la nariz al punto en el que había

puesto sus manos. El rastro fresco estaba ahí, aunque desvaneciéndose. Sus ojos no la habían engañado. Emocionada, asimiló la noticia.

La emoción de Chica no tardó en transformarse en confusión. ¿Qué era? Aunque muy débil, el aroma amargo en el árbol era el de un carroñero. Se comían cualquier cosa, todo lo que podían encontrar. Su aliento era una mezcla cenagosa de temor y nervios que Chica asociaba a una falta de control sobre el territorio. Captó algo de lo que había consumido su cuerpo, el tufo seco y polvoriento a setas de una tierra que no le resultaba familiar. Quizá el cuerpo también había estado mascando escarabajos. Esto tenía algo más de sentido. Los escarabajos conseguían que la tripa se sintiera llena y satisfecha cuando no había carne suficiente. Pero percibía algo más... ¿un toque a tuétano? Los olores le recordaron en cierto modo a las hienas.

Los olores de la criatura eran distintos a los de las familias, y eso podía significar tantas cosas como puntitos de luz había en el cielo. Las posibilidades se abrían a su alrededor. El año pasado en la carrera de peces, Gran Chica había contado una historia de sombras. Hizo la forma de un cuerpo e indicó que olía mal, como uno que no fuera de la familia. Caminaba erecto y su hermana le puso colmillos para mostrar el miedo que daba. Un profundo temor, como un vértigo, se apoderó del cuello de Chica y descendió por su columna vertebral. La tierra que la rodeaba le pareció demasiado grande y vacía.

Chica tuvo que alargar una mano y tocar el árbol para enderezar sus piernas temblorosas. Sabía que debía calmar sus pensamientos y devolverlos a su interior. Para recuperar el control, centró su atención del mismo modo en que los suyos llevaban eras haciéndolo. Miró un trozo de corteza en el árbol y comprobó que estaba igual que antes. Vio una mata de hierba cerca del tronco. Quizá permaneció adormecida durante el invierno, pero había vuelto a crecer. Se concentró en las cosas que seguían siendo iguales.

Aquello tuvo el efecto tranquilizador que siempre provocaba en la familia. Los pensamientos de Chica se contuvieron y se concentró en lo que sabía. Captó el ligero rastro de pieles cerca de la huella de una pisada. Quizá el cuerpo había aplastado a un bicho con su pelliza. Este cuerpo vestía pieles encima de su piel, igual que ella. Por la huella de su mano, supo que el cuerpo era más pequeño, pero por la marca parcial del pie, comprendió que caminaba erecto y sobre dos pies. Con esa información, siguió los avances de

sus piernas por el terreno. Un paso más y el cuerpo se giraba y se dirigía hacia el claro. Unos pasos más y en el claro había una zona de barro donde las últimas lluvias copiosas habían formado un charco que luego se secó. Aquella zona arcillosa retenía algo muy valioso: una huella definida marcada en el barro. Chica saltó y puso una mano a ambos lados de la huella. Acercó la nariz para oler y sintió un gran alivio.

La huella era sorprendentemente pequeña y estrecha, y se curvaba hacia el interior. La marca mostraba que el peso se desplazaba de la espalda hacia delante, en lugar de extenderse por igual en todo el pie. Podría ser la huella de un niño. Dejaban rastros curiosos que por lo general presentaban curvas y desvíos, pues normalmente se veían atraídos por las cosas nuevas que iban descubriendo. Los niños no estaban tan preocupados por conservar la energía o por avanzar por el camino más eficaz.

Si era la huella de un niño, en cierto modo explicaría por qué no la había saludado o había bajado al río desde su atalaya. Quizá la familia de su hermana había enviado a un niño al mirador para ver qué sucedía en la carrera de peces. El niño no había identificado el olor de Chica, sobre todo estando ella embarazada. Por eso el pequeño no había devuelto el saludo ni había bajado a decir hola.

Si Chica enviase a Canijo en una misión de exploración, le daría las mismas instrucciones por precaución. El porqué la familia no había acudido a la carrera de peces no tenía explicación, pero ya no la necesitaba. Solo debía seguir ese rastro hasta el campamento de su hermana. Volvería a formar parte de la familia.

Chica había empezado a anhelar el *calor* de una familia. Y podía sentirlo. Sus huesos se morían por un sueño reparador. También comenzó a salivar. La estación del otoño traía la travesía de los bisontes hacia sus territorios invernales, y esas bestias mantendrían a la familia en invierno. Chica avanzaba en dirección a esa sensación.

Incluso con su pesada carga de pescado, los dos seguían el rastro a buen ritmo. Canijo era lo bastante fuerte como para saltar de roca en roca subiendo la pronunciada cuesta río arriba. Durante cuatro días, Chica fue capaz de encontrar la pista del niño y seguirla. Había llovido ligeramente desde que el muchacho pasó, pero Chica tenía el vivo olor grabado en su mente. Encontró otras cosas en su camino. Había un pequeño excremento que contenía una

mezcla terrible de setas, tallos verdes y flores. Tras olisquearlo de cerca, torció la cabeza asqueada. Otro un poco más adelante tenía caparazones de cucaracha entre los restos. Era evidente que habían salido del mismo cuerpo.

¿Tal vez el niño no se había llevado comida suficiente para su viaje y había tenido que rapiñar para conservar las fuerzas? En lugar de imaginarse un cuerpo pequeño y apestoso, pensó que era un niño ingenioso. Al comer cosas que normalmente la familia desechaba y que no merecían el esfuerzo de ser recolectadas, no tenía que llevar una carga tan pesada. Esa solución suponía que podía avanzar más y a un paso más rápido. Chica sintió algo parecido al orgullo, la misma sensación que tenía cuando sostenía un gran pedazo de carne en la mano.

—*Ojo-águila* —la llamó Canijo a su espalda.

Para llamar su atención, había usado una palabra de la familia que raramente se pronunciaba. En un momento del verano, Canijo le había preguntado por una palabra y se había señalado a los ojos. ¿Significaba aquello que quería conocer la palabra para la buena vista? Chica se señaló el ojo y asintió para describir la característica de una vista aguda, en lugar de dejar que la palabra le raspaba la garganta. *Arú* era un sonido más fácil de articular y la manera preferible para llamar la atención de alguien. «*Ojo-águila*», le dijo como respuesta a lo que pensaba que era su pregunta.

El muchacho había empezado a usar y a adaptar la palabra. Ahora se había convertido en su manera de llamarla. «*Ojo-águila*», decía cuando veía que los osos hacían algo nuevo. Cuando Chica lo miraba, el muchacho se señalaba el ojo y señalaba hacia los osos, esperando que ella se lo explicase. Por supuesto, Chica jamás lo hacía. Su costumbre era mostrarle lo que tenía que hacer a continuación.

Pero Canijo era insistente. Los hijos de la familia crecían despacio y tenían muchas necesidades. Su modo de sobrevivir, de desviar recursos en su dirección, era ser exigente. Canijo, que como era adoptado podía ser abandonado con facilidad, estaba especialmente versado en el arte de pedir. Se podía afirmar que esta era la principal razón por la que seguía con vida.

Ojo-águila se convirtió rápidamente en su forma de llamar a Chica para que satisficiera sus demandas. Decía *Ojo-águila* cuando quería que lo ayudara a limpiar las espinas de su pescado. *Ojo-águila* si necesitaba ayuda para apartar unas zarzas y coger una baya madura. Por eso, cuando Chica

escuchó que Canijo la llamaba *Ojo-águila* a su espalda, supuso que quería comida o llamar la atención de algún modo. Suspiró agotada y fingió que no le había oído. El muchacho siguió hablando y ella continuó su camino. Pronto se dio cuenta de que Canijo no estaba siguiéndola como debería.

Gran Madre nunca habría tolerado esa desobediencia. Cuando Chica era joven, los niños caminaban en fila detrás de la gran mujer. Si uno se paraba o se distraía, la hilera de cuerpos seguía avanzando y lo dejaba atrás. Como resultado, los niños aprendían a seguir el paso.

Pero como Canijo era el único pequeño, había conseguido en cierto modo dominar a Chica. Se giró y vio que el muchacho estaba con los pies clavados junto a una marca negra sobre una piedra plana y grande. Pudo oler que el niño carroñero había estado por allí, pero no había dejado huellas. Al mirar más atentamente comprendió que era una hoguera extraña. Tres palos levantados sobre un fuego y unidos en las puntas. Las marcas de la hoguera eran poco profundas. Había un poco de leña a un lado, como si la hubieran recogido y abandonado. Un círculo de piedras rodeaba el fuego y había otros cantos planos a su lado. Parecía demasiado esfuerzo para un fuego que solo se hubiera usado una o dos veces. Canijo hablaba excitado, pero Chica alzó la mano para mandarlo callar. Quería tener los oídos despejados de sonidos y así poder concentrarse en los olores.

Aquel fuego tenía muchas similitudes con los que ella hacía. El niño había usado un arco para hacer una llama con fricción del mismo modo que ella, y un puñado de hierba seca como yesca, que había dejado a un lado. Había usado las tiras internas de corteza de abedul para que la llama creciera más alta. Como no había abedules en la zona, eso significaba que había recogido corteza fresca, la había secado y la llevaba consigo. La familia utilizaba la misma técnica cuando viajaban.

Chica dejó a un lado las diferencias que veía en aquella hoguera. Los tres palos erectos no significaban nada para ella, así que después de observarlos su mente se concentró en otras cosas. Canijo sostuvo una pequeña astilla de hueso y Chica se sintió más confusa. En un extremo había un agujero, como un ojo. Canijo adoptó una amplia sonrisa cuando lo comprendió. Hizo como que se limpiaba los dientes con él. Claramente había asumido que era una herramienta, aunque estaba hecha con mucha precisión y tenía que servir para algo más que para limpiarse la dentadura. Para eso bastaba con un palito del

tamaño adecuado. Entonces Canijo fingió que se lo guardaba en la pelliza y lo volvió a sacar. Chica le quitó la herramienta y la examinó con más detenimiento. Un extremo tenía un agujerito perfecto y fino que lo atravesaba, y el otro extremo del hueso terminaba en una punta afilada. De entrada, a Chica no le pareció útil, pero podría usarlo para perforar pieles. Estaba interesada en saber para qué lo empleaba la familia de su hermana, aunque el interés se vio desplazado por una gran preocupación, ¿por qué el niño se lo había olvidado? Su hermana debía de haber enseñado a sus hijos la importancia de cuidar de las herramientas. ¿Qué podía haber sucedido en el campamento que explicara ese descuido?

Chica olisqueó largo rato y a conciencia. Se subió a un árbol y observó. Comenzó a recopilar rastros del calor del cuerpo moviéndose entre las hojas, o quizá el recuerdo de su movimiento. Una familia había estado allí. Otras bestias también habían estado en la zona y los olores se confundían. Pero los árboles la ayudaron a ver dónde podía haber ido la familia. Estaba segura de que Canijo y ella estaban acercándose.

VIDEOCONFERENCIA

Salí de mi tienda el lunes y me encaminé como un pato hacia la excavación. Mi presencia fue recibida con algunas bocas abiertas y un confuso «Vaya, esto..., hola» de Michael. Caitlin sacudió levemente la cabeza. Pero nadie dijo nada en voz alta. Supuse que les habían advertido que debían evitar comentarios sobre mi estado físico. Mi disposición a citar la legislación del Estado de Nueva York aseguraba el silencio a mi alrededor, aunque era una salvaguarda que me procuraba yo misma, sin baja maternal pagada con la que cubrirla. Ese día tenía planeado participar en la videoconferencia con el museo. Me pesaba la tripa y los pies me dolían, pero iba a sentirme incómoda en cualquier sitio. No pasaba nada si me pagaban un día más y podía tener la mente ocupada con lo que me interesaba.

Para entonces los resultados de laboratorio y segundas opiniones habían confirmado lo que yo ya presentía, que el esqueleto de neandertal pertenecía a una hembra. El humano moderno era un varón. Ahora podíamos ver claramente que el cráneo de la hembra se encontraba orientado al este y apuntaba hacia el otro como si lo estuviera mirando directamente a las cuencas vacías de sus ojos. Esto sugería un contacto visual y probablemente una comunicación entre ambos cuerpos. Aunque todavía no estaba segura de nada, a veces me imaginaba una escena como en Pompeya, donde un flujo piroclástico —mezcla de gases calientes y ceniza— asfixió a todos los que estaban vivos tras la erupción del volcán. Mi mente repasó lo que había leído sobre el desastre mientras cepillaba la tierra del cráneo de la hembra. En otras ocasiones, me imaginaba que la posición de los dos esqueletos era deliberada. Quizá alguien los colocó así. Al mirarlos, me resultaba imposible no imaginarme en mi propio lecho de muerte. ¿Hacia dónde se dirigirían mis ojos si estuviese a punto de morir?

Unas semanas antes, había desenterrado un objeto delicado usando un pincel muy fino, y pensé que se trataba de un abalorio debido a un agujero que parecía deliberadamente perforado en la parte superior. Tenía la forma de una concha. Al estar situado en la tierra junto a las vértebras, supuse que se le había caído del cuello, bajo la barbilla. Quizá era una cuenta atravesada con un hilo que la neandertal llevaba cuando murió. Andy y otros estaban de acuerdo con mi teoría, sobre todo porque parecía tener un agujero en el punto adecuado. La emoción en el sitio de excavación aumentó, pues todos admitían que encontrar ornamentación en un neandertal ayudaría a apoyar mi teoría de que poseían la misma capacidad cognitiva que los humanos modernos. Aquellos que rechazaban esta hipótesis solían apuntar a la ausencia de joyas y pinturas en los neandertales, para sostener que no estaban dotados de pensamiento abstracto. Enviamos el objeto al museo para consultar a un grupo de expertos. La videoconferencia de ese día versaría sobre sus conclusiones.

Hasta que llegase el momento de la llamada, quería continuar trabajando en la capa que rodeaba las vértebras para ver si podía encontrar más piezas. En circunstancias más normales, me habría tumbado boca abajo para trabajar, pero como estaba a punto de salir de cuentas, esa opción quedaba descartada. Andy y yo habíamos preparado un artilugio para que yo pudiera seguir resultando productiva. Habíamos preparado una especie de camilla con dos tabloncillos apoyados sobre patas a la altura de mi tripa. Unas correas atadas entre los tabloncillos me permitían tumbarme bocabajo sobre el punto de trabajo; la que pasaba bajo mi frente estaba acolchada con una toalla. Mi tripa colgaba, pero apoyada en una caja y envuelta en una manta para protegerla. Cuando me encontraba perfectamente posicionada, podía desplazarme sobre el lugar cepillo en mano mientras mi bebé estaba sujeto y cómodo.

Sabía que tenía un aspecto ridículo y no intenté ponerlo en duda. Cuando pusimos la camilla en posición, Andy dejó de reír el tiempo justo para ayudarme a colocarme. Caitlin se limitó a poner los ojos en blanco y fruncir sus secos labios con más fuerza. Pero las risas pronto desaparecieron en cuanto me puse a trabajar. Parecía que solo habían pasado cinco minutos cuando me di cuenta de que ya era la hora de la videoconferencia, pero estaba allí atrapada. Necesitaba ayuda para levantarme.

—¿Alquilo una grúa? —dijo Andy con un suspiro, acercándose para

echarme una mano.

A los pocos minutos, bajo la sombra de un árbol, me senté en el banco de la mesa de pícnic junto a Caitlin, con el portátil abierto frente a nosotras. Mi prominente parte delantera ocupaba tanto que Caitlin tenía que apretar su cadera huesuda contra mí para salir en la cámara.

Mi habitual seguridad me falló en la videoconferencia. La pantalla mostraba gente reunida en una sala de reuniones del museo. Pude ver a Tim estrechando manos y a Guy recostado en la silla, con las piernas cruzadas y observando. Había un cuadradito en una esquina de la pantalla en el que salíamos Caitlin y yo. Mis mejillas hinchadas me daban el aspecto de estar almacenando frutos secos para el invierno. Intentaba preocuparme por mostrar una apariencia sana, pero resulta complicado acostumbrarte a tu propio reflejo cuando cambia tan bruscamente como durante el embarazo. Me cuidé de mantener la pantalla inclinada de modo que mis pechos y la tripa no aparecieran. Nadie dijo ni una palabra sobre el hecho de que supuestamente yo debería estar de baja. Obviamente, Caitlin les había informado antes de la llamada. Le propiné un empujoncito con mi trasero. Estoy segura de que tuvo que clavar los dedos de los pies en el suelo para no salirse de la imagen.

El doctor Lawton era un experto en fechar el carbono encontrado en los huesos de los primeros homínidos. Su campo de estudio evolucionaba rápidamente y las técnicas no dejaban de perfeccionarse, pero había sido capaz de datar los dos esqueletos en el mismo periodo midiendo los restos de carbono 14, un isótopo radioactivo que se reduce a un ritmo constante. Yo no dudaba que los dos fueran coetáneos, pero se había generado cierta controversia sobre si los huesos de neandertal podían haber sido encontrados y colocados junto a otro esqueleto en una especie de ritual. Esta idea desafiaba cualquier tipo de lógica. Los descubrimientos arqueológicos que no se enmarcan claramente en una teoría siempre se explican como «rituales», pero yo sabía que sería imposible demostrar que no había existido un ritual. Fue bueno escuchar la confirmación de las fechas del doctor Lawton. Aunque solo pudo ofrecer un margen amplio de datación porque no podemos afirmar que la cantidad de carbono en la atmósfera sea constante, sí que nos aseguró que los huesos de la neandertal y los del humano moderno pertenecían al mismo periodo. Las fechas concretas me proporcionaron el tipo de prueba que la gente de nuestra época necesita para creer.

A continuación, una experta en moluscos ornamentales, la doctora Shinkoda, nos contó que había estudiado una muestra de la concha con la esperanza de encontrar restos de carbonato cálcico que se pudieran usar para fecharla. Le había costado conseguir el material y sus resultados no eran concluyentes.

—Resulta difícil datar la concha de otro modo, y no se puede relacionar con huesos humanos o animales —dijo.

—Sí que se puede relacionar —me apresuré a corregirla— con los huesos de la neandertal. Se encuentra en el mismo nivel en el sitio de excavación: B siete. ¿Ha visto las fotos que mandé?

—No considero que encontrarse en un nivel similar en un sitio de excavación sea un vínculo definitivo —dijo.

—Podríamos tener un resto de cuerda o cordón de algún tipo bajo las vértebras. Se ve un dibujo en la tierra.

—Ya he visto el garabato —asintió—. Poco concluyente. Un gusano o algo que apareciera mucho más tarde pudo haber dejado aquella marca. Podrían haber depositado la concha junto al cadáver a posteriori. No implica que un neandertal llevara un collar.

Carraspeé.

—Discrepo, basándome en lo que veo en las capas de sedimento. Desde allí usted no es capaz de ver el contexto, por lo que comprendo su rechazo a confirmar que se trata de ornamentación. —Sabía que debía poner atención en no mostrar signos de emoción.

—No estoy segura de qué tipo de prueba lograría convencerme. Es una afirmación fantasiosa.

—¿Un collar? —un acceso de ira se formó en mi pecho—. En mis estudios he expuesto que los neandertales poseían la capacidad para una vida intelectual simbólica, y el uso de abalorios lo demuestra.

—¿Un trozo de concha encontrado junto a los huesos le vale para afirmar que un cerebro piensa? —La doctora Shinkoda casi sonaba ofendida.

—El vínculo entre las joyas o cualquier tipo de adorno y la capacidad cognitiva ha sido claramente demostrado en la investigación arqueológica. La gente se ponía ornamentos para expresar quién o qué eran. Cuanto más grande era el grupo, mayor necesidad de ornamentos.

—Conozco ese debate, por supuesto —dijo la doctora Shinkoda—. Se me

ha pedido que evalúe el molusco. Lo he hecho. No puedo establecer un vínculo con los cuerpos ni mediante datación ni mediante evidencias físicas. —Miró a Tim y a Guy.

—¿Rose? —La cabeza de Guy se acercó a la pantalla—. Quizá sea un buen momento para sacar este tema. No pretendo cuestionar tu investigación. —Hizo un movimiento hacia abajo con ambas manos, un modo condescendiente de decir que me calmase—. Ya hemos oído esto, Rose, de unos cuantos expertos que han echado un vistazo a las piezas. Sabes que existe reticencia a aceptar tu teoría. Muchos ven a los neandertales como seres inferiores a nosotros. ¿Cómo explicas que su cultura permaneciese básicamente estática durante doscientos mil años? Demuestra una clara falta de innovación.

—La innovación se produce cuando una persona pasa una idea a la siguiente —dije—. Los neandertales tuvieron una densidad de población muy escasa. Las ideas nuevas probablemente llegarían y se perderían antes de que se pudieran transmitir, pero eran perfectamente capaces de tenerlas.

—Sin embargo, no estamos descubriendo ideas brillantes en esta excavación, ¿verdad? —preguntó Guy.

Adopté un todo igual de desesperante.

—Estamos descubriendo que los neandertales y los humanos modernos desarrollaron las mismas técnicas a la vez; el uso de ocre para la ornamentación es un ejemplo.

—Necesito que el museo tenga un mensaje claro y creíble.

Era como si Guy hubiera sacado sus colmillos a través de la pantalla y me hubiera mordido. Caitlin pudo sentir mi tensión y posó una mano en mi pierna por debajo de la mesa. El hueso de su cadera se clavó en la mía al echarse hacia delante.

—La teoría del collar no es concluyente y así seguirá siéndolo hasta que desenterremos más restos, pero es un error que nos centremos en eso.

—¿Qué quieres decir, Caitlin? —preguntó Tim—. Si inauguramos una gran exposición realizando afirmaciones grandilocuentes que no podemos respaldar quedaremos en ridículo —dijo—. La prensa se nos echará encima.

—Para ser sincera —dijo Caitlin—, nos estamos calentando la cabeza. Yo no soy experta en este tema, pero quizá eso resulte útil. Me proporciona la distancia necesaria.

Bajé los ojos, intentando escuchar.

—Hace poco estuvo aquí un periodista, Fred Long.

—¿El del *National Geographic*? —Tim alzó las cejas.

—A pesar de la prohibición de traer prensa —susurré por lo bajo.

—Firmó un acuerdo de confidencialidad —dijo Caitlin respondiendo a mi comentario—. Pero su punto de vista fue original. Y pido disculpas por no haberlo hablado contigo antes, Rose. Pero le pareció que estábamos todos demasiado metidos en la excavación como para ver la historia que tenemos justo delante de las narices. Los dos esqueletos mirándose a los ojos dejarán a la gente de piedra. Solo necesitamos decir que uno es un humano moderno y el otro un neandertal. No necesitamos declaraciones ni teorías grandilocuentes que vayan más allá. Cree que su editor querrá ponerlo en portada. Es algo realmente icónico.

—Pero ¿y la ciencia? —Mi autoridad parecía estar deslizándoseme entre los dedos.

—Con esa introducción, podemos contar una historia que deje espacio para la interpretación —dijo Caitlin.

—¿El potente respaldo de una publicación como *National Geographic*? —Tim sonrió satisfecho.

Guy dejó que sus labios formaran una sonrisa.

—Una imagen vale más que mil palabras.

Los comentarios de Caitlin parecieron suavizar los desacuerdos que se habían producido antes. Mis teorías se podían presentar como solo eso, pero los dos esqueletos sugerían una relación más profunda que podía vivir en el terreno de la imaginación de cada uno.

Cuando terminamos unos minutos después, me sentía agotada.

—Gracias —murmuré a Caitlin, sin energías para decir nada más. Había actuado a mis espaldas, pero había logrado abrir las puertas para que los directivos del museo presentaran mi trabajo como ellos quisieran. Un soplo de sentimentalismo y una invitación al terreno de la imaginación no harían mucho por la comprensión científica. Probablemente enviaría al público en la dirección equivocada. Pero no tenía fuerzas para replicar. Solo podía levantarme trabajosamente del banco y regresar al interior de las paredes protectoras de mi cueva a trabajar.

Unas horas más tarde, me derrumbé ante la mesa de pícnic con una taza de té a la menta. Caitlin estaba sentada en el banco enfrente de mí, con su coleta baja cayéndole a un lado. Me observó largamente y me ofreció una de las galletas secas envueltas que siempre llevaba en la mochila.

—¿Vas a dormir hoy en el pueblo?

—No, me volveré a meter en el catre —contesté—. Si empiezo a trabajar temprano, podría encontrar más evidencias de la existencia de un cordel. Estoy convencida de que llevaba la concha al cuello.

—¿Crees que eso resolverá sus preguntas?

No contesté.

—Solo tengo una cosa clara —dijo—. Va a llegar un día en que deberás abandonar la excavación para tener el bebé. Dentro de cuánto, ¿una semana como mucho?

—Quizá dos.

—Tendrás que concentrarte en cuidar de él.

—Ajá —mordisqueé la galleta.

—Quiero que estés segura de que mantendré una comunicación regular contigo, Rose. Me encantará que hagamos un calendario de llamadas. Como ambas sabemos, no soy una experta. Mi trabajo consiste en asegurar que tus procedimientos se llevan a cabo.

—El mundo no se va a detener cuando nazca el bebé —dije—. Pero mi vida, sí.

—Puedo ir a Londres si hace falta. Es un vuelo corto.

—Voy a estar aquí —dije.

—¿Dónde?

—En el pueblo, me quedaré en el apartamento.

—Oh, Rose.

—En Francia también nacen bebés. Muchos, de hecho.

—Sí, pero Rose... los bebés. No subestimes el trabajo —dijo Caitlin—. Requieren un cuidado increíblemente intenso.

—¿Al contrario que...?

Caitlin se movió incómoda antes de hablar:

—Bueno, para ser sincera, los gibones. Pero eso ya lo sabes.

—Los gibones —repetí—. ¿Has visto esas mochilas portabebés que

llevan todas las madres? —bromeé—. Me puedo comprar una. De ese modo podré seguir buscando alimento con un recién nacido.

Caitlin no sonrió.

Desde hace mucho juzgo a la gente por su disposición a reírse de los absurdos de la vida. Caitlin raramente lo hacía. Disfrutar de algo parecía estar lejos de su alcance. Bebía té aguado, solo comía galletas sosas y su concepto de vestimenta colorida eran las distintas tonalidades del beige. Reaccionaba a mis comentarios del mismo modo que a mis bromas: frunciendo ligeramente los labios y mirándome sin pestañear. Dejaba los silencios suspendidos en el aire hasta que yo terminaba hablando solo para llenar el vacío.

—Colgaré al pequeñín en una mochila de una bonita tela floreada —seguí—. Eso dejará mis grandes zarpas libres para buscar alimento en el frigorífico.

Caitlin mantuvo su expresión seria.

—También tengo pulgares oponibles. —Meneé los dedos—. Vienen bien para agarrar un pedazo de tarta.

—Los primeros meses de vida nos dejan extremadamente vulnerables —dijo—. El bebé humano está poco desarrollado y es extremadamente dependiente. La madre se vuelve igual de indefensa.

—Vulnerable —repetí con pesimismo. Simon tenía razón, sonaba a una vaga amenaza. El vello de mi nuca se erizó.

—¿Caitlin?

—Sí.

—Estoy embarazada, no enferma.

—No estoy diciendo eso.

—Haces que suene como si fuera un animal.

Caitlin forzó una sonrisa seca.

—Lo eres.

Solté una risa, que tuvo el intencionado efecto de hacer callar a Caitlin. El silencio incómodo que vino a continuación desató en mí una risa floja, que se convirtió en otra carcajada. Empecé a resoplar cuando me di cuenta de que tenía un control mínimo sobre mi vejiga y que podía hacerme pis en los pantalones ante la mirada de Caitlin. La absurda situación de mi vida profesional combinada con mi falta de sueño habían creado un cóctel

desesperado de histeria. Seguí riéndome e intentando no mearme durante tanto tiempo que Caitlin finalmente se levantó y murmuró:

—Voy a buscar a Andy.

Me calmé cuando el equipo se reunió alrededor de la mesa de pícnic para la reunión diaria. Yo tenía la costumbre de hacer el informe y repartir tareas por la tarde; de ese modo no tenía que interrumpir mi trabajo cuando el equipo iba llegando cada mañana. Andy intentó repartir algunas latas de Dr Pepper, pero nadie podía digerir más bebida. Pedí disculpas a Caitlin por mi ataque de risa y lo achaqué a mi falta de sueño. Las aceptó con un gesto cortante. Sentía realmente haberla ofendido, pero no tenía tiempo de preocuparme por eso. Mis pensamientos se centraron en el equipo y en el trabajo que teníamos por delante.

Ofrecí un breve resumen de la videoconferencia. Les conté que el museo estaba encantado de convertir a los dos esqueletos en la obra central de la exposición y de proponer nuestras teorías. Todo era técnicamente cierto y cuando lo expresé en voz alta, vi las sonrisas en sus caras. Por un momento, me costó recordar por qué me había sentido tan amenazada. Aunque había sido así debido a lo que habían dicho algunos, no tuve la suficiente energía para hablar de eso. En su lugar, dije que estaba segura de que nuestra excavación iba a ser un hito para la ciencia.

—Estoy totalmente convencida.

—De eso, Rose, no tenemos ninguna duda —dijo Andy.

Quizá Andy lo dijo con buena intención, pero alguien se rio de buena gana. Giré la cabeza para ver quién era. ¿Qué había querido decir exactamente Andy, y qué había de divertido en ello? Todo el equipo puso cara de circunstancias.

—Nos has llevado muy lejos, Rose —intervino Caitlin—. Todos estamos orgullosos de lo que lograste.

Hablaba de mi trabajo en pasado. Hubo gestos de conformidad y algunos murmullos de aprobación con el propósito de relajar la tensión. Sentí que el equilibrio de poder en el grupo se alteraba, como si el suelo bajo nuestros pies se inclinara hacia Caitlin. El instinto lleva a la gente a apiñarse alrededor del más fuerte. La autoridad había cambiado. El cambio en mí ahora parecía completo. Me había convertido en un recipiente para el bebé.

21

Chica y Canijo llegaron al campamento de Gran Chica. Las señales de la presencia de su hermana eran inconfundibles. Había un gran fuego en el centro; tirados en el suelo, un saco de cuero y un diente de piedra olvidados, o quizá quien los había fabricado los había abandonado allí mientras estaba de cacería, y una tosca cabaña con forma de bisonte pegada a la pared de un barranco bajo.

—*Arú* —llamó Chica, alzando la palma de la mano.

Caminaron hacia el fuego, escuchando solo los sonidos de sus pies sobre la tierra. Canijo iba dando saltitos, expectante y con los ojos bien abiertos. Aunque habían pasado un verano bastante feliz, los dos anhelaban la compañía de otros seres. Gato Montés husmeó el campamento y salió disparado hacia los arbustos.

—*¡Arú!*

No hubo respuesta.

Chica cerró los ojos, se llevó una mano a la oreja y levantó el labio superior. Permaneció inmóvil dejando que las corrientes de aire la envolvieran. Permitted que su mente se deslizara sobre el territorio mientras tanteaba las vibraciones que transmitían las raíces de los árboles. Si había una familia en los alrededores, podría sentir su presencia. El vacío que nublaban su cuerpo se despejaría y los rayos de calor se derramarían por primera vez desde la primavera.

No captó ninguna sensación.

Chica no se fiaba de sus sentidos. Intentó dejar a un lado los olores nuevos y concentrarse en los que hubo antes. Quizá como Chica había pasado tanto tiempo fuera, su nariz ya no retenía el olor de la familia. Tras buscar y

escudriñar un poco, Canijo y Chica decidieron que el campamento estaba vacío y que nadie respondería a sus llamadas. La familia que vivió allí hacía tiempo que se había marchado. Sin embargo, Chica estaba segura de que era algo temporal. No conocía ese territorio. Vivir allí podía requerir hábitos distintos. La familia podía estar en su cruce aguardando los primeros signos de la presencia de bisontes. O quizá habían hecho una gran matanza, tan grande que no tenía sentido transportar la carne al campamento. Seguramente habían matado dos o tres bestias y estaban acampados junto a los cadáveres dándose un festín. El recuerdo de la sangre goteando por su barbilla todavía estaba fresco. La sensación agobiante del invierno inminente cargaba el aire. Era el momento de llenar el estómago y almacenar carne para el sueño de invierno.

Canijo la llamó: «¡Ojo-águila!». Había estado paseando por el fondo del campamento para inspeccionar la cabaña. Estaba levantada firmemente y recostada contra la pared para otorgarle más protección, pero parecía parcialmente derruida. Solo quedaban la estructura y unas ramas precarias por encima. Las pieles más gruesas, las que mantenían a raya los elementos, no estaban. La familia debía de habérselas llevado al otro campamento. Eran objetos pesados para cargar que no se movían sin un destino intencionado. Las pieles gruesas siempre se trataban con el mayor de los cuidados, pues costaba tiempo y esfuerzo curarlas, algo que normalmente se hacía en pleno verano cuando el sol y el calor ayudaban al raspado, remojado y secado. Curar una piel nueva cuando la temperatura bajaba era difícil. No había tiempo suficiente antes de las tormentas de invierno.

Un cuervo batió sus alas sobre sus cabezas y llamó la atención de Chica. *Cra, cra, cra*, graznó aquella ave que aparecía atraída por la muerte y la sangre.

—*Ojo-águila* —repitió Canijo. En esta ocasión no había descubrimiento ni maravilla en su voz. Estaba más allá de la cabaña, justo en los límites del campamento. Había encontrado un cuerpo, comprendió Chica, más por el cuervo que por cualquier mensaje que pudiera transmitir la voz de Canijo. Por un instante, sus pensamientos se centraron en su interior. ¿Cómo no había captado el olor de un cadáver en la tierra, el aire apagado y húmedo que siempre lo sobrevolaba? Al acercarse a Canijo, pasó junto a un montoncito de tierra, una elevación con una floreciente cobertura de plantas, en contraste

con el área que la rodeaba. Las copas de los árboles permitían el paso de alguna luz, pero no la suficiente para explicar que en aquel punto hubiera más vegetación. La fuente de nutrientes probablemente provenía de debajo.

Al acercarse a Canijo, Chica vio su gesto preocupado. Había encontrado el cadáver con sus ojos, no con su nariz. Retrocedía, con una mano en la boca, incapaz de asimilar lo que había visto, pero también incapaz de apartar la mirada. El primer pensamiento de Chica fue que nunca antes se le había pasado por alto algo tan obvio. No estaba oculto, sino tirado a cielo abierto. Las alimañas lo habían mordido y desgarrado y hacía tiempo que había comenzado su viaje al otro lado de la tierra. Pero nadie lo había enterrado o lo había apartado de allí. O estaba solo cuando murió o lo dejaron allí mismo porque los demás se encontraban demasiado débiles para arrastrarlo más lejos. O quizá, simplemente, no quisieron hacerlo.

Chica no supo a quién podía pertenecer porque lo primero que vio fueron las fundas que cubrían sus pies. Gran Madre les había contado historias de sombras sobre familias que no acudían al punto de reunión, pero Chica nunca había visto una. Quizá esas familias se ponían esas extrañas cosas en los pies, porque ninguna otra bestia, bisonte, oso o gato montés haría algo así. Las fundas de los pies estaban hechas de una piel finamente trabajada, más ligera que el cuero de bisonte; quizá era de ciervo. Tenían unas delicadas ataduras en los extremos para unir las con fuerza alrededor del pie y la pierna. Una resina dura, como savia, remataba las plantas, quizá para proteger los pies al andar. Parecían unos objetos extraños para vestir, demasiado calientes y apretados. Chica prefería dejar su cuerpo expuesto al aire. Quizá aquel cuerpo murió de calor, o se le asfixió la piel.

Chica dio la vuelta a los restos del cadáver. Le costó un momento comprender lo que tenía delante. Las moscardas se habían cebado con él. Había un hueco donde antes hubo una nariz ancha, y apareció una mata de pelo rojizo cuando le dio la vuelta al cráneo. Los bichos y moscas habían devorado gran parte de la carne, pero quedaba suficiente alrededor de la mejilla para ver los puntitos sobre la piel chafada.

—Mal del sol —señaló.

Por la forma de la pelliza de bisonte que envolvía los huesos que quedaban, Chica estuvo segura de que se trataba de un miembro de la familia. Lentamente, su mente se dio cuenta de que aquel cadáver se parecía a ella.

Durante dos latidos de su corazón, no supo dónde estaba. Quizá había muerto y una mitad de ella yacía allí, en la tierra, mirándose a sí misma. En aquel momento, todo parecía posible, pero pronto su pensamiento se centró. Y ahí estaba el hueco donde los dos dientes no habían conseguido permanecer unidos a la encía. Vio los cuernos de bisonte en la cabeza de aquel cuerpo, mientras que Chica no llevaba ninguno. En aquel instante vio la luz. Chica estaba contemplando el rostro de su hermana muerta.

Sintió como si hubiera recibido una patada en el estómago. Chica cayó de rodillas y el aire abandonó su cuerpo en un largo suspiro. Aquel cambio era demasiado. La esmerada ecuación que sostenía la vida de Chica se tambaleó. Había perdido el equilibrio. Muy pocas cosas seguían teniendo los pies anclados al suelo, igual que un árbol se vuelve vulnerable cuando el que tiene al lado se desploma tras un fuerte golpe de viento. Sus sentidos se cerraron. Dejó de ver. Perdió el contacto con la tierra que la rodeaba. El ruido inundó su cabeza y se tapó las orejas. Eran sus gritos, aunque casi no reconocía el sonido.

Cuando llegaba el mal del sol, se enterraba el cuerpo para apartarlo del sol ardiente. Este era el único modo de extinguir el fuego que quemaba la carne. Dejar el cadáver cerca del campamento suponía o bien que su hermana fue la última en morir, o que los demás habían abandonado su cadáver porque se vieron obligados a hacerlo. Chica se tumbó, cerró los ojos y permaneció largo tiempo inmóvil. Si toda su familia estaba ya al otro lado de la tierra, ella también quería ir allí. Sintió el sol en su rostro y deseó que se la llevase.

Pero transcurrido un buen rato, abrió los ojos y vio unos pies. Tenían pelaje y eran cuatro. Pertenecían a Gato Montés, que le rozó la nariz con la punta húmeda de la suya y luego torció el rostro en un gesto que decía: «¿Me puedes dar un poco de pescado seco?». Chica estaba ocupada en abandonar la tierra y no tenía tiempo para ese tipo de peticiones. Volvió a cerrar los ojos.

La siguiente vez que los abrió, volvió a ver unos pies. Pero estos no eran tan peludos. De hecho, estaban sorprendentemente lampiños y eran dos. Pertenecían a Canijo. Tenía la cara larga y triste, y pegó su mejilla a la de Chica para darle el mismo tipo de beso gatuno en la nariz. Aunque no eran gatos, habían aprendido de Gato Montés que a veces resulta agradable besarse con la nariz. Canijo lo hacía para intentar animarla. Chica sabía que también significaba que el muchacho tenía hambre. Aquellas dos bocas le

impedían permanecer en el otro lado de la tierra. El bebé en su vientre se unió a ellos, dando patadas que hicieron retumbar su estómago. Chica no tenía energías suficientes para ignorar las necesidades de todos los cuerpecillos que la rodeaban. Iba a resultar más sencillo levantarse.

Canijo hizo un gran fuego en la hoguera. Chica sabía que primero tenía que eliminar el peligro del mal del sol. Recorrió los límites del campamento y encontró un montón de tierra con hierba fresca creciendo encima. Cavó con una piedra plana hasta encontrar el hueso de un dedo. Una palada más y dio con el hueso de un brazo. Dada la forma del montículo de tierra y lo fácil que resultaba de remover, supo que su hermana había enterrado los cadáveres para alejarlos del sol.

Cavó a un lado e hizo un sitio para su hermana. Los huesos no fueron fáciles de llevar. Cada vez que cogía una parte del cadáver, se le caía otra. Le costó varios viajes trasladar todo el cuerpo a la tumba poco profunda. No dijo adiós a Gran Chica cuando echó tierra sobre sus huesos y sus últimos mechones de pelo rojo. Solo posó un dedo sobre la mandíbula de su hermana, dejando que la punta descansara en el hueco de los dientes que le faltaban.

A medida que oscurecía, el fuego se convirtió en una especie de compañía. La asociación del fuego con la sensación cálida que le había proporcionado a lo largo de los años tranquilizó a Chica. Contempló las llamas y se esforzó por ver en ellas las formas de la familia bailando y meneándose. Se las señaló a Canijo. Sabía que él no podía verlas, pero lo hizo de todos modos. El muchacho se sentó a su lado y Chica lo envolvió entre sus brazos, mientras Gato Montés se enroscaba al otro lado. Con esos tres cuerpos juntos, se podía imaginar que las sombras eran la familia bailando dentro del fuego. Al menos siempre tendrían calor y estarían seguros allí dentro.

Cuando echaba de menos a la familia, como le sucedería muchas veces a partir de entonces, se agachaba para avivar las llamas. El calor del fuego le recordaba el *calor* de la familia, que no solo era el de los cuerpos, sino el de tantos corazones conectados que latían, orejas que escuchaban y todos los pares de ojos que vigilaban las espaldas de los demás. Así era como un cuerpo se mantenía con vida. Tenía que encontrar otro modo de hacerlo. Pero en aquel momento solo podía contemplar las llamas y recordar. *Calor*.

22

Chica se colocó la lanza bajo el brazo. Esperó al bisonte en un vado del río junto al territorio de su hermana, donde el agua se extendía formando un remanso amplio y poco profundo. Las huellas de pezuñas estaban claramente marcadas desde el cruce de primavera. Aquí no había un paso estrecho ni paredes de roca que obligaran a las bestias a caminar en fila, así que no había modo de sacar partido a la forma del terreno.

En este tipo de vado, los cazadores debían guiar y arrinconar a las bestias. Era un modo peligroso de cazar y requería mucho más que dos cuerpos. Chica estaba convencida de que este era uno de los terrenos de caza de su hermana. Gran Chica debió de haber cazado bisontes el otoño pasado con su nueva familia. Seguir el mismo hábito le proporcionaba tranquilidad y un modo de seguir adelante. Tenía que conseguir carne como fuera para mantenerse durante el invierno. Hacía falta al menos un gran bisonte para alimentar a un adulto todo ese tiempo.

Chica observó. La caza consistía en esperar. Había husmeado y seguido con atención todos los rastros alrededor del campamento, pero solo le contaban una historia confusa. Había demasiadas huellas que se movían en círculos y no indicaban una dirección en particular. Resultaba difícil saber cuándo volverían los cuerpos que habían dejado esas marcas, si es que lo hacían. Mientras tanto, ella y Canijo seguían viviendo en el campamento de su hermana. Los rastros de cuerpos vivos, huellas, piedras chamuscadas, herramientas desgastadas por manos, actuaban de acicate. Aquella familia había estado en el lugar hacía muy poco, mientras que Chica sabía que en el territorio de Gran Madre ya no quedaba familia con vida. Si se llevaba a Canijo allí, el viaje les pasaría factura y no necesariamente les proporcionaría mejores oportunidades. Allí nadie iba a volver, mientras que aquí quizá

alguien lo hiciera. Sus instintos la mantenían centrada en esa posibilidad, igual que un rostro frío se vuelve hacia el sol.

Chica continuó con la educación de Canijo en aquella época del año y le enseñó a encontrar pequeñas piezas de carne y a recolectar cosas que no eran carne. Se lo llevó de paseo por el río y fue dando patadas a los troncos caídos que se encontraban en el camino. Tras unos cuantos intentos, escuchó el satisfactorio sonido de algo que correteaba y huía. En cuestión de segundos, estaba de rodillas con el tronco levantado. Agarró una rama larga que había por debajo, esperó un momento y luego tiró de ella. La rama estaba repleta de unos bichos negros y brillantes. La levantó para enseñársela a Canijo, que sonrió con satisfacción. Los bichos tenían unos platitos como caparazones de tortuga a la espalda. Sus antenas rozaban el palo y se chocaban unos con otros. Se llevó el palo a los labios y lo movió por su boca, usando la lengua para llevarse al gaznate los cuerpos negros. Al morderlos se produjo un crujido placentero, y luego masticó. Aunque sabían bien, también llevaban el amargo sabor de la vergüenza en cada bocado. Entre sus dientes, rompía los cuerpos de los animales carroñeros, y al hacerlo se convertía en una de ellos.

La mañana anterior, Chica y Canijo habían comido y luego se habían echado la siesta en un árbol. Cuando el sol se desplazó en el cielo la distancia de un dedo más o menos, Chica despertó a Canijo y de nuevo salieron a buscar alimento. A Chica se le daba bien. Aunque estaba en territorio desconocido, las habilidades que le había enseñado Gran Madre le resultaban de utilidad. Pero para alimentar de este modo sus cuerpos, sobre todo con su gran volumen y su tripa de embarazada, tenía que trabajar todo el tiempo que estaba despierta. De haber conseguido un buen pedazo de carne que llevarse a la boca, habría tenido más energía para construir un refugio más fuerte, fabricar lámparas para el invierno y terminar de completar su equipo de herramientas. Pero de aquella forma, caía agotada al finalizar cada día. La comida que encontraba tenía un alto coste comparado con la energía que le proporcionaba.

Por la noche, no soñaba con la familia para llenar los largos y silenciosos periodos de oscuridad entre sus cabezadas. En lugar del confort de la familia, sus pensamientos se dirigían a la carne. Quería hincar los dientes en el corazón latiente de un bisonte. Pondría su boca en una vena y se bebería la fuerza del animal. Pero igual que la alegría, la carne era para los fuertes. Ella

no estaba en la cúspide de los depredadores de esta tierra.

Y además, la estación se estaba volviendo en su contra. Los colores del otoño tiñeron los árboles y sus hojas cayeron al suelo, como una exhalación. El aire se tornó de un azul más oscuro que contrastaba con su piel. La tierra empezó a comprimirse bajo sus pies preparándose para las tormentas de invierno. Y esto le recordaba más aún a la carne de bisonte.

De modo que un día Chica se encontraba tras una roca en el vado del territorio de su hermana. Con Canijo a salvo en lo alto de la rama de un árbol con buenas vistas, esperó. Tuvo suerte. ¡Clac! Un sonido. ¿Dónde? Chica levantó el labio superior para captar el calor en el aire. Ladeó la cabeza a la derecha, estirando una oreja. A lo lejos vio el hocico de un bisonte asomando entre la maleza. Luego la bestia apareció y trotó por el vado despejado, donde el agua le llegaba hasta las rodillas en el punto más profundo. El barro estaba espeso y se tragaba sus pezuñas, pero el paso era sencillo. Había muchos puntos en la amplia franja de agua por los que un animal podía entrar y salir. Desde el vado, podía correr al galope hacia la vasta extensión de las llanuras, donde Chica no tendría oportunidad de alcanzarlo.

Chica sintió un ruido sordo en el suelo a lo lejos. El aire ondeó y las pezuñas tronaron. El familiar hedor a excremento de bisonte le llegó en una nube. Una manada de bestias corría hacia el vado. Era un grupo reducido — podía contar las bestias con sus dos manos—, pero de cualquier modo era una manada.

Un grupo de la comida con cuatro patas preferida de Chica avanzaba hacia ella, pero el problema era la velocidad. Una bestia de ese tamaño consume la gran cantidad de energía que necesita para correr solo cuando es necesario. Que muchos cuerpos huyan en desbandada solo podía significar una cosa. Algo, un depredador, los estaba persiguiendo. Las bestias empezaron a cruzar el río, y al poco Chica captó el olor: lobos.

—¡Arú! —gritó para que Canijo fuera consciente del peligro.

Los lobos solían merodear por los territorios donde no había familias. En la tierra de la familia de Chica había demasiadas pendientes y terrenos escarpados para los lobos. Aunque no tenía mucha experiencia con ellos, había heredado una aversión. A la familia le parecía que los lobos, *gargantacuervos*, eran demasiado ruidosos y ladraban mucho. Raramente se enfrentaban a la familia, pero perseguían bestias más pequeñas que a veces

ellos también cazaban. La familia no tenía mucho respeto por los lobos y suponía que cazaban en grupos tan grandes porque tenían unas mandíbulas flojas. Si lograban derribar presas más grandes, solo se debía a que usaban todos los dientes del grupo a la vez para ir rasgando y rompiendo la piel de una bestia. Los lobos no eran lo bastante fuertes como para conservar un territorio propio. En lugar de quedarse en un sitio y controlar un pedazo de tierra, siempre se encontraban incómodos y en constante movimiento. Desde su escondite, Chica pudo oler en el aliento de los lobos el persistente temor con el que vivían.

La nariz de Chica se arrugó cuando vio al líder de la manada correr disparado hacia el cruce. Era gris con un pelaje moteado y ojos que miraban desconfiados. Chica chasqueó la lengua, pero Gato Montés hacía tiempo que se había ido. Se había ocultado en el estrecho hueco de un árbol.

—¡Arú! —gritó.

El miedo a los lobos no habitaba en ella, pero debido a su gran barriga, sabía que lo más inteligente era no cruzarse en su camino. Se dirigió al árbol de vigilancia y Canijo trepó más arriba para hacerle sitio. Rápidamente Chica se unió a él y tuvo que esperar a que el muchacho llegara a las siguientes ramas. Sus movimientos eran lentos, y por un momento Chica se cuestionó la salud del muchacho. Pero esa preocupación pronto se vio remplazada por otra. Su orgullo tocó fondo al trepar al árbol. Los lobos eran animales más débiles, pero podían alzar la vista y sentirse satisfechos de haber hecho huir a una familia.

El verdadero insulto estaba por llegar. Los lobos no se preocuparon por Canijo y Chica. Aparentemente, no representaban ninguna amenaza. Los lobos solo tenían ojos para los bisontes. Corrían en círculos y les mordían el corvejón para que la pequeña manada formara un grupo apiñado. Condujeron a las bestias en grupo hacia las aguas del vado. Los lobos eran tan numerosos que podían guiar a la manada con facilidad y elegir las bestias más débiles. Algunos de los bisontes más lentos se quedaron rezagados y los lobos pronto aislaron a una hembra mayor. Tenía pelo gris alrededor del hocico y se movía como si tuviera la espalda rígida. Canijo dio un golpecito en el brazo de Chica y señaló hacia la vieja hembra de bisonte. Se tocó la nariz sabiendo lo que sucedería.

Doce mandíbulas mordedoras se pusieron a trabajar a la vez. Mordían las

patas de la vieja hembra de tres en tres para impedir que se uniera a su manada. Chica se podía imaginar a su familia haciendo lo mismo con un bisonte. Sabía que compartían algunos rasgos con los lobos. Había cierto respeto, a regañadientes, aunque esas bestias necesitaran doce cuerpos para hacer algo que la familia podía conseguir con menos.

A la hora de dar muerte a la presa, también había diferencias. Los lobos no tenían largas lanzas para que todo fuera más pacífico y rápido. Se dedicaban a arrancar y desgarrar trozos de carne del tamaño de una mano, mientras ladraban y aullaban en un frenesí que provocó que Chica se tapara los oídos con las manos. Aunque no se recreó en ello, pudo ver que la escena de muerte que tenía delante era lenta y retorcida, y que el bisonte bramaba de miedo y aflicción. A Chica le costaba mirar.

Cuando todo acabó, los lobos continuaron ladrando y aullando en su estruendosa manada. Se mordían unos a otros peleando por conseguir su turno con el cadáver. Era un modo atropellado de comer, pero conseguían su objetivo. Llegado el momento, los lobos se sintieron satisfechos y se retiraron a descansar bajo la sombra de los árboles y la maleza. Se quedarían cerca del cadáver para alimentarse de nuevo si hacía falta, pero un bisonte grande suponía demasiada carne para una manada de aquel tamaño. Los lobos no almacenaban comida. En vez de ello, se sentaron jadeantes e hicieron la digestión contemplando cómo las bestias más débiles se alimentaban. Chica conocía bien esa sensación. Antes ella hacía lo mismo.

Los cuervos graznaron expectantes en lo alto. Un buitre planeó y se posó cerca. Un pequeño coyote salió corriendo tras un matorral alejado. Uno a uno, todos fueron mirando furtivamente el cadáver, para ver si había llegado su turno.

Pasado un tiempo, con el rostro rojo de vergüenza, Chica se bajó del árbol. Indicó a Canijo que descendiera y que se encaramara a su espalda, pues no quería que las piernecillas del muchacho resultaran tentadoras para alguna mandíbula. Lentamente, caminaron hasta el animal muerto. Había muchos ojos a su alrededor y Chica podía sentir en su piel el calor de la mirada de los lobos. Mantuvo su labio alzado para captar cualquier cambio en los ritmos de los lobos, pero sus latidos se mantenían estables y comprendió que no se disponían a atacar.

Lentamente, posó a Canijo a su lado, dejando claro que el pequeño estaba

con ella y no era parte del cadáver. Sacó el diente de piedra de su cinturón y cortó un trozo de carne de bisonte que colgaba de las costillas. No era la carne grasienta del corazón o de la amplia zona carnosa de los cuartos traseros. Esas hacía tiempo que ya no estaban. Buscó las partes que tenían más grasa. Las criaturas que se encontraban más abajo en la escala se llevaban una porción más pobre, llena de ternilla. Chica cortó carne y partió hueso, llevándose todo lo que se atrevió. Usó el diente de piedra para llegar al centro del hueso y chupar el tuétano, como una hiena. Mientras lo hacía, mantuvo la cabeza agachada y la mirada en el suelo como muestra de respeto, y los lobos la dejaron en paz.

Cuando se marchó, los demás carnívoros solitarios se acercaron: la hiena rayada y los chacales. Después probaron suerte los perros mapache e incluso los tejones.

Con carne y dos grandes huesos en la mano, Chica volvió a cargar con Canijo a su espalda. Lentamente regresó al campamento. No había sensación de triunfo en aquella pequeña victoria. Asimiló su nueva posición en el orden de las cosas. En lugar de mirar al frente para localizar presas, sus ojos temerosos no paraban de vigilar su espalda. Todo había cambiado.

23

La mañana siguiente Chica abrió los ojos y echó un vistazo al trasero de Canijo, que dormía bocabajo con el trasero elevado sobre las piernas dobladas. El muchacho respiraba pesadamente y estaba acurrucado tan pegado a ella que no quiso levantarse. Se había despertado más tarde de lo habitual. Canijo le había suplicado carne de bisonte la noche anterior, pero Chica no quería comerla todavía. La había guardado durante unos días, tras curarla al fuego y esconderla en el hueco de un árbol. No creía que fueran a encontrar otro animal muerto pronto y necesitarían administrar la energía de aquella carne para reunir piezas más pequeñas, así como todas las raíces, bayas y frutos secos que pudieran. Para comer aquel día, había matado unas ardillas rojas a pedradas, como hacía Gran Madre. Las clavó en un palo para asarlas.

Chica apartó a Canijo y a continuación abandonó rodando la piel sobre la que habían dormido. Aquella mañana el ambiente era más frío y le entumeció la nariz. Tenía los labios secos, pues su cuerpo necesitaba grandes cantidades de agua para estar feliz. También le preocupaba su refugio. Asomó el cuerpo al exterior de la cabaña medio derruida y alzó la mirada al cielo. Una fina capa de nubes rasgadas se extendía sobre los árboles. Tenían la misma forma de la arena en el fondo de los vados del río. El tiempo estaba a punto de cambiar. Se acercaban las tormentas.

Emplearían los días en reducir el tamaño de la cabaña. De ese modo podría usar las pieles que habían traído para cubrirla mejor. Encendió el fuego y calentó agua antes de dar largos tragos. Llamó a Canijo para que se despertara y luego evaluó los palos que se habían usado en la construcción de la cabaña. Era un problema de calor. Si la reducía a un cuarto de su tamaño actual, dos cuerpos solos podrían estar calientes. Podía doblar el número de

capas de piel y meter en medio tanto aislante como fuera posible. Se acercó a dar un golpecito a Canijo para que se levantara y luego recogió un pequeño trozo de cuero que se habían dejado tirado en la cabaña. Tenía algo extraño. Tiró de un extremo, suponiendo que se partiría en dos, pero aunque estaba rasgado por el medio, algo lo mantenía unido.

Chica examinó aquella costura. Era como las fundas para los pies que llevaba su hermana. Dos piezas de piel unidas con una atadura que habían introducido a través de unos agujeros. Arrugó la nariz. Había algo repugnante en aquello. Se imaginó dos cuerpos de bisonte atados así. Se resistirían y lucharían por separarse. Era un cambio de estado; el animal tenía una forma que no poseía antes. Una vida atada a otra. Sintió que se le revolvía el estómago.

Al mismo tiempo, Chica pudo ver que aquella unión era práctica. Hacía que una piel pequeña resultara útil en una estructura más grande.

—¡Canijo!

Como nunca se le había dado bien controlar su volumen, le salió un grito para despertarlo; sabía que al muchacho le interesaría su descubrimiento. Pero Canijo no se levantó. Alzó con pereza la cabeza y no consiguió separar los párpados. Algo le pasaba.

Chica incorporó al muchacho. Su cuerpo parecía más pequeño incluso que el día anterior. Se acordó de su hermana y del mal del sol, y le entró el pánico. Se agachó y le olió el aliento. No tenía puntos rojos ni ampollas, ni el hedor de la enfermedad, al menos de momento. Comprobó su espalda, cuello y brazos. ¿Qué le pasaba? Lo sentó, posó una mano en cada hombro y lo miró a los ojos. El muchacho se humedeció los labios y se llevó una mano a la tripieta para indicar que tenía hambre.

¿Hambre? No tenía sentido. Ella sí que tenía hambre, pero porque su cuerpo era mucho más grande. Canijo había comido casi más que ella la víspera. Chica le dio agua y pensó en lo que habían ingerido. ¿Había algo peligroso que hubiera podido sentarle mal? Habían comido los dos lo mismo: insectos, setas, ardilla roja cocinada, aquel tejón de sabor amargo de hacía unos días. Solo se le ocurría que sus ojos nublados y su languidez fueran síntomas del mal de la grasa. Sus cuerpos dependían de las proteínas, pero las grasas también eran importantes.

Chica envolvió a Canijo en una piel para protegerlo del frío y lo sentó

junto al fuego mientras lo alimentaba y calentaba agua para beber. Sacó la pata de bisonte del escondite y la puso al fuego. Los ojos de Canijo se salieron de sus órbitas al verla. Chica cortó la carne cocinada y devolvió las tiras de pata a las llamas. Cuando el hueso estuvo bien caliente, dejó la pata sobre una piedra, le dio la vuelta y la golpeó en una punta con una piedra de cascar. La fuerza del impacto formó una grieta perfecta hasta la mitad de la pata. Chica repitió el golpe por el otro extremo y separó las dos mitades.

Las mejores reservas de grasa del animal se encontraban dentro del hueso. Aunque una bestia muriese de inanición tras agotar toda la grasa de su cuerpo, todavía conservaba el nutritivo tuétano en los huesos. Chica lo había visto con sus propios ojos en una época que no le gustaba recordar, pero era uno de los secretos de Gran Madre para mantenerlos con vida.

Chica sentó a Canijo en su regazo y lo abrazó mientras el muchacho comía. Fue sorbiendo el hueso y se llevó la grasa gelatinosa a los labios. Luego chupó tres veces cada pieza. Por el modo en que devoraba el tuétano, Chica comprobó que seguramente tendría el mal de la grasa. Por eso estaba lánguido y apático. Le sorprendió que se sintiera así porque ella estaba bien, pero entonces ella comió un poco e inmediatamente se sintió mejor. Sin embargo, aquello le hizo pensar que sus cuerpos usaban la comida que tomaban de un modo muy distinto.

Canijo dejó limpio el hueso con tanta rapidez que Chica le preparó otro. El pequeño lo sorbió y luego, con los ojos brillantes, le plantó un gran beso grasiento en la mejilla. Se envolvió en la piel y pronto se quedó dormido. Chica solo podía contemplar sus párpados temblorosos, su respiración pausada y las mejillas tan suaves como la panza de un pez. Canijo se acurrucó en la curva de su brazo. Sosteniendo el cálido cuerpo del muchacho, Chica no se atrevía a moverse. Usó los pies para lanzar un leño al fuego y se tumbó para dejar que el muchacho durmiera. Por un instante, con él en brazos, sintió que eran uno.

Cuando Canijo se despertó, fue como una erupción. Dejó de roncar y de repente se convirtió en un torbellino de vida. El mal de la grasa parecía curado. Saltaba, aullaba y corría alrededor del fuego. Se reía y quería jugar. Chica lo acompañó por un rato, pero luego miró al cielo. Se estaba cubriendo con nubes cada vez más oscuras.

Chica mandó a Canijo a buscar palos verdes que les ayudarían a reparar la

cabaña. Para llegar a un grupo de árboles que fueran del tamaño adecuado, tenía que alejarse bastante. Chica le pidió que gritara cada poco para saber cómo le iba. Eso le permitía a ella seguir trabajando, pues no quería perder el tiempo acompañándolo.

Pronto, Canijo regresó dando saltitos entre la maleza. «¡Ojo-águila!», exclamaba excitado, y pidió a Chica que lo acompañara hasta los árboles. Chica acababa de colocar el tronco que haría de columna dorsal de la cabaña y no quería dejar de trabajar. El muchacho insistió y tiró de ella entre la maleza hasta un claro con una roca grande, y desde allí hasta un árbol. Chica pensó que el muchacho había estado peor de lo que suponía, pues de repente parecía diez veces más fuerte que la víspera. La tenía agarrada con fuerza de la mano y no la soltaba.

Canijo tiró de ella hasta que llegaron frente a un árbol. A Chica le resultaba familiar. Un pino alto con la corteza descascarillada y una curva característica en su forma de crecer como consecuencia de temperaturas extremas cuando todavía era joven y dúctil. Chica saludó al árbol con la cabeza por respeto, pero no tenía claro qué veía Canijo en él. El muchacho posó los dedos en una marca que alguien había hecho en la corteza: dos cortes realizados en diagonal hacia abajo. Canijo los recorrió con dos dedos. Formaban un ángulo que apuntaba hacia un territorio en dirección opuesta al campamento. El muchacho señaló en la misma dirección.

—*Ojo-águila.*

Chica no sabía a qué se refería con esa palabra en aquel momento. Dirigió su mirada por la cuesta ondulante. Tras un largo paseo en esa dirección, se llegaba a las llanuras. Arrugó la nariz al recordar las historias que había oído de Gran Madre sobre aquel lugar. Las llanuras eran tierras secas y cubiertas de polvo. Allí, los cuerpos siempre tenían sed. No había vados, ni bisontes, ni pezuñas, ni el dulce olor a excrementos. La familia no iba allí porque no había árboles en los que estar seguros. ¿Cómo podía vivir un cuerpo sin ni siquiera unos árboles en los que refugiarse? En las llanuras, el cielo parecía tan grande que podía caerse y tragarse a un cuerpo. El sol podía azotar con libertad una cabeza o quemar la piel y hacer que brotaran ampollas en ella. Algunos pensaban que de ahí venía el mal del sol, del crudo sol de las llanuras. Resultaba casi imposible cazar en aquel terreno llano, con pocos árboles o barreras naturales que ayudaran a arrinconar a las bestias.

A Chica le entraron muchas ganas de beber un gran trago de agua después de mirar en aquella dirección.

—*Ojo-águila.*

—*Ne* —gruñó.

—*¡Ojo-águila!* —Canijo puso un dedo en las marcas.

—*Ne.*

Chica no sabía por qué estaban las marcas en el árbol, pero no las habían realizado las garras de un animal. Parecía como si un cuerpo hubiera estado probando un diente de piedra para ver si era lo suficientemente afilado. Pero era extraño que lo hubiera hecho sobre corteza viva. Aquello hacía daño al árbol, como al cortar piel. El árbol había sangrado savia que formaba burbujas en la herida. Para Chica era una especie de violencia sin sentido. ¿Por qué el cuerpo no había probado la herramienta en un tronco caído? La familia hería cuerpos todo el tiempo, pero solo para conseguir alimento o combustible. Aquello no parecía tener ninguno de esos propósitos.

Chica empleó los dedos para extender la resina sobre la herida y cortar la hemorragia. Canijo la detuvo, apartando su mano con un golpe rápido. Chica lo miró y le lanzó un gruñido desgarrador. La renovada energía del muchacho se estaba transformando en algo más agitado y complicado, como si un bicho le hubiera picado bajo la pelliza.

—*¡Ojo-águila!*

—*Ne.*

Su conversación no iba mucho más allá. Y Chica no veía la necesidad de seguir discutiendo. Las cosas en las que creía le habían sido transmitidas por las escasas generaciones de su familia mediante la experiencia, la atención compartida y las historias de sombras en las paredes de la cueva. Aquello en lo que creía le parecía tan esencial como la sangre que corría por sus venas. Su cultura se caracterizaba por la permanencia. Había pocos puntos de contacto entre las familias. Los cambios raramente tenían oportunidad de extenderse. No había otros modos de vivir. No se necesitaban nuevas palabras. La familia sabía cómo se hacían las cosas.

Pero esa solidez del pasado no servía para detener a Canijo. Parloteaba, agitaba los brazos y llenaba el aire con palabras hasta la extenuación. Chica pensó en intentar sacarle el tuétano del estómago, aunque no se lo planteó seriamente. Pero estaba claro que un Canijo apático y lánguido era más fácil

de manejar. Respiró hondo e intentó ser paciente con el muchacho. Deseaba tener una hermana o un hermano al que poder pasarle a aquel niño problemático.

Al final terminó por taparse las orejas con las manos. No fue suficiente para dejar de oír a Canijo; con tanto parloteo, no solo le dolía la cabeza. Solo de pensar en la fatiga de pronunciar todas esas palabras innecesarias se le irritaba la garganta. Se apartó de Canijo y regresó a lo que quedaba de la cabaña. Mientras tanto, las nubes se volvieron cada vez más oscuras. Chica podía sentir su presión, haciendo que el aire resultara más pesado sobre su espalda. No faltaba mucho, dos soles a lo sumo, para que llegaran las primeras tormentas invernales de la temporada. No había nada más importante que un refugio para mantenerlos con vida.

—*¡Ojo-águila!*

El muchacho la seguía y gritaba, no solo esa palabra, también un chorro de ruidos, chasquidos y gorjeos. Eran demasiadas palabras para los oídos de Chica. El sonido rozaba el ansia en su estómago y el peso del bebé que llevaba dentro. Frunció el ceño y siguió caminando.

—*¡Gargantacuervo!* —rugió.

Chica se dirigió a la cabaña medio derruida sin volver la vista. Canijo la seguiría, como siempre hacían los niños. Gato Montés también lo haría. Los dos sabían de dónde procedía la carne que comían. Era el tipo de lealtad que Chica conocía. Se apoyó en la cabaña por un momento y observó los cúmulos de nubes en lo alto. Ese lado de la montaña era más seco que el otro, porque las nubes se amontonaban por encima de la cumbre antes de descender por la pendiente. Eso significaba que no podría ver a qué velocidad se acercaba la tormenta hacia ellos, pero podía sentirlo.

Gato Montés se presentó para resguardarse bajo las ramas de la cabaña y se sentó debajo la nueva espina dorsal —más pequeña— que Chica acababa de levantar. Como solo había dos cuerpos y todavía tenían que reunir comida, le costaría varios días terminar el refugio. El gato se restregó contra la espalda de Chica, que cogió un trocito de ardilla seca y se la ofreció. Sacó otro de su bolsa y extendió el brazo. La carne permaneció suspendida en el aire, esperando. Chica suponía que la cara redondeada de Canijo aparecería pronto junto a la cabaña.

—*Ojo-águila* —dijo Chica. El esfuerzo de pronunciar la palabra era una

concesión al muchacho, una oferta de paz. No hubo respuesta.

Chica avanzó a cuatro patas y se asomó a mirar. El campamento estaba vacío. Se puso en pie. Olió el aire. Incluso gritó. El niño se había ido.

NACIMIENTO

Desenterrar una columna vertebral es una tarea ardua. Trabajaba con uno de mis cepillos más pequeños y me parecía estar quitando la tierra grano a grano. Las vértebras tienen muchas cavidades y curvas; las de ella eran grandes y fuertes. Dejé la cantidad justa de tierra para no alterar la posición en la que la habíamos encontrado, sin que ello nos impidiera ver todo el hueso posible.

A la tarde siguiente, ya estaba trabajando en la vértebra C7. Había marcado el cuadrado donde se encontraba hacía tiempo, delimitándolo con estacas unidas por hilo, y se correspondía exactamente con el plano maestro que había realizado Andy. Siempre señalaba lo que veía antes de empezar a pasar el cepillo. Usaba una escala especialmente grande, nueve cuadrículas de papel por cada metro marcado. Sacaba fotos de cada ángulo mientras cepillaba, para archivar cada detalle. Anais y Andy retiraban la tierra que yo extraía y la filtraban en un tamiz para asegurarse de que nada se me había pasado por alto. La calma se había instalado en el sitio de excavación. Por suerte, mi bebé parecía disfrutar también del silencio. La ecografía había revelado que era un niño. Se encontraba a gusto en mi vientre, sin dar señales de querer salir. Sabía que muchas veces el primer bebé se retrasaba, así que me dedicaba a aprovechar cada instante como si fuera un tiempo de descuento.

—¡Andy!

Apareció por el plástico.

—¿Cómo está el pequeño?

—¿Cuál de ellos?

—Tu neandertal —se rio.

—¿Me ayudas a levantarme?

Tenía todas las articulaciones débiles e inestables. Mi cuerpo se estaba preparando para el reto de sacar a empujones a un bebé con un gran cráneo.

Andy me ofreció la mano. Habíamos desarrollado una técnica para auparme del suelo: él se ponía en cuclillas a mi lado y me envolvía pasando sus brazos por debajo de los míos mientras abrazaba mi tripa, y luego nos incorporábamos juntos. Caitlin entró justo cuando estábamos en mitad de la operación.

—Está claro que la evolución es más un arreglo que una obra de ingeniería —comentó, mirándonos con un gesto burlón.

—Ojalá Rose fuera un gibón —suspiró Andy.

—¡Ciertamente! —dijo Caitlin. Andy era el único que se atrevía a bromear con ella, pero Caitlin se tomaba en serio muchas de sus chanzas—. Al tener la cabeza más pequeña y el canal más ancho, a los gibones el parto les resulta mucho más sencillo.

—Sí —convino Andy con gesto serio—. Pero si Rose fuera un gibón, ¿no se dedicaría a extender sus excrementos por todas partes?

Andy dio un último tirón para levantarme. En cuanto estuve en pie, oí un crujido. El sonido fue aterrador, como si me hubiera roto un hueso. Me encontraba fuera de la zona delimitada por las estacas, pero lo primero que pensé es que había pisado y roto un trozo de mi neandertal.

—¿Qué ha sido eso? —chillé.

—Mi espalda —gimió Andy.

Me volví y lo vi encogido, respirando con dificultad.

—¿Te la he partido?

—Se me ha dislocado.

Caitlin ayudó a Andy a tumbarse en el suelo. Más tarde me enteré de que tenía una vieja lesión que se había agravado, pero yo tenía la sensación de ser la culpable de su lesión. Caitlin apartó el plástico para decir:

—Michael, llama a una ambulancia, por favor.

Todo el mundo tenía asumido que me encontraba a punto de dar a luz, así que se quedaron de piedra al ver que era Andy quien salía de la cueva en camilla. Los paramédicos trajeron una con ruedas. De camino al

aparcamiento, bajaban las ruedas en los tramos llanos y las recogían para aupar la camilla sobre raíces y piedras. Pusieron una inyección a Andy para ayudarlo a sobrellevar el dolor, pero todavía se veía la agonía en su rostro.

Cuando lo metieron en la ambulancia, me apretujé en el interior y tomé su mano con cariño. Una vez más, rompí a llorar, aunque en esa ocasión no me importaba que me vieran.

—¿Rose?

—Andy.

—Vete a casa —dijo—, y dile a Simon que le deseo mucha suerte.

—Va a ser un gran padre, estoy segura.

—No con el bebé —Andy torció el gesto de dolor—. Me refiero a ti.

Salí de la ambulancia y Caitlin se montó para acompañarlo al hospital. Contemplé cómo se alejaban.

Sin Andy no podía seguir trabajando. Nadie iba a estar tan loco como para bajarme y subirme sin una grúa. O, al menos, nadie se ofreció. Solo podía preocuparme por Andy y merodear alrededor de los demás. Todos terminaron calmándose y regresando a sus tareas. Nadie tocó a mi neandertal, trabajaban en las piezas que la rodeaban. Dos estudiantes limpiaban y guardaban los descubrimientos que habíamos desenterrado. Anais catalogaba el número de etiqueta, medidas y descripción de cada pieza con perfecta precisión. Intenté pillarla en algún error en un par de ocasiones, pero parecía haber nacido para aquel trabajo. Probé a ayudar con la comida y solo conseguí quemarme la muñeca con una sartén. Pasadas unas horas, comprendí que debía irme. Andy lo había dicho: vete a casa.

Anuncié mi partida despidiéndome con la mano. Anais comenzó a preparar un calendario, pero le pedí que lo dejara. Me apetecía estar sola y descansar un poco. Simon vendría el fin de semana, cuando terminase su curso. El hospital estaba cerca del apartamento. No iba a pasar nada. Nadie dijo mucho más que un rápido adiós. Se figuraban que no iba a ser capaz de aguantar mucho lejos de allí y que probablemente volvería a aparecer en un par de días. Conduje hasta el apartamento en Vallon-Pont-d'Arc y dejé el cinturón de trabajo y las llaves en las estanterías de Ikea, que nos había traído y montado un transportista muy caro. Me senté en el sofá cama y parpadeé.

Estábamos a martes y le había prometido a Simon que el bebé nacería en fin de semana. Me empecé a preguntar qué iba a hacer con mi tiempo libre,

algo que no estaba acostumbrada a tener. Había rechazado un curso de preparación al parto porque no había nada que no pudiera aprender de un libro. Quizá al día siguiente podría ayudar a Anais con la catalogación. Me vendría bien ponerme con todo aquel meollo. También quería ver qué tal estaba Andy. Pero de pronto me sentí agotada.

Posé las manos en mi tripa justo cuando el bebé daba una patada. Había visto a bastantes hijos de mis amigas como para saber que aunque les costaba un tiempo ser capaces de expresarse, ya salían con la personalidad bien formada. ¿Quién era este bebé? No lo conocía, aunque evidentemente yo era responsable en un cincuenta por ciento de su existencia. Me comí un helado y decidí que a continuación solo había un paso lógico: me eché una siesta.

Las primeras contracciones me despertaron con un sobresalto. Aturdida por el sueño, mi mente elaboró una complicada explicación. Estaba segura de que había pasado tanto tiempo dormida que se habían formado nubes de tormenta. Un rayo debía de haber caído en el olivo de la calle, la descarga eléctrica había llegado hasta las patas del sofá cama y había envuelto mi barriga. Me levanté y palpé torpemente a mi alrededor. El sofá estaba mojado. ¿Se me habría caído el vaso de agua? Me costó un minuto darme cuenta de que había roto aguas y que goteaba hasta los pies. Me sentía como si estuviera en una especie de comedia, pero entonces imaginé el destrozo que podría haber causado si esto hubiera sucedido en la excavación. ¿Por qué nadie me había advertido de la cantidad de agua que salía? Me alegré de estar cerca de un cuarto de baño.

Una nueva contracción me pilló por sorpresa. Me llevé la mano a la tripa, casi riéndome del dolor. Era como si mi cuerpo hubiera empezado un viaje sin mí. A mi mente le costó un rato seguir el ritmo. Limpié el suelo, me cambié y comprendí que tenía que llamar a Simon.

Contestó la llamada rápidamente.

—Las contracciones han empezado.

—¡Mierda! —sonaba asustado.

—Lo sé, es pronto. ¿Se supone que el primer parto se retrasa un poco!

—¿Lo dices porque el bebé no está respetando tu calendario laboral? —No supe discernir si lo decía en broma o en serio—. ¿Por qué te haré caso?

—¿Alguien puede sustituirte en la clase de mañana? —le pregunté, de regreso a la realidad.

—¡Argh!

—Al menos los primeros bebés tardan en salir. Esperaremos a que llegues.

—¡Ay! —Simon soltó el teléfono. Pude oír como revolvía cosas mientras soltaba juramentos, y luego se escuchó un portazo.

—¿Simon?

Supuse que ya estaría de camino.

Sabía que dar a luz podía ser traumático, pero al sentarme en el sofá cama y sentir las contracciones retorciendo y estirando mis músculos, solo sentí calma. Con mi mochila preparada de antemano, recorrí la calle adoquinada hasta el pequeño hospital del pueblo, pensando que el ejercicio me ayudaría a relajarme y a mantener la respiración regular. Atravesé la puerta.

—*Je vais avoir un bébé* —le dije a la enfermera de la recepción.

—*Comment vous sentez-vous?*

—*Bien* —dije—, estoy bien.

Y lo estaba.

La enfermera me instaló en una habitación. Hubo una conversación sobre a quién debería llamar. Ya le había hecho bastante daño a Andy, y aunque sabía que se encontraba en un ala distinta del hospital, era consciente de que debía dejarle descansar, así que les aseguré que Simon estaba en camino. No les dije que venía desde Inglaterra, pero a ellos tampoco se les ocurrió preguntar.

Me tumbé en una cama con un camisón que picaba y el penetrante olor a antiséptico a mi alrededor. Comprendí el significado de la expresión «olas de dolor». Cada contracción era como una inmersión. Si podía acompañarla e intentaba relajarme, sabía que podría emerger al otro lado. Ajusté la altura de la cama con el mando a distancia. Hubo un sonido extraño, como si una burbuja hubiera reventando en mi apaciguado estado de ánimo. No estaba segura de la procedencia del ruido, pero la siguiente contracción fue como si me atornillaran el ombligo, apretándome con una fuerza que jamás había sentido. Quería que las contracciones se detuvieran solo por un momento, pero no paraban de repetirse. Se me nubló la mente con las ideas más oscuras. Intenté buscar algo de luz.

Entre una y otra contracción, me fui dando ánimos. Una enfermera vino a ver cómo me iba. No quise epidural. Me masajé la espalda. Era consciente

de que anticipar el dolor solo lo empeora, así que seguí intentando mantener la cabeza despejada. Entonces llegó la siguiente contracción y fue como si dos grandes manos abarcaran mi cuerpo a lo largo y lo estrujaran.

El médico vino a verme y dijo algo, pero la única palabra que pude descifrar fue *rapide*.

El parto avanzó hasta que tuve la sensación de estar rozando el borde de la muerte. En cierto momento, aquel bebé cambió el modo en que yo concebía mi cuerpo. Ya no me preocupaba el dolor, que me desgarraran por dentro o la muerte. Solo quería que mi bebé saliera de mi cuerpo. Me daba igual cómo. No sería capaz de definir eso como amor. Era muy distinto a lo que había sentido hasta entonces por mi madre o por Simon. Era desesperación.

Me pegaron a la tripa un monitor del corazón fetal y pude escuchar sus latidos regulares. Empecé a imaginar que era una bomba. Para entonces, no me hubiera importado explotar si con eso sacaba al bebé. Antes de aquel momento, pensaba que el miedo era solo una sensación que protegía mi cuerpo del dolor. A medida que aumentaban las contracciones, la muerte se convirtió en algo más que una posibilidad. Era una realidad posible. Las probabilidades estadísticas de que sobreviviese al parto no significaban nada para mí. Conocí un terror muy profundo que abría su enorme boca para devorarme.

Pero llegado cierto punto, también dejé eso atrás. Tras una contracción especialmente fuerte, mi perspectiva cambió. El miedo ya no seguía enraizado en mi cuerpo; no me asustaba la muerte. En su lugar, me deslizaba cada vez más hacia ella. Quizá, al igual que todas esas mujeres que habían dado a luz antes que yo, le daba la bienvenida.

Hubo un momento de pánico en el quirófano. Probablemente fue en respuesta a los sonidos del monitor cardiaco, que pitaba más lentamente. Un corro de personas con uniformes de médico rodeó mi cama. De pronto, el monitor crepitó y se quedó en silencio. ¿Se habían detenido los latidos, o es que el monitor había perdido la señal? No lo sabía, pero una enfermera señaló la pantalla.

Giré la cabeza para mirar, con los ojos desorbitados, buscando un parpadeo que diera señal de vida. Estaban sucediendo muchas cosas, pero solo me daba cuenta de unas pocas. Una enfermera entró corriendo con un

aparato que tenía un tubo en un extremo y un cable colgando del otro y que me recordó al viejo aspirador de mi abuela. El médico corrió a mi lado, me arrancó el monitor y puso la cabeza delante de mi cara. Nos miramos, con la respiración acelerada y los ojos muy abiertos, sin parpadear. El hombre comprobó que yo estaba alerta. Sabía que hablaba suficiente francés como para entenderle, pero creo que no le importaba. En aquel momento, teníamos una línea de comunicación directa.

Se dio unos golpes en el pecho.

—*Le coeur a cessé de battre.*

«El corazón ha dejado de latir.»

Asentí. El corazón, el corazón.

—*Vous avez un essai.*

Un intento. Un empujón.

Sabía exactamente lo que estaba pasando. Las palabras del médico encajaban con lo que yo sentía, con la oscuridad que me estaba invadiendo. El corazón de mi bebé se había ralentizado o parado. En un niño tan pequeño, unos segundos son suficientes para que se produzcan daños cerebrales. Miré al círculo de caras que me rodeaba. Una enfermera sostenía un tubo con una copa encima, y otra tenía las manos sobre mi tripa, preparada para empujar desde fuera.

—*Dites-moi* —dijo el médico—. Cuando la contracción venga, dígamelo y empuje.

Venía una nueva contracción. Asentí con la cabeza para que todos los que me rodeaban supieran que estaba en camino. Captaron el gesto y se prepararon. Un personal bien formado, un hospital bien equipado, todas las ventajas modernas del mundo, pero todavía se quedaban cortas para lo que yo sentía en el interior de mi cuerpo.

Se hizo el silencio mientras esperábamos. No había pitidos en el monitor. Ni llanto. Ni gemidos. Había dejado atrás mi temor a la muerte. Me daba igual que me llevase o no. Fui más valiente que nunca.

La contracción se hizo más fuerte. Una enfermera me habló al oído en un inglés con marcado acento:

—Cierre los ojos, manos bajo las rodillas, haga fuerza desde el pecho hacia abajo.

Dos pares de manos empujaron desde lo alto de mi barriga. Pude oír que había un tubo y una succión de por medio. Me encogí, apreté los dientes y empujé.

Oí un fuerte rugido; naranja y rojo mezclado con luces cegadoras. Los colores sangraban ante mis ojos. Empujé, sentí que el bebé se movía y seguí adelante, sintiendo los músculos y superando cualquier nivel de fuerza física que hubiera alcanzado en el pasado. Rugí y chillé y no cejé; el tiempo no se movía de un modo lineal. Entró en escena cada cuerpo que había existido antes que el mío, cada cambio en la estructura de nuestra especie a lo largo de milenios, cada movimiento en los músculos de mis ancestros. Empujé y empujé a lo largo de más años de los que imaginaba que existían.

Mi bebé salió con un rostro brillante como una luna azul. Tenía el cordón umbilical enroscado alrededor del cuello. El médico se lo desenroscó una vez y luego otra.

Más silencio y una larga pausa, un instante tan eterno como en cualquier parto, seguido de un llanto y aplausos del personal. Una ola de alivio inundó el quirófano. La enfermera de mi izquierda se agachó y me dio un beso en la mejilla. El médico cogió a mi bebé, que daba pataditas y sacudía los brazos. Lo posó en mi pecho y me eché a llorar. No era alegría. Solo gratitud porque todo hubiera acabado.

Me cosieron en sitios que no había sido consciente de que se hubieran desgarrado. Nos sacaron sobre ruedas, primero a mi bebé, en una cuna, y luego a mí, en camilla. Se lo llevaron en otra dirección. Quise preguntar adónde lo llevaban, pero no me salían las palabras. La adrenalina espesaba la sangre en mis venas. Me temblaban las manos y las miré, caídas sobre mi regazo como unas zarpas nerviosas. Los colores del hospital eran intensos, el rojo brillante de un extintor, el amarillo de una línea en el suelo y, cuando llegamos a mi habitación, los violentos remolinos verdes de la cortina que rodeaba mi cama. Me pasaron al colchón. Gemí. Una mano me ofreció zumo de naranja y unas galletitas. Otra mano me dio unas palmaditas en la espalda y me acarició el pelo. Pude oír el goteo de un grifo lejano.

Me trajeron a mi bebé y lo dejaron en mis brazos. Conseguí dejar de temblar lo justo para sujetarlo. Habíamos hecho un cuerpo perfecto, con un cerebro y un complejo sistema nervioso, un pene chiquitín, encías blandas y una boquita llorona. Solo podía sentirme maravillada. Simon y yo lo

habíamos hecho, pero mi cuerpo se había encargado de la construcción. ¿Y cómo? No con mi mente consciente. Antes de aquel momento, creía que sabía muchas cosas sobre el funcionamiento de la vida. Al mirarlo, comprendí que no sabía nada.

Una especialista en lactancia vino a ayudarme a dar el pecho. Para ser una cosa pequeña de aspecto blandito, mi bebé tenía unas encías que parecían cuchillas. Se enganchó con tanta fuerza a mi pezón que di un respingo de dolor. La especialista chascó la lengua y adoptó un gesto reprobador.

—*Pardonnez-moi* —dije—. *Ça fait mal.*

«Disculpe, eso duele».

La mujer frunció el ceño a modo de respuesta. Francia es famosa por su asistencia sanitaria de primer nivel, pero la mujer no tenía tiempo para ofrecer un trato agradable. Me agarró el brazo para que sujetara mejor al bebé, luego empujó mi espalda para inclinarla en el ángulo correcto. Me habían dicho que Francia tenía unas tasas de lactancia menores que en otros países occidentales y ahora comprendí el motivo. La mujer empujaba, acuciaba y comentaba. Resultaba evidente que yo no lo estaba haciendo bien. Mis pezones no eran del tipo que le gustaba. Unos pechos más grandes serían mejores. Quizá debería intentarlo sentada en una silla.

Con tantas instrucciones, me sentía como una niña, de esas que son malas alumnas. Agotada y dolorida, todavía tintineaba en mí el olor a muerte que se había pegado a mi piel. Me puse a llorar y ni siquiera intenté disimular las lágrimas. La enfermera me quitó el bebé. Como si estuviera haciéndome un favor, me informó de que me dejaba un momento para recobrarme. Se dio la vuelta y meció al pequeño, susurrándole palabras relajantes en su orejita.

Mi primer instinto fue levantarme de un salto y arrebatarse a mi bebé. ¡Es mío! ¿Acaso no había visto lo que yo acababa de hacer ahí dentro? Yo había creado esa vida y además la había salvado de la muerte. *Dame a mi maldito bebé y una capa, y voy a salir volando de aquí como la heroína que soy.*

Pero no dije nada. En vez de eso, me senté y sollocé, con mi camisón de hospital manchado de sangre, sobre una cama articulada rodeada por unas cortinas espantosas. Me habían dado galletitas y zumo de naranja y me trataban como si estuviese enferma. Sabía que lo mejor era no abrir la boca y no decirles que yo era una heroína. Sabía que sonaría como si me hubiera vuelto loca.

24

Canijo no volvía. Chica esperó pacientemente, sin preocuparse demasiado, pero el muchacho seguía sin regresar. Supuso que estaba jugando y que el pequeño se habría escondido. Mirando detrás de cada roca y cada árbol, imitó el ruido de un bisonte en los bosques. Pero no escuchó la risa del muchacho. Ni sus gritos. No apareció de un salto chillando *¡buh!* con toda la fuerza de sus pulmones. Chica avivó las llamas de la hoguera por si Canijo se había perdido. Quemó unas ramas frescas y abanicó el humo negruzco que ascendió al cielo en forma de señal. Si Canijo lo veía, dejaría de dar vueltas y regresaría hasta ella. Chica gritó, chilló y trepó a un árbol para atisbar lo más lejos que le permitían sus ojos. A última hora de la tarde comenzó a seguir la pista de todos los pasos que había dado el muchacho aquel día. Canijo solía caminar en círculos frenéticos, y sus huellas se mezclaban con los restos de actividad pasada en el campamento. Cada marca que encontraba era una pérdida más para Chica.

Al anoecer llegó a un punto alejado del árbol de las marcas, desde el que debió de partir el muchacho. Había atravesado la roca que se alzaba sobre el territorio como una joroba y luego estuvo saltando de piedra en piedra. Chica encontraba las huellas de sus pies y luego las perdía. No era el rastro de un niño que se hubiera escapado, guiado por la serpenteante curiosidad asociada al primer contacto con la libertad. En ocasiones habían nacido en la familia niños que se movían así. Los llamaban «exploradores», pues salían corriendo en cualquier dirección guiados por su capricho. Por lo general, encontraban un final prematuro, como le sucedió a uno de sus hermanos. El muchacho, el más joven después de Canijo, cayó en las garras de un león antes de que los demás se dieran cuenta de que se había escapado. Del mismo modo, en el punto de reunión el río se había tragado a una chica joven que

pertenecía a otra familia. A veces, sin embargo, un explorador encontraba algo nuevo, una herramienta perdida o un cuenco que había sido enterrado y olvidado, y el niño lo traía lleno de orgullo. Pero Canijo no era un explorador, en absoluto. Era la primera vez que se escapaba. Chica creía que el muchacho era lo bastante mayor como para saber que no le convenía hacerlo. Lo que le sorprendía al seguir su rastro era la velocidad y la distancia que había recorrido. Viajaba en línea recta y con un propósito. Chica, sin embargo, se veía obligada a parar con frecuencia para masajear sus pies hinchados.

Cuando más descendía por la ladera, más se sofocaban sus pulmones con el aire seco. Este era el lado de la montaña opuesto a la carrera de peces. La familia no se acercaba a esta zona porque era demasiado seca en verano y de frío intenso en invierno. Había pocos árboles para protegerse del viento y la nieve caía en gruesos copos sin nada que la detuviera.

No tardó en estar todo oscuro, y la débil luna no ofrecía más que su escasa luz. Chica se imaginaba que en cada rincón había extraños ojos brillantes y lenguas relamiéndose al ver su tripa redonda y sus pechos hinchados. A pesar de la oscuridad y de lo agreste del terreno, Canijo no se había parado. En su estado actual, Chica no iba a poder darle alcance.

Pero eso no evitó que Chica continuara siguiendo la pista del muchacho. La necesidad de seguirlo era más fuerte que cualquier otra que hubiera sentido antes. Era ella quien se ocupaba de protegerlo. Pensar que él se encontraba ahí fuera, solo en la oscuridad, le traía el mismo temor que cuando aquella serpiente se deslizó por la espalda del muchacho, cuando el oso alzó su gran cabeza ante él, o cuando le costó darse cuenta de que tenía el mal de la grasa. Estos recuerdos enturbiaban sus ojos y le dificultaban la visión. Pero cuando los colores del sol de la mañana rompieron en el cielo, tuvo que parar. Oteó y oteó, pero había perdido la pista. Sin huellas que seguir, resultaba imposible avanzar. Podría incluso estar alejándose más de él. ¿Y si Canijo había regresado al campamento y estaba sentado solo junto a la hoguera, preguntándose dónde se había metido Chica?

El camino de regreso al campamento fue duro y lento, y entretanto el frente de la tormenta hizo su aparición. La nieve comenzó a caer en grandes copos. Imaginar a Canijo ahí fuera con aquel frío hacía que Chica se sintiera como si una bola de resina negra se le hubiera formado en el pecho, sobre todo cuando comprobó que el muchacho no había regresado al campamento.

Solo la recibieron las nubes, ahora tan grises y bajas que casi rozaban el suelo. Con la cabaña sin terminar, necesitaba un refugio más seguro. Faltaba la parte fundamental y necesaria para sobrevivir a una tormenta, una piel de gran tamaño para cubrir el techo. Solo tenía la piel fina de verano que había traído de los terrenos de pesca. Con el labio superior levantado, captó la fuerte presión del aire en sus encías. La tormenta estallaría al final del día y sería muy virulenta. Para entonces solo había una primera capa de nieve en el suelo, y no era suficiente para hacerse una cueva de nieve. Encontró un árbol que había crecido sobre la pendiente. Bajo las raíces se había formado un cubil natural. Era el tipo de lugar que aprovecharía un oso para excavar su madriguera. Encontró una piedra plana del tamaño de sus dos palmas y comenzó a cavar la tierra.

No le llevó mucho tiempo hacer un hoyo lo bastante grande para meter su cuerpo, incluida su enorme barriga, el de Canijo y el de Gato Montés. Trabajó duro y rápido con la esperanza de que el muchacho se presentara a tiempo para refugiarse de la tormenta. Chica sacó de un bolsillo una lámpara de grasa y a continuación cavó otro hoyo que le serviría como almacén para la comida y el agua. Forró el suelo de la madriguera con pieles y cueros para que Canijo estuviera cómodo. Colocó piedras planas en el acceso para marcar la entrada y empleó un trozo de piel de la cabaña de Gran Chica para tapanla y que hiciera de puerta.

A lo largo del día, mientras trabajaba, iba haciendo paradas para buscar a Canijo con la mirada, a veces trepando a un árbol para otear algún cambio desde las ramas. Había una manada de bestias a lo lejos, en las llanuras. Sus vibraciones llegaban con fuerza a través de los árboles, pero no le sorprendió, dada la época del año. Los ciervos y los caribúes que deambulaban por las llanuras emigraban cuando se terminaban los pastos e iban en busca de la protección de los bosques más bajos para pasar el invierno. Sin pasos estrechos como los que había en el territorio de la familia, Chica no tenía modo de poder cazarlos ella sola.

Cuando concluyó la madriguera, se sentó en ella a esperar. Canijo no apareció, pero la tormenta sí, y era muy fuerte. Chica salió un par de veces para ver si había alguna señal del muchacho entre la nieve. Los vientos golpeaban como látigos y el hielo azotaba su cara, pero no apareció ningún rastro por la cuesta. La niebla cayó y la nieve estaba cuajando en el suelo

cuando finalmente regresó al refugio sin Canijo. Gato Montés entró corriendo y Chica colocó dos capas de cuero sobre la pequeña entrada.

La madriguera era lo bastante alta como para levantarse y estirarse, pero la mayor parte del tiempo lo pasó de costado. Su esperanza era que la tormenta se detuviera y que se produjera un segundo deshielo. A veces sucedía, y la familia tenía más tiempo de seguir cavando para el invierno.

Pero de momento el primer viento frío soplaba con fuerza y crudeza. Chica se abrazó a Gato Montés buscando calor. Al adormecerse, su mente le trajo recuerdos del sueño de invierno y la familia. Recordó estar en la pila de cuerpos, una pierna apoyada sobre su cadera, un brazo por encima de su muslo, el cálido aliento de otro cuerpo en la piel de su cuello. Recordó la sensación de estar conectada a corazones que latían, oídos que escuchaban y ojos que veían. Aquello era lo que conservaba el calor de su sangre. Por eso su cuerpo había aguantado con vida. Pero ya no lo tenía. *Calor.*

25

El invierno le recordaba a Chica a una manada de lobos aullando. Cuando se asomó al exterior de la madriguera, la tierra se había transformado en algo nuevo. Estaba cubierta de blanco y gruñía. Exceptuando la nieve y el viento, nada se movía allí fuera. Durante una tormenta tan violenta como aquella, todas las bestias se refugiaban. Se acurrucaban en sus madrigueras y nidos, en un intento por conservar su grasa. Era necesaria para mantener el calor del cuerpo y que el corazón siguiera latiendo. Cualquier bestia que se atreviese a salir a caminar no tardaría en agotar toda su grasa corporal. Para Chica, salir de la madriguera significaría hundirse hasta la cadera en el suave polvo blanco. Intentar moverse supondría un gasto de grasa que probablemente no podría reponer.

Cuando Chica estaba con la familia, a veces las tormentas eran bien recibidas. Una podía enroscarse junto a los demás y descansar. Todas las bestias que compartían el valle hacían lo mismo. Los tejones estaban en el fondo de sus madrigueras. Las ardillas rojas se metían en sus agujeros de los árboles. Los osos encontraban buenos cubiles muy parecidos al que tenía Chica. Los leopardos y leones de las cavernas también permanecían agazapados. Era un momento de tranquilidad. Un momento de tregua.

De vez en cuando, Chica se asomaba para buscar a Canijo, pero sabía que el muchacho no andaba por allí. El tiempo pasaba volando y las tormentas se fueron sucediendo, una tras otra; mantenían a todas las bestias ocultas. Canijo no podría moverse con tanta nieve. Incluso su esperanza de volver a verlo había menguado, y le alarmaba descubrir que había momentos en los que no sentía nada. Ni siquiera la parte blanda de la garra de Gato Montés en su mejilla, ni el peso del gato posado en su cadera, ni el frío en la piel de su mano cuando apartaba la puerta para observar el territorio. Su cuerpo se

estaba entumeciendo y eso significaba que se estaba volviendo indiferente a cómo pudiese terminar su existencia.

Los días y las noches se volvían borrosos en aquel tiempo oscuro y lento del sueño de invierno, pero no podía permitirse caer en un estado de total languidez. El bebé que llevaba dentro no paraba de despertarla con sus patadas. Se sentía más cansada cada día que pasaba. Cuando se levantaba para hacer sus deposiciones, la nieve y el aire frío se colaban en el interior de la madriguera. Tenía que encender la lámpara de grasa para ayudar a su cuerpo a secarse y volver a calentar el ambiente. Se dio cuenta de que recurría constantemente a sus reservas de carne seca.

Chica había perdido la noción del tiempo, pero le parecía que llevaba esperando desde siempre cuando la primera descarga de dolor le desgarró el costado. Al principio pensó que era debido a un temblor de la montaña, que quizá estaba despertando tras muchos años de sueño profundo. Abrió los ojos y esperó a sentir el estruendo en el suelo y a oler el humo que brotaría en columnas desde la tierra. Mucho antes de que ella naciera, el sol había enterrado su fuerza en lo más profundo de la montaña. Cuando la montaña despertaba, se sacudía para volver a moverse. Esto era una erupción, algo que Chica solo conocía por las historias de sombras de Gran Madre. Las sombras que la anciana hacía con los dedos rozaban las paredes de roca de la cueva formando fuego y la carne en llamas de un cuerpo retorciéndose de dolor.

Pero el temblor no venía de la montaña. Provenía de la barriga de Chica, que se llevó los brazos al vientre. Tras un sobresalto, el dolor paró. Se dio unas palmadas en la tripa y le pareció que el bebé se daba la vuelta y volvía a dormirse. Chica sintió alivio, aunque sabía lo que estaba a punto de pasar.

Fuera, una tormenta ululaba de nuevo con rabia. La nieve seguía acumulándose alrededor de la puerta de la madriguera mientras se aproximaba la parte más dura del invierno. Al menos eso ayudaría a mantener el calor. Se giró y acercó a Gato Montés a su cuerpo. Comieron lentamente las provisiones que tenían almacenadas. Gato Montés era de por sí pequeño y muy delgado, y lo tenía envuelto en pieles para que no cogiese frío, pues no era bueno para los gatos. Durante los inviernos anteriores, era como un oso y se mantenía caliente. Gato Montés notó la tensión de Chica y se acercó para pegar su nariz a ella. Estaba blandito y Chica tarareó apoyando su mejilla en la tripa del animal.

Estaban encogidos y sus movimientos eran lentos. Chica encendió la lámpara de grasa para contemplar sus sombras en una pared de la madriguera. La luz humeante parpadeó y se imaginó que Canijo estaba allí. Le contaba historias con las sombras que proyectaban sus dedos. El muchacho crecería para convertirse en el más fuerte del territorio, a pesar de sus rodillas huesudas. Su rugido sería tan poderoso que asustaría a los grandes felinos. Su lanza atravesaría los pechos de las bestias. Jamás sentiría miedo, y todas las Grandes Madres le suplicarían que acudiera a sus hogares. Sería más guapo que Chico, con músculos más fuertes, el pelo más brillante y unos ojos inteligentes ocultos bajo su ceño.

Se incorporó apoyada en un codo y buscó su concha, pero se acordó de que seguía en un cordón alrededor del cuello de Canijo. Como no la tenía, se llevó una mano a la oreja. El efecto no era igual de bueno, pero le bastaba para imaginar. Dentro de su mano ahuecada, se podía oír algo parecido al mar. Tenía arena en el pelo y le escocía la piel por la sal. Escuchó el murmullo de una ola que rompía en la orilla. A lo lejos, los grandes peces del océano saltaban y se sumergían. Sus colas eran tan grandes como árboles y sus lomos se curvaban como cordilleras montañosas sobre la superficie del agua. Había una tierra nueva dentro de la concha de su mano.

El tiempo se fue consumiendo. Chica se asomó al exterior y vio colmillos de hielo creciendo en la piel de la puerta. Aparte del bulto de su embarazo, estaba muy delgada. Sus brazos y sus manos parecían los de un anciano, habían perdido cualquier resto de músculo. Se le marcaban los nudillos y tenía pliegues en la piel. Notaba que sus mejillas estaban hundidas y los huesos de la cara muy marcados. Su cadera se clavaba con dolor en el duro suelo. Sus rodillas parecían bulbos. Su cuerpo se estaba alimentando de su propia carne. Era una señal de que se encontraba cada vez más débil.

Chica buscó el último pedazo de carne. Era una fina tira de ardilla que no bastaría para alimentarles más de un día. Sintió una patada en su tripa. Era lo bastante fuerte para hacer daño. Se llevó la mano al punto exacto y palpó el piececito. Volvió a dar una patada, como si pidiera que la carne que acababa de agarrar fuera únicamente para él.

Partió un trozo y se la llevó a la boca. La estuvo chupando hasta que se reblandeció. Todos los jugos salados que quedaban en la carne se deslizaron por su garganta. Por un instante, el calor la envolvió. Era casi como si el sol

hubiera surgido entre las nubes y brillara sobre ella. *Más de eso, más de eso*, suplicaba y presionaba su cuerpo.

Chica dio otro mordisco y el calor ascendió por su espalda y la ayudó a incorporarse. Lo hizo con una fuerza que hacía días que no poseía. Mascó y mascó, y el bebé en su interior se calmó. Las patadas se detuvieron y el pequeño se quedó tranquilo. El calor regó su piel y Chica comprendió que con unos mordiscos más, el bebé se dormiría. Ella también dormiría, un sueño profundo que restauraría su sangre. El sueño la mantendría viva, con suerte lo bastante para ver el final de la larga temporada de tormentas.

Sintió un roce en el brazo. Gato Montés había olido la carne y agachado la cabeza. Ella siguió masticando. El felino la miró con ojos sesgados. No era difícil saber lo que tenía en mente. Le quitaría la carne por la fuerza si era posible. Se sentiría triste sin un cuerpo humano caliente a su lado, pero el deseo de comida era más importante. Si pudiera, se la comería. Chica lo sabía, y no lo culpaba por ello. Así era como un gato veía el mundo.

Pero Gato Montés no intentó arrebatarse la ardilla ni se lanzó a su cuello. Sabía que no era rival para ella, sobre todo estando tan débil y hambriento. O quizá se había acostumbrado a tener el cuerpo de Chica junto al suyo. Sentía cierto confort en su compañía. Chica agachó la cabeza ante Gato Montés para mostrarle el mismo respeto. Partió un trocito de la ardilla para dejar que el felino disfrutara del pequeño placer de la comida. Contempló cómo masticaba.

Tomó el último pedazo de ardilla de su cinturón y estiró el brazo para acariciar a Gato Montés. Se miraron a los ojos y Chica se inclinó hasta que sus narices se rozaron. Puso la carne de ardilla cerca de la boca del gato, que dio un mordisco y ronroneó.

Mientras Gato Montés masticaba, Chica envolvió el cuerpo peludo del animal con sus brazos. Podía sentir la alegría del felino y ella misma salivó solo de imaginar el placer del jugo bajando por su propia garganta. Apretó la mejilla contra el gato ronroneante y sintió su calor. Luego movió las dos manos para sujetar con ellas las fauces de Gato Montés. Levantó la rodilla para apretar el cuerpo del animal. Con un movimiento rápido, le partió el cuello.

26

La carne del gato se acabó muy rápido. Las tormentas arremetieron con más fuerza y Chica se dio cuenta de que cuando llegara el deshielo, ella seguramente ya estaría al otro lado de la tierra. En cierto sentido, se había preparado para ello. Ya estaba metida en un hoyo en la base de un árbol y quizá por eso los osos hacían sus madrigueras del mismo modo. Si un cuerpo moría durante las tormentas de invierno, ya estaría enterrado cuando llegara la primavera. Pero aquello fue antes de sentir el primer dolor del parto. Le desgarró el cuerpo y la despertó, conduciéndola a un estado en el que se sentía más viva que nunca, mucho más de lo que hubiera deseado estar. Todos los nervios se le pusieron de punta. El bebé estaba en camino.

Lo que sucedió a continuación no tuvo nada que ver con lo que le había visto soportar a Gran Madre. La estoica mujer hacía que dar a luz pareciera un murmullo remoto en el interior de su cuerpo. Con los ojos cerrados, había parido a sus hijos entre suaves gemidos. Pero Chica sentía que su bebé venía con una fuerza inusitada.

El niño que llevaba dentro formaba parte de la tierra y tenía la misma fuerza, capaz de arrancar el pico de una montaña. Otro destello, y la montaña lanzó sus dedos de lava por el interior de los músculos de Chica. Escupió una fina línea de fuego que le rasgó la cadera y luego se detuvo. Chica esperó y comprendió. La montaña se conectaba con ella mediante el fuego, pero el seísmo provenía de su propio cuerpo. Soltaría al bebé y lo sacaría a empujones. La lava surgía del interior de Chica con el mismo poder y la misma fuerza. La montaña se había adueñado del cuerpo de la madre.

Una capa de sudor cubrió su piel. Gimió. Su cuerpo tembló. Estaba tan lejos. Y la lava cortaba, desgarraba y estiraba. Tuvo la débil esperanza de que no sufriría ningún daño del que no pudiera recuperarse, pero también sabía

que aquello no estaba bajo su control. En cualquier otro momento, habría sentido miedo de morir. Pero ante el fuego de la montaña, bañada en su calor, se rindió sin condiciones. Su única razón para existir era dar a luz a un bebé. Tenía que preservar a la familia en el territorio. Se acuclilló en el suelo cubierto de pieles y sintió la roca ardiente. Soltó un rugido cuyo eco resonó en el cubil y sacudió las paredes con tanta fuerza que la tierra retumbó. Todo su cuerpo presionaba y empujaba hacia abajo. Iba a partirse en dos. Un movimiento y la presión aumentó. La lava brotó y el calor prendió, y cayó de costado. Respiró hondo y abrió los ojos, y allí estaba el bebé. Mojado. Enroscado. Azul. No se movía.

Otro pinchazo de dolor la sacudió, un último destello del fuego que llevaba en el vientre. La placenta salió de entre sus piernas y con ella se fue la fuerza. Mordió el cordón umbilical, pues no había una Gran Madre que se pudiera encargar de aquel importante primer mordisco en la vida de un bebé. Sintió que el duro suelo de la madriguera se hundía en su cadera. El aire frío clavaba sus garras en su espina dorsal. Sus propios labios se volvieron azules y luego empezó a tiritar. Se incorporó y vio al bebé. Con un brazo, lo agarró y se lo llevó al pecho. Escuchó un llanto y bajó la mirada para ver una boca abierta. Unos puñitos se alzaron al aire y vio una cabeza sin pelo, como la luna cuando mostraba su cara más llena. Acercó su pezón a la boca abierta y el bebé lo atrapó y se quedó enganchado a él. Un dolor le trazó una línea desde la cabeza a los pies, que se doblaron al sentirlo. Este no era como el poder de la montaña ardiente. Este dolor era frío y seco.

Cuando se volvió a despertar, el bebé estaba en silencio. No tenía hambre ni parecía molesto. Chica colocó la boca del pequeño en su pecho y el bebé se enganchó, pero sin muchas ganas. Quizá no tenía fuerzas para sacar la leche; intentó convencerlo. Pellizcó su pezón con el dedo pulgar y el índice, llevándolo al fondo de la boca del pequeño como había visto hacer a Gran Madre muchas veces. El bebé no se enganchaba. Sus labios estaban inertes. Tras varios intentos, casi no podía mirar aquel cuerpecito. No quería saber nada de él. No sentía nada por él. Ella también se estaba muriendo.

Seguía perdiendo sangre entre sus piernas y no había mucha agua para beber. Se llevó un puñado de nieve a los labios para calmar la sed, algo que solo hacían los moribundos. Puso un saco de agua congelada cerca de su nido de pieles con la esperanza de que se derritiera. Dio sorbos, mientras el bebé

permanecía demasiado quieto. Posó un dedo mojado en los labios del pequeño y le apremió para que chupara. Pensaba en sus dos cuerpos como uno solo. El dolor del hambre de su bebé era el mismo que el de ella. Su reserva de comida se había agotado. La nieve en el exterior era una trampa que la tenía atrapada. El sol había abandonado el cielo para siempre.

La mañana siguiente se despertó y vio que la temperatura había bajado más. La nieve que había dejado para que se derritiera no se había convertido en agua. Lamió el hielo, y la punta de su lengua se quedó pegada, como si la luna estuviera tirando de su cuerpo. Separó la lengua y notó sabor a sangre, el calor de su propia sangre bajando por su garganta. Todo aquello significaba que seguía con vida.

Chica no sintió nada, solo que su cuerpo era hielo y un terreno baldío. No había praderas ni peste dulzona. No quedaban brazos para atizar el fuego, ni combustible para prender, ni alimentos para comer, ni leche en sus pechos para su bebé. Su familia dejaría de estar en la tierra. Se iba a congelar en el pozo de ese árbol. Nunca volvería a sentir *calor*.

Apretó al bebé contra su pecho. Con la nuca del pequeño apoyada en la parte interior del codo, le tapó la nariz y la boca con la mano. Contempló los bracitos sacudiéndose y solo sintió el hielo en su pecho. La luna mostró su frío rostro. Sintió el cuerpecito del niño resistiéndose hasta que finalmente se rindió.

SUPERVIVENCIA

La noche siguiente llegó como una abigarrada mezcla de recuerdos, olores y momentos fugaces, cada uno de ellos sin relación con el anterior. Llevar al bebé en el vientre durante el embarazo me había parecido duro, pero nada me había preparado para lo que vendría a continuación. Yo solo quería regresar al apartamento y dormir. Estaba en una habitación de hospital con otras tres madres y sus recién nacidos. Todas nos encontrábamos en un estado de aturdimiento. Parecía que cada pocos minutos un bebé empezaba a agitarse, una madre tenía problemas o una enfermera entraba para salvarnos. No había ningún momento de tranquilidad y solo conseguí dormir a intervalos breves de unos pocos minutos.

En un momento dado, cuando todavía estaba oscuro, trajeron a nuestra habitación a otra mujer. Se encontraba en las fases iniciales del parto. Cada diez minutos se retorció de dolor y soltaba los gemidos más lastimeros que jamás había oído. Mi útero se contraía de dolor a modo de respuesta, como un lobo contestando a un aullido. Pero el progreso de la mujer era lento. Entre contracción y contracción, yo me iba preparando para la siguiente. Para cuando finalmente se la llevaron de la habitación, ya se adivinaban al otro lado de la ventana las primeras luces en el cielo. A mi lado, Jacob —el nombre que elegimos Simon y yo tras una conversación telefónica— comenzó a gimotear. Lo cogí; tenía unas rodillas pequeñísimas y los lóbulos más diminutos que había visto en mi vida. Intenté darle de comer, pero no se agarraba a mi pezón. Me mordió la punta con las encías; el dolor se disparó a través de mi sistema nervioso y entonces fui yo la que gritó. La mujer que estaba a mi lado se giró en su cama para darme la espalda y se colocó la almohada sobre la cabeza, frustrada.

Con el mayor sigilo posible, me levanté para cambiar a Jacob. Esperaba

encontrar una caquita de bebé tan mona como aquellos lóbulos. En su lugar había un pegote espeso y verduzco con la textura del alquitrán. Sabía que era el meconio, la sustancia que había rellenado sus canales digestivos mientras estaba en el útero, pero una cosa es reconocerlo y otra muy distinta, limpiarlo. Toallita tras toallita, empecé a preguntarme si disponía de las herramientas adecuadas para la tarea. Finalmente apareció una enfermera con un paño para ayudar. Resolvió el problema con unas cuantas pasadas y de inmediato me echó la bronca por dejar que Jacob cogiera frío durante tanto tiempo. Tenía razón. El pequeño tiritaba. La mujer a nuestro lado soltó un largo suspiro. La enfermera envolvió a Jacob y lo posó en la cuna junto a mi cama. Sus pequeños labios temblaban y pensé que el calor corporal lo calentaría más rápido, así que lo cogí y lo metí conmigo bajo la manta. Una mano apareció rauda y la enfermera me lo quitó.

—*Ne dormez pas avec le bébé dans le lit* —me regañó. «No duerma con el bebé en la cama.»

Lo devolvió a la cuna. Había una manera de hacer las cosas en el hospital, y no era la mía.

Solicité que me dieran el alta en cuanto fui capaz de coger papel y bolígrafo. El médico expresó su preocupación por el color de la piel de Jacob. Como el hombre no había tenido tiempo de ver a Simon —su vuelo de primera hora acababa de tomar tierra— le expliqué que el padre de Jacob tenía un tono bastante aceitunado. Me hacía gracia haber parido a un hijo con protección solar de serie.

—*Non*. —El médico meneó la cabeza—. *C'est la jaunisse*.

—¿Ictericia?

—Un poquito —empleó el índice y el pulgar para expresar una pulgada.

Aceptó darnos el alta a condición de que Jacob tomara muchos líquidos. En unos días vendría a vernos una matrona. Hice un gesto de rechazo con la mano para expresar que no la necesitaba, estremeciéndome solo de pensar en que una de esas enfermeras criticonas se presentara en mi casa. Estaba demasiado agotada para una intromisión de ese tipo. Ya vendríamos nosotros a la consulta. Salí por la puerta con mi recién nacido en brazos.

Cuando Simon llegó al apartamento, estaba eufórico. Contemplé con una sensación de confusión indiferente cómo su rostro se estiraba para formar una

amplia sonrisa cuando vio a Jacob dormido. Los ojos de Simon brillaban; su piel había cogido color y desbordaba una energía que no me parecía apropiada para la situación. Le supliqué que no cogiera a Jacob. Quería disfrutar de unos preciados minutos de sueño, pero Simon no pudo contenerse. Desabrochó el pequeño pijamita y observó cada parte del bebé. Besó el ombligo, contó todos los dedos e intentó adivinar el origen de la nariz.

—Para serte sincero, se parece a la de mi tío Alec —dijo.

—¿Tu tío de Yorkshire?

—El tío Alec nunca llegó a acostumbrarse a ella —Simon se rio.

—Porque tuvo un ataque al corazón —dije rotundamente.

Aquello detuvo la euforia de Simon y por primera vez lo notó en mi cara; mi experiencia con el parto había sido más bien un coqueteo con la muerte.

—Tenía que haber estado a tu lado —dijo en voz baja.

—No podrías haber hecho nada. —Mis lágrimas estaban a punto de brotar.

—Podría haberte cogido la mano.

—Era algo que tenía que hacer yo.

—Te habría masajeadado la espalda.

—Solo yo.

Silencio. Simon miró una vez más a Jacob y luego a mí. Vi sus labios moverse, detenerse y torcerse de nuevo para pronunciar otras palabras que se atascaban antes de brotar por su garganta. Simon, que siempre sabía qué decir, se había quedado sin palabras que pudieran proporcionarme un poco de consuelo. Quizá había comprendido por fin que su bebé había estado a punto de morir. Incluso si él hubiera estado allí, no habría podido hacer nada.

—Duerme —dijo Simon, acariciando mis marcadas ojeras con el pulgar.

Se llevó a Jacob fuera de la habitación, pero de repente yo no podía dormir. Una especie de peso había caído sobre mí. Si yo era la responsable de haber evitado la muerte de Jacob, también era la única persona que podía mantenerlo con vida.

—Simon, ¿puedes traerlo aquí? Donde yo lo vea.

—Está tranquilo.

—Dentro de un minuto tendrá ganas de comer otra vez.

Y estaba en lo cierto. Simon no tenía la sintonía con las necesidades de Jacob que yo parecía haber adquirido al instante. Jacob quería comer, pero le costaba agarrarse a mi pezón. No era esa fuerte succión sobre la que había leído en los libros. Simon me trajo almohadas en un intento de ayudar. Me incorporé. Cambiamos a Jacob de la izquierda a la derecha. Al final me cansé y empecé a marearme.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —me preguntó Simon.

No me acordaba.

Jacob se quedó dormido y Simon cocinó algo. El olor a cebolla frita me dio náuseas, así que Simon sacó la sartén a la calle. Me di cuenta de lo que me dolían los puntos. No paraba de moverme porque no encontraba una posición cómoda para sentarme. Fue Simon quien preparó una disposición de almohadas que funcionó. Colocó dos bajo mi rodilla izquierda y una bajo la derecha, lo cual desviaba el peso de los puntos y a la vez me permitía descansar. Le estuve muy agradecida. Conseguí comerme un huevo y beber un vaso de agua. Dormí por primera vez.

Cuando me desperté, Jacob seguía dormitando, y Simon se sentó junto a mí en el sofá cama.

—Tengo buenas noticias —dijo.

—¿Qué?

—Me han dado un montón de clases para el próximo semestre.

Mis preocupaciones se quedaban a un lado por el momento. Simon debió de notarlos en mi cara, pues hizo el gesto de golpearse el pecho con los puños.

—¡Tu macho te provee de alimento!

—Gracias... a ver, es un alivio. Estoy contenta. Es decir, feliz.

—Ya puedes dejar de preocuparte.

—Por ahora.

—Yo me encargaré del dinero, Rose. Tú tendrás que cuidar de Jacob por un tiempo.

Había un tono de duda en su voz.

—Pero ¿qué? —pregunté.

—He intentado registraros a Jacob y a ti en la clínica que hay cerca de casa. Pensaba en llevaros de vuelta conmigo el domingo.

—Me parece perfecto.

—Podría serlo.

—Lo será.

—Pero el Servicio Nacional de Salud no os cubre a ninguno de los dos.

—¿Disculpa?

—Este año no cumplís el criterio de residencia. No podemos demostrar que has estado en Londres el periodo necesario desde el pasado abril. Las facturas, la hipoteca, los impuestos municipales... todo está a mi nombre.

Sabía que esto tenía consecuencias importantes, pero estaba demasiado cansada para pensar en cuáles serían.

—Entonces, ¿nos vamos sin más? —aventuré.

—Es arriesgado. Si algo saliera mal, acabaríamos con una gran factura de gastos médicos.

Me recosté e intenté concentrarme vagamente en aquel problema de gestión. Había tenido en cuenta y evaluado cada detalle de la excavación. Pero como pensaba que mi embarazo era un proceso natural, no había estudiado adecuadamente mi proyecto de vida.

Entraba y salía del sueño, pero no pude calmarme. No paraba de soñar que Jacob no estaba, y me despertaba dando un respingo para comprobar que mi pequeño seguía respirando. Pasé unos cuantos días así, en un estado de sueño intermitente. Veía el rostro radiante de Simon. El culete de Jacob alzado en el aire. Un tubo de crema para el pezón. Un calcetín increíblemente pequeño. El dolor de los puntos. Todo sucedía como si no me estuviera pasando a mí. Comprendí la historia de la cigüeña y pensé que a Jacob lo había traído un ave de largo pico. Aquel relato claramente imaginario tenía más sentido que la realidad que me rodeaba.

Sin avisar, la matrona se presentó el sábado. Escuché su voz, pero me resultaba algo ajeno. La mujer me estaba hablando. Yo observaba el movimiento de sus labios pero me encontraba demasiado agotada como para expresarme en un idioma que no fuera mi lengua materna. Sonreí y me esforcé por parecer agradable y amable, como debe ser una madre. De repente Simon me cogió del brazo. Nos volvíamos al hospital.

Estaba consciente, pero cada vez que parpadeaba el mundo me parecía un lugar distinto. Vi a un médico con gafas de gruesos cristales y gesto de preocupación. Una enfermera con una larga y espesa coleta pinchó a Jacob en el pie para sacarle sangre para una prueba. Simon hablaba en un inglés lento

y de vez en cuando me preguntaba por una palabra en francés. Nos enviaron a una planta especial, en la que cada juego de cortinas era peor que el anterior. Lámparas fluorescentes zumbaban en el techo. Echaron hacia atrás el respaldo de la cama. Simon cogió a Jacob en brazos e intentó sonreír.

Dormité y cuando me desperté vi a Jacob en una cuna con aspecto de pecera cerrada por todas partes con plástico transparente. Unas lámparas muy brillantes iluminaban su piel. Era un tratamiento para la ictericia, para ayudarlo a excretar las moléculas de bilirrubina que se estaban formando en su sangre. Jacob llevaba unas pequeñas gafitas opacas para taparle los ojos, pero se le resbalaban. Sentí el escozor de aquella luz tan brillante como si sus ojos fueran los míos. Cuando oscureció, las enfermeras sacaron a Simon de la habitación diciendo que los padres no podían quedarse a pasar la noche. Me quedé toda la noche incorporada en la cama, con el brazo metido en la pecera para colocar las gafitas en su sitio, protegiendo nuestros ojos y preguntándome adonde iría nuestra bilirrubina.

Jacob mejoró un poco, pero tenía que quedarse en el hospital un día más. Tras cada intento infructuoso de darle el pecho, la enfermera le daba un biberón. Entre toma y toma, yo no paraba de preocuparme por cómo sería la siguiente. El pequeño tenía que comer cada hora, pues necesitaba sustento para superar la ictericia. Por la mañana nos mandaron a casa, pero nos pidieron que acudiéramos al ambulatorio al día siguiente para una revisión. Simon empezó a hablar de perderse la primera semana de sus clases. Me preocupaba el dinero, pero también sentía un profundo temor a quedarme sola al cuidado de Jacob. Se suponía que dar a luz era algo natural, pero yo había salido claramente lastimada y necesitaba ayuda. No estoy segura de si lo dije en voz alta o Simon lo sintió, pero agarró su teléfono para hacer una llamada.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Necesitas ayuda, Rose.

Simon contrató a una muchacha llamada Marie que vivía un par de casas más abajo. Cocinaría, limpiaría y se aseguraría de que yo iba al médico. Era joven. Contemplé a Simon evaluándola con un gesto preocupado. Habíamos hablado largo y tendido sobre la posibilidad de regresar a Londres a pesar del asunto de la cobertura sanitaria, pero la preocupación por la salud de Jacob hacía que pareciera demasiado arriesgado. Al final Simon decidió que como

Marie tenía pulgares oponibles y era capaz de usar un teléfono, ella se encargaría de cuidarme. Le dio instrucciones estrictas sobre cómo atendernos y se aseguró de que tenía el número de la matrona, del hospital, de Anais y de Caitlin.

—Ay, no dejes que Caitlin pise esta casa —le rugí.

—Ha llamado ya dos veces. Solo quiere asegurarse de que estás bien.

—Lo que quiere es asistir a mi ruina.

Simon se marchó a regañadientes. Debía de haber llamado a mi madre también, porque me telefoneó y se ofreció a venir ya mismo. La convencí para que esperase un mes. Pensé que podría ocuparse de Jacob cuando yo regresara a la excavación, pero tras derrumbarme sin fuerzas en la cama, dudé de que alguna vez pudiese volver al trabajo. Sentía flojera en la cadera, como si la mitad de mi cuerpo fuera a separarse de mí. No me imaginaba con fuerzas para volver a caminar en línea recta. No podría agacharme para excavar, levantar pesadas cajas de muestras ni recorrer el camino hasta el campamento. Un nuevo temor se adueñó de mí: había perdido mi fuerza física. Era vulnerable como nunca antes lo había sido. Y ahí estaba Jacob, que dependía únicamente de mí. ¿Cuándo iba a hacer aparición el dulce instinto maternal, el que iba a ayudarme a mantener con vida a mi hijo? Mi cuerpo se estremeció ante el profundo pavor a que mi pequeño muriese por algo que yo hiciese o dejase de hacer. Un terror oscuro se apoderó de mí con tanta fuerza que tuve que buscar modos de pararlo.

Marie me preparó una tortilla. De algún modo conseguí que Jacob y yo llegásemos a la cita con el médico. Una enfermera me olisqueó de un modo que me hizo sentirme como un perro, pero al hacerlo descubrió el alcance de mi infección. No es que yo no me hubiera dado cuenta; es que mi propio cuerpo parecía una cosa secundaria a la que no tenía energías para atender. Me recetaron antibióticos para la herida, que no estaba cicatrizando bien. Me preocupaba el efecto que la medicación pudiera tener en la leche y en Jacob, e intenté explicar mis recelos al médico. Me aconsejó que me pasara al biberón, pero todo lo que había leído afirmaba que las leches artificiales no eran lo mejor para el principio de la vida. No podía dejar de darle el pecho.

Los días pasaron así, un discurrir borroso de tomas, cambios de pañal, breves espacios de sueño, llamadas y chequeos. Marie me tomó una foto con Jacob en brazos y se la envió a Simon. Miré su teléfono y me resultó extraño

ver la imagen. Hacía poco yo habitaba en mi propia piel, pero ahora me encontraba fuera de ella. La mujer en la pantalla del teléfono parecía cansada y demacrada, como si tuviera una sanguijuela gigante pegada al cuerpo que le estuviera chupando toda la vitalidad. Solo quedaba una cara sin sangre. Ya no podía comer más huevos, y el repertorio culinario de Marie no incluía más platos.

Andy me llamó un día. Estaba instalado en el otro apartamento.

—¿Puedo ir a visitarte?

—Dentro de poco —dije.

—¿Hoy a última hora? Caitlin se ha ofrecido a llevarme.

—¿Te está utilizando para acercarse a mí?

—Perdona, ¿qué?

—No, solo quería decir que no es buen momento para una visita. Necesito descansar.

—¿Va todo bien? —dijo, dando un sorbo de algo.

—Bien.

—¿Estás segura?

—Dormir es lo más importante. ¿No estarás bebiendo demasiados refrescos?

—Buena salida, Rose.

No quería visitas. No necesitaba preocupaciones que no vinieran a cuento absorbiéndome más energía. Marie venía un par de horas al día para que yo pudiera dormir. Cada vez que me tumbaba y me dormía, ella se ponía a hacer cosas y me despertaba el sonido de un grifo, una silla arrastrada por el suelo o la fregona escurriéndose en un cubo.

Finalmente, Marie terminó su jornada. El aire en la calle apestaba a lavanda y el olor se pegó a mi ropa. Di el pecho a Jacob lo mejor que pude y lo dejé en el moisés junto a mi cama. Fuera hacía calor, pero cerré las puertas dobles para evitar que entrara el olor a lavanda. Solo podía pensar en cerrar con fuerza los ojos para dormir porque en cualquier momento Jacob empezaría a llorar.

Me sumí en una especie de duermevela, como si estuviera flotando sobre la cama, pero en cuanto empezaba a sumirme en un sueño más profundo, volvía a dar un respingo. Me asomé a mirar al bebé. ¿Estaba vivo?

¿Respiraba? Me maravillaban sus labios perfectos, las curvas de sus orejas, su pecho subiendo y bajando y los deditos cerrados en unos puños diminutos. Pensaba que tras dar a luz me sentiría invencible, pero en vez de eso el temor se había adueñado de mí desde hacía días. Su atracción era tan fuerte que tenía la sensación de estar cayendo. Debía mantener al pequeño con vida. Estaba tan cansada. Empecé a preguntarme cuánto más podría aguantar.

Necesitaba dormir. Comprobé una vez más que Jacob respiraba y me tumbé rígida como una tabla en la cama. Si dormía, mis músculos se relajarían y dejaría de sentir ganas de echar a correr. ¿Para escapar de qué? No lo sabría decir con certeza. Un gran temor se había apoderado de mi pecho y suprimía cualquier cosa que hubiera sido o sentido antes. El cuerpo me dolía y sangraba igual que el día se desangraba en mis sueños, y me costaba discernir qué era la realidad.

El aire en la habitación empezó a oler a tierra, como si pudieran crecer cosas allí. Espesas enredaderas brotaron en los rincones del viejo garaje del piso inferior. Crecían sobre el viejo Peugeot y trepaban por las ventanas. Los brotes mordían una grieta en la pared y atravesaban las ventanas del piso. Formaban árboles altos y pronto aparecieron gruesos troncos que salían por el techo. Las ramas rasgaron el tejado. Crecieron y pronto empezaron a caer a nuestro alrededor. La tierra se quedaba sin árboles y se abría formando praderas herbosas. Jacob y yo, en nuestras camas, estábamos expuestos al sol. Nuestra piel, demasiado fina y blanca, comenzó a llenarse de ampollas. La luz brillaba rojiza tras mis párpados.

Escuché algo que se revolvía, pero mi cuerpo se negó a responder. El sonido me aplastaba contra la almohada. Un lecho de hojas y tierra cubría mi cuerpo. Me hundí más y más. Me estaban enterrando y no me importaba. Con cada puñado de tierra que me cubría, sentía un renovado alivio. Pronto mi cabeza estuvo enterrada a mucha profundidad y la oscuridad aplacó el ardor de mis ojos. Al menos estaba bajo tierra. Se estaba bien. Sentía la tierra compacta sobre mi cuerpo. Las raíces crecían a través de mí y me mantenían clavada donde estaba. Y en algún punto lejano escuché el llanto de un bebé.

Los débiles lloros parecían provenir de muy lejos. Ahora estaba soñando con un gato en la ventana. Maullaba una y otra vez, e intenté espantarlo. Me puse de costado, me desperté levemente y comprendí que el sonido no era de un gato. Era un bebé en un moisés junto a mi cama. Era muy pequeño. Era mi

bebé. Lloraba y nadie lo atendía. No había nadie más en casa. De repente, el problema y su origen estuvieron claros en mi cabeza. El bebé tenía hambre. El bebé era mío.

El sueño dio paso a la cruda realidad, de bordes afilados. Un bebé, mi bebé, chillaba pidiendo leche y yo acababa de dormirme, un sueño celestial que podría haber durado días. Me sentía seca. Mis pezones eran como balas en mi pecho, irritados por los mordiscos de las pequeñas encías de Jacob, que deberían haber sido inofensivas. Mi cuerpo estaba débil, mi mente nublada hasta el punto de la inutilidad. Mi pelo, sucio, olía mal. Mi tripa era un pellejo vacío y flácido.

Abrí los ojos y aguardé. Esperaba que se calmara, pero sus llantos crecieron en intensidad. Todavía sentía mis nervios unidos a los suyos y era como si el bebé estuviera gritándome en una punta de mi columna vertebral. Mi corazón latía con fuerza y mi sangre corría acelerada, hasta que de repente me levanté, rápida y furiosa como si me hubieran pinchado con una aguja y me hubiese puesto en pie de un salto. Apreté los dientes y cerré los puños. Desde lo alto, contemplé el cuerpecito en el moisés y le ordené que dejara de llorar.

—¡Cállate! —le gruñí.

Pero no lo hizo. Jacob ni siquiera abrió los ojos, pero su llanto parecía tener un sentido dirigido por el instinto. Su cuerpo hacía cosas que entraban en directa contradicción con el mío. Mi corazón latía acelerado. Se me erizó el vello de la nuca. Mis músculos se tensaron y erguí la espalda. Había pocas fuerzas, no eran suficientes. Agarré al bebé. Solo uno de los dos podía sobrevivir.

27

El invierno seguía rugiendo con furia en el exterior del cubil. El corazón de Chica se ralentizó. La sangre se movía en sus venas como un lodo espeso. Se había comido hasta el último pedazo de alimento. Con nada para consumir, su cuerpo continuó alimentándose de sí mismo. No era el amor lo que dirigía la vida, sino el hambre.

La carne de su cuerpo estaba cerca de desaparecer. Sus muslos, antes gruesos troncos, ahora eran unos finos palitos. No crecerían hojas en ellos. Las raíces no llegaban a la tierra. En el exterior de su cueva, el sol era débil y lejano. Las praderas permanecían dormidas bajo el grueso manto de nieve. No había bisontes, ni pezuñas, ni peste dulzona. Los peces vivirían bajo el hielo sin osos que los cazaran. Una tierra baldía y vacía la rodeaba, sin familia. Se imaginó que estaba en la luna.

Chica sabía que estaba cerca de la muerte, y eso la atraía. Igual que Gran Madre, sentía que el largo sueño en la tierra sería un gran alivio. Por fin iba a descansar. Pero era consciente de otra cosa; no quedaba nadie más para aprovecharse de su cuerpo en la tierra. Era la única que podía vivir para volver a reproducirse. Ella era la familia.

A simple vista, Chica parecía muerta, pero su delgado cuerpo —como una pila de ramas bajo el árbol adonde solo van los muertos— seguía produciendo calor. Un observador atento, de los que se fijan en los pequeños detalles, que se preocupara por acercar la mejilla a los labios de Chica, podría sentir una débil respiración que todavía conservaba un ligero resto de calor. Un ojo agudo captaría la vibración de su nariz, apenas un temblor de los pelitos que se levantaban para captar el aire.

Un rayo de luz cayó sobre su piel. Abrió un ojo con dificultad y pensó que estaba mirando desde debajo de la tierra. Quizá un tejón había

desenterrado su cuerpo, o las hienas habían venido a llevarse sus huesos. Por un instante, la luz parpadeó. Lo veía todo borroso, pero comprendió que estaba mirando la piel que hacía de puerta. El cielo llevaba mucho tiempo del color de la nieve. Las nubes habían ocultado el sol, pero ahora la luz provenía del sol y el cielo en el exterior era azul.

Chica se sentó con dificultad. Su cuerpo, ahora liberado de las demandas del bebé, podía administrar sus recursos con más eficacia que antes. No recuperó las fuerzas, ni mucho menos, pero algo había regresado: una chispa, una voluntad, como la luz de una antorcha a lo lejos. Y percibió un calor. Había un cambio en el tiempo que le ofrecía una última oportunidad.

En silencio y con movimientos prudentes, buscó los cuernos que había llevado su madre. Se los ató a la cabeza. Chica se convirtió en Gran Madre.

INSTINTO

—¿Rose?

Me encontraba de pie junto al moisés, hecha una furia, cuando escuché un ruido. Una voz que no conseguía ubicar. Provenía de mi espalda, de algún punto del apartamento. Yo sostenía a Jacob en alto, frente a mi cara, mientras el pequeño no dejaba de llorar. Su espalda estaba rígida. El sudor cubría mi piel; tenía los dientes apretados. Mi único pensamiento era hacer que aquel ruido parara.

—Yo lo cogeré. —Una voz se abrió paso entre mi ira.

Sentí una mano fría que se posaba en mi hombro. La casa estaba oscura. ¿Era de noche o de día? Me giré. Era Caitlin. Atenta pero seria.

—Descansa.

Solté al bebé, dejando que me lo quitara. Solo sentí alivio. Me derrumbé en la cama. A medida que mi respiración se fue tranquilizando, en algún punto en las profundidades de mi mente comprendí que mi hijo había dejado de llorar. Estaba tan agradecida de no tener que encargarme de él, de que estuviera lejos de mí, lejos de lo que había querido hacerle. Lo que podría haberle hecho. Me pesaba el cuerpo. Caí en un profundo sueño.

Tras lo que me pareció mucho tiempo, me desperté sobresaltada y miré a mi alrededor. Mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y volví a verla: Caitlin. Un momento antes, me parecía que solo había soñado con ella. Estaba sentada en la mecedora en un rincón de la habitación. En el pecho de su camiseta había manchas de tierra, como si viniera del sitio de excavación. Tenía el cabello gris recogido. Me miraba, pero no sonreía. Sostenía al bebé en brazos, con ternura, y le estaba dando un biberón de leche que me había sacado y tenía almacenada en el frigorífico. Supuse que la habría calentado al

punto justo, pues Jacob tenía los ojos en blanco y parecía borracho mientras tragaba agradecido.

Caitlin me indicó con un gesto de la cabeza que podía volver a dormir. Jacob se acabó el biberón mientras yo lo miraba. Caitlin se lo llevó al pecho para hacerle eructar con los movimientos confiados de una experta. Contemplé su coleta gris yendo de un lado a otro. Posó al pequeño en la mesa que yo usaba como cambiador y lo limpió, y luego lo dejó en el moisés.

Me senté al borde de la cama. Me temblaban las piernas y tenía lágrimas en los ojos. Sentía un vacío en el ambiente, quizá el que yo misma había estado a punto de provocar. El techo del dormitorio parecía más bajo, como si pronto fuera a aplastarme la cabeza. Las paredes se tambaleaban y se difuminaban a mi alrededor; el suelo se inclinaba. Estiré el brazo para agarrarme a la estructura de la cama e intenté incorporarme. Caitlin estaba junto a la puerta y me observaba atentamente, como buscando alguna señal.

—¿Por qué has venido? —le pregunté.

—Quería contarte —dijo Caitlin en voz baja— cómo van las cosas en la excavación. Todo marcha genial.

La miré directamente a los ojos.

—No es cierto, ¿verdad?

La luz de la cocina la iluminaba por detrás y me dejaba ver su silueta, la de la anciana que era y también otra: la mujer joven que una vez fue. Por un instante, el cuerpo más joven se impuso, ligeramente más alto, de constitución robusta y piel tersa sobre unos pómulos marcados. Una mata de pelo rojo y piel clara. Parecía tan fuerte y grande, capaz de cualquier cosa. Luego la visión se desvaneció y volvió a ser Caitlin, de pie junto a la puerta, mirándome.

—Sí que lo es —dijo.

—¿Para qué has venido? —volví a preguntar.

Avancé hacia ella. Sentía tantas cosas que me parecía imposible expresarlas con palabras. Estábamos tan cerca que pude ver el brillo de las lágrimas asomando a sus ojos. Escuché su respiración, dura y entrecortada, saliendo de sus pulmones.

—He visto señales en ti...

—Me estoy volviendo loca.

—... que yo sentí en su momento. Siento no haber hecho más por ayudarte, Rose.

—Estoy tan cansada.

Se llevó una mano a la boca. Una lágrima se escapó por el pliegue de su ojo.

—He estado a punto...

—Lo sé. Ya pasó.

—¿Cómo lo supiste?

—Yo perdí a mi bebé.

Entonces me rendí al llanto, superada a la vez por la pena y por el alivio de que Caitlin hubiera aparecido cuando lo hizo. La envolví entre mis brazos y la abracé. El calor de mi cuerpo se fundió con el suyo. Me dejé llevar. Lloré, y cuando conseguí calmarme lo suficiente para notarlo, vi que ella también lloraba. Su espalda temblaba y la abracé con fuerza. A pesar de mi agotamiento, comprendí que su dolor era más fuerte que el mío.

—¿Qué pasó, Caitlin?

Me contestó con un susurro leve:

—Que estaba sola.

28

Chica desplegó su cuerpo a la luz del sol. Salió de la madriguera y se irguió todo lo que le permitió su altura, la última de la familia. Era alta y tenía una mata de pelo rojo y unos músculos que, cuando volvieran a alimentarse, recuperarían la fuerza. Su piel volvería a brillar al sol. Se puso en pie y alzó la cabeza. No era el *calor* de la familia, pero algo es algo.

El sonido del agua la puso en marcha. Un cuerpo necesita comida, pero el agua es una necesidad más inmediata, y su cuerpo precisaba mucha más de la que había conseguido derretir. Chica todavía no conocía el rumbo que había tomado la estación, pero oía un chorrillo de agua corriendo al lado del árbol. De haber estado un poco más allá, habría sido demasiado lejos. Se arrodilló y bebió, y aquello despejó las nubes de sus ojos.

Las ardillas rojas intercambiaban chillidos. Fueron las primeras en notar el movimiento de Chica. Quizá tenía una reserva de comida oculta, y ahora que se había despertado, revelaría su ubicación. Había algo más que las excitaba, pero Chica no podía descubrir qué era. El ruido de las ardillas alertó a los gorriones, que respondieron llamándose unos a otros en los árboles. De este modo, la noticia de su movimiento se extendió entre las demás bestias.

Chica escuchó los sonidos de la vida a su alrededor. Dormitó y bebió, dormitó y bebió, y el sol calentó su piel y pronto pudo volver a levantarse. Caminó lentamente hacia la hoguera en el centro del campamento. Le costó un poco concentrarse, pero había algo extraño en medio. Parpadeó y volvió a mirar. Alguien había levantado allí una estructura.

Tres palos altos sólidamente hincados en la nieve compacta y unidos con una enredadera seca en la punta. Una ardilla roja correteaba nerviosa alrededor de la hoguera. La excitación del animal provocó que Chica mirara con más atención. Pronto comprendió a qué se debían los chillidos de la

ardilla. Habían arrancado la corteza de los palos y los habían limado para que las ardillas no pudieran trepar por ellos. Entre los palos, colgando, había un morral al que las ardillas no podían llegar.

Dentro del morral había tiras de carne, unas avellanas y algo más. Una concha. En los alrededores, Chica pudo ver pisadas sobre la nieve, como si alguien hubiera estado buscando algo. Pero como Chica no se podía mover en el cubil, no había dejado pistas en la zona para que la encontraran.

Chica se comió la carne. No era de bisonte. Era de otro animal de una especie que no le gustaba demasiado a la familia. Ni siquiera era caribú, sino la carne de un ciervo flacucho, de esos que corren tanto y tan rápido que no tienen grasa en el lomo. Quizá no hubiera sido su primera elección, pero era carne. Se sentó y comió. Luego, mientras hacía la digestión, se llevó la concha a la oreja. Era el Mar.

Y no cualquier mar; era el sonido débil del Mar. Esta era la concha que ella le regaló a Canijo. ¿Dónde se había metido el muchacho? Miró a su alrededor y husmeó. Le llegó un olor de la concha. La mano de Canijo había dejado su olor en el saco, y también había el olor de otro cuerpo. Chica metió los dedos entre los restos carbonizados de la hoguera y sintió el calor de fuegos anteriores. La familia estaba viva.

Se quedó a comer lo que quedaba en el morral y descansó. Su cuerpo se había vuelto a llenar de agua. Tenía fuerzas para reunir raíces en la tierra reblandecida junto a los árboles. Mató a unas cuentas ardillas y las asó. Descansó más y sintió que sus músculos recuperaban algo de vida.

Saber que Canijo seguía vivo fue como un pellizco en la piel. No tardó en sentirse con fuerzas para intentar buscarlo. La nieve se derretía en algunos sitios durante el día y volvía a helarse por la noche. Si se despertaba temprano, podría caminar sobre la superficie del rocío primaveral.

Pero no podía marcharse sin coger algo. Regresó al interior de la madriguera y desenterró de la nieve el cuerpecito congelado. Encendió un fuego, fundió agua e hirvió los huesos para limpiarlos. Tras un largo rato, dejó que los huesos se enfriaran y pasó los dedos por las pequeñas partes del esqueleto, por sus superficies suaves y sus delicados huecos. Dedicó más tiempo a un hueso en especial. Era del brazo de su bebé. Tenía una curvatura que hacía que el pulgar estuviera del revés, como el de Lisiado. Pasó sus dedos por aquella curva.

Chica enterró los huesos junto a un árbol para que el bebé creciera en su tronco, pero se guardó el huesecito del brazo. Lo introdujo en un trozo de piel muy blanda y enganchó el paquete en su cinturón. Hasta el día de su muerte, llevaría ese hueso para recordar.

No le costó mucho encontrar las huellas de Canijo.

29

Las huellas de Canijo destacaban en la nieve más blanda montaña abajo. Chica las conocía como si fueran suyas. Era capaz de reproducir con exactitud cada movimiento del muchacho. Había estado en pie sobre la dura escarcha y llevaba una extraña piel fina que protegía sus pies, pero la marca que dejaban y el modo en que se distribuía su peso seguían resultando familiares y claros. Él, o alguien que lo acompañaba, había dejado aquella carne colgada para Chica. Él había estado rastreando la zona y había entrado en la cabaña a mirar. Buscaba algo en el campamento. Como Canijo era de los que miraban solo con los ojos, a Chica no le extrañó que no hubiera reparado en su madriguera. Pero por la mañana, cuando la nieve estuvo lo bastante dura como para caminar sobre ella, Canijo había intentado encontrarla.

Y había otras huellas. Eran estrechas y no muy largas. Un poco mayores que las de Canijo, pero muy parecidas a las suyas. Eran las pisadas que Chica había estado siguiendo desde la plataforma que dominaba el punto de reunión.

Chica siguió los dos pares de huellas colina abajo. Por lo que parecía, ambos habían realizado la caminata de modo distendido. No había marcas de resistencia que indicasen que el cuerpo más grande estaba forzando a Canijo a seguirlo. A veces caminaban cerca el uno del otro y con paso acompasado, como si el cuerpo más grande llevara de la mano a Canijo. Si el muchacho no había detectado peligro, Chica se sentía más tranquila. Ya había emprendido esta ruta cuando buscaba a Canijo antes de que llegara el invierno, pero se había detenido y dado la vuelta antes de llegar tan lejos. Los siguió desde el río hacia las partes más secas de la montaña, donde la nieve casi se había derretido, excepto en algunos puntos donde alguna roca daba sombra.

Continuó avanzando ladera abajo rumbo a las llanuras. Tras una larga caminata y un descanso por la noche, comenzó de nuevo. Ahora la hierba crecía bajo sus pies y los árboles estaban más alejados unos de otros. Permaneció un rato protegida por uno y luego se dirigió hacia el tronco del siguiente. Cuando recorría la distancia entre árbol y árbol, sentía la cabeza desnuda bajo el brillo del sol.

Chica no tardó en captar el olor de un fuego en la lejanía. Lo habría percibido mucho antes de no haber sido por la dirección del viento, que soplaba desde su espalda. Se subió a uno de aquellos árboles, de ramas grandes y gruesas —debido a que disfrutaba de todo el sol para él solo— y todavía sin las hojas que había perdido durante el invierno, y oteó el horizonte. Se fundió con las ramas, adoptando con su cuerpo la misma forma del árbol, para que no la pudieran ver. A lo lejos, vio un rebaño. O eso fue lo que le pareció al principio. Una manada de bisontes con sus lomos redondeados al sol. Pero tras escudriñarlos por un momento, se dio cuenta de que no se movían. Y su pelaje le resultaba raro: tenía una forma extraña, acababa en punta y era de color claro.

¿Ciervos rojos? No lo sabía. Les echó una buena ojeada e intentó pensar. Más tarde descubriría que se trataba de un nuevo tipo de cabaña, pero justo en aquel momento algo distrajo su atención. Vio un cuerpo que se movía.

Estaba a lo lejos, a mucha distancia, pero avanzaba en su dirección. Era un cuerpo erecto que se cubría con gruesas pieles. Tras él iba otro cuerpo vestido igual, pero más pequeño. Tenía la cabeza redonda y el pelo oscuro. Chica no podía estar segura, pero tenía unos andares saltarines que se parecían a los de Canijo.

Chica observó acercarse a ambos cuerpos. Cuando estuvieron más cerca, se bajó del árbol y esperó junto al tronco. Era consciente del riesgo. Siempre que una bestia se cruzaba con otra, había peligro. Pero también quería ver a Canijo y sabía que el muchacho la avisaría si viniera con una bestia hostil.

Avanzó unos pasos y pronunció un *arú* quedo para alertar a los cuerpos de que los había visto. El más grande dio un respingo, como si no estuviera seguro de la posición de Chica. Entonces, Chica arrojó al suelo su lanza para mostrar que no tenía intención de hacerles daño. Se quedó quieta, los pies firmemente plantados en el suelo. Levantó una mano y extendió los dedos, dando la vuelta a la palma.

Contempló el cuerpo erecto, levantado sobre dos pies, que tenía delante. Se parecía a Canijo en algunas cosas: el mismo pelo como el musgo, la misma piel oscura, el mismo brillo en los ojos. Tenía su elegancia y su forma de andar, con un arqueado suave a cada paso, y sus pies se posaban en el suelo sin producir ruido. Sin embargo, era más alto que Canijo, con músculos redondeados y pechos. Llevaba el Mar colgando del cuello, pero eran muchos mares formando una hilera, como una segunda línea de dientes. Era como la familia, pero no era de la familia.

Aquel cuerpo era lo más parecido a la familia que Chica había visto en meses. Las diferencias se quedaron a un lado y vio todo lo que era similar. Se le cortó la respiración, las lágrimas brotaron en sus ojos y se le hinchó el pecho con una sensación de asombro.

La mujer no sintió que corriera un peligro mortal. Cuando la chica que tenía en frente se acercó, se dirigió con tono imperativo al muchacho que la acompañaba. A pesar de las protestas del chico, le ordenó que se escondiera en un árbol. El pequeño trepó por el delgado tronco como le decían, pero se quedó en la rama más baja para poder ver mejor. Con el muchacho ya en el árbol, la mujer dudó. Todavía tenía el arma, una lanza fina, en la mano. Movi6 los dedos nerviosos sobre el mango. No quería parecer una amenaza, pero tampoco quería quedarse sin nada con lo que defenderse. Avanzó unos pasos más y se detuvo.

La mujer contempló a aquella magnífica bestia que era Chica. Nada la había preparado para lo que tenía delante de sus ojos. Había oído relatos sobre ese tipo de criaturas, pero nunca había visto una. Aunque el muchacho, a su modo impreciso, le había descrito cómo era, resultaba una visión imponente. Si Chica hubiera estado en plena forma, con su atuendo de caza y sus músculos resplandecientes, la mujer se hubiera aterrado.

Pero aun así, la mujer comprendió de un vistazo que ella era la más débil. Sus rodillas empezaron a temblar. Aunque Chica había estado a las puertas de la muerte durante el invierno, su cuerpo era robusto y parecía lleno de fuerza. Su cuerpo tenía una masa muscular más desarrollada, gran velocidad y fuerza, unos sentidos poderosos y una aguda inteligencia. Sus ojos estaban más hundidos bajo la frente y resultaba difícil interpretarlos. Tenía una mata de pelo rojo y unos cuernos asomaban en su frente huidiza.

A la mujer se le podrían haber nublado los sentidos ante aquella extraña visión y podría haberla atacado con su lanza, como hubieran hecho otros miembros de su especie en esa situación. Pero esta mujer era diferente. No podía parar de mirar. Había escuchado con atención los relatos del muchacho. El pequeño le había contado historias sobre la amabilidad, la comida y la seguridad que esa criatura le había estado proporcionando durante más de un año. Prueba de ello era que el niño seguía con vida. También le había explicado cómo tenía que saludar a esa chica.

La mujer dejó caer su arma al suelo. La curiosidad venció a sus temores. Decidió confiar en la palabra del niño sobre esta criatura. Avanzó hacia Chica con pasos lentos, respirando hondo para contener el miedo en su pecho. Alzó la mano derecha y dio la vuelta a la palma. Como el muchacho le había aconsejado, extendió los dedos.

Lentamente se acercó hasta estar directamente frente a Chica. Pudo oler la peste agria de una tripa hambrienta y los restos aceitosos en su piel después de haber comido algún tipo de carne extraña. La mujer miró a los ojos de Chica. Al hacerlo, los suyos se llenaron de lágrimas. Presionó la palma de su mano contra la de Chica, más grande. La misma sangre corría bajo sus pieles. Sus corazones latían acompasados. Compartieron un mismo pensamiento: *«No estamos solas»*.

HUMANA

Coloco a Jacob en la mochila portabebés que llevo delante de mi pecho. Solo tiene seis semanas y me sorprende notar su peso; es como si hubiera ganado un kilo de la noche a la mañana. Hace un día cálido de otoño y el sol luce en lo alto del cielo, pero me llevo una chaqueta extra que nos cubra a los dos por si acaso. Mientras recorro el camino desde el aparcamiento, cada paso me resulta familiar. Asciendo dejando atrás las tiendas de campaña y tomo el sendero hacia el sitio de excavación. Cuando llegamos, me detengo junto a la mesa de camping como cada día y saludo a todo el mundo. Jacob es el centro de atención. Caitlin no tarda en acercarse a decir hola y me hace un gesto mediante el que adivino que tiene un par de cosas que comentarme. Anais, que ha perfeccionado su técnica de acunar desde la semana pasada, se lleva a Jacob para que Caitlin y yo podamos hablar.

Caitlin me entrega una fotografía brillante. Es el borrador para un folleto del museo. Se me corta la respiración al ver un primer plano de los esqueletos, el humano moderno mirando a los ojos de mi neandertal. Por encima, en grandes letras, está escrito «LOS AMANTES». Desde el principio me pareció que lo suyo era un momento íntimo, algo en lo que no debía entrometerme. Pero esta foto los enseña de cerca y mostrando detalles tan personales que me cuesta mirar la imagen. Me dispongo a abrir la boca, sin saber muy bien lo que voy a decir, pero Caitlin me interrumpe:

—Guy quiere que escribas tú la presentación —me dice.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Los amantes?

—Quiere que usemos ese título para referirnos a ellos.

—No sabemos si lo eran.

—Depende del tipo de amor, supongo —dice—. Pero Guy quiere que escribas el primer resumen. Será la base de nuestra estrategia de comunicación con los medios y con el público. Nos guiaremos por tu interpretación. —Deja a un lado el folleto y me mira—. Viniendo de Guy, es un gran honor.

Caitlin se marcha con una sonrisa burlona, de esas que antes me hubiera tomado como solo unos labios fruncidos. Regresa a la mesa en la que estaba catalogando piezas, pero siento que su inusual afabilidad sigue envolviéndome. Somos muy distintas, pero ha empezado a caerme bien. Y le debo muchísimo. ¿Qué voy a escribir? Se me hace imposible presentar mi neandertal al mundo. ¿Cómo van a corregir unas pocas frases las falsedades que se han dicho desde hace más de un siglo sobre toda una especie? Me siento débil para afrontar ese reto. Tengo la mente en blanco. Dar el pecho a Jacob está pasando factura a mi energía física y quizá también a mi capacidad cognitiva.

Escucho el estallido de una lata al abrirse.

—¿Andy?

—¿Rose?

Me acerco a la mesa de camping y le doy un abrazo.

—¿Dónde está mi cómplice de fechorías?

Anais trae a Jacob y nos entregamos a la siguiente parte de nuestra rutina diaria. Yo cuido de Jacob por las mañanas. Después de comer, lo llevo al sitio y hablo con todos hasta que llega la hora de la siesta del pequeño con Andy. Alcanzamos este acuerdo después de que Andy se fijara en que Jacob y él tenían horarios parecidos.

—¿Simon ha vuelto? —pregunta mientras se tumba en la hamaca que Simon le preparó en la tienda. Está especialmente dispuesta para estirar los músculos de la espalda de Andy.

—No, pero mañana viene a pasar un fin de semana largo.

Andy se pone cómodo y yo deposito con cuidado a Jacob sobre su tripa. Los tapo a ambos con una manta para protegerlos del aire fresco de octubre.

—¿No es muy pesado?

—¿Cuánto pesa? ¿Tres kilos?

—Cuatro.

—Es todo músculo. Lo ha sacado de mí. —Andy me guiña un ojo—. ¿Me sujetas la lata?

Se revuelve en la hamaca y los dos se ponen cómodos. Les echo otra manta por encima y devuelvo la lata a Andy, que consigue sorber de ella en posición horizontal. Jacob hace gorgoritos sobre su cálida tripa. Se lleva un puñito a la boca. Los observo mientras sus ojos se van cerrando y siento un torrente de cariño. Mi bebé posee un sentido moderno de adaptación: el burbujeo del gas del refresco lo hace dormir.

Solo tengo una hora para concentrarme antes de que se despierten. Simon va a venir, pero las tomas de la tarde de Jacob son muy frecuentes y no me da tiempo a hacerlo todo. Me aprieto un poco más las cuerdas del pantalón y atravieso la lona de plástico para entrar en el sitio de excavación. Bajo el cálido resplandor de la lámpara, me siento en mi segundo hogar. Con las rodilleras puestas, saco el cepillo de su caja.

El día anterior, encontré una protuberancia en la misma profundidad y en el mismo cuadrante de la pelvis de mi neandertal, como algo que hubiesen arrojado, depositado o atado a ella de algún modo antes de su descomposición. Me pasé toda la noche pensando en ello, preguntándome de qué se trataría. Ahora empiezo a cepillar. No tardo en ver la silueta y ajusto la lámpara de mi casco. Apenas tiene ochenta milímetros de largo y su forma es curvada. No se me ocurre qué puede ser: ¿un adorno?, ¿un trozo de cuerno? Si se trata de una herramienta, no se parece a nada que haya visto antes.

Soplo el polvo y reanudo el trabajo en silencio. Toda la tierra que retiro va a una bandeja para tamizarla. ¿Qué voy a escribir? Contemplo los dos esqueletos. Dejo mi mente divagar mientras cepillo.

Mi formación científica no me deja dar el salto para considerarlos «Los Amantes», pero ese nombre tiene algo pegadizo. Supongamos que los humanos somos superiores a los neandertales y que los exterminamos, pero ¿pudimos llegar a tener sexo con ellos? Es una cuestión de lo más interesante. Entiendo que es la que Guy está intentando provocar. La prueba de que sucedió está en nuestro ADN. Con mi mente ocupada en discurrir sobre todo esto, me cuesta un poco más de lo normal darme cuenta de lo que he encontrado.

Es un trozo de hueso. Me inclino y soplo el polvo con fuerza. Agarro mi

lupa para observarlo de cerca. Tiene una curvatura a lo largo, como una deformidad. Comprendo por su forma que se trata de un pequeño radio, perteneciente al brazo de un bebé, probablemente de la misma edad que Jacob tiene ahora. Los extremos están bien conservados. Por el grosor y la forma achaparrada, pienso que es de neandertal, aunque no lo puedo afirmar con total seguridad.

Miro el cráneo de la neandertal desde mi posición, sentada junto a su pelvis. Es mi fiel compañera, pero está mirando a otro. Tumbada en la tierra, mirando a los ojos de... ¿quién? Un hijo, una pareja, o quizá un enemigo — lo único que puedo afirmar con seguridad es que se trata de un humano moderno— que estaba o fue colocado a su lado. Los huesos de los brazos de la neandertal están extendidos hacia él, como si deseara abrazarlo, o que la abrazara. Los brazos de él hacen lo mismo. Por la postura estoy segura de que se conocían; de que ellos, o la gente que los enterró, no sentían que fueran distintos.

¿Qué nos hemos perdido? Miro hacia la puerta de plástico para asegurarme de que no viene nadie. De las tiendas del exterior solo me llega el suave sonido de serrucho de los ronquidos de Andy. Me agacho para posar las manos sobre las almohadillas que he colocado para proteger la tierra alrededor de los huesos. Me acerco a su cráneo, ladeando la cabeza para mirar directamente a las cavidades de sus ojos.

Por un instante, no siento nada. Espero y, lentamente, empiezo a sentir calor. Estas paredes de roca son lo que la ha mantenido a resguardo. El calor del día emana de ellas; podría haber sido el calor de su cuerpo. Tenía la misma piel que yo. La misma sangre corría por sus venas. Nuestros corazones latían los dos por igual. Todas nuestras diferencias se disipan. Sé que si tuviera la fortuna de cruzarme con ella, la miraría a los ojos y la reconocería. Y quizá ella me reconocería a mí. Somos muy parecidas.



AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a Asya Muchnick, Reagan Arthur, Zea Moscone, Ashley Marudas y Karen Landry, de Little Brown; a Kristin Cochrane, Kiara Kent, Amy Black y Sharon Klein, de Penguin Random House Canadá; y a mi agente, Denise Bukowski.

Gracias a John Shea, profesor de Antropología en la Universidad Stony Brook de Nueva York, y a Hilary Duke, de la misma universidad, pues ambos me orientaron en la base científica sobre la que se sustenta gran parte de este libro. Gracias también a Adrian Haimovich de la Universidad de Yale, que abordó mis numerosas dudas sobre el ADN. Esta novela debe mucho a los acertados comentarios de Yuval Noah Harari. Los libros de Ian Tattersall me guiaron a través de la ciencia, y agradezco su disposición a responder mis preguntas.

La novela de Barbara Gowdy, *El tesoro blanco*, me proporcionó el coraje para escribir este libro.

Y por último, gracias a mis primeros lectores y fieles adeptos: Elizabeth Boyden, Michael Bourne, Jim Bull, Dave, Ben y Max Cameron, Ian Cameron, Susannah Cameron, Wendy Cameron, Seanna Doherty, Laurie Grassi, Danielle Gideon, Leigh Anne Graham, Amy Fisher, Keith Lawton, Sarah Murphy, Lindsay Oughtred, Angelique Palozzi, Emily Sewell, Laura Tisdell, Melissa van der Wagt y Sarah Wright.

NOTAS

¹ En su punto culminante, la población de neandertales apenas alcanzó unos cientos de miles. Vivían dispersos por una vasta región en lo que hoy es Europa y Asia. Sin embargo, en la época de esta familia, la cifra total de miembros de su especie se podía contar con apenas los dedos de un par de manos humanas.

² La filiación de los neandertales no se hacía por vía paterna. La monogamia no era considerada una virtud, pues podía entorpecer el éxito reproductivo en una población tan escasa.